
Contrato
DE SILENCIO
RECHAZADA EN EL ALTAR POR EL
ARROGANTE MULTIMILLONARIO
TAYLOR MCQUEEN

Contrato DE SILENCIO

RECHAZADA EN EL ALTAR POR EL
ARROGANTE MULTIMILLONARIO

TAYLOR MCQUEEN

Copyright © 2025 TAYLOR MCQUEEN
1ª Edición

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma, por medios electrónicos o mecánicos, sin el consentimiento escrito del autor/editor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida por ningún medio, tangible o intangible, sin la previa autorización del autor. La violación de los derechos de autor es un delito previsto por la ley n° 9.610/98, castigado por el artículo 184 del código penal.

¡Por favor, respeta el arduo trabajo de esta autora! Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o copiada sin permiso, excepto por breves citas utilizadas en reseñas o promociones.

Este libro está licenciado solo para tu disfrute personal. ¡Gracias!

TEXTO REVISADO SEGÚN EL ACUERDO ORTOGRÁFICO DE LA LENGUA ESPAÑOLA.

SINOPSIS
DEDICATORIA
PRÓLOGO
1. ENRICO FERRARA
2. VALENTINA MUNIZ
3. ENRICO FERRARA
4. VALENTINA MUNIZ
5. ENRICO FERRARA
6. VALENTINA MUNIZ
7. ENRICO FERRARA
8. VALENTINA MUNIZ
9. ENRICO FERRARA
10. VALENTINA MUNIZ
11. ENRICO FERRARA
12. VALENTINA MUNIZ
13. ENRICO FERRARA
14. VALENTINA MUNIZ
15. ENRICO FERRARA
16. VALENTINA MUNIZ
17. ENRICO FERRARA
18. VALENTINA MUNIZ
19. ENRICO FERRARA
20. VALENTINA MUNIZ
21. VALENTINA MUNIZ
22. VALENTINA MUNIZ
23. ENRICO FERRARA
24. ENRICO FERRARA

25. ENRICO FERRARA
26. VALENTINA MUNIZ
27. VALENTINA MUNIZ
28. ENRICO FERRARA
29. ENRICO FERRARA
30. VALENTINA FERRARA
31. ENRICO FERRARA
32. VALENTINA FERRARA
33. ENRICO FERRARA
34. VALENTINA FERRARA
35. ENRICO FERRARA
36. VALENTINA FERRARA
37. ENRICO FERRARA
38. ENRICO FERRARA
39. VALENTINA FERRARA
40. ENRICO FERRARA
41. ANDRÉ FERRARA
42. ENRICO FERRARA
43. VALENTINA FERRARA
44. ENRICO FERRARA
45. VALENTINA FERRARA
46. ENRICO FERRARA
47. VALENTINA FERRARA
48. ENRICO FERRARA
49. VALENTINA FERRARA
50. ENRICO FERRARA
51. VALENTINA FERRARA
52. ENRICO FERRARA
53. VALENTINA FERRARA

54. ENRICO FERRARA
55. VALENTINA FERRARA
56. ENRICO FERRARA
57. VALENTINA FERRARA
58. VALENTINA FERRARA
59. ENRICO FERRARA
60. VALENTINA FERRARA
61. ENRICO FERRARA
62. VALENTINA FERRARA
63. ENRICO FERRARA
64. VALENTINA FERRARA
65. VALENTINA FERRARA
66. ENRICO FERRARA
67. VALENTINA FERRARA
68. ENRICO FERRARA
69. VALENTINA FERRARA
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

El día que debía ser el más feliz de su vida, fue abandonada en el altar.

Embarazada y enamorada, *Valentina Muniz* creía estar viviendo un cuento de hadas al casarse con el poderoso *Enrico Ferrara*.
Pero, frente a cientos de testigos, todo se derrumbó.
Acusada de traición por el hombre que amaba, vio su mundo desmoronarse… y huyó sin mirar atrás.

Cuatro años después, lejos de los reflectores y dedicada a la hija que crió sola, hace todo lo posible por mantener su nueva vida intacta.

Pero el destino —cruel como siempre— vuelve a poner a *Enrico* en su camino.

Arrogante, determinado y aún lleno de rencor, él descubre la verdad en los ojos de la niña que rechazó antes de conocer… y exige un acuerdo: un matrimonio de fachada, un contrato de silencio para proteger su imperio… y, tal vez, redimirse del pasado.

Obligada a aceptar, *Valentina* ve cómo su muro de protección empieza a desmoronarse.

Vivir bajo el mismo techo reaviva sentimientos que nunca murieron… y revela verdades que pueden cambiarlo todo.

Ahora, *Enrico* debe demostrar que es digno de una segunda oportunidad. Y *Valentina* tendrá que decidir si está lista para entregar, una vez más, el corazón a quien un día lo destruyó.

Él prometió que jamás volvería atrás.

Ella juró que nunca volvería a confiar en él.

Pero el corazón tiene sus propias reglas... y no obedece ningún contrato.

DEDICATORIA

Para todas las mujeres que alguna vez
tuvieron el corazón roto, pero nunca se rindieron.

PRÓLOGO

VALENTINA MUNIZ

5 AÑOS ANTES

Una mujer nunca olvida el día de su boda.

El vestido blanco caía como seda líquida sobre mi cuerpo, cada ajuste hecho especialmente para mí, moldeándose a mis curvas con perfección. Era como salido de mis sueños, una razón más en la larga lista de motivos por los que aquel era el día más feliz de mi vida.

El velo, ligero y delicado, parecía una joya tejida en encaje fino. Todo estaba exactamente como lo había imaginado. Respiré hondo, sintiendo el corazón golpearme el pecho mientras avanzaba lentamente por la majestuosa nave de la Catedral de la Sé.

Mis dedos se aferraban con fuerza al ramo, lo bastante como para dejar marcas. Cada paso me acercaba más a él. Y solo él importaba.

Enrico Ferrara.

El hombre del que me había enamorado perdidamente, de una forma que rozaba lo absurdo. Veinte años mayor que yo, Enrico irrumpió en mi vida sin pedir permiso, puso mi mundo patas arriba y me hizo creer que los cuentos de hadas podían hacerse realidad, incluso para chicas normales como yo.

A mi alrededor, trescientas personas me observaban con expectación. Mujeres curiosas, hombres serios, todos pertenecientes a una élite que jamás me aceptaría del todo. Pero nada de eso importaba, porque en aquel altar, esperándome, estaba Enrico.

Y bastaba una sola mirada suya para que olvidara cualquier juicio. Bastaba una discreta sonrisa de aquel hombre poderoso y arrogante para que me olvidara de quién era y me hundiera en la dulce ilusión que era nuestra historia.

Estaba segura de que Enrico sonreiría al verme. ¿Cómo no hacerlo, si tantas veces me había dicho que yo era el mayor regalo de su vida?

La marcha nupcial resonaba en mis oídos, mezclándose con los violentos latidos de mi corazón. Mi cuerpo temblaba ligeramente bajo el delicado tejido del vestido. Estaba nerviosa, claro. ¿Qué novia no lo estaría?

Pero bastó mirar al frente y verlo allí, esperándome, impecable en un traje que parecía cosido directamente sobre su cuerpo perfecto, para que todo el mundo a mi alrededor se desvaneciera. Su porte era erguido y orgulloso, sus ojos oscuros fijos en mí, con una intensidad que casi me quemaba.

Así me había mirado desde el principio. Como si yo fuera el único punto luminoso en un universo oscuro. Pero en aquel momento era yo la que estaba cegada por el amor, por la emoción de pertenecerle por fin, por completo.

Mi padre me entregó con una sonrisa y un beso en la frente antes de dejarme junto a Enrico. Toqué su brazo, buscando el consuelo de su calor y su firmeza. Él retrocedió, apartándose con discreción.

El corazón me dio un vuelco, pero me convencí de que era solo la tensión del momento. Después de todo, era Enrico. El hombre que decía amarme, el único con el que podía imaginar mi vida entera.

Respiré hondo y le sonreí, buscando su mirada, queriendo decirle sin palabras todo lo que sentía. Pero Enrico no sonrió. No había dulzura en aquel rostro que conocía tan bien.

—¿Enrico? — murmuré, confundida, casi en un ruego.

Permaneció impasible, ignorándome. El sacerdote comenzó la ceremonia, pero ya no podía oírlo bien. Todo lo que percibía era la rigidez casi agresiva del hombre que amaba.

Algo iba terriblemente mal, y mi cuerpo entero lo supo antes que mi mente, estremeciéndose con oleadas frías de miedo.

Las palabras del sacerdote resonaban lejanas, incomprensibles. No podía apartar los ojos de Enrico, del hielo de sus iris grises, de la tensión dura en su mandíbula. Le rogué en silencio que me mirara, que me explicara qué estaba pasando.

— Enrico Ferrara — la voz del sacerdote sonó alta y firme, devolviéndome de golpe al presente —, ¿aceptas por tu libre y espontánea voluntad a Valentina Muñiz como tu legítima esposa?

Silencio absoluto.

El aire se escapó de mis pulmones al darme cuenta de que Enrico no respondía. Escuché el movimiento inquieto de los invitados en los bancos, el murmullo que crecía como una marea de duda y desconcierto.

Por fin, abrió la boca. Y las palabras que salieron de ella me partieron el alma en dos.

— No. — Su voz fue firme, implacable, como quien dicta una sentencia. — No voy a casarme con esa mujer.

El silencio que siguió fue brutal, ensordecedor… y brevísimo. En un segundo, los murmullos se transformaron en una oleada cruel de voces, cuchicheos y miradas que me juzgaban sin piedad.

El suelo pareció abrirse bajo mis pies. El corazón me cayó al pecho, estallando en pedazos junto con todos los sueños que había alimentado durante los últimos meses. La piel se me heló mientras todos los ojos se clavaban en mí.

Pero yo no podía mirar nada más. Solo sus ojos. Los ojos grises de Enrico, los mismos que un día me hicieron sentir amada y ahora me devoraban con desprecio.

En ese instante, el mundo entero fue Enrico Ferrara. Y al mirarlo, comprendí que ya no quedaba rastro del hombre que me abrazaba por las noches, ni del que me susurraba promesas de amor, ni del que me hacía perder el sentido con solo rozarme.

El que estaba frente a mí era un completo desconocido. Frío. Cruel. Devastador. Una oscuridad que me heló por dentro y extinguió

cualquier chispa de esperanza que aún pudiera quedarme.

Enrico sostuvo mi mirada durante interminables segundos, con tanta intensidad y desdén que tuve que recordarme cómo respirar. Cada latido del corazón era un paso más hacia el abismo.

Busqué desesperadamente algún signo, alguna grieta en aquella máscara de frialdad, algo que desmintiera aquella crueldad repentina. Pero no encontré nada.

Solo odio. Dolor. Y una promesa silenciosa de que esa humillación era apenas el principio.

Voy a destruirte, decían sus ojos. *Cada parte de ti.*

Las lágrimas comenzaron a resbalarme calientes por el rostro, pero no aparté la mirada. Acepté cada golpe mudo de aquella mirada despiadada, aun sin entender por qué.

— Por favor… —susurré casi sin voz, sabiendo que solo él podría oírme. Mi alma se quebró ante su silencio indiferente. No sabía exactamente qué estaba suplicando, solo que necesitaba recuperar a mi Enrico. Mi amor. — Enrico, por favor…

"Esa mujer."

Así me llamó. Como si yo no fuera la que había estado a su lado durante dos años. Como si no fuera la mujer que llevaba en el vientre a su hijo.

Mis manos fueron instintivamente hacia mi abdomen, y su mirada siguió el gesto. Una sonrisa de burla se dibujó en sus labios. Enrico dio un paso adelante, reduciendo la distancia entre nosotros a casi nada. Luego cerró los ojos y giró el rostro, negándome incluso ese último contacto.

— Hay algo que debo decir — anunció con frialdad, volviéndose hacia los invitados con un rostro vacío, carente de emoción—. No voy a casarme contigo, Valentina.

El mundo se desmoronó bajo mis pies. Parpadeé varias veces, convencida de que aquello no podía estar ocurriendo. No conmigo.

No con Enrico.

— No voy a casarme con una mujer que me mintió. Que me traicionó. Que planeaba obligarme a reconocer al hijo de otro hombre.

Sus palabras cayeron sobre mí como látigos. Me tambaleé, temblando violentamente.

— Yo nunca… — empecé, intentando defenderme, pero él me interrumpió con un tono cortante.

— No hace falta que sigas mintiendo. Esta farsa se ha terminado. Ya he visto suficiente. Lo admito, me engañaste bien durante dos años, pero nada dura para siempre, ¿verdad, querida? —su voz destilaba veneno.

Y aquello dolió más que cualquier otra cosa, porque un día Enrico me había prometido la eternidad. Y yo le creí.

Abrí la boca, pero el aire no llegaba. Las lágrimas nublaron mi visión. Todo a mi alrededor giraba, mientras su rostro permanecía implacable.

—No sé qué te han dicho, Enrico, pero estás equivocado, por favor… —extendí una mano hacia él, desesperada.

Él retrocedió de golpe, como si mi contacto le resultara repulsivo.

—No me toques —dijo con voz baja y peligrosa—. No volverás a tocarme. Ni a mirarme. Ni a pronunciar mi nombre. Borraré tu existencia de mi vida, y por tu propio bien, considéralo un acto de misericordia.

—Te quiero… — murmuré, patética incluso a mis propios oídos. — Estoy esperando un hijo tuyo.

Sus ojos se cerraron un instante. Cuando los abrió, ardían en ellos llamas de furia. Dio un paso hacia mí, imponente, y su proximidad me obligó a retroceder.

Se inclinó, acercando sus labios a mi oído, y lo que susurró me atravesó más que cualquier humillación pública.

—¿De verdad creíste que un bebé bastaría para atarme a alguien como tú? — Su voz fue un látigo helado. — Las mujeres como tú sirven para llenar noches vacías, Valentina. Un hombre como yo no elige a una chica que cualquiera podría tener por unas monedas y una dosis barata de atención. Fuiste un error. Nada más. Un error del que pienso librarme hoy.

Retrocedió lentamente, manteniendo mi mirada destrozada un segundo más antes de sentenciar:

— Espero que hayas disfrutado de tu última fantasía de ser importante. Porque a partir de hoy no eres nada para mí. No tendrás mi nombre, ni mi dinero, ni mi hijo. No eres más que el polvo bajo mis pies, Valentina.

Las lágrimas me ardían en los ojos mientras intentaba entender la pesadilla que se desarrollaba ante todos. Mi corazón, que minutos antes rebosaba felicidad, se rompía en mil pedazos bajo el peso de su desprecio.

— Enrico… — susurré, humillada, mi voz rota. Era la mujer abandonada en el altar. La mujer que todos contemplaban con lástima o con placer morboso.

Él se dio la vuelta sin vacilar. Salió del altar sin mirar atrás, dejando tras de sí solo silencio y escándalo.

Me quedé allí, en el centro, con mi vestido perfecto, el ramo destrozado entre las manos y los sueños hechos trizas. Sola. Expuesta. Desnuda ante el mundo.

Las lágrimas corrían sin control. Mi padre intentó acercarse, alguien me sujetó, pero no sentía nada más que el peso de la vergüenza y el vacío.

Esa era la imagen perfecta de una mujer destruida. Una mujer que había pasado del cielo al infierno en segundos, que lo había perdido todo ante cientos de testigos.

Y allí, en aquel altar, me prometí que Enrico Ferrara no volvería a encontrarme. Nunca sabría que existía nuestra hija. Y nunca más

tendría el poder de destruirme.

— Sácame de aquí —susurré, apenas consciente, mientras mi cuerpo se rendía en los brazos que me sostenían —. Por favor… sácame de aquí.

Instintivamente, cubrí mi vientre con la mano libre, en un gesto inútil por proteger la vida inocente que Enrico acababa de rechazar ante todos.

Al ser arrastrada fuera de la iglesia, dejé atrás a la chica que había creído en el amor. Porque esa chica ya no existía.

Y la mujer que nació de sus ruinas jamás volvería a dar a nadie el poder de destrozarla.

1. ENRICO FERRARA

Eran las cinco de la mañana cuando renuncié por completo a la idea de dormir. Por cuarto día consecutivo, el sueño me había abandonado. Era esa maldita época del año.

Di vueltas en la cama durante horas, inquieto, perseguido por pensamientos que ya no deberían existir, imágenes borrosas de un pasado que preferiría borrar por completo.

Molesto, me levanté de golpe y me encaré con mi reflejo en el espejo. Ojeras profundas marcaban mi rostro cansado, traicionándome ante cualquiera que me mirase. Solté un suspiro frustrado.

Me acerqué a la ventana panorámica del ático y observé cómo la ciudad comenzaba a despertar lentamente bajo un cielo aún oscuro. Abajo, São Paulo se mantenía en calma por unas pocas horas, como si aquel silencio fuera solo una tregua antes del siguiente día de caos.

Los días caóticos eran los únicos que conocía. Y también los únicos que aceptaba. Me vestí deprisa con una camiseta oscura y un pantalón deportivo, y me dirigí a mi gimnasio privado.

Machacarme físicamente era la única forma que había encontrado de silenciar mi mente, de acallar las voces que insistían en susurrar lo mismo una y otra vez cada vez que se acercaba esta fecha.

En cuestión de minutos ya estaba corriendo en la cinta, aumentando la velocidad poco a poco hasta sentir cómo cada músculo del cuerpo protestaba. Seguí aun así, empapado en sudor, jadeante, aferrado al intento desesperado de olvidar.

Cada paso era un esfuerzo por dejar atrás algo que me perseguía sin descanso. Algo que jamás admitiría ante nadie. Cinco años, y aún podía sentir el peso de aquella mirada clavada en mí.

Aumenté más la velocidad, desafiando mis propios límites, intentando sustituir cualquier emoción indeseada por dolor físico y

agotamiento.

Cinco años.

Cinco años desde el día en que casi lo pierdo todo. Desde que casi permití que una mujer —una sola— destruyera todo lo que había construido.

Valentina.

Incluso ahora, su nombre me parecía una intrusión en mis pensamientos. Una debilidad que ya no podía tolerar. Había sido el mayor error de mi vida, una mancha que haría cualquier cosa por borrar. Apreté la mandíbula hasta sentir el crujido de los dientes.

Cinco años, y aun así…

Cuando por fin me detuve, casi una hora después, los músculos me ardían y respiraba con dificultad, pero mi mente estaba en silencio. Así era como debía ser.

Me di una ducha fría, el agua golpeándome la piel hasta entumecerla, y luego me vestí con mi habitual traje oscuro. Mientras ajustaba la corbata, miré mi reflejo. Allí estaba de nuevo Enrico Ferrara: impecable, fuerte, impasible. El hombre al que nada ni nadie derribaba. El director general que había aprendido a sobrevivir a base de control y distancia.

El reloj marcaba las seis y media cuando salí del dormitorio. Mi ama de llaves ya debía de tener preparado el desayuno exactamente a mi gusto: café fuerte y fruta cortada con precisión milimétrica.

Pero al llegar a la cocina, lo que vi casi me hizo pensar que seguía soñando.

Sentado cómodamente a la mesa, devorando una ración generosa de huevos revueltos, bacon y tostadas, y sosteniendo entre las manos mi taza favorita de café, estaba André.

Mi hermano.

—¡Por fin apareces! —saludó con una sonrisa amplia, alzando la taza como si brindara por mi aparición—. Pensé que pasarías el día

entero jugando a ser Superman en la cinta.

Cruzando los brazos sobre el pecho, le lancé una mirada de puro fastidio.

—¿Cómo demonios has entrado aquí?

Se encogió de hombros, divertido, apuntándome con una loncha de bacon.

—Tu ama de llaves me adora. Además, aún tengo las llaves de tu piso. ¿Se te ha olvidado que soy tu hermano? —preguntó, fingiendo ofensa, aunque sus ojos brillaban con esa molesta chispa de diversión que le caracterizaba.

Cerré los ojos un segundo, buscando la paciencia que me faltaba.

—Por desgracia, no puedo olvidarlo, aunque lo intente.

André soltó una carcajada sonora, echando la cabeza hacia atrás. Mi irritación era, como siempre, su mejor entretenimiento. Cuando por fin se recompuso, señaló con la cabeza la silla vacía frente a él.

—Siéntate. Hablemos un poco antes de que te pongas esa máscara de director general arrogante y controlador.

—No es una máscara —repuse, con frialdad—. Y tú lo sabes.

Él negó con una sonrisa socarrona.

—¿Sabes lo que creo que realmente necesitas? Unas vacaciones. Quizá un lugar tranquilo, lejos de esta jungla de cemento. ¿Qué tal un pueblecito con encanto en el interior?

Le sostuve la mirada, intentando descifrar si hablaba en serio. Con André nunca se sabía dónde acababa la broma.

— No digas tonterías —murmuré, tirando de la silla y sentándome frente a él.

Me observó más de cerca, y su sonrisa se atenuó ligeramente mientras me examinaba el rostro con una expresión incómodamente perceptiva.

— Tienes un aspecto horrible. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste de verdad?

Desvié la vista, serví café en otra taza y bebí un sorbo amargo.

—Dormir está sobrevalorado. Además, tengo una empresa que dirigir.

— Ah, claro, tu empresa — replicó con falsa solemnidad, apoyando el rostro en las manos —. El gran imperio Ferrara. Más importante que tu salud, tu cordura o tu felicidad, ¿no?

Fruncí el ceño, exhalando con impaciencia.

—No necesito sermones, André.

—Claro que los necesitas —replicó con una media sonrisa—. Es mi trabajo como hermano: fastidiarte hasta que escuches un poco de sentido común.

Dejé la taza con un golpe seco sobre la mesa.

—¿Qué quieres?

Sonrió, satisfecho.

— He venido a hablar de negocios, pero eso puede esperar. Primero quiero saber cómo estás realmente, Enrico. No me mientas.

Por un instante, estuve tentado de decirle la verdad. Que estaba agotado, que llevaba años luchando contra una sombra que no desaparecía, que algunas noches seguía viéndola de pie en aquel altar. Pero reprimí el impulso.

— Estoy perfectamente —respondí con tono definitivo, mirándolo con frialdad—. Deja de comportarte como mi terapeuta y actúa como mi abogado. Dijiste que venías a hablar de negocios. Pues habla.

André suspiró, negando con la cabeza.

— Eres imposible.

— Eso dicen.

Volví a tomar un sorbo de café, intentando ignorar la incomodidad que me provocaba aquella conversación. André me observó unos segundos más, en silencio. Sabía exactamente qué estaba pensando, pero no podía permitir que me hiciera bajar la guardia. Ni siquiera él.

—Muy bien entonces —dijo finalmente, apurando el café—. Ya que estás tan ansioso por hablar de trabajo, hablemos de tu reunión con el consejo.

Asentí, complacido de recuperar el control.

—¿Y qué hay que hablar? Todo está resuelto.

— No estoy tan seguro, Enrico —replicó, súbitamente serio, mirándome con una intensidad poco habitual en él —. Tienen expectativas.

Ignoré la advertencia. Los problemas siempre existirían, pero ninguno era lo bastante grande para detenerme. Nada podía desestabilizarme otra vez. Nada que no pudiera controlar.

— Perfecto. Mientras sus expectativas sean las mismas que las mías.

Horas más tarde, São Paulo se extendía bajo mis pies como un tapiz dorado de luces. Desde lo alto de mi despacho, en el cuadragésimo piso de uno de los edificios más imponentes de la Avenida Paulista, todo parecía pequeño, distante, irrelevante.

Quizá por eso me gustaba aquel lugar: me recordaba lo alto que había llegado y lo que había costado llegar hasta allí.

— La reunión con los inversores internacionales comienza en veinte minutos, señor Ferrara — la voz de Estela, mi secretaria personal, interrumpió el silencio del despacho.

Asentí sin mirarla.

— Asegúrate de que todo esté preparado. No quiero retrasos ni distracciones.

— Sí, señor.

Salió con la misma discreción con la que había entrado. Llevaba tres años trabajando conmigo y sabía perfectamente cómo quería que se hicieran las cosas: con eficiencia absoluta, sin preguntas, sin interferencias.

Volví la mirada hacia el horizonte iluminado y respiré hondo. El teléfono vibró sobre la mesa. Un solo vistazo al nombre en la pantalla bastó para que mi postura se enderezara.

Eloá Ferrara.

Mi abuela. La única persona a la que todavía escuchaba.

— Buenas noches, *nonna*.

— Espero que estés preparado para hoy — su voz sonó seca, directa, sin espacio para la cordialidad. Eloá nunca fue dada a los sentimentalismos. Yo había aprendido de la mejor.

— Siempre lo estoy.

— Bien. No necesitamos más errores, Enrico. Tu reputación sigue siendo tu mayor activo. No lo olvides.

Una punzada fría me recorrió el pecho, pero mantuve el tono neutral.

— No olvido nada.

— Más te vale. Tu distracción del pasado casi te cuesta demasiado. Una mujer inadecuada puede destruir un imperio entero. No dejes que vuelva a ocurrir.

— No ocurrirá —aseguré con firmeza.

Eloá respiró hondo, satisfecha.

— Seguiré de cerca las negociaciones. Espero resultados, no excusas.

— Tendrás resultados.

Colgó sin despedirse. Nada fuera de lo común. Eloá siempre terminaba las conversaciones en sus propios términos.
Había impuesto su forma de ser desde mi infancia, y yo la acepté:

no solo por respeto, sino por absoluta confianza. Por muy dura o inflexible que fuese, sabía que, en el fondo, siempre velaba por mí.

Aflojé el nudo de la corbata con un suspiro cansado y volví al escritorio. Montones de informes y contratos estaban perfectamente alineados. Pero mis ojos se detuvieron en una hoja suelta entre los documentos.

Una nota sobre un proyecto en desarrollo. Dreamland.
Mi abuela insistía en que sería un hito para el grupo, pero no tenía tiempo para aquello. Había personas competentes que podían encargarse.

Le di la vuelta a la hoja, dejándola a un lado, y pulsé el botón del interfono.

—¿Estela?

—¿Sí, señor?

— Pida a Claudio el informe de Dreamland para incluirlo en la reunión.

— Ah… ¿la próxima? —tartamudeó.

—¿Qué otra podría ser, Estela? —repliqué, irritado.

— Por supuesto, señor Ferrara.

— Avise a todos que estaré en la sala en cinco minutos. Y espero no tener que esperar a nadie.

Corté la llamada antes de que respondiera.

El control. Siempre el control. Era lo único que me mantenía en pie.

2. VALENTINA MUNIZ

El inconfundible aroma a pan recién horneado y café caliente me hizo suspirar de paz aquella tranquila mañana.

Para mucha gente podría ser un día cualquiera, pero no para mí. Desde que llegué aquí hace cinco años, cada día ha tenido sabor a conquista, a libertad, a pequeñas y valiosas victorias.

—Mamá, ¿puedo ayudar a poner los cupcakes en el escaparate hoy?

Bajé la mirada y sonreí al ver los grandes ojos grises de Clara observándome con expectación. A sus cuatro años era mi pequeño rayo de sol, el motivo por el que sonreía incluso en las mañanas más difíciles.

—Claro que puedes, cariño —le respondí, entregándole la bandeja con cuidado, observando cómo se acercaba, muy seria, a la vitrina baja y comenzaba a colocar los cupcakes de chocolate con la concentración de una pequeña profesional.

Al otro lado del ventanal de la pastelería, la ciudad ya empezaba a moverse. Turistas y vecinos paseaban por las calles empedradas, disfrutando de la calma que solo una ciudad pequeña podía ofrecer.

Mi pastelería, "Doce Clara", se había convertido en una parada obligatoria dentro de la ruta turística de Tiradentes, y no podía estar más orgullosa de ello.

No era grande ni lujosa, pero era mía. Cada detalle había sido elegido con cuidado, cada receta elaborada con amor y dedicación. En aquel pequeño espacio había reconstruido mi vida, ladrillo a ladrillo, dulce a dulce, recuerdo a recuerdo.

—¡Buenos días, Valentina! ¡Buenos días, Clarinha! —la voz alegre de Júlia, mi primera clienta y una de mis mejores amigas en la ciudad, resonó al entrar en la tienda.

—¡Buenos días, tía Júlia! —Clara corrió hacia ella, abrazándola por las piernas con una risa cristalina.

—Buenos días, Júlia —la saludé, deslizándole un espresso sobre el mostrador antes de que pudiera pedirlo.

Ella rió al coger la taza.

—Me conoces demasiado bien.

—Cinco años sirviéndote el mismo café todas las mañanas —bromeé—. No es precisamente un reto adivinarlo.

—Y sigo diciendo que es el mejor de la ciudad —añadió Júlia, dando un sorbo y suspirando de placer.

La observé con ternura. Júlia me había acogido desde el primer día, sin hacer preguntas, cuando llegué embarazada, perdida y desesperada por empezar de nuevo.
Con ella —y con todo el vecindario— había encontrado más que amigos: había encontrado una familia.

—¿Has oído las últimas? —preguntó Júlia, bajando repentinamente el tono.

—¿Las últimas? —repetí, arqueando las cejas.

—Una empresa enorme planea construir un resort de lujo aquí, en Tiradentes. Están comprando terrenos, derribando propiedades históricas y prometiendo atraer miles de turistas. Dicen que puede cambiar la ciudad por completo.

Fruncí el ceño, inquieta por la noticia. No era la primera vez que algo amenazaba la tranquilidad del lugar, pero esta vez la expresión de Júlia me puso en alerta.

—Eso no suena bien.

—Porque no lo es —replicó con gravedad—. Están hablando de derribar toda esta calle, Val. Incluida tu pastelería. Todo, para construir el resort internacional.

El corazón se me encogió dentro del pecho. Miré a Clara, que seguía colocando dulces en la vitrina, ajena a todo, y me invadió un instinto feroz de protección.

No iba a permitir que nadie destruyera lo que tanto me había costado construir.

—Pero eso es absurdo. No pueden expulsar a la gente así, sin más —murmuré, intentando mantener la calma.

—Parece que sí pueden. Ya sabes cómo funciona esto: las grandes empresas hacen lo que quieren, sin importarles la gente —Júlia suspiró pesadamente—. Va a ser difícil luchar contra ellos.

—Difícil, pero no imposible —respondí con firmeza, sintiendo la determinación endurecerse en mi voz—. Reuniremos a todo el mundo. Tenemos que resistir. No voy a dejar que nadie destruya lo que es nuestro sin pelear.

Júlia sonrió, aliviada, tocando brevemente mi mano sobre el mostrador.
—Sabía que podía contar contigo.

La vi salir con su café y una última sonrisa reconfortante.
Entonces, el timbre familiar de la videollamada en mi móvil me sacó de mis pensamientos.

La pantalla se iluminó con el rostro sonriente de mi madre, y una oleada de calidez me recorrió el pecho.

—¡Buenos días, hija! —saludó con su habitual sonrisa cálida.

—¡Hola, mamá! —le devolví la sonrisa, apoyándome en el mostrador y sosteniendo el móvil para verla mejor—. ¿Cómo van las cosas por ahí?

Suspiró con fingida dramatización.

—Ah, ya sabes… todo demasiado tranquilo, demasiado silencioso sin vosotras por aquí —dijo, riendo.

Una punzada de nostalgia me atravesó el corazón a pesar de su tono alegre. Echaba tanto de menos a mis padres, sobre todo en

momentos como aquel, cuando la distancia pesaba más que nunca.

—Nosotras también os echamos de menos —admití—. Clara no deja de preguntar cuándo volverán a visitarnos los abuelos.

Los ojos de mi madre se iluminaron.

—Pues ya está decidido. Estaremos ahí dentro de dos semanas. Tu padre ya ha reservado los vuelos. ¡Ni un día más sin ver a nuestras chicas!

La noticia me llenó de emoción. La distancia era dura, especialmente porque no había sido una elección mía. Era solo otra de las cosas que él me había arrebatado con su arrogancia cruel.

Cerré los ojos un instante, alejando cualquier pensamiento que pudiera llevarme a ese lugar. Con el tiempo, había aprendido a expulsar su nombre de mi mente, a enterrarlo en un rincón inaccesible. Era una cuestión de supervivencia.

Al abrir los ojos de nuevo, sonreí con dulzura.

—Contaremos los días, entonces. Clara va a volverse loca de alegría cuando se lo diga.

Mi madre me devolvió la sonrisa, aunque su expresión se volvió más cautelosa.

—Hija… ¿estás bien de verdad? Ya sabes, es esa época del año y… solo quería asegurarme.

Inspiré despacio, sintiendo su preocupación a través de la pantalla.
Cada año, cuando se acercaba la fecha, mi madre revivía el recuerdo conmigo. La herida no era solo mía.

—Estoy bien, mamá, de verdad. Lo hemos hablado muchas veces —respondí con ternura—. Aquello quedó atrás. Ya no importa. Lo superé, te lo juro.

Ella suspiró, asintiendo lentamente.

—Lo sé, cariño. Sé que eres fuerte, pero una madre nunca deja de preocuparse, por mucho que su hija insista en que todo está bien.

Solté una risa suave.

—Creo que ahora lo entiendo, desde que tengo a Clara. Pero no te preocupes, de verdad. Mi vida está aquí. Mi corazón está aquí, con mi hija y con todo lo que hemos construido. Nada podrá cambiar eso.

—Eso es todo lo que quería oír —respondió con ternura—. Y recuerda: estamos aquí para ti, sin importar la distancia.

—Lo sé. Os quiero, mamá.

—Nosotros también, hija. Y muy pronto estaremos ahí para malcriar a nuestra nieta —añadió con una risa cariñosa.

Cuando la llamada terminó, me quedé mirando la pantalla unos segundos, aferrándome a la sensación de calidez y seguridad que siempre me dejaba su voz.

Una punzada de melancolía me recorrió el pecho al pensar en la vida que había dejado atrás en São Paulo.

La cercanía con mis padres era una más de las cosas que él me había arrebatado.

Pero ahora tenía a Clara, mi panadería, Tiradentes… y personas como Júlia.

Había construido una nueva vida. No la que había soñado, pero sí una llena de amor, fuerza y propósito.

Y nadie me la quitaría jamás.

Me aparté del mostrador, respirando hondo antes de acercarme a Clara, que me observaba en silencio, con sus grandes ojos grises llenos de curiosidad.

—¿Va todo bien, mamá? —preguntó en voz baja.

Me agaché hasta quedar a su altura, sujetándole el rostro entre las manos.

—Todo está bien, amor. Mamá solo estaba pensando en cosas de adultos.

—¿Cosas malas? —susurró con inocencia.

Acaricié su pelo oscuro, sonriendo.

—No hay nada malo que pueda asustarnos. Mientras estemos juntas, no temo a nada.

Clara sonrió y se lanzó a mis brazos. La abracé con fuerza, sintiendo su corazón pequeñito latir contra el mío.

Había sido frágil una vez. Vulnerable. Había permitido que alguien me rompiera por completo. Pero nunca más. Nunca más permitiría que nada —ni nadie— amenazara mi vida, mis sueños o a mi hija.

Había aprendido a ser fuerte. A ser madre. A levantarme de mis propias ruinas.

Enderecé los hombros, recuperando la calma. Enfrentarse a una multinacional poderosa sería difícil, sí, pero nada comparado con lo que ya había sobrevivido.

3. ENRICO FERRARA

El silencio en la sala de reuniones era tan denso que casi se podía palpar. Caminaba lentamente alrededor de la enorme mesa ovalada mientras diez pares de ojos me seguían, expectantes, esperando mis observaciones sobre los últimos resultados del sector hotelero internacional del Grupo Ferrara.

No estaba satisfecho. Ni lo más mínimo.

—¿De verdad creen que estas cifras son aceptables? —pregunté con voz baja y peligrosamente calmada, deteniéndome detrás de la silla vacía que me correspondía. Apoyé una mano en el respaldo, ejerciendo una ligera presión, mientras mis ojos se detenían en cada rostro alrededor de la mesa.

—Tuvimos un crecimiento del cinco por ciento, señor Ferrara. Está dentro de lo esperado… —comenzó Fernando Albuquerque, el director de la división hotelera.

Alcé una ceja, cortándole con una mirada gélida.

—¿Dentro de lo esperado? Yo esperaba al menos el doble, Fernando. ¿O no fui lo bastante claro cuando fijamos las metas al inicio del trimestre?

Fernando tragó saliva y apartó la mirada, incómodo.

—Tal vez… no tan claro como yo pensaba, señor.

El silencio que siguió fue absoluto. Mi rostro permaneció impasible, pero el hombre frente a mí empalideció visiblemente, comprendiendo al instante la magnitud de su error.

—Entonces, permítame ser absolutamente claro ahora —proseguí, con una firmeza que no admitía réplica—. No acepto resultados mediocres. No acepto excusas. No acepto conformismo. Somos Ferrara, no una posada rural. Tienen un mes para revertir estas cifras o me veré obligado a reconsiderar quién seguirá en este equipo.

Analicé con calma las reacciones. Algunos bajaron la cabeza, otros asintieron levemente, sumisos. Nadie se atrevió a contradecirme. Tal como debía ser.

—¿Ha quedado claro? —pregunté finalmente, tomando asiento en la cabecera con serenidad calculada.

—Sí, señor Ferrara —respondieron casi al unísono.

—Perfecto. Pueden retirarse.

Todos se levantaron al instante, recogiendo sus documentos con una rapidez casi mecánica. Observé cómo salían uno a uno de la sala, dejando tras de sí el mismo silencio pulcro con el que habían entrado.

No estaba allí para hacer amigos. Estaba allí para obtener resultados. Y ellos lo sabían perfectamente.

Cuando la puerta se cerró detrás del último ejecutivo, relajé apenas los hombros y solté un suspiro breve. Las noches sin dormir empezaban a pasar factura. La falta de descanso erosionaba lentamente mi paciencia, y eso era peligroso.

Estiré el cuello, sintiendo un leve crujido en la nuca, justo cuando se escuchó un suave golpe en la puerta.

—Adelante —ordené sin girarme.

La puerta se abrió, y el aroma reconocible de un perfume femenino llenó el aire. Levanté la vista despacio, y allí estaba Estela, de pie, con los brazos cargados de carpetas y documentos.

—Vengo a recoger los informes de la reunión, señor Ferrara —dijo, avanzando con paso medido.

Estela era joven, competente y atractiva. Un conjunto de cualidades que había notado meses atrás, durante una noche en la que casi cedí a una debilidad que no me caracterizaba. Casi.

—Aquí los tienes —le indiqué con voz neutra, empujando las carpetas hacia ella.

Se acercó y, al recogerlas, sus dedos rozaron deliberadamente los míos. Un contacto calculado. También lo fue la sonrisa insinuante que acompañó al gesto.

—¿Puedo ayudarle con algo más, señor Ferrara? —preguntó en un tono demasiado suave, inclinándose un poco más de lo apropiado.

Mantuve la expresión inmutable, apartando lentamente las manos.

—No, Estela. Solo asegúrate de organizar mi agenda. Tengo demasiados compromisos pendientes.

La decepción que cruzó su rostro fue tan evidente como fugaz. Apretó los labios, visiblemente incómoda ante mi indiferencia.

—Por supuesto, señor Ferrara.

La observé salir y cerrar la puerta con cuidado excesivo. Inspiré despacio, molesto. Mezclar negocios con placer era un error que no me podía permitir. Un error que podía poner en riesgo el orden absoluto que había construido.

Suspiré, pensando que quizás había llegado el momento de trasladarla a otro departamento. No necesitaba distracciones. No ahora.

Me levanté, ajustando la chaqueta del traje. Aún me quedaba medio día por delante, y ningún margen para la fatiga. El reloj de mi muñeca marcaba las siete y media.

El resto del día se deslizó con una lentitud exasperante: reuniones consecutivas, informes interminables, decisiones financieras que exigían precisión quirúrgica. Cuando por fin cerré la última carpeta, ya pasaban de las nueve de la noche.

La cabeza me palpitaba con insistencia, cada latido un recordatorio cruel del agotamiento acumulado. Cerré la puerta de la oficina y observé los pasillos vacíos de la empresa.

Silencio absoluto.

Todos se habían ido hacía horas. Lo prefería así. Menos gente. Menos ruido. Menos ojos observando.

El ascensor me llevó hasta el aparcamiento subterráneo, donde mi chófer me esperaba, puntual como siempre. Abrió la puerta trasera y me acomodé en el asiento sin decir palabra.

Minutos después, el coche se deslizaba por las calles iluminadas de São Paulo, rumbo a mi último compromiso del día: una cena benéfica patrocinada por el Grupo Ferrara. Uno de esos eventos sociales que detestaba, pero que cumplía por estrategia. La reputación era tan importante como los resultados.

Cuando el vehículo se detuvo frente al hotel, inspiré profundamente, colocando la máscara que había aprendido a usar mejor que nadie: la del hombre inquebrantable, el empresario al que todo le sale bien, el Ferrara que nunca falla.

El personal abrió las puertas dobles, y entré en el salón principal. Un mar de trajes caros, vestidos brillantes y sonrisas ensayadas me recibió.

Avancé entre los invitados, estrechando manos, intercambiando frases corteses, respondiendo a halagos vacíos con sonrisas aún más vacías. Sabía moverme en ese mundo con precisión quirúrgica.
Era un papel que interpretaba a la perfección.

Una hora después, ya instalado en una mesa apartada —la mía, siempre reservada—, disfrutaba del único momento de paz de la noche: el silencio relativo.

—Buenas noches, señor Ferrara —una voz femenina me interrumpió mientras intentaba probar el vino.

Giré la cabeza y encontré a Cristina Brandão, la hija menor de uno de nuestros principales inversores. Hermosa, impecable, segura. Su sonrisa discreta y su mirada calculada hablaban por sí solas.

—Buenas noches, Cristina —respondí con cortesía.

Se sentó a mi lado sin pedir permiso, cruzando las piernas en un gesto tan estudiado como su perfume.

—No esperaba verle solo. Una buena compañía siempre hace más llevaderos estos eventos, ¿no cree?

Levanté una ceja, sin devolverle la sonrisa.

—Depende de la compañía.

Su expresión se tensó un instante, pero se recompuso enseguida. Las mujeres como Cristina no se rendían al primer rechazo.

—Mi padre siempre habla maravillas de usted. Dice que admira su determinación. —Apoyó su mano sobre la mía, con un roce calculado —. Sería un placer poder conversar más… en un entorno más privado.

Retiré la mano con lentitud y la miré con frialdad deliberada.

—Lo agradezco, pero mi tiempo libre es escaso. Y cuando lo tengo, prefiero emplearlo en cosas importantes.

Sus labios temblaron antes de curvarse en una sonrisa forzada.
—Entiendo. Una lástima, señor Ferrara.

—Sí. Una lástima —respondí sin emoción.

La vi levantarse y alejarse con dignidad fingida, mientras los curiosos observaban disimuladamente. Perfecto. El mensaje había quedado claro: Enrico Ferrara no era accesible.

Cuando por fin decidí marcharme, ya era casi medianoche.
Me levanté sin despedirme y crucé el salón ignorando las miradas.
Mi chófer me esperaba.

El viaje de regreso fue silencioso. La ciudad dormía, pero mi mente no.

Al entrar en el ático, me envolvió el mismo vacío de siempre.
Espacios impecables, silencio absoluto. Mi refugio y mi condena.

Aflojé la corbata con un gesto mecánico, notando cómo la inquietud volvía a instalarse dentro de mí. Necesitaba distraerme, mantener la mente ocupada, alejarla de los caminos que no debía recorrer.

Fui hasta mi despacho privado y encendí el portátil. Correos nuevos, informes pendientes, notificaciones. Trabajo: la única anestesia eficaz.

Pero uno de los asuntos destacados llamó mi atención al instante.

URGENTE – Problema grave con el proyecto Dreamland.

Hice clic. Las líneas del mensaje eran breves, pero bastaron para endurecerme el gesto:

Señor Ferrara, necesitamos hablar urgentemente por la mañana. Ha surgido un imprevisto con el proyecto Dreamland que requiere su atención personal.

Cerré el portátil con brusquedad.

Problemas. Urgencias. Imprevistos. Eso era mi vida.

Y la ironía era que, a pesar de haberlo conseguido todo, seguía sin poder dormir.

4. VALENTINA MUNIZ

El sol brillaba cálido aquella mañana de domingo, filtrándose entre las copas frondosas de los árboles del parque central de Tiradentes.

A mi lado, Clara sostenía con entusiasmo la correa azul de Theo, el labrador dorado y enérgico de una de nuestras vecinas, que me había pedido el favor de cuidarlo durante el fin de semana mientras ella viajaba por trabajo.

El perro movía la cola sin parar, visiblemente feliz con nuestra idea de llevarlo al parque, impaciente por unirse a los demás canes que ya se habían reunido en la pequeña fiesta de cumpleaños canina organizada por un grupo local.

—Mamá, ¿puedo soltar ya a Theo? —preguntó Clara, dando saltitos a mi alrededor. Sus ojos grises brillaban con un entusiasmo contagioso.

—Sí, cariño, pero no salgas de la zona vallada, ¿vale? —le advertí con una sonrisa, observando cómo soltaba cuidadosamente la correa del collar del perro.

Theo estaba perfectamente adiestrado, así que, aunque rebosaba energía, permaneció atento al gesto implícito en la correa. En cuanto la soltó, salió disparado hacia los otros perros con una vitalidad inagotable, mientras Clara reía a carcajadas, siguiéndolo con una alegría tan pura e inocente que me calentó el corazón de un modo imposible de describir.

—Parece que alguien está muy feliz hoy —comentó Júlia a mi lado, acercándose con dos tazas humeantes de café y tendiéndome una de ellas.

—¿Y cómo no iba a estarlo? —le respondí con una sonrisa, aceptando la bebida caliente con un suspiro de satisfacción—. Tiene cuatro años, un perro feliz y magdalenas esperándola más tarde. Creo que esa es la definición perfecta de la felicidad.

Júlia soltó una carcajada, asintiendo mientras observábamos el movimiento del parque.

Estaba lleno: niños corriendo y jugando, adultos conversando animadamente y perros —los auténticos protagonistas de la mañana — disfrutando de cada segundo de libertad.

Sentí una cálida sensación de pertenencia extenderse por mi pecho. Amaba aquel lugar. Amaba Tiradentes, su gente, su calma. Era la vida que había elegido, la que había construido con esfuerzo y determinación después de todo lo que había pasado.

Theo regresó corriendo hacia mí, casi derribándome al apoyar las patas delanteras en mis piernas, pidiendo mimos con ojos suplicantes.

—¡Theo! —le reprendí entre risas, rascándole detrás de las orejas, lo que solo consiguió que moviera la cola con más entusiasmo.

—Mimas demasiado a ese perro —se burló Júlia, divertida, observando cómo el labrador se alejaba otra vez al trote—. Luego no querrá volver a vivir con Fabiana.

—No más de lo que yo mimo a Clara —repliqué, encogiéndome de hombros con una sonrisa.

Vimos a mi hija jugar con otros niños. Sus risas se mezclaban con los ladridos y con las conversaciones distendidas a nuestro alrededor, componiendo un cuadro perfecto de felicidad cotidiana.

En ese momento, Camila y Renata, dos amigas del barrio y clientas habituales de la panadería, se acercaron con sonrisas tensas, el tipo de sonrisas que anuncian noticias que preferirías no escuchar.

—¡Buenos días! —saludó Camila, abrazándonos rápidamente—. ¿Os habéis enterado de las últimas?

Intercambié una mirada con Júlia antes de responder:

—Depende. Espero que sean buenas.

—Por desgracia, no —respondió Renata, cruzándose de brazos con gesto preocupado—. El ayuntamiento ha decidido mantener la licencia para el complejo, incluso después de nuestra petición formal. Esta mañana he visto a un equipo tomando medidas cerca de la plaza central. Van muy en serio con esto.

Un escalofrío desagradable me recorrió la espalda al oírla. Aquella amenaza, que había intentado no tomarme demasiado en serio, se sentía cada día más real, más cercana, más inevitable.

—¿Estás segura, Renata? —pregunté, sin poder ocultar la ansiedad en mi voz.

—Completamente. Lo he visto con mis propios ojos y he hablado con varios vecinos. Parece que ya están contactando con los propietarios, haciendo ofertas y todo.

Júlia soltó un suspiro, mirándome con preocupación. Sabía perfectamente lo que eso significaba para mí. Mi panadería, nuestro barrio… toda una vida amenazada por un proyecto que no encajaba con la esencia del lugar.

—¿Y qué podemos hacer? —pregunté, intentando contener la aprensión que se colaba en mis palabras—. Tiene que haber alguna manera de detener esto. Quizá podamos ir al ayuntamiento, o reunirnos con la cámara.

Renata asintió con firmeza.

—Sí, hay que organizar algo. Todo el mundo está muy preocupado. Lo que están planeando va a destruir la ciudad que conocemos. Tiradentes se convertirá en un parque temático sin alma.

Sentí un nudo en el estómago. Mi mirada se dirigió instintivamente hacia Clara, que seguía jugando despreocupada con Theo, completamente ajena a las preocupaciones de los adultos. Por un instante, desee poder proteger para siempre aquella inocencia preciosa, mantenerla a salvo de cualquier cambio o amenaza.

—Y hay algo más… —añadió Renata con vacilación, mordiéndose el labio.

—¿Algo más? —pregunté, sintiendo un escalofrío recorrerme la espalda. Algo en su expresión me puso en alerta.

Renata respiró hondo antes de soltarlo:

—Descubrimos quién está detrás del proyecto. El complejo… pertenece al Grupo Ferrara.

El mundo pareció detenerse. Renata siguió hablando, pero ya no escuchaba.

El aire me abandonó los pulmones, y el silencio llenó cada rincón de mi mente.

Sentí las manos temblar, y un frío glacial subió por mi piel hasta la nuca, dejándome completamente paralizada.

Ferrara.

Cinco años.

Cinco años evitando ese nombre. Cinco años bloqueando cualquier recuerdo, cualquier imagen, cualquier voz que pudiera devolverme a aquel altar… y a aquel hombre.

Pero allí estaba, reapareciendo como un espectro del que nunca conseguiría escapar del todo.

—¿Val? —la voz de Júlia me llegó lejana, amortiguada por el rugido ensordecedor de mis propios pensamientos.

Parpadeé, intentando respirar.

—Estoy bien… —mentí, apenas audible. Tragué saliva, esforzándome por recuperar el control y apartar de mi mente cualquier eco de ese nombre—. Solo… no me esperaba esta información.

Camila me observaba con preocupación. Júlia apoyó una mano en mi brazo, ofreciéndome un apoyo silencioso. Nadie allí sabía realmente por qué reaccionaba así, y nunca dejaría que lo supieran.

Ese secreto era mío, y pensaba enterrarlo para siempre donde pertenecía: en el pasado.

Inspiré hondo y levanté la cabeza, dejando que la determinación endureciera mi voz.

—Eso no cambia nada —dije con firmeza, mirando a Renata—. No importa quiénes sean ni lo poderosos que sean. No van a venir aquí a destruir lo nuestro. Vamos a luchar, como habíamos acordado.

Las tres asintieron, aunque seguían lanzándome miradas inquietas. Tenía que mantenerme firme. Tenía que seguir siendo fuerte. No podía permitirme flaquear.

Apreté las manos, sintiendo las uñas clavarse en las palmas. No importaba que fuera su empresa. No importaba que el pasado estuviera golpeando a mi puerta con fuerza implacable.

No permitiría que Enrico Ferrara, directa o indirectamente, volviera a arrebatarme nada.

Nada.

—Chicas —intervino Júlia con suavidad, rompiendo el silencio denso que se había formado—, ¿qué os parece si dejamos esta conversación para mañana? Hoy es el día de la fiesta canina y de las magdalenas. Creo que nos merecemos disfrutar un poco sin esta sombra encima, ¿no?

Asentimos en silencio. Júlia tenía razón. Nada de lo que dijéramos en ese momento cambiaría las cosas.

Respiré hondo y volví la vista hacia Clara y Theo, que corrían entre risas por la hierba.

Esa niña feliz era todo lo que importaba.

Y haría absolutamente cualquier cosa para protegerla, costase lo que costase.

—¡Mamá! —gritó Clara, saludando entusiasmada desde el otro lado del parque, con Theo a su lado—. ¡Ven a jugar con nosotros!

Sonreí de inmediato, sintiendo que una calidez intensa volvía a llenar mi pecho.

—¡Ya voy, mi amor! —respondí entre risas, echando a correr hacia ella y sintiendo, al menos por un breve instante, que todo iría bien.

Porque, por ella, siempre lo arreglaría todo.

***

—Así que la princesa por fin llegó a la cima de la torre encantada... —dije en voz baja, modulando el tono en una mezcla de dramatismo y ternura mientras leía las últimas líneas del cuento favorito de Clara.

Me miraba con total atención, los ojos grises muy abiertos de fascinación y expectación, como si fuera la primera vez que escuchaba la historia y no la centésima.

Acurrucada bajo las sábanas de su camita, rodeada de peluches, y con Theo tumbado a los pies del colchón, casi dormido también, mi hija abrazaba contra el pecho su unicornio de felpa, jugando distraídamente con la colorida crin.

—Y allí, en lo alto de la torre, encontró el tesoro que tanto buscaba. Pero no era un tesoro de oro ni de joyas preciosas, no… —hice una pausa teatral, abriendo los ojos de par en par para subrayar el momento.

—¿A que sí? —susurró Clara, inclinándose hacia delante, como si esperara oír el mayor secreto del universo.

Negué con una sonrisa suave.

—No. Era algo mucho más valioso. Un cofre lleno de coraje, amor y esperanza. El tesoro que llevaría en su corazón para siempre, pasara lo que pasara.

Clara suspiró, recostándose en la almohada con una sonrisa tranquila.

—Esa es mi parte favorita, mamá —murmuró, bostezando.

—La mía también, princesa —respondí, cerrando con cuidado el libro y dejándolo sobre la mesilla de noche.

Durante unos segundos me quedé observándola, mientras sus párpados comenzaban a cerrarse. Nunca me cansaba de mirarla: sus mejillas sonrosadas, la forma perfecta de sus labios pequeños, la serenidad de su respiración.

Clara era perfecta. Mi luz. Mi fuerza. Mi razón absoluta para todo.

Me incliné sobre ella, acomodando las mantas y besándola con suavidad en la frente.

—Buenas noches, mamá… —susurró ya medio dormida.

—Buenas noches, mi amor —le respondí, acariciándole el pelo con ternura—. Que duermas bien. Mamá te quiere más que a nada en el mundo.

Sonrió apenas, y su respiración se hizo profunda y acompasada.

Permanecí sentada a su lado unos minutos más, escuchando aquel sonido suave y rítmico que llenaba la habitación: el susurro de su sueño. Aquel momento era un pequeño tesoro, una joya que guardaría para siempre en mi memoria.

Theo levantó la cabeza, mirándome con sus grandes ojos marrones, atento.

—Está todo bien, chico. Tú también puedes dormir —le dije, acariciándole el lomo.

El perro soltó un largo suspiro, apoyó la cabeza de nuevo y volvió a quedarse dormido.

Me levanté despacio. Cerré las cortinas, dejando solo una rendija de luz para que Clara no se sintiera insegura durante la noche, y eché una última mirada a su carita dormida antes de salir de la habitación.

Al cerrar la puerta con cuidado, solté un suspiro profundo. A pesar de la serenidad que me envolvía, no conseguía desprenderme del

todo de la inquietud que me había acompañado desde la conversación en el parque.

Crucé el pasillo hasta el salón y me dejé caer en el sofá. El silencio de la casa me envolvía, solo interrumpido por la respiración de Clara y el leve resuello de Theo.

Por mucho que intentara apartarlo, aquel nombre seguía resonando en mi cabeza.

Ferrara.

Un escalofrío me recorrió la piel. Saber que ese nombre estaba de nuevo tan cerca, que podía amenazar la vida que había construido con tanto esfuerzo, me oprimía el pecho.

Y, con él, llegó inevitablemente el otro. Enrico.

Incluso después de todo. Incluso después del dolor. Ese nombre seguía teniendo poder sobre mí.

Ira. Dolor. Tristeza. Y algo más profundo que jamás admitiría, ni siquiera ante mí misma.

Cerré los ojos con fuerza y me cubrí el rostro con las manos, respirando despacio, obligándome a contener las emociones que pujaban por salir.

No podía permitírmelo.

No podía permitir que aquel hombre volviera a tener poder sobre mí, aunque solo fuera en mis pensamientos.

Ya no era aquella chica ingenua y apasionada que creía en los cuentos de hadas.

Aquella chica había sido abandonada, humillada y olvidada en un altar.

Y de sus cenizas había nacido una mujer nueva: más fuerte, más decidida, más libre.

Abrí los ojos, enderecé los hombros y recuperé el control.

No importaba quién estuviera detrás del proyecto. No importaba el apellido Ferrara. No dejaría que volvieran a interferir en mi vida ni en la de Clara.

Mi hija nunca sabría nada del pasado que había dejado atrás ni de las batallas que aún estaban por venir. Porque yo era su madre. Y protegerla era mi misión más sagrada.

Enrico Ferrara seguiría siendo solo una sombra del pasado. Y aunque el destino intentara traerlo de vuelta, esta vez no sería él quien me destruyera.

5. ENRICO FERRARA

—¿Una copa de vino, señor Ferrara?

Miré al camarero que tenía delante, con su postura impecable y la bandeja de plata extendida hacia mí. Por un segundo deseé poder darle la espalda y marcharme, sin tener que interactuar con nadie. Pero, por desgracia, no podía permitirme ese lujo.

—Ahora no —respondí con frialdad—. Gracias.

El joven asintió discretamente y se alejó entre los invitados elegantemente vestidos que circulaban por el enorme salón de baile, decorado con un lujo casi ostentoso.

El cumpleaños de mi abuela Eloá Ferrara siempre era un acontecimiento. No solo una fiesta, sino una obligación social cuidadosamente planificada, en la que la familia Ferrara debía presentar al mundo una fachada perfecta de unidad y armonía.
Una ironía casi insoportable.

—Al menos podrías fingir que te alegras de estar aquí —la voz burlona de André resonó a mi lado, sacándome de mis pensamientos.

Me volví hacia él con una mirada cargada de fastidio, mientras mi hermano sonreía con ese aire despreocupado que sabía que me irritaba.

—No tengo por qué fingir contigo. Sabes perfectamente lo que pienso de estas cosas —murmuré, dejando que la vista recorriera la sala.

El lugar rebosaba de gente influyente: empresarios, políticos, figuras de la alta sociedad, todos allí para rendir homenaje a la matriarca Ferrara. Pero más que eso, estaban allí para ser vistos.
La hipocresía flotaba en el aire como un perfume caro.

—Lo sé —respondió André con un suspiro teatral—. Odias cada minuto, pero aun así sigues aquí. Y te quedarás hasta el final,

porque eso es lo que nuestra querida abuela espera de ti. Y tú nunca le dices que no.

Le dirigí una mirada fría, cortante.

—Podría decir que no si quisiera.

Él arqueó una ceja, incrédulo, y soltó una carcajada breve y descarada.

—Claro que sí. Díselo algún día a Eloá Ferrara, y luego me cuentas cómo te ha ido —bromeó, alzando su copa hacia mí en un brindis burlón—. Podría ser interesante. Hasta haría palomitas.

Inspiré profundamente, conteniendo la irritación. André sabía exactamente cómo provocarme y, lo que era peor, tenía razón.
Nunca me había atrevido a desafiar a nuestra abuela. Desde la muerte de nuestros padres, Eloá había controlado cada detalle de nuestras vidas. Aprendí pronto que oponerse a ella era inútil.

Pero también había aprendido que su control tenía un propósito. Y, aunque a veces me pesara admitirlo, lo merecía. Por eso, incluso ahora, a mis cuarenta y cuatro años, seguía mostrándole la misma reverencia que me inculcó de niño.

Antes de poder responderle, la imponente figura de Eloá Ferrara apareció en el vestíbulo. Un súbito silencio recorrió el salón mientras todos los presentes giraban la cabeza hacia ella.
Vestida con un elegante vestido negro y discretas, aunque innegablemente costosas, joyas, se movía con la seguridad de quien sabe que domina la habitación.

Su mirada recorrió el lugar hasta detenerse en mí. Por un segundo, el gesto severo de su rostro pareció suavizarse en una leve y fugaz aprobación.

—Y ahí viene —murmuró André a mi lado, con una sonrisa sarcástica—. Será mejor que pongas tu mejor cara de nieto favorito.

—Cállate, André —dije entre dientes, justo cuando Eloá se detuvo frente a nosotros y extendió la mano.

Automáticamente me incliné para besar el dorso de su mano, sintiendo el peso evaluador de su mirada sobre mí. Cuando volví a incorporarme, su expresión era tan firme como siempre.

—Enrico, me alegra verte puntual este año. En cuanto a André… —lanzó una breve mirada crítica hacia mi hermano—. Bueno, finjamos que no he notado que llegas tarde otra vez.

André sonrió con fingida inocencia, alzando la copa en un brindis silencioso.

—No podía perderme la oportunidad de hacer una entrada dramática, *nonna*.

Eloá suspiró, visiblemente contrariada, pero decidió ignorarlo y centró toda su atención en mí.

—Espero que disfrutes de la fiesta, Enrico. Y recuerda saludar a tus hermanos. Matteo nos ha hecho el favor de venir esta vez, y Luca, como de costumbre, ya está en alguna parte siendo excesivamente encantador con los invitados. —Hizo una breve pausa, sosteniéndome la mirada con firmeza—. Y luego, cuando tengas un momento, me gustaría hablar contigo en privado.

—Por supuesto, *nonna* —respondí de inmediato, sintiendo cómo una tensión conocida se instalaba en mis hombros.

Asintió una sola vez y se alejó con su habitual elegancia glacial, dirigiéndose a un grupo de políticos que aguardaban su saludo.

André soltó una risa baja y controlada a mi lado.

—Por mucho que hagas, siempre quiere más de ti.

Respiré despacio, apartando la vista de él y recorriendo el salón con la mirada. Luca estaba, efectivamente, riendo con una pareja mayor, desplegando su encanto natural.

Matteo, en cambio, permanecía apoyado contra una columna, con el gesto aburrido y distante de quien preferiría estar en cualquier otro lugar.

—Tiene expectativas —respondí al fin, con voz fría y contenida—. Y sabe que las cumpliré.

André me observó un instante en silencio, meneando la cabeza con una mezcla de diversión y un destello de lástima.

—Sabes, Enrico, a veces realmente me das pena.

Le lancé una mirada irritada.

—Entonces hazme un favor, ¿quieres? —repliqué. Él arqueó una ceja—. Guárdatela para ti.

André sonrió, llevándose la copa a los labios.

—Quizá. Pero no puedes negarme que, aunque todos estemos aquí fingiendo ser una familia perfecta, no hay nada auténtico en todo esto.

No respondí. Miré de nuevo la sala abarrotada, el brillo excesivo de las lámparas, los rostros sonrientes y vacíos, los gestos ensayados.

Tenía razón. Todo era una farsa. Una función cuidadosamente orquestada por Eloá Ferrara, y nosotros éramos los actores obligados a interpretarla año tras año.

Y, como siempre, yo desempeñaba mi papel con absoluta perfección.

—Voy a tomar una copa —dije al fin, apartándome de André antes de que pudiera seguir provocándome.

Necesitaba distancia. Necesitaba silencio.

Tomé un vaso de whisky de la bandeja del primer camarero que pasó junto a mí y le di un trago generoso mientras me dirigía hacia el balcón lateral del vestíbulo.

El aire nocturno, denso y húmedo, me golpeó en el rostro al abrir las puertas. Por un momento, agradecí el contraste: el murmullo de la ciudad era mucho más sincero que cualquier palabra pronunciada dentro de aquel salón.

Por desgracia, Luca, que seguía charlando animadamente con algunos invitados, me vio y enseguida me dedicó una sonrisa cálida. Se despidió de la pareja con la que hablaba y se acercó a mí.

—Enrico, me alegra mucho que hayas podido venir —dijo, dándome un breve abrazo.

De todos mis hermanos, Luca era el más amable, el más afectuoso, el único que todavía intentaba ver algo más allá de las apariencias en nuestra familia.

—Como si tuviera elección —repliqué con ironía, manteniendo el rostro impasible—. Ya sabes cómo es nonna con estas celebraciones.

Luca suspiró, asintiendo con un gesto comprensivo.

—Le gusta mantener las tradiciones. Incluso las más incómodas —comentó, mirándome con perspicacia—. ¿Cómo estás?

Su tono era suave, pero no ingenuo. Como médico, Luca tenía un talento natural para detectar los signos que los demás preferían ignorar, sobre todo en los Ferrara.

—Estoy bien —respondí de forma automática.

Él arqueó una ceja, y su expresión escéptica me obligó a soltar un suspiro exasperado.

—Estoy todo lo bien que puedo estar, ¿de acuerdo?

—Por ahora me vale —respondió con una sonrisa leve—. Solo quería asegurarme de que no te estás matando a trabajar.

—Puedo cuidarme solo, Luca.

—Por supuesto que sí. Nunca he dicho lo contrario —dijo alzando las manos en señal de rendición—. Pero no tienes que cargar con el peso del mundo tú solo. A veces se te olvida que tienes familia, aunque sea… complicada.

Respiré hondo, observándole en silencio.

Luca siempre era el que intentaba suavizarlo todo, el pegamento invisible que mantenía unidos los fragmentos de una familia que

hacía mucho había dejado de ser unida.

—Lo sé —murmuré finalmente, sin emoción.

Aparté la mirada y encontré a Matteo en el otro extremo del salón, aún apoyado contra una columna, con expresión aburrida y una copa medio vacía en la mano. Luca siguió mi mirada y negó con la cabeza.

—Deberías intentar hablar con él.

—Matteo no escucha a nadie más que a sí mismo —repliqué con frialdad.

Luca sonrió con un dejo de melancolía.

—Sois más parecidos de lo que queréis admitir.

Ignoré el comentario y me despedí con un leve asentimiento antes de dirigirme hacia Matteo.

No sabía por qué lo hacía; tal vez era una forma de no dejar que los conflictos quedaran flotando en el aire.

Matteo me observó acercarme, sin apartarse de la columna.

—Enrico —saludó con un leve movimiento de cabeza.

—Matteo —respondí del mismo modo.

Durante unos segundos permanecimos en silencio, mirando en direcciones opuestas, como dos desconocidos atrapados en el mismo apellido. Finalmente, Matteo soltó un largo suspiro y cruzó los brazos.

—Sabes que odio estas cosas tanto como tú, ¿verdad?

—Lo sé —admití sin variar el tono.

—Pero tú, a diferencia de mí, sigues cumpliendo todas las órdenes de esa mujer —me lanzó una mirada desafiante—. ¿Hasta cuándo vas a seguir así, Enrico? ¿Hasta cuándo vas a permitir que nonna te controle solo porque ella lo exige?

La mandíbula se me tensó de inmediato. Sentí la irritación subir por la garganta como un ácido.

—Es nuestra abuela, Matteo. Le debemos respeto.

Soltó una carcajada seca, sin humor.

—¿Respeto o miedo? A veces creo que ni siquiera sabes distinguir la diferencia.

—¿Seguro que hablas de mí, y no de ti? —repliqué con dureza—. La última vez que lo comprobé, eras tú quien no sabía distinguir entre libertad e ingratitud.

Matteo se rio otra vez, apoyando la lengua contra el labio superior con gesto burlón.

—¿Te acuerdas de lo que era?

—¿De qué hablas? —gruñí, ya sabiendo que no iba a gustarme la respuesta.

—Ser libre, Enrico. ¿Te acuerdas de cómo se sentía? Porque yo sí. Recuerdo una época en la que tú también lo eras. Libre… y feliz.

No necesitaba más detalles para saber a qué se refería.

Pero antes de que pudiera responder, una voz conocida interrumpió la conversación.

—Matteo, ¿podrías al menos fingir que no estás discutiendo con tu hermano en medio de una fiesta? La gente está mirando —la voz suave, pero firme, de Eloá Ferrara cortó el aire como una cuchilla.

Matteo levantó las manos, sonriendo con fingida inocencia.

—Por supuesto, nonna. No quisiera arruinar tu fiesta perfecta —replicó con ironía antes de desaparecer entre los invitados.

Eloá exhaló despacio, sin molestarse en ocultar la molestia.

—Necesitas mantener a tus hermanos bajo control, Enrico. Especialmente a Matteo. Siempre ha sido demasiado rebelde.

—No es mi responsabilidad cuidarlos —contesté con frialdad.

Alzó la barbilla y me sostuvo la mirada con firmeza inquebrantable.

—Por supuesto que lo es. Eres el mayor. Eres el heredero. Esa siempre ha sido, y siempre será, tu responsabilidad, te guste o no.

Y, sin darme oportunidad de responder, se alejó con su elegancia habitual, dejándome allí, solo y con la frustración ardiéndome bajo la piel.

—Es reconfortante saber que esta fiesta sigue siendo igual de divertida —escuché la voz irónica de André a mi lado.

Cerré los ojos un segundo.

—¿No tienes a nadie más con quien irte al infierno? —murmuré secamente—. También tienes otros dos malditos hermanos.

—Hablar con ellos no tiene la misma gracia que hablar contigo —replicó con una sonrisa perezosa—. Pero tranquilo, esta vez vengo en son de paz.

—Dime lo que sea, André —le exigí, cansado.

Su sonrisa se ensanchó.

—Dreamland. —La sola palabra me hizo soltar un suspiro largo—. Los problemas no están disminuyendo, Enrico. Todo lo contrario.

El cansancio, ese compañero constante desde hacía años, se me hizo más pesado.

—¿Y ahora qué ocurre?

—He recibido informes esta mañana. Los lugareños están organizando una resistencia cada vez más fuerte. Ya han contactado con la prensa local y están generando ruido. Si no hacemos algo pronto, podría convertirse en un problema público.

Apreté los dientes, sintiendo cómo la irritación se transformaba en una furia contenida. Ya tenía suficientes frentes abiertos; lo último que necesitaba era que ese maldito proyecto se convirtiera en un escándalo.

—Hemos enviado negociadores. Las licencias están aprobadas. El ayuntamiento y la cámara están de nuestro lado, pero si no controlamos la opinión pública…

—Nos va a estallar en la cara —completó André.

—Exactamente. ¿Qué dice el departamento de relaciones públicas?

—Dimisión. Ayer. Era la tercera.

Solté otro suspiro, esta vez más hondo.

—Parece que tendré que solucionarlo yo mismo.

André esbozó una sonrisa cínica, negando con la cabeza.

—Lo sabía. Por eso te lo menciono antes de que nonna se entere y decida encargarse ella.

Dirigí una mirada hacia Eloá, que conversaba con un grupo de invitados, perfecta como siempre, ajena a la tensión que bullía bajo la superficie.

—No será necesario que se involucre —afirmé con voz firme—. Yo me encargaré.

André me observó unos segundos, su expresión perdiendo por un instante la ironía.

—Ten cuidado, Enrico. Tengo un mal presentimiento con este proyecto.

Aparté la vista, cortante.

—No te preocupes. Siempre resuelvo mis problemas.

—De eso no tengo ninguna duda —dijo, dándome una palmada ligera en el hombro antes de marcharse.

Me quedé solo, mirando el vacío, mientras mi mente comenzaba a trazar los pasos que daría a la mañana siguiente.

No importaba la magnitud del obstáculo. No importaba quién se interpusiera. Iba a resolverlo. Porque el fracaso no era una opción.

Nunca lo fue. Y nunca lo sería.

6. VALENTINA MUNIZ

Cuando eché un vistazo a la pastelería, ya cerrada al público, sentí un nudo apretarse en el pecho.

Todas las sillas estaban ocupadas por vecinos y comerciantes del barrio, y las expresiones en sus rostros dejaban claro que esperaban respuestas.

Por alguna razón que todavía no comprendía del todo, todos me miraban a mí.

Ahora yo era la responsable de guiarlos. ¿Cómo había ocurrido eso?

Respiré hondo, encontrando fuerza en la confianza silenciosa que me transmitían, y di un paso adelante, intentando parecer mucho más segura de lo que realmente me sentía.

—Antes que nada, quiero daros las gracias a todos por haber venido esta noche —comencé con firmeza, mi voz resonando contra las paredes de la pastelería—. Sé que estáis preocupados, y con razón. Este proyecto de complejo turístico no solo amenaza nuestros negocios: amenaza nuestra historia, nuestra cultura y nuestro modo de vida.

Un murmullo de aprobación recorrió la sala. Algunos asentían, otros fruncían el ceño, visiblemente inquietos.

Renata levantó la mano, pidiendo la palabra.

—Valentina, ¿de verdad crees que podemos luchar contra una empresa tan poderosa? Tienen dinero, abogados, contactos políticos. ¿Qué tenemos nosotros?

Suspiré, comprendiendo su miedo. Renata no era la única que lo sentía. Aquella lucha sería descomunal, y todos lo sabíamos.

—Tenemos algo mucho más fuerte de lo que ellos creen —respondí con firmeza, mirándola directamente a los ojos—. Nos tenemos los unos a los otros. Ellos pueden tener recursos, pero

nosotros tenemos algo que no se compra: comunidad, pertenencia, amor por este lugar. No luchamos solo por nosotros, sino por nuestros hijos, por las generaciones que vienen detrás. Eso es lo que nos da fuerza.

Júlia, sentada junto al mostrador, asintió con una sonrisa de aprobación que me animó a continuar.

—Pero, ¿cómo lo hacemos? —preguntó Camila, preocupada—. La petición no ha servido de nada. El ayuntamiento está claramente de su lado. ¿Qué más podemos hacer?

—Podemos volver a intentarlo —respondí sin dudar—. Tenemos que exigir una audiencia pública y contarles nuestras historias cara a cara a los concejales. Deben entender que esta ciudad no está en venta.

Y además, creo que deberíamos organizar una manifestación pacífica. Tenemos que demostrar públicamente que Tiradentes está unida y dispuesta a defenderse.

Durante unos segundos, nadie habló. Mi corazón se aceleró, temiendo el silencio. Pero entonces, uno a uno, comenzaron a asentir.

—Tienes razón, Valentina —dijo un hombre mayor, dueño de una posada tradicional cerca del parque—. Si no lo hacemos nosotros, nadie lo hará. Estoy contigo.

—Nosotros también —añadió una pareja que regentaba una tienda de artesanía en la misma calle.

Una oleada de gratitud me recorrió al ver cómo el miedo inicial daba paso a la determinación.

—Perfecto —dije con renovada seguridad—. Mañana contactaré con el ayuntamiento para pedir esa audiencia pública. Y empezaremos a organizar la manifestación de inmediato. Si permanecemos unidos, no podrán vencernos.

La reunión continuó entre comentarios esperanzadores y promesas de apoyo.

Cuando todos empezaron a marcharse, algunos se acercaron a agradecerme personalmente. Decían que aquella noche les había devuelto algo que creían perdido: la esperanza.

Cuando la pastelería quedó vacía, Júlia se acercó con una sonrisa tranquila.

—Sabía que podías hacerlo. Confían en ti, Valentina.

Pasé una mano por el pelo, todavía nerviosa.

—Ojalá esté a la altura, Júlia. No sé si estoy preparada para liderar algo así.

Me puso una mano en el hombro y me sostuvo la mirada con sinceridad.

—Ya lo estás haciendo. Y no estás sola. Estamos contigo, todos. Vamos a lograrlo, juntos.

Le devolví la sonrisa, sintiendo cómo sus palabras encendían algo dentro de mí.

—Gracias por estar aquí.

—Siempre, amiga. Pero ahora ve a descansar. Mañana será un día largo.

Asentí con una risa leve mientras ella se marchaba.

Cuando me quedé sola, miré alrededor: las mesas, el mostrador, el olor a azúcar y a pan recién hecho.

Ese pequeño lugar era mi mundo.

Y pensaba protegerlo con todo lo que tuviera.

Unos días después, estaba preparando las mesas para la hora del almuerzo cuando escuché el suave tintineo del timbre sobre la puerta.

—Lo siento, pero todavía no hemos abierto —dije sin levantar la vista del menú que estaba ajustando.

—No he venido a comer —respondió una voz masculina, fría, profesional—. He venido a hablar.

Alcé la mirada, sorprendida. El hombre que estaba en la entrada vestía un traje demasiado caro para un turista. Detrás de él, dos acompañantes observaban en silencio, con una atención calculada que me puso en alerta inmediata.

Noté cómo se me tensaba el estómago, pero mantuve el gesto sereno y me acerqué un paso.

—¿En qué puedo ayudarle?

El hombre avanzó con paso medido, echando un vistazo al local como si evaluara su valor.

—Me llamo Guilherme Antunes. Soy abogado del Grupo Ferrara —dijo con calma, haciendo una pausa que pareció deliberada—. Venimos a hacerle una propuesta, señorita Muñiz.

El corazón me dio un vuelco, pero mantuve la compostura. Me crucé de brazos y lo miré fijamente.

—No estoy interesada en escuchar ninguna propuesta. Mi negocio no está en venta, y usted lo sabe.

Antunes sonrió con falsa cordialidad y dio un paso más hacia mí.

—Le aconsejo que lo reconsidere. La oferta es generosa, muy por encima del valor real del local. Estoy seguro de que sería más que suficiente para empezar de nuevo… en un lugar más adecuado.

—¿Más adecuado? —repetí, alzando la barbilla—. No hay lugar más adecuado que este. Aquí crié a mi hija y aquí está mi vida. No pienso vender, por mucho dinero que ofrezcan.

El abogado suspiró con visible frustración. Su expresión se endureció.

—Señorita Muñiz, permítame ser claro. Este proyecto seguirá adelante, con o sin su cooperación. Por ahora intentamos resolverlo de forma amistosa, pero existen medios legales para conseguir lo que necesitamos. Y créame, Ferrara no dudará en utilizarlos.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Sabía que sus palabras estaban diseñadas para intimidarme, para hacerme retroceder. Pero solo consiguieron lo contrario. Respiré hondo, manteniendo la mirada fija en la suya.

—He entendido su mensaje, señor Antunes. Ahora escuche el mío: no venderé, no me iré y no pienso dejarme intimidar. Si su cliente está acostumbrado a conseguirlo todo con dinero o poder, quizá sea hora de que descubra que no todo se compra.

Durante unos segundos, me observó en silencio, sorprendido por mi firmeza. Finalmente, asintió despacio, y una sonrisa fría curvó sus labios.

—Entiendo perfectamente su posición. Pero no diga después que no se lo advertimos, señorita Muñiz. Que tenga un buen día.

Se volvió bruscamente y salió del local seguido de los dos hombres.

El timbre de la puerta sonó al cerrarse y, solo entonces, me permití exhalar el aire contenido.

El corazón me latía con fuerza, las manos me temblaban, pero una certeza me anclaba con más firmeza que nunca: no iba a ceder.

Por mucho que el Grupo Ferrara intentara intimidarme, por mucho que el pasado intentara alcanzarme otra vez, no me rendiría.Nada ni nadie iba a volver a quitarme lo que era mío.

7. ENRICO FERRARA

Nunca me han gustado las ciudades pequeñas. Tienen esa molesta costumbre de parecer perfectas: pacíficas, ordenadas, con sus calles estrechas, sus casas antiguas y esa gente que sonríe como si no tuviera preocupaciones reales.

Una fachada.

Lo sabía demasiado bien. Bajo esa calma aparente, siempre hay algo podrido, algo escondido, esperando el momento oportuno para salir a la luz.

Tiradentes no era la excepción.

Mi chófer redujo la velocidad al entrar en el centro histórico; el pavimento irregular obligó al coche a avanzar con lentitud, haciendo que el asiento de cuero se meciera bajo mi cuerpo. Mi ya escasa paciencia se agotaba por segundos. Miré el reloj, irritado por el retraso.

—Lo siento, señor Ferrara —murmuró Pedro, mi asistente, con evidente incomodidad—. El ayuntamiento está a la vuelta de la esquina. No tardaremos.

—Espero que no —repliqué con frialdad—. No he venido a esta ciudad a perder el tiempo. Resuélvelo, Pedro.

—Sí, señor.

Mientras el coche avanzaba, un movimiento inusual comenzó a llamar mi atención. La calle que conducía directamente al ayuntamiento estaba parcialmente bloqueada por un grupo de manifestantes.
Portaban pancartas improvisadas y gritaban consignas con un entusiasmo que me pareció irritante.

Sentí cómo la mandíbula se me tensaba y la irritación se transformaba en una cólera contenida.

—¿Qué significa eso? —pregunté con voz baja y controlada, pero tan fría que incluso Pedro se removió en el asiento.

—Parece que se enteraron de su reunión con el alcalde —respondió tras una breve vacilación—. Corrían rumores en la ciudad, pero no imaginé que llegarían tan lejos.

—¿Rumores? —mi tono se volvió un filo cortante—. Deberías haber controlado esto antes de que se convirtiera en un problema. Arréglalo ya.

Pedro asintió de inmediato, salió del coche con gesto nervioso y se acercó al grupo para intentar mediar. Lo observé por la ventanilla, gesticulando sin éxito ante una decena de personas que coreaban con más fuerza cada vez.

Inspiré hondo, sintiendo cómo el control se me escapaba por momentos. Detestaba ese tipo de situaciones. No tenía ni tiempo ni interés en lidiar con conflictos tan triviales.

Pero aquella reunión era crucial para Dreamland, y más aún para Eloá. No podía permitirme cancelarla ni retrasarla.

Cuando Pedro regresó, su rostro estaba tenso, casi asustado.

—Señor Ferrara, lo siento, pero son inflexibles. No permiten que el coche pase. Quieren hablar con usted directamente.

El enfado me recorrió como una corriente eléctrica.
Respiré profundamente, conteniendo el impulso de gritar. No perdería el control. No yo.

—Bien —respondí con calma gélida mientras me ajustaba las mangas del traje—. Si tanto desean hablar conmigo, tendrán exactamente eso.

Abrí la puerta y salí del coche con movimientos medidos.
Mi sola presencia bastó para imponer un silencio inmediato entre el grupo.
Las miradas se clavaron en mí, algunas sorprendidas, otras abiertamente nerviosas.
Disfruté un segundo del poder de ese silencio.

Pero entonces la vi.

Al principio solo percibí una silueta femenina, de espaldas, sujetando una pancarta con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos.
Algo en mí se contrajo, un reflejo tan violento que me dejó inmóvil.

Ella se giró lentamente, como si también sintiera lo inevitable.
Y cuando nuestros ojos se encontraron, el mundo se detuvo.

Fue como recibir un golpe en el pecho. El aire me abandonó. Mi corazón, ese músculo que creía muerto para ciertas emociones, se rebeló.

Valentina.

Su nombre resonó en mi mente, tan claro y doloroso como el primer día que la perdí.

Cinco años. Cinco años sin verla. Cinco años intentando borrarla de mi memoria.

Y allí estaba. De pie, frente a mí, con la misma mirada imposible de olvidar. Sus ojos eran exactamente los mismos: grandes, intensos, desbordando una mezcla de miedo, sorpresa y algo más… algo que prefería no nombrar.

Había cambiado poco. Quizá más madura, más firme.
Y, maldita sea, más hermosa. El mismo rostro, los mismos labios que recordaba con una precisión enfermiza.

Una sensación cruda, feroz y peligrosa me recorrió el pecho.
Aquel rostro ya no debía significar nada. Esa mujer no debía tener ningún poder sobre mí.

Era una traidora. Una mentirosa. Una sombra que había jurado enterrar para siempre.

Entonces, ¿por qué mi pulso estaba desbocado? ¿Por qué mi garganta se cerraba al verla? ¿Por qué esa rabia que creía muerta volvía a rugir tan viva como el primer día?

—¿Enrico...? —susurró ella, incrédula.

Su voz me atravesó como un disparo. Frágil. Inocente.
Exactamente igual que cuando me juró amor eterno antes de destruirlo todo.

Y en un instante, toda la furia contenida durante cinco años ardió con violencia renovada.

¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía a estar allí, respirando el mismo aire que yo, mirándome de frente, como si nada hubiera pasado?

Enderecé la espalda. Mi expresión volvió a su estado natural: hielo puro. Crucé los brazos sobre el pecho y dejé que una sonrisa lenta, cruel, se dibujara en mis labios.

—Vaya, vaya, Valentina… —mi voz salió grave, impregnada de veneno—. Parece que al fin has encontrado tu sitio: luchando por ruinas. Exactamente lo que siempre has sido.

Vi cómo el dolor se reflejaba en su rostro. Sus ojos brillaron con lágrimas contenidas.

Y sentí una satisfacción tan amarga como adictiva.

Perfecto.

Que duela. Que sienta lo mismo que yo sentí aquel día, al ver aquellas malditas fotografías, al creer en su traición.

Y aun así… incluso ahora, incluso odiándola, algo en mi interior ardía por razones que no podía —o no quería— entender.

Valentina estaba allí, frente a mí, resucitando todo lo que había intentado enterrar. Todo lo que me había destruido una vez.

Y yo no lo permitiría. Esta vez, sería ella quien pagase el precio.

Tendría sus lágrimas. Su desesperación. Su rendición. Y cuando terminara, cuando volviera a romperla como ella me rompió a mí, entonces sí, por fin, volvería a ser libre.

8. VALENTINA MUNIZ

Sus palabras me golpearon como una hoja fría y afilada, desgarrándome la piel y abriendo viejas heridas que creía curadas desde hacía mucho tiempo. Durante un momento dolorosamente largo, todo a mi alrededor pareció congelarse, y volví a estar en aquella iglesia enorme y fría, sintiendo el peso de la humillación y el abandono públicos ante cientos de ojos llenos de juicio y compasión.

Sus ojos, sobre todo. Fríos, crueles, vacíos de cualquier señal del hombre que una vez había amado.

Las lágrimas me escocían los ojos y amenazaban con correr por mis mejillas. Apreté las manos con fuerza alrededor del cartel, sintiendo cómo la madera me cortaba ligeramente las palmas. Usé ese dolor físico para anclarme al presente. Después de todo el tiempo que había dedicado a olvidar a Enrico Ferrara, a borrar cualquier rastro suyo de mi vida, de mis pensamientos, de mis sentimientos, él estaba allí. Delante de mí.

Me había jurado a mí misma no volver a permitir que aquel hombre tuviera poder alguno sobre mí. Pero bastó verlo, con su presencia arrogante y esa mirada de hielo, para entender cuán ingenua había sido al creerme inmune. Su sola existencia sacudía cada fibra de mi cuerpo. El corazón me latía con fuerza, las piernas me temblaban y una oleada de emociones antiguas, reprimidas y peligrosas, amenazaba con desbordarme.

Enrico me observaba con absoluta frialdad, una sonrisa cruel curvando los labios, igual que en el altar. Esperaba que retrocediera, que me quebrara ante su autoridad, que repitiera la escena de hace cinco años. Pero ya no era aquella chica ingenua y asustada. Era una mujer. Una madre. La madre de la hija que él había rechazado incluso antes de nacer.

Me enderecé, levantando los hombros y la barbilla con el valor que tuve que arrancar de lo más profundo de mí misma. Mis ojos seguían brillando peligrosamente por las lágrimas que me negaba a dejar caer, pero mi voz salió firme, clara y desafiante.

—Y sigues siendo exactamente el mismo, Enrico. Arrogante, cruel e incapaz de entender nada más allá de tu propio ego. Pero esta vez no ganarás. No aquí.

Una fugaz sorpresa cruzó sus ojos antes de que una furia gélida tomara su lugar. No estaba acostumbrado a que lo confrontaran, y menos aún alguien a quien consideraba por debajo de él. Su expresión se volvió aún más fría, más peligrosa. Dio medio paso hacia mí con un movimiento calculado y autoritario.

—Sigues sin entenderlo, ¿verdad? —susurró, con una voz baja y afilada que solo yo podía oír—. No existe un solo escenario en este maldito mundo en el que puedas vencerme, Valentina. Ni en esta situación ni en ninguna otra. Ya expuse una vez lo falsa que eres, y no tengo problema en hacerlo otra vez. Acéptalo y ahórrate la vergüenza.

Sentí cómo sus palabras me atravesaban, pero esta vez no me derrumbaron. Al contrario: encendieron algo dentro de mí.

—No te tengo miedo —respondí, mirándole directamente a los ojos, con un esfuerzo casi sobrehumano por mantener la voz firme —. Ya no. Y no vas a volver a destrozarme la vida, Enrico.

El silencio que siguió fue abrumador. Los manifestantes se habían callado por completo, observando nuestro enfrentamiento con una mezcla de asombro y tensión. Enrico pareció darse cuenta de ello y su molestia se intensificó. Entrecerró los ojos, recorriéndome con la mirada de arriba abajo, analizando cada gesto, cada resquicio de debilidad que pudiera aprovechar.

—Veremos cuánto te dura ese valor, Valentina —dijo finalmente, con un tono bajo y amenazante. Luego se dio la vuelta y caminó hacia el coche con la misma arrogancia con la que había llegado.

Lo observé marcharse, inmóvil, manteniendo el rostro erguido hasta que el vehículo desapareció calle abajo. Solo entonces permití que mi cuerpo se relajara lo suficiente para respirar. El corazón me martilleaba en el pecho, las manos me temblaban, pero había conseguido mantenerme firme. Había logrado mirarle a los ojos sin caer de nuevo en el abismo.

Júlia se acercó despacio y me tocó el hombro con preocupación.

—Val… ¿Qué fue eso? ¿Estás bien?

Parpadeé para apartar las lágrimas que todavía amenazaban con escapar y le dediqué una sonrisa tensa.

—Estoy bien —dije con voz segura, y me giré hacia los demás manifestantes, que seguían en silencio—. Y ahora más que nunca debemos mantenernos firmes. Si antes teníamos razones para luchar, ahora tenemos muchas más. Esta empresa y su arrogante director general no tienen ni idea de lo que somos capaces. No nos echaremos atrás, hagan lo que hagan o digan lo que digan.

Los rostros que me rodeaban se iluminaron de determinación. Algunos aplaudieron, otros asintieron enérgicamente. Sentí cómo su apoyo renovaba mi propia fuerza.

Ya no era la misma mujer que él había humillado. Había aprendido a levantarse, a resistir, a luchar.

Y si Enrico Ferrara había vuelto para intentar destruirme de nuevo, iba a descubrir que esta vez sería él quien terminaría de rodillas.

9. ENRICO FERRARA

La mansión histórica que Pedro me había reservado en Tiradentes debería haber sido más que suficiente para garantizar mi comodidad absoluta. Pero en aquel momento, ningún lujo ni exclusividad bastaban para contener el torbellino de rabia que rugía dentro de mí.

Caminaba impaciente de un lado a otro, los pasos firmes de mis zapatos resonando sobre el suelo pulido mientras intentaba, en vano, contener la furia que me consumía. Los músculos tensos, las manos cerradas en puños. Todo lo que veía era a ella.

La mujer que había arruinado mi vida, traicionado mi confianza y humillado mi nombre públicamente. Y aun así había tenido el descaro de mirarme con esa arrogancia absurda, como si fuese la víctima.

El teléfono vibró sobre la mesa. Lo tomé de inmediato al ver el nombre de André parpadeando en la pantalla.

—Espero que me llames para decirme que ya tienes los resultados de la investigación que te pedí.

Mi hermano resopló al otro lado de la línea.

—¿Así llamas al mensaje críptico y completamente irracional que me enviaste hace diez minutos? ¿Una solicitud de investigación?

—André —gruñí entre dientes, y él soltó un suspiro largo.
—¿Qué pasa, Enrico? ¿Vas a Tiradentes para una reunión sobre Dreamland y de pronto me pides que investigue los últimos cinco años de vida de tu ex? No tiene sentido…

—La he visto —lo interrumpí, sin ganas de explicaciones. El silencio que siguió fue inmediato—. Está aquí. En Tiradentes. Y ha tenido la osadía de mirarme a los ojos y desafiarme. Quiero cada detalle de su vida, cada error, cada paso, cada deuda, cualquier cosa que pueda servirme para destruirla.

Oí a André respirar profundamente antes de responder, con voz medida:

—Enrico, tienes que respirar hondo y pensar con calma. Sé que esto te afecta, pero debemos actuar con cabeza. No puedes dejar que un asunto personal interfiera en tus decisiones.

Solté una risa sarcástica.

—¿Asunto personal? ¿Tendré que recordarte lo que hizo? ¿Lo que habría supuesto para mí, para todos nosotros, si no lo hubiera descubierto a tiempo? —Mi voz tembló de furia contenida—. Se lo advertí. Le dije que no volviera a pensar en mi nombre, y aun así decidió enfrentarse a mí. Que asuma las consecuencias.

André guardó silencio unos segundos antes de hablar con cautela.

—¿Y si esta historia no es exactamente lo que crees, Enrico? ¿Nunca has considerado que quizá haya algo más detrás de todo eso? ¿Que tal vez ella no sea lo que tú piensas?

Apreté la mandíbula, sintiendo cómo la tensión se extendía por todo mi cuerpo.

—¿Ahora la defiendes tú también? —pregunté con frialdad—. No pierdas mi tiempo intentando justificar a esa oportunista. Yo sé perfectamente quién es.

—Solo digo que quizá valga la pena mirar más a fondo antes de actuar por impulso —insistió André, manteniendo la calma—. Tal vez deberíamos ampliar la investigación, no limitarla solo a cinco años.

—No quiero oír ni una palabra más —lo corté bruscamente—. Haz lo que te he pedido. Quiero todo, absolutamente todo sobre ella. No me importa cuánto cueste ni a quién tengas que presionar. Y hazlo rápido. No pienso pasar ni un segundo más del necesario en este lugar que ya está contaminado por su presencia.

—De acuerdo, Enrico —respondió al fin, resignado—. Me ocuparé de ello.

Corté la llamada, aún más irritado por su tono. André solía respaldar mis decisiones sin cuestionarlas, y su intento de poner límites o compasión en este asunto solo avivó mi enfado.

Unos golpes discretos en la puerta interrumpieron mis pensamientos.

—Entra —ordené con voz dura.

Pedro apareció, visiblemente nervioso.

—Señor Ferrara, disculpe la interrupción, pero el alcalde ha llegado. Está aquí.

—Por fin —murmuré con desdén.

Aquel incompetente no solo había permitido el caos en el ayuntamiento, sino que además me hacía esperar.

—Lo dejé en la oficina de la planta baja —añadió Pedro.

Salí de la habitación y caminé hacia el despacho indicado. Nada más abrir la puerta, el alcalde Márcio Penhaz se levantó de golpe. Su barriga sobresalía bajo el traje mal ajustado y la calva brillante le relucía por el sudor.

Me limité a respirar hondo, conservando el rostro frío mientras lo observaba.

—Supongo que ha venido a explicarme por qué ha permitido que se organizara ese ridículo circo hoy —dije, cruzando el despacho para ocupar la silla tras el escritorio—. Le aseguro que estoy muy interesado en oír su explicación.

El alcalde tragó saliva y se removió incómodo.

—Lo siento, señor Ferrara, pero mis manos están atadas. El movimiento de los residentes está más organizado de lo que pensábamos. Han creado una asociación formal, bloquean procesos administrativos, celebran manifestaciones y… la prensa está de su parte. No puedo desalojarlos sin generar una reacción pública.

La irritación me recorrió entero.

—¿Me está diciendo que ha dejado que un grupo de aficionados le derrote? ¿Que un puñado de vecinos ha conseguido detener un proyecto de miles de millones? —pregunté con voz baja, pero cargada de amenaza.

Penhaz retrocedió, sudando.

—He hecho todo lo posible, señor Ferrara. Pero la única forma de avanzar ahora es llegar a un acuerdo con la líder de la asociación. Puedo mediar una reunión inmediatamente, si usted lo autoriza.

Solté un suspiro, odiando cada palabra. La idea de negociar con alguien de ese grupo era una humillación, pero no tenía alternativa. Dreamland debía salir adelante. Ese proyecto no era solo un negocio: era una cuestión personal.

—Organice la reunión —ordené con sequedad—. ¿Quién es esa líder que cree poder desafiar al Grupo Ferrara?

El alcalde vaciló antes de responder, bajando la mirada.

—Es… la señorita Valentina Muñiz, señor Ferrara.

Por un instante, todo el aire pareció desaparecer de la habitación. El nombre me golpeó como un martillo.

Valentina. Otra vez. Siempre Valentina.

El alcalde palideció al ver cómo mi expresión cambiaba.

—Ella coordina personalmente toda la resistencia al proyecto —añadió con cautela.

Una oleada de furia me recorrió el cuerpo. No solo había tenido la osadía de enfrentarse a mí en público, sino que ahora lideraba una rebelión que se interponía directamente en mi camino.

Apreté los dientes, sintiendo el calor abrasador del odio subir por mi garganta. Respiré hondo, recuperando el control con esfuerzo.

—Entonces esta reunión será más interesante de lo que pensaba —dije finalmente, con un tono glacial que hizo que el alcalde se estremeciera—. Organícela, y que sea cuanto antes.

Penhaz asintió y salió apresuradamente del despacho.

En cuanto la puerta se cerró, mi autocontrol se quebró. La rabia me invadió con una intensidad que hacía años no sentía.

Valentina Muñiz pagaría caro cada obstáculo que pusiera en mi camino. Destruiría su resistencia, su orgullo y su tranquilidad.
Y cuando terminara con ella, no quedaría nada.

Porque esta vez, mi venganza sería definitiva.

10. VALENTINA MUNIZ

Horas después de reencontrarme con Enrico, aún podía sentir su mirada fría y cruel quemándome la piel. Cada palabra venenosa que había pronunciado seguía incrustada en mi mente, repitiéndose sin cesar y arrancando pedazos de mi calma con la precisión de quien sabe exactamente dónde herir.

No podía concentrarme en nada más. Estaba agotada, física y emocionalmente. Incluso había quemado una hornada de magdalenas, algo que nunca me había ocurrido en la vida.

La casa estaba sumida en un profundo silencio. Clara dormía plácidamente en la habitación contigua, ajena al caos que crecía lentamente a su alrededor. Sentada en el sofá del salón, con la cabeza entre las manos, intentaba inútilmente encontrar una salida, algo que me ayudara a aliviar la opresión que me atenazaba el pecho.

Enrico Ferrara no era solo un fantasma del pasado; ahora era una amenaza real para el futuro que había construido con tanto esfuerzo y determinación.

Un suave golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos. Cuando levanté la vista, Júlia estaba de pie en el umbral, mirándome con evidente preocupación.

—Hola —dijo en voz baja, acercándose con cautela y sentándose a mi lado—. ¿Ha dormido Clara?

—Sí —murmuré, agotada pero intentando sonar firme—. Por fin. Hoy estaba inquieta, creo que intuía que algo iba mal.

Júlia suspiró y me tocó el hombro con ternura.

—¿Y tú, Val? ¿Cómo estás?

Cerré los ojos un momento, intentando contener el nudo en la garganta.

—¿Sinceramente? No lo sé —admití con una risa sin humor—. Pensaba que lo había superado hace mucho tiempo. Creía que el pasado ya no tenía poder sobre mí.

—Y no lo tiene —replicó con firmeza, apretándome la mano—. Ya no eres esa chica a la que abandonó, Valentina. Eres más fuerte que nunca. No dejes que te lo quite otra vez.

Le dediqué una débil sonrisa. Júlia siempre había sido mi roca, desde aquel primer día en que llegué al pueblo, sola, embarazada y completamente perdida. Sin ella, probablemente nunca habría conseguido reconstruirme. Sabía escucharme cuando necesitaba hablar, pero también sabía compartir el silencio cuando lo único que necesitaba era no estar sola.

—No pienso dejarlo, Ju —respondí con más firmeza, aunque el corazón seguía latiéndome demasiado rápido—. Pero ahora viene con todo. Y sé que no parará hasta conseguir lo que quiere.

El gesto de Júlia se volvió más serio.

—¿Crees que podría hacer algo contra ti y Clara?

Sacudí la cabeza, aunque una sombra de miedo recorrió mi espalda.

—Conociendo a Enrico, es capaz de cualquier cosa. Cuando hoy me ha amenazado, he visto cuánto me odia todavía. —Tragué saliva y desvié la mirada—. Por mucho que pase el tiempo, nunca me perdonará lo que cree que hice.

—¿Y nunca intentaste explicarlo? —preguntó Júlia con cautela.
Sonreí con tristeza.

—Nunca me dio la oportunidad. Cuando Enrico decidió que yo era culpable, ya no hubo diálogo posible. Para él siempre fui la traidora.

El silencio se extendió unos segundos entre nosotras. Júlia respiró hondo y me miró con expresión seria.

—No importa lo que él piense, Valentina. No tienes que demostrarle nada. Lo único que importa ahora es proteger a Clara y

esta ciudad que tanto amas. No podemos dejar que Ferrara gane.

Asentí despacio.

—Temo por mi hija —admití con voz baja—. Nunca quise que ella sintiera el rechazo de su padre. Yo… —Bajé la cabeza y me llevé las manos a la cara—. No sé qué hacer, Júlia.

¿Hasta cuándo se quedaría Enrico en la ciudad? ¿Cuánto riesgo corría Clara si él decidía involucrarse? Dios mío, había amado a ese hombre con todo mi ser, y ahora debía preguntarme si sería capaz de hacer daño a una niña de cuatro años. Su hija. La niña que nunca quiso.

Una lágrima silenciosa resbaló por mi mejilla. Odiaba sentirme tan frágil, pero no sabía cómo evitarlo. Júlia no dijo nada, se limitó a acompañarme en silencio, compartiendo la carga invisible de mis pensamientos.

Las horas avanzaban, pero el desasosiego seguía allí, inamovible. No quería renunciar a mi vida, pero tampoco podía evitar pensar en si mantenerme aquí pondría a Clara en peligro. ¿Y si desaparecer fuera la única salida? No era justo. Ni para mí, ni para ella.

Como si percibiera mi angustia, Theo apareció arrastrando las patas por el pasillo y se tumbó a mis pies. Solté una carcajada suave y me agaché para rascarle detrás de las orejas.

—Dijo que no pasaría nada —bromeó Júlia.

Antes de que pudiera responder, mi teléfono sonó con fuerza. El número era desconocido. Dudé unos segundos, pero finalmente contesté.

—¿Hola?

—Señorita Muñiz, buenas noches. Disculpe la hora. Soy Cláudio, el alcalde. Esta no es una llamada oficial, más bien una cortesía personal.

Parpadeé, sorprendida. ¿El alcalde? Miré el reloj de la pared: pasaban de las ocho de la noche.

—¿El alcalde de Tiradentes? —pregunté incrédula.

—Sí, señorita. Yo mismo. —Su tono era cordial, pero tenso—. Creo que solicitó una reunión entre la Asociación y el representante del Grupo Ferrara, ¿verdad?

Mi corazón empezó a latir con fuerza. Lo había hecho, sin saber quién era ese representante.

—Así es.

—Bien. En nombre de los intereses de la ciudad, estoy dispuesto a mediar en esa reunión. El representante que se encuentra aquí, el propio CEO del Grupo Ferrara, está dispuesto a hablar con usted.

Una risa amarga se me escapó. "Dispuesto a hablar conmigo". Qué gran ironía.

—¿Cuándo será esa reunión? —pregunté al notar que el alcalde dudaba.

—Mañana por la mañana, a las diez, en el ayuntamiento.

Cerré los ojos, sintiendo un escalofrío recorrerme la espalda. La idea de enfrentarme de nuevo a Enrico tan pronto era casi insoportable.

—De acuerdo —respondí al fin, en voz baja pero firme—. Allí estaré.

Colgué. El silencio volvió a llenar la habitación mientras Júlia me observaba con una mezcla de admiración y preocupación.

—Quieren una reunión —le expliqué—. Han aceptado la que pedimos. Entre la Asociación y Ferrara.

Júlia abrió los ojos de par en par.

—¿Estás segura de que estás lista para eso, Valentina?

Me mordí el labio y respiré hondo.

—No tengo elección. Si no me enfrento a él ahora, todo lo que he construido se desmoronará. No puedo permitirlo.

Júlia me tomó la mano, ofreciéndome su fuerza.

—No estarás sola. Camila, Renata, todos en esta ciudad están contigo. Enrico Ferrara no tiene idea de cuánta resistencia va a encontrar esta vez.

Sonreí levemente, agradecida.

—Gracias, Ju. No podría hacerlo sin ti.

—Claro que podrías —replicó con una sonrisa segura—. Pero, por suerte, no tendrás que hacerlo.

Asentí, inspirando profundamente.

—Mañana me enfrentaré a Enrico Ferrara. No me echaré atrás, no importa lo que diga o haga. No puede hacerme más daño del que ya me hizo. Ahora sé quién es él… y, sobre todo, sé quién soy yo.

Júlia sonrió con orgullo y asintió.

—Esa es la Valentina que conozco.

11. ENRICO FERRARA

La sala de reuniones del ayuntamiento era pequeña y sofocante, muy diferente de los espacios amplios y sofisticados a los que estaba acostumbrado. La mesa rústica, los muebles antiguos, las paredes apagadas… todo en aquel lugar parecía diseñado para poner a prueba mi paciencia. Pero nada me irritaba tanto como la presencia de la mujer sentada frente a mí, mirándome con esos ojos obstinadamente desafiantes.

Valentina estaba allí, de pie, con las manos apoyadas sobre la mesa, la postura erguida y los hombros tensos en una clara muestra de resistencia. Estaba decidida a no mostrar debilidad delante de mí. Y eso, inexplicablemente, me enfurecía aún más.

El alcalde olfateó nervioso, intentando romper el silencio cargado que llenaba la habitación.

—Bueno… ahora que estamos todos aquí, podemos empezar. El objetivo de esta reunión es encontrar una solución pacífica al estancamiento del proyecto Dreamland. Creo que todos queremos resolver esto de manera amistosa, ¿verdad?

Ignoré su intento de mediación y mantuve los ojos fijos en Valentina, analizando cada gesto, cada leve movimiento de su rostro.

—Vayamos directamente al grano —dije con frialdad, interrumpiéndole—. No tengo intención de perder el tiempo en discursos vacíos. Quiero saber qué clase de exigencias absurdas se cree con derecho a plantear la asociación.

Valentina entrecerró los ojos, ofendida, pero su voz se mantuvo firme cuando respondió:

—No son exigencias absurdas, señor Ferrara. Son medidas para garantizar la conservación histórica y cultural de esta ciudad, así como la seguridad económica de las familias que han vivido y trabajado aquí durante generaciones.

Una risa seca escapó de mis labios. Crucé los brazos sobre el pecho y la observé con una mezcla de sarcasmo y desprecio.

—Qué conmovedor. No sabía que te preocupara tanto la conservación histórica. Si no conociera tan bien el tipo de mujer que eres, hasta podría creerme esa repentina preocupación social.

Vi cómo su mandíbula se tensaba. Intentó mantener la compostura, pero la irritación se filtraba en cada línea de su cuerpo.

—Lo que pienses o no de mí es irrelevante, Enrico. No estamos aquí para hablar de asuntos personales, aunque te cueste entenderlo.

Me incliné hacia adelante, bajando la voz hasta convertirla en un susurro cortante.

—Siempre has tenido talento para manipular las cosas a tu favor, Valentina. Sobre todo cuando intentas convencer a los demás de que tus intenciones son puras. —Mis ojos se clavaron en los suyos con frialdad calculada—. Pero tú y yo sabemos que estás muy lejos de ser esa defensora de la ética y la moral que pretendes ser ahora.

Sus manos temblaron ligeramente sobre la mesa, pero no apartó la mirada.

—El proyecto Ferrara es una amenaza real para las familias de esta ciudad. Sé que te cuesta ver más allá de tus propios intereses, pero no todo el mundo es como tú.

El veneno de sus palabras me alcanzó de lleno.
Mantuve el rostro impasible, pero mi voz salió baja, cargada de tensión.

—Ah, las familias. Qué noble de tu parte protegerlas con tanto fervor. ¿Qué pasa, Valentina? ¿Promesa de Año Nuevo? ¿Ahora piensas en las consecuencias antes de actuar?

Respiró hondo, conteniéndose para no perder el control frente al alcalde. Yo, en cambio, disfrutaba cada segundo de su lucha por mantenerse firme.

—Las decisiones irreflexivas son tu especialidad, no la mía —replicó, con una calma forzada que apenas disfrazaba su rabia.

El alcalde se removió incómodo, perdido entre las líneas de aquel enfrentamiento velado. Valentina alzó la barbilla y me sostuvo la mirada con fría determinación.

—Tu especialidad, Enrico, siempre fue confundir a la gente. Convencerles de que te importa, cuando en realidad solo piensas en ti.

Mi sonrisa desapareció lentamente, y la habitación pareció encogerse a nuestro alrededor.

—Lo único que me importa —dije despacio— es asegurarme de que nadie me cuestione impunemente. Ni en esta ciudad… ni en ningún otro lugar.

El silencio que siguió fue tan denso que se podía cortar con un cuchillo.

—Al contrario, Valentina. Mis decisiones siempre se basan en pruebas sólidas. Si tú y tus aliados no podéis aceptarlo, quizá sea porque os cuesta reconocer vuestros propios errores.

—¿Mis errores? —se rió con sarcasmo, cruzándose de brazos con un brillo cuidadosamente contenido en los ojos—. Lo siento, pero tal vez deberías revisar tu definición de pruebas sólidas. Después de todo, eres especialista en sacar conclusiones precipitadas… sobre todo cuando estás decidido a ganar, cueste lo que cueste.

Sentí cómo la mandíbula se me tensaba. Una oleada de ira me recorrió el cuerpo mientras sostenía aquel duelo silencioso con ella.
—¿De verdad crees que puedes cuestionar la forma en que tomo mis decisiones?

—No soy yo quien tiene un historial conocido de abandonar compromisos —replicó, su expresión endureciéndose, mientras un leve rubor subía a sus mejillas.

—Cumplo mis compromisos —respondí con frialdad—. Cuando hay honor en ellos.

—¿Honor? —rió, moviendo la cabeza con incredulidad—. Solo hay honor cuando existe confianza mutua, Enrico.

El alcalde nos miró, desconcertado, sin entender la verdadera naturaleza del intercambio. Inspiré hondo, modulando la voz con esfuerzo para mantener el control.

—Tal vez deberías analizar mejor lo que entiendes por confianza, Valentina. Porque, según mi experiencia, no se puede exigir cuando una de las partes es incapaz de actuar con sinceridad.

Sus ojos brillaron peligrosamente, y sus manos se aferraron al borde de la mesa con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—La sinceridad es una calle de doble sentido —dijo con voz contenida—. Y cuando alguien está tan decidido a creer lo peor, ninguna explicación es suficiente.

Percibí el temblor sutil en su tono, la grieta emocional que tanto había buscado. Una sensación de satisfacción oscura creció dentro de mí. Estábamos llegando al límite.

—Quizá el problema nunca haya sido creer lo peor —respondí con calma letal—, sino aceptar que algunas verdades son simplemente innegables.

Fue demasiado. En un movimiento brusco, Valentina bajó las manos de golpe sobre la mesa y se levantó, inclinándose hacia mí con los ojos ardiendo de furia.

—No te atrevas, Enrico. No te atrevas a ir por ese camino.

El alcalde se puso de pie de inmediato, nervioso, mirando entre nosotros sin comprender qué había provocado aquella explosión. Pero yo sí lo sabía. Sabía exactamente qué botón había pulsado. Y disfruté cada segundo del resultado.

—Señorita Muñiz, por favor… —balbuceó el alcalde, intentando calmar la tensión—. Quizá podríamos retomar esta conversación con más serenidad…

Valentina respiró profundamente y volvió a sentarse, recomponiéndose con visible esfuerzo. Sin embargo, su mirada seguía fija en mí: desafiante, feroz, invencible.

Me recosté en la silla, sintiendo una punzada de satisfacción.
—Creo que ya hemos hecho todo lo que había que hacer por hoy —dije finalmente, sin apartar la vista de ella—. En efecto, ha sido… esclarecedor.

No respondió, pero su mirada lo dijo todo. Esto no había terminado. Ni para ella. Ni para mí.

Me levanté despacio, ajusté la chaqueta y caminé hacia la puerta. Antes de salir, me giré una última vez, dedicándole una expresión fría y cortante.

—Estoy seguro de que volveremos a vernos pronto, señorita Muñiz.

—Por supuesto, señor Ferrara —respondió con voz baja y controlada, una amenaza implícita en cada sílaba.

—Antes de lo que imaginas —le aseguré, y salí de la sala con una sonrisa casi imperceptible en los labios.

Enrico, 1. Valentina, 0.

12. VALENTINA MUNIZ

Saqué otra tanda de galletas del horno y de inmediato percibí el olor amargo e inconfundible de algo quemado. Cerré los ojos con fuerza, reprimiendo un suspiro de frustración al ver la bandeja arruinada.

—Genial —murmuré para mí misma, sacudiendo la cabeza—. A este paso, Enrico no necesitará encargarse de mi pastelería; yo sola la llevaré a la quiebra antes de que lo consiga.

Desde que me había reencontrado con él, hacía cuatro días, no había logrado hacer nada bien. Cada hornada que salía del horno parecía un reflejo fiel del caos en que se había convertido mi vida desde su regreso. Por más que lo intentara, mi mente se negaba a concentrarse. Toda aquella situación estaba afectando mi trabajo, incluso mi capacidad para preparar una simple tanda de bizcochos.

Cuatro días. Cuatro días desde que había reaparecido, convirtiendo mi tranquilidad en una pesadilla silenciosa. Y, desde la desastrosa reunión en el ayuntamiento, Enrico simplemente había desaparecido. Su silencio era peor que su presencia: denso, impredecible, amenazante. Era como esperar un golpe que sabía que llegaría, sin saber cuándo ni desde dónde.

Tiré las galletas a la basura con un gesto irritado y dejé caer la bandeja sobre la encimera con más fuerza de la que pretendía. Respiré hondo, intentando expulsar su imagen de mi cabeza. Pero el sonido insistente del timbre me sobresaltó.

Fruncí el ceño y miré el reloj. Pasaban de las diez de la noche. Nadie venía a verme a esas horas, y menos sin avisar. Una punzada de inquietud me atravesó el pecho. Lentamente, caminé hacia la puerta, sintiendo cómo cada músculo se tensaba.

Cuando la abrí, el aire se me atascó en los pulmones.
Allí estaba Enrico Ferrara, imponente, con el rostro sombrío y los ojos grises fijos en mí.

—Buenas noches, Valentina —saludó, con voz baja y gélida, desprovista de cualquier rastro de cortesía.

Tragué saliva, sintiendo cómo una mezcla de miedo y enfado me recorría el cuerpo.

—¿Qué haces aquí, Enrico? No creo que tengamos nada de qué hablar, y menos a esta hora.

Su mirada se endureció aún más, una sombra irónica cruzó su boca mientras daba un paso hacia el interior sin esperar invitación. Retrocedí instintivamente.

—Tenemos mucho de qué hablar —dijo, cerrando la puerta tras él con la naturalidad de quien se sabe dueño del espacio.

Cruzando los brazos sobre el pecho, intenté mantener el tipo.

—Si estás aquí por el proyecto, te adelanto que, a menos que traigas una propuesta razonable, estás perdiendo el tiempo. Todo lo que tenía que decir ya lo dije en la reunión.

Enrico arqueó una ceja y se acercó con paso lento, medido, hasta quedar peligrosamente cerca.

—Valentina, no me tomes por idiota. Ambos sabemos lo que realmente buscas con todo esto. Ha llegado el momento de resolverlo de una vez.

El corazón me latía con fuerza, un escalofrío recorrió mi espalda, pero mantuve la mirada.

—No tengo ni idea de qué hablas.

Él soltó una carcajada baja, seca, sin humor.

—Claro que no. Fingir ignorancia. Otra de tus especialidades, ¿verdad, Valentina? Hay tantas que ya he perdido la cuenta.

Apreté los dientes.

—No más que las tuyas. Acusar antes de escuchar, por ejemplo. Quizá si hubieras aprendido a oír antes de juzgar, las cosas no habrían terminado así.

Su mirada se oscureció, y dio otro paso adelante, acortando aún más la distancia.

—¿Quieres hablar de juicios precipitados? Has tenido cinco años, Valentina. Cinco años para venir a mí, explicarme, aclarar lo que fuera. Y nunca lo hiciste. ¿Por qué no lo hiciste?

Mi respiración se cortó. ¿Cómo se atrevía?

—¿Buscarte? —repetí, incrédula—. ¿Buscarte? No te debía nada. —Escupí las palabras con rabia contenida—. Después de lo que me hiciste…

—Te lo merecías —sentenció sin vacilar.

Retrocedí un paso. ¿Cómo había podido amar alguna vez a ese hombre? ¿Cómo le había entregado tanto poder?

—¿Lo ves? —pregunté, con tristeza—. No te debía nada, Enrico. Pero aunque hubiera intentado explicarme, no me habrías escuchado. Nunca quisiste hacerlo. Solo querías destruirme.

Guardó silencio unos segundos. Algo cambió en su expresión: un destello fugaz de duda, una sombra que apenas duró un instante. Luego volvió la frialdad implacable de siempre.

—Todavía quiero.

Aquellas palabras me golpearon directamente en el pecho, encendiendo una rabia que llevaba años dormida. Apreté los puños y cerré los ojos, obligándome a respirar antes de girarme hacia él.

—Fuera de mi casa —exigí con voz firme—. No tienes derecho a estar aquí. No tienes derecho a acusarme después de todo lo que me hiciste, y menos bajo mi propio techo. No sabes absolutamente nada de lo que he pasado.

—¿No lo sé? —replicó de inmediato, la ira brillando en su mirada helada—. ¿Acaso no sé exactamente quién eres y de lo que eres capaz, Valentina?

Sentí cómo las lágrimas me ardían en los ojos, pero me negué a derramarlas. Le sostuve la mirada con toda la fuerza que me

quedaba.

—Nunca supiste quién era yo, Enrico. Si lo supieras… —negué con la cabeza, conteniéndome—. Aquí no eres bienvenido. Si tienes algo que decir, hazlo rápido. Tengo cosas más importantes que atender.

Dio otro paso hacia adelante. Sus ojos grises se estrecharon, peligrosos.

—No te preocupes. Prometo ser breve. Tu juego se acabó, Valentina. Como dije, ambos sabemos cuál es tu verdadero objetivo con todo esto. Así que la única pregunta que queda es: ¿cuánto quieres?

—¿Cuánto quiero? —repetí, helada.

Enrico arqueó una ceja, esa expresión suya tan arrogante, tan propia.

—Exacto. Dinero. Eso es lo que siempre has querido de mí, ¿no? No lo conseguiste con un matrimonio, no lo conseguiste inventando un embarazo, así que decidiste interferir en mis negocios. Te daré crédito: al menos eres constante. Así que ahórrame tu pequeño teatro y di tu precio, Valentina.

Retrocedí hasta sentir la encimera fría contra mi espalda. Un dolor agudo me atravesó el pecho mientras le miraba, incapaz de creer que realmente pensara eso de mí. Pero en el fondo, ¿por qué me sorprendía? Ya me había demostrado quién era el día en que me dejó en aquel altar.

—No has cambiado nada, ¿verdad, Enrico? —murmuré, con un tono más amargo del que pretendía.

No pude continuar. Él sonrió con ironía y dio otro paso hacia mí, borrando la distancia que nos separaba.

—No finjas que no te gusta, Valentina. Has pasado demasiado tiempo perfeccionando el arte de parecer inocente mientras buscas una ventaja. Solo te estoy ahorrando tiempo y ofreciéndote directamente lo que viniste a buscar.

El dolor se mezcló con la ira, ardiendo en mi interior. Mis manos temblaban, mi respiración era rápida, desbocada.

—¿Cómo te atreves? —estallé, alzando la voz—. ¿Quién te crees que eres para venir a mi casa a insultarme así? ¡El dinero es lo único que conoces, no a mí! Si alguien aquí intenta resolverlo todo con dinero, ¡ese eres tú!

Sus ojos brillaron con un fulgor peligroso mientras se inclinaba hacia mí. El aliento cálido de su respiración me rozó la piel.

—No te hagas la víctima. Sabes exactamente lo que hiciste para merecer cada palabra que digo. Te estoy ofreciendo una salida fácil. Toma el dinero y desaparece de mi vida. No lo hagas más difícil de lo que ya es.

—¡Lo único difícil aquí es escucharte! —grité, incapaz de contenerme—. Si crees que puedes comprar mi dignidad, estás perdiendo el tiempo. ¡No quiero tu sucio dinero, Enrico! ¡No lo quise entonces y no lo quiero ahora!

Apretó los puños y dio un paso más, arrinconándome contra el banco de la cocina.

—¿Sucio? ¿Mi dinero está sucio? ¿Y tú qué eres?

Algo dentro de mí se quebró. La bofetada salió de mi mano antes de que mi mente pudiera detenerla. El golpe resonó en el silencio de la casa. Todo mi cuerpo temblaba; lágrimas frías rodaban por mis mejillas mientras trataba de recuperar el aire.

—¡No sabes nada de mí, Enrico! ¡Nada!

Sonrió, con el rostro girado hacia un lado, la vena del cuello marcándose bajo la piel.

—Desapareciste, Valentina. Huiste como una cobarde.

Las lágrimas me nublaron la vista.

—¿Huir? —mi voz tembló, al borde del grito—. ¡Tú me echaste de tu vida como si fuera basura! ¡Ni siquiera me diste la oportunidad de defenderme!

—Porque no te lo merecías —rugió, dando un paso hacia mí, con los ojos grises ardiendo de furia—. ¡No te lo merecías!

—¿No me lo merecía? —grité, sin poder contenerme más—. ¡Te lo di todo, Enrico! ¡Mi corazón, mi confianza, mi vida entera! ¡Y tú lo destruiste todo como si no valiera nada!

La rabia, el dolor y los años de silencio se mezclaron en el aire como un veneno invisible. Por un momento, solo quedamos nosotros dos, respirando con violencia, enfrentados como enemigos que alguna vez habían sido todo el uno para el otro.

Y entonces comprendí, con una claridad devastadora, que lo que había entre nosotros no era amor ni odio. Era una herida abierta que ninguno de los dos había sabido cerrar.

Ahora estábamos frente a frente, los ojos fijos el uno en el otro, completamente abrumados por la rabia, el dolor y el resentimiento que habíamos acumulado durante años. Todo estallaba en ese instante, convirtiendo aquella cocina en un campo de batalla.

—No conoces el significado de la confianza, Valentina —rugió—. ¡Lo único que sabes hacer es mentir, engañar y fingir!

Antes de que pudiera replicar, el sonido débil y temeroso de una voz infantil cortó el aire como un cuchillo.

—¿Mamá…?

Me giré de inmediato. El corazón se me contrajo con violencia al ver a Clara de pie en la puerta de la cocina, abrazada a su osito de peluche, los ojos grandes y asustados por la escena ante ella.

Me limpié las lágrimas con rapidez y corrí hacia mi hija.

—No pasa nada, mi amor —susurré, abrazándola con fuerza mientras mi cuerpo entero temblaba—. No pasa nada, cariño. Vuelve a tu habitación, ¿vale? Mamá va a despedir a su visita y enseguida estará contigo.

Clara asintió con un leve movimiento de cabeza. Su mirada se cruzó por un instante con la de Enrico antes de girarse y

desaparecer por el pasillo.

Cuando la perdí de vista, la rabia me estalló en el pecho.
—¿Satisfecho ya? —pregunté con voz baja, pero cargada de una furia contenida—. ¿Eso era lo que querías? ¿Verme perder el control delante de ella?

Enrico no respondió de inmediato. Por primera vez aquella noche, su arrogancia pareció tambalearse. Su cuerpo se tensó, los ojos clavados en el pasillo por donde Clara había desaparecido. Su rostro, normalmente impasible, se volvió más pálido, y por un segundo juraría haber visto miedo en su mirada.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza desbocada. Un instinto primario me recorrió el cuerpo, el miedo visceral de una madre. Di un paso adelante, interponiéndome entre él y el pasillo, mi postura firme, protectora.

—¿Quién es el padre de esa niña, Valentina? —preguntó al fin. Su voz era baja, dura, peligrosa, cada palabra afilada como una cuchilla.

Una carcajada amarga se escapó de mis labios, temblorosa, rota.

—¿Quién crees que es su padre, genio? —disparé, avanzando un paso hacia él—. ¡Y ni se te ocurra hacerle daño, Enrico! ¡Antes tendrás que matarme!

Retrocedió medio paso, sorprendido, pero enseguida su rostro se endureció. Una furia fría, controlada, se encendió en sus ojos grises.

—¿Es mi hija?

—¿Ahora quieres saberlo?

—¡Tengo derecho a saberlo! —bramó, la voz quebrada por la ira.

—¡Y ella tenía derecho a crecer sin ser odiada por un hombre que nunca la quiso!

El silencio que siguió fue apenas contenido por su respiración entrecortada.

—¿Así que me la ocultaste durante cinco años? —dijo, con un tono tenso, peligrosamente controlado—. ¿Tuviste a mi hija y decidiste que no tenía derecho a saberlo? ¿Cómo te atreves, Valentina?

—¿Cómo me atreví? —repetí, mi voz elevándose con cada palabra, quebrada por la indignación—. ¡Tú me abandonaste, Enrico! ¡Me rechazaste delante de todos sin siquiera escucharme! —mi voz se volvió apenas un susurro tembloroso—. Me destrozaste. ¿Y ahora tienes el descaro de exigirme algo? ¡Perdiste cualquier derecho sobre nosotras el día que me llamaste golfa delante de una iglesia llena de gente!

Enrico me observó en silencio. Su respiración era pesada, el odio en sus ojos mezclado ahora con algo que no supe identificar. Cuando habló, su voz sonó baja y letal.

—No se quedará así, Valentina. Me robaste cinco años de la vida de mi hija. Si crees que voy a dejarlo pasar, no tienes ni idea de quién soy realmente.

Mi respiración se aceleró, pero no quería seguir discutiendo, no con Clara esperándome en su habitación. Había prometido protegerla, y eso era lo único que importaba.

—Basta, Enrico —dije con voz firme, señalando la puerta—. No te he robado nada. Fuiste tú quien lo desperdició. Ahora vete de mi casa. No tengo nada más que decirte.

Permaneció quieto unos segundos, como si considerara desafiar mi orden, pero finalmente se dio la vuelta. Su mirada, antes de irse, fue un golpe seco, cargado de promesas.

—Esto no ha terminado —murmuró, y salió por el pasillo.

Cerré la puerta tras él con fuerza y apoyé la espalda contra la madera, temblando. Las lágrimas cayeron sin control, resbalando por mi rostro mientras me deslizaba lentamente hasta el suelo.

Todo era una pesadilla. Una de la que no podía despertar.

—Por favor, Dios —susurré, hundiendo la cabeza entre las manos —. Que sea una pesadilla…

Pero en el fondo lo sabía. No lo era.

13. ENRICO FERRARA

El silencio dentro del coche era pesado, casi asfixiante, roto solo por el sonido entrecortado de mi respiración. Mis manos se aferraban al volante con tanta fuerza que los nudillos se habían vuelto blancos, mientras conducía a toda velocidad por las calles vacías del pueblo, huyendo de aquella casa, de aquella mujer… de aquella niña.

Mi hija.

El pecho se me apretó violentamente al pensar en esa palabra. Era imposible negarlo. Bastó una sola mirada a aquellos ojos grises, idénticos a los míos, para saber la verdad. Tenía mis rasgos, mi rostro en miniatura: una versión más suave, más inocente, más pura de mí mismo.

Hija. Valentina había tenido a mi hija y me la había ocultado durante cinco años enteros.

La furia que me recorría las venas era indescriptible, abrasadora. Pero debajo de esa ira viva, latía algo más peligroso: el dolor. El eco cruel de lo que alguna vez había sentido por ella.

Había amado a Valentina con la intensidad de los hombres que solo aman una vez, con la ingenuidad de quien no sabe aún lo que es ser traicionado. Creía que ella era lo único real en un mundo lleno de apariencias. Era la verdad. Era la luz. Era el aire que podía respirar en medio de la asfixia. Era color vibrante en un universo que hasta entonces solo conocía en grises.

Estaba loco por ella. Completamente, desesperadamente loco por ella.

Y todo había sido una farsa. Una mentira perfectamente calculada por la única mujer a la que había permitido llegar a lo más profundo de mí.

Mi mente retrocedió, sin quererlo, cinco años atrás. A la mañana de nuestra boda. El día en que me había despertado creyendo que la

felicidad era algo alcanzable.

Hasta que Eloá entró en mi habitación con un sobre en las manos y la mirada de quien ya había ganado una batalla antes de empezarla.

—¿Qué ocurre, nonna? —pregunté, dejando de ajustar la corbata.

No respondió enseguida. Solo me tendió el sobre. Su expresión era dura, casi implacable.

—Desearía no tener que hacer esto, Enrico, pero no me dejaste opción. Te lo advertí una y otra vez. Y, aun así, como un tonto, decidiste arriesgarte a humillar el nombre de nuestra familia.

Algo frío se apoderó de mi pecho incluso antes de abrir aquel sobre. Y cuando lo hice, cuando vi su contenido, sentí cómo mi mundo se derrumbaba.

Fotografías. Mensajes impresos. Conversaciones. Valentina, mi Valentina, en brazos de otro hombre. Mensajes entre ambos hablando de dinero, de mí, del "idiota enamorado" que había caído en la trampa. Cada palabra, cada imagen, era un cuchillo que se clavaba una y otra vez en mi corazón.

—No… —murmuré, incapaz de respirar—. No puede ser real…

Mi abuela me tocó el brazo con firmeza, su voz firme, sin rastro de duda.

—Te advertí que no era rival para ti.

Pero ya no podía oírla. El ruido dentro de mi cabeza era ensordecedor. La mujer que amaba me había traicionado. Me había mentido. Me había utilizado.

Y entonces lo vi. Un documento distinto entre las fotos. Un examen médico. Una prueba de embarazo positiva. Su nombre impreso en la parte superior de la página.

Valentina estaba embarazada.

Todo mi cuerpo se quedó helado. La rabia y la humillación se mezclaron en una tormenta devastadora. Embarazada. Y ni siquiera había tenido el valor de decírmelo.

—¿Y por qué habría de decírtelo? —replicó mi abuela con frialdad cuando se lo mostré—. No seas ingenuo, Enrico. Si de verdad esperara un hijo tuyo, ya lo habría usado para asegurarse su posición. No lo hizo porque ese niño no es tuyo. Es parte de su estafa.

Me quedé mirándola, con la mente hecha pedazos, y ella sostuvo mi mirada con la seguridad de quien cree tener la razón.

—Esa mujer es una manipuladora —añadió, bajando la voz con gravedad—. No permitas que te humille. No permitas que se ría de ti.

Y lo creí.

Aquel día, presa de la rabia y del engaño, tomé una decisión definitiva. No permitiría que me usara. No permitiría que me manchara. No permitiría que me destruyera.

No era mi hijo. No podía serlo.

Y en el altar, cuando dije "no", no solo destruí su mundo. Destruí también el mío.

Una parte de mí murió ese día. La mejor parte. Y fue culpa suya.

El claxon de un coche me devolvió al presente. Giré bruscamente el volante y el vehículo se detuvo con un chirrido sobre el asfalto. Cerré los ojos, tratando de recuperar el control.

Tuve una hija. Era padre.

La revelación me golpeó con fuerza. Nada tenía sentido. Durante años había creído que sabía toda la verdad, que las pruebas eran irrefutables. Pero aquella niña… aquella niña era mi reflejo. No cabía duda.

Y Valentina me la ocultó. Me robó cinco años.

¿Por qué?

La respuesta apareció en mi mente como una llamarada: porque quería tener una carta de poder. Porque todo formaba parte de su plan. Había fracasado en su intento de atraparme con el matrimonio y había decidido usar a mi hija como su siguiente movimiento.

Frío. Calculado. Imperdonable.

El pecho me ardía de furia. Las manos me temblaban en el volante. La rabia me nublaba la vista. ¿Cómo se atrevía? ¿Cómo pudo privarme de verla nacer, de oír su voz, de sostenerla por primera vez?

Me había robado todo eso. Cinco años de amor, de vida, de recuerdos.

Apreté los puños con tanta fuerza que sentí los huesos crujir.
No. No volvería a permitir que Valentina controlara mi destino.

Si antes había querido destruirla, ahora eso no bastaba.
Haré que pague. Haré que sienta el mismo dolor que me arrancó el día que me dejó sin alma.

Había jugado conmigo una vez. No volvería a hacerlo. Esta vez, sería yo quien terminara el juego.

14. VALENTINA MUNIZ

Me quedé mirando, atónita, el documento que acababa de recibir hacía apenas unos minutos, en una entrega oficial que casi me hizo soltar una bandeja entera de macarons al suelo de la cocina.

Orden judicial. Prueba de ADN. Investigación de paternidad solicitada por Enrico Ferrara.

Las palabras impresas parecían difuminarse frente a mis ojos, mientras mi mente se negaba a comprender por completo lo que estaba pasando. Habían pasado menos de doce horas desde que Enrico se había marchado de mi casa, después de ver a Clara por primera vez. ¿Y ahora esto?

¿Cómo era posible? ¿Cómo podía haber actuado tan rápido? La sensación de vulnerabilidad que me provocaba aquel documento era abrumadora. Me había preparado para muchas cosas desde que él reapareció, pero esto… esto iba mucho más allá de cualquier escenario que hubiera imaginado.

Tragué saliva, notando cómo el corazón me latía con fuerza incontrolable. Las manos me temblaban tanto que tuve que dejar el papel sobre la encimera antes de arrugarlo sin querer. Respiré hondo, intentando mantener la calma, pero la angustia en el pecho solo crecía.

¿Qué tramaba Enrico? ¿Por qué iba a necesitar una prueba para confirmar algo que estaba en la cara de Clara?

Entonces un pensamiento terrible me atravesó, helándome la sangre. ¿Y si lo hacía para tener un documento formal, una herramienta legal… algo que pudiera usar en mi contra? ¿Y si quería quitarme a mi hija?

Se me hizo un nudo en el estómago. No… no podía ser. Él no haría algo así. ¿O sí? No estaba segura. Ya no. El hombre que había visto anoche no era el Enrico que yo había amado una vez. Ese Enrico estaba cegado por la ira, movido por la venganza, y sabía

perfectamente que haría cualquier cosa para conseguir lo que quería.

¿Todo? ¿Incluso usar a su propia hija como moneda de cambio?

El pensamiento me asfixió.

—¿Valentina? —la voz de Júlia me sobresaltó. Entró en la cocina y enseguida notó mi expresión—. ¿Qué ha pasado?

Venía a recoger una caja de caramelos para llevar al trabajo. Parpadeé varias veces, intentando contener las lágrimas que amenazaban con desbordarse, y le tendí el documento con las manos temblorosas.

—Enrico… —mi voz apenas era un hilo—. Ha pedido una prueba de ADN, Júlia. Menos de doce horas después de ver a Clara. ¿Cómo lo hizo tan rápido?

Ella leyó el papel rápidamente, y su rostro se endureció.
—Dios mío… esto no está bien, Val —susurró, tocándome el brazo con cuidado—. ¿Qué crees que pretende con esto?

—No tengo ni idea —admití, y la voz se me quebró—. Y eso es lo que más me asusta. No saber cuáles son sus verdaderas intenciones es la peor tortura imaginable.

Inspiré profundamente, obligándome a recuperar el control. Tenía que ser fuerte. Tenía que pensar.

—¿Y qué vas a hacer tú? —preguntó Júlia con cautela, la preocupación reflejada en cada palabra.

—No lo sé —respondí, sincera, mirándola con los ojos vidriosos—. Lo único que tengo claro es que debo proteger a mi hija. Cueste lo que cueste.

Ella suspiró y me pasó un brazo por los hombros.

—Siéntate, anda.

—¿Y tu trabajo? Tu caja de dulces está ahí —dije, señalando sin mirar la encimera.

—Ser la jefa tiene sus ventajas —respondió con una media sonrisa mientras me guiaba hasta la pequeña mesa esquinera.

La pastelería seguía cerrada. No había ruido, ni clientes, solo nosotras y mis miedos.

—¿Qué voy a hacer, Júlia? —pregunté, llevándome las manos al rostro—. ¿Qué voy a hacer?

Ella bajó el documento que seguía sosteniendo y me miró con una mezcla de tristeza y determinación.

—¿Crees que haría algo contra ti, Val?

Tragué saliva.

—No lo sé —admití en voz baja, odiando el temblor que escuché en mis propias palabras—. Ya no conozco a ese hombre. No sé hasta dónde llegaría. No tengo ni idea de qué pretende con esta prueba.

—Pero… ¿no pareció feliz al descubrir que tenía una hija?

Negué despacio.

—Parecía furioso. Parecía odiarme aún más por ello. Y ahora… ahora temo lo que pueda hacerle a Clara.

Júlia respiró hondo y, sin dudarlo, tomó mi teléfono del mostrador y lo puso frente a mí.

—Necesitas hablar con un abogado, Valentina. No puedes enfrentarte a Enrico Ferrara sola. No esta vez.

—Ni siquiera sé por dónde empezar…

Ella me apretó la mano.

—Llama al doctor Rafael —dijo, refiriéndose al abogado del pueblo—. Es de confianza, ayudó a mi prima con un caso similar. Tienes que saber cuáles son tus derechos antes de mover un dedo.

Asentí lentamente, sintiendo que las lágrimas volvían a acumularse en mis ojos. Tenía razón. Júlia siempre la tenía. Pero mientras miraba aquel papel sobre la mesa, lo único que podía pensar era que mi peor pesadilla acababa de comenzar.

Asentí con un peso insoportable en el pecho mientras tomaba el teléfono y buscaba en la agenda el contacto que Júlia me había dado.

Dos horas más tarde, sentada frente al abogado, me sentía todavía más angustiada. El hombre, mayor y de porte sereno, vestía un traje gris impecable y examinaba los documentos con expresión concentrada.

—Bueno, Valentina, la situación es delicada —dijo finalmente, alzando la vista por encima de sus finas gafas—. Esta solicitud de prueba es un derecho de Enrico Ferrara. Como presunto padre biológico, tiene derecho a confirmar la paternidad y, llegado el caso, a participar en la vida de su hija. No hay mucho que podamos hacer para impedirlo.

Entrecrucé las manos sobre el regazo, sintiéndome pequeña, vulnerable, atrapada.

—No quiero impedirle ver a Clara. Nunca quise eso. Pero… ¿por qué ahora? ¿Por qué exigir esto después de cinco años? —mi voz se quebró—. ¿Y si intenta quitarme a mi hija?

El abogado levantó una mano para calmarme.

—Tranquila, Valentina. No es tan simple. Criaste sola a Clara todo este tiempo; él nunca formó parte de su vida. Ningún juez quitará la custodia a una madre que ha proporcionado estabilidad, educación y bienestar. Pero debo advertirte de algo: él podría alegar alienación parental.

El corazón se me hundió.

—¿Alienación parental?

—Sí. Podría argumentar que lo apartaste deliberadamente de la niña, privándole del derecho a ser padre. Es una estrategia común en este tipo de procesos y podría complicar las cosas.

Sentí que la garganta se me cerraba, y tuve que hacer un esfuerzo enorme por volver a hablar.

—¡Pero yo no hice eso! ¡Él rechazó a mi hija antes de que naciera! No creía que fuera suya.

El abogado me observó con gesto grave.

—¿Tienes pruebas de ello?

Una risa amarga escapó de mis labios.

—Innumerables titulares de prensa.

—Eso puede ayudarte —asintió—. Servirá para demostrar que nunca intentaste excluirlo de la vida de la niña.

Una lágrima silenciosa rodó por mi mejilla.

—¿Qué puedo hacer ahora?

El abogado suspiró, entrelazando las manos sobre la mesa.

—En primer lugar, coopera con el examen. Resistirte solo reforzaría sus argumentos. En segundo lugar, debemos prepararnos para cualquier acción legal posterior. Necesitaremos demostrar que todas tus decisiones se tomaron pensando en el bienestar de Clara. Tienes estabilidad económica, un entorno sólido, apoyo de la comunidad… todo eso juega a tu favor.

Asentí, aunque las palabras no lograban disipar la presión que sentía en el pecho.

—De acuerdo. Haré el examen —dije, respirando hondo—. ¿Qué más debo hacer?

El abogado se inclinó ligeramente hacia adelante, con tono firme.

—Prepárate emocionalmente, Valentina. Enrico Ferrara no está aquí solo por la niña. Por la rapidez con que ha actuado, es evidente que hay algo más detrás. Debes ser fuerte. Él no dudará en explotar cualquier debilidad emocional para obtener lo que quiere. No lo subestimes.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Créame —susurré—. Sé perfectamente de lo que es capaz Enrico Ferrara.

El abogado me miró en silencio durante unos segundos antes de asentir despacio.

—Entonces estaremos preparados. Yo me encargaré del papeleo. Recibirás una citación oficial para asistir al laboratorio en los próximos días.

Me levanté y le di las gracias con una mano temblorosa. Al salir del despacho, el aire me pareció más denso, más frío, como si el mundo entero se estrechara a mi alrededor.

No había escapatoria.

Y pasara lo que pasara a partir de ese momento, haría absolutamente todo lo que estuviera en mi mano para proteger a mi hija, aunque eso significara volver a enfrentarme al hombre que una vez había amado más que a nadie.

15. ENRICO FERRARA

Las palabras escritas en negrita en el informe ante mí eran claras, precisas, inapelables. Aun así, las leí una y otra vez, intentando asimilar plenamente lo que significaban.

Compatible. Probabilidad de paternidad: 99,99%.

Clara Muñiz era mi hija. Mi hija.

El pecho me dolía. Una sensación extraña y devastadora se extendía dentro de mí, consumiéndome como fuego sobre pasto seco. No podía definir del todo lo que sentía, pero el vacío que me atormentaba desde hacía dos días se volvía aún más insoportable ahora que la confirmación estaba frente a mí, impresa en aquel papel impersonal y cruel.

Clara.

Respiré hondo, intentando contener la tormenta que me rugía en el interior. Sobre la mesa se amontonaban las pruebas de la investigación que había ordenado: fotos de Valentina embarazada, abrazando su vientre con ternura; imágenes de una recién nacida diminuta y frágil; otras tantas de la niña creciendo, año tras año, siempre con esa misma mirada… esos mismos ojos. Mis ojos.

Mi sangre.

Apreté el vaso de whisky con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos. El líquido ámbar tembló peligrosamente, reflejando la rabia que hervía bajo mi piel.

—Enrico —la voz de André rompió el pesado silencio de la oficina, trayéndome de vuelta al presente—. ¿Qué piensas hacer ahora?

Levanté la cabeza, mirándolo con una frialdad absoluta.

—Vengarme —respondí con calma glacial—. Y recuperar lo que es mío. Clara volverá a donde pertenece: conmigo. Donde debería haber estado siempre, si Valentina no hubiera decidido robármela.

André suspiró, pasándose una mano por el cabello.

—¿Robártela? —repitió con tono bajo, casi incrédulo—. ¿No crees que estás siendo un poco…?

Se interrumpió al ver mi mirada, esa advertencia muda que le decía que no cruzara la línea.

—¿Y Dreamland? —cambió de tema con cautela—. ¿Vas a dejarlo de lado por ahora?

Una sonrisa fría se formó en mis labios, cargada de una determinación implacable.

—No. Dreamland es parte de esto. Cuando todo termine, no quedará nada de Valentina ni de la resistencia que construyó. Solo entonces el proyecto avanzará sin obstáculos.

André se acercó un poco más, visiblemente incómodo.

—La *nonna*… —empezó, midiendo sus palabras.

—Lo entenderá —lo interrumpí—. Y lo aceptará. Clara es su bisnieta tanto como es mi hija.

Mi hermano soltó otro de sus largos suspiros, pero no insistió.

Volví la vista a las fotografías extendidas ante mí. Mi hija. Mi pequeña. Por culpa de Valentina, me había perdido todo: el embarazo, la primera ecografía, la primera sonrisa, los primeros pasos, las primeras palabras. Cinco años robados, cinco años que nunca volvería a vivir.

Cada imagen era una punzada de furia y remordimiento, una mezcla tóxica que me ardía por dentro.

Si Valentina pensaba que ya había visto lo peor de mí, estaba muy equivocada. No tenía ni idea de lo que era capaz de hacer cuando me lo proponía.

Destruiría todo lo que ella amaba. Su pastelería, su supuesta tranquilidad, su ridícula sensación de independencia. Y después, le arrebataría lo único que realmente le importaba.

Clara sería mía.

Y Valentina pagaría, con lágrimas y con tiempo, cada segundo que nos había arrebatado.

Sí, era una promesa. Y yo nunca rompía mis promesas.

—Enrico… —André habló despacio, con una advertencia implícita en la voz—. ¿Estás completamente seguro de que quieres seguir por este camino? Hay cosas que no tienen vuelta atrás.

Lo observé durante un largo momento, en silencio. Sabía exactamente lo que quería decir, pero el recuerdo de todo lo que había perdido pesaba más que cualquier duda.

—Lo único que ya no tengo, André —dije al fin, girando el vaso entre los dedos—, es tiempo que perder. Así que empecemos.

16. VALENTINA MUNIZ

La pastelería estaba más llena de gente de lo que la había visto en mucho tiempo. La luz dorada del atardecer entraba por las ventanas, iluminando fotografías antiguas, recortes de periódicos y objetos personales cuidadosamente organizados sobre las mesas.

El reconfortante aroma a café recién hecho y a pan dulce recién horneado contrastaba con el motivo urgente que había reunido a todos allí.

—Pon las fotos más antiguas en la mesa central, por favor —dije, señalando la habitación abarrotada de décadas de recuerdos: imágenes, cartas, relatos manuscritos—. Las más recientes y los documentos oficiales se quedan aquí conmigo.

—¡Encontré más cosas en el desván de mi abuela, Val! —exclamó Camila, entrando con una caja polvorienta entre los brazos—. Fotografías, cartas… No sabía que guardaba tantas.

Le sonreí agradecida y coloqué la caja junto a las demás. El ambiente estaba impregnado de unidad y determinación. Los niños jugaban en el suelo, ajenos a la seriedad del momento, mientras los adultos compartían historias sobre el pasado de Tiradentes y la amenaza que se cernía sobre su futuro.

—Esta foto es de la inauguración del restaurante de mi familia en 1965 —dijo Júlia, mostrando una imagen amarillenta donde un grupo de personas sonreía frente a un edificio recién abierto—. Fue la primera vez que mis abuelos abrieron las puertas al público. Cincuenta años de historia, Val. Y ahora… —su voz se quebró, los ojos le brillaron de emoción.

Le toqué el brazo con suavidad.

—No vamos a dejar que eso ocurra. No sin luchar hasta el final —le aseguré, intentando transmitir más confianza de la que realmente sentía.

—Así es —intervino Renata, con determinación—. No permitirán que nuestras historias sean descartadas como si no valieran nada.

Asentí, fortalecida por su convicción. Caminé entre las mesas abarrotadas, observando cada objeto, cada fotografía, cada trozo de papel. Cada uno contaba una historia distinta, pero todos compartían el mismo mensaje: orgullo y pertenencia.

—Valentina, he encontrado estos periódicos antiguos —comentó Seu Alberto, uno de los vecinos más veteranos del pueblo, con su voz grave y pausada—. Hablan de la vez que intentaron algo parecido en los ochenta. Entonces conseguimos detenerlo. Quizá ahora también ayuden.

Recibí los viejos periódicos con gratitud.

—Gracias, señor Alberto. Estoy segura de que serán muy útiles.

La conversación se tornó animada. Todos debatían cómo elaborar el dossier para enviar a la prensa: queríamos crear algo contundente, un testimonio vivo de lo que Dreamland significaba para nuestra ciudad.

En medio del bullicio, la puerta se abrió. Un hombre de traje oscuro, con expresión seria, cruzó el umbral. Su sola presencia rompió el ambiente cálido y me provocó una punzada de inquietud. Me acerqué, intentando mantener la compostura.

—¿Puedo ayudarle?

—¿Valentina Muñiz? —preguntó con tono profesional.

—Sí, soy yo.

—Soy alguacil —dijo, extendiendo un sobre cerrado—. Vengo a entregarle una notificación judicial.

Mi corazón dio un vuelco. Tomé el sobre con manos temblorosas, y antes de que pudiera hacer una pregunta, el hombre ya se había marchado. Me quedé inmóvil, mirando el papel que pesaba como una piedra entre mis dedos.

—¿Val? ¿Va todo bien? —preguntó Júlia, acercándose preocupada.

Parpadeé rápidamente y forzando una sonrisa me guardé el sobre en el bolsillo del delantal.

—Todo bien. No te preocupes. ¿Podemos continuar?

Ella asintió, aunque su expresión seguía tensa, y regresó al grupo. Inspiré despacio y volví a la mesa central. Tenía que concentrarme. Mantener al equipo unido. Fingir que todo estaba bajo control.

Pero el sobre pesaba más que el aire. Y, aunque intentaba ignorarlo, mis pensamientos volvían una y otra vez a Enrico.

Su silencio tras los resultados del ADN me angustiaba. Había exigido la prueba con tanta furia, tanta urgencia, y desde entonces… nada. Ninguna palabra, ninguna visita. Solo ese silencio insoportable que me consumía día tras día.

Me estremecí, tratando de mantener la calma. No podía perder el foco en un momento así.

—¡Por aquí, Val! ¡Esta foto es perfecta! —exclamó Camila, sosteniendo una imagen antigua de la plaza del pueblo llena de gente durante una fiesta regional—. Tenemos que destacar esto, mostrar lo que está en juego.

Le sonreí, fingiendo serenidad, y tomé la foto entre mis manos. Una cosa a la vez, me repetí. Solo una cosa a la vez.

Poco a poco, las horas pasaron. Los vecinos fueron marchándose, llevándose consigo una renovada sensación de esperanza.

—Gracias por todo, Val —dijo Júlia, tomándome las manos—. Has estado increíble.

La abracé brevemente.

—Estamos todos juntos en esto —respondí, aunque mi voz sonaba más débil de lo que pretendía.

Cuando cerré la puerta tras ella, el silencio me envolvió de golpe. Todos los pensamientos que había mantenido a raya regresaron de una vez.

Me senté junto a una mesa vacía y saqué el sobre del bolsillo. Las manos me temblaban. Rompí el sello y desplegué el documento.

A medida que leía, el corazón me latía con más fuerza. Lo releí una, dos, tres veces. No había error posible.

El banco que había financiado mi casa y mi pastelería había cambiado unilateralmente las condiciones de mi préstamo. Las nuevas cifras eran absurdas, imposibles de pagar. Apreté los ojos, intentando contener las lágrimas.

—Esto no puede estar pasando… —susurré, con la voz quebrada.

Todo por lo que había trabajado, cada sacrificio, cada noche sin dormir… todo estaba ahora en riesgo.

Antes de que pudiera pensar en una solución, mi teléfono vibró sobre la mesa. Lo tomé, esperando que fuera Júlia. Pero al abrir el mensaje, el aire se me escapó de los pulmones.

Era de un número desconocido, pero no necesitaba adivinar quién lo había enviado.

"Mañana, a las nueve, voy a visitar a mi hija. No intentes impedírmelo, Valentina. Si se te ocurre ponerme las cosas difíciles, perder tu pastelería será el menor de tus problemas."

17. ENRICO FERRARA

A las nueve en punto, aparqué frente a la casa de Valentina. Respiré hondo antes de apagar el motor, preparándome mentalmente para lo que estaba a punto de ocurrir.

Me había enfrentado a miles de reuniones tensas, negociaciones imposibles y adversarios implacables, pero nada podía compararse con el nerviosismo que sentía en ese instante, delante de una casa sencilla, a punto de conocer oficialmente a mi hija.

Mi hija.

Las palabras seguían sonando extrañas, ajenas, demasiado grandes para pronunciarlas sin sentir cómo algo se rompía por dentro. Todavía luchaba contra la ira que me consumía cada vez que pensaba en los años que Valentina me había robado. Cinco años. Cinco años en los que Clara había vivido sin saber quién era yo.

Pero en ese momento, mientras caminaba por el pequeño sendero hacia la puerta, el odio tuvo que quedar a un lado. Dentro me esperaba algo más importante.

Llamé con firmeza, alisándome las mangas de la chaqueta como si eso pudiera devolverme la compostura. Valentina abrió casi de inmediato, como si me hubiera estado esperando. Nuestras miradas se cruzaron.

Sus ojos oscuros eran cautelosos, casi desafiantes. Estaba tensa, pero se esforzaba por aparentar calma.
—Buenos días, Enrico —dijo con frialdad, retrocediendo para dejarme pasar. No hubo sonrisa ni cortesía, pero tampoco resistencia. Solo un seco asentimiento.

Bien. Lo había entendido.

—Buenos días —respondí con tono igualmente neutro, entrando en la casa.

No la había observado con detenimiento la vez anterior, y ahora todo resultaba extrañamente íntimo. Era un hogar cálido, cuidado, lleno de detalles personales y pequeñas huellas de la vida de una niña. Cada juguete, cada dibujo infantil enmarcado, me oprimía el pecho. Eran años de recuerdos de los que no formé parte.

Valentina cerró la puerta y se cruzó de brazos, adoptando una postura defensiva.

—Clara aún no sabe quién eres —dijo con voz grave—. Pensé que sería mejor que se lo dijeras tú mismo.

—Estoy de acuerdo —contesté, aunque noté cómo mi voz salía áspera, tensa.

Asintió con un leve movimiento de cabeza, apartó la mirada y volvió a clavarla en mí.

—Necesito que entiendas algo, Enrico. Independientemente de lo que haya entre nosotros, mi única preocupación ahora es el bienestar de Clara. Si haces o dices algo que pueda lastimarla…

—No he venido aquí para hacerle daño a mi hija —interrumpí, molesto por la insinuación.

Ella sostuvo mi mirada, inmóvil, evaluándome. Finalmente respiró hondo y asintió.

—De acuerdo. La llamaré entonces.

La vi alejarse por el pasillo, rígida, contenida. Incluso en su distancia, Valentina seguía irradiando esa fuerza obstinada que tanto me exasperaba. Durante un instante, una satisfacción perversa me recorrió. Ella me había quitado algo irremplazable, y ahora le tocaba pagar por cada segundo de ese dolor.

Escuché el sonido suave de una puerta al abrirse y, luego, una voz pequeña y somnolienta.

—Buenos días, mamá.

El corazón me dio un vuelco. Esa voz… la voz de mi hija.

Ira, ansiedad, culpa, miedo. Todo se mezcló en mi interior, dejándome sin aire.

Valentina apareció de nuevo, y con ella, una niña de cabello oscuro y mirada intensa. Mi reflejo en miniatura.

Clara se frotaba los ojos, apretando un unicornio de peluche contra el pecho. Me observó con una cautela inesperada, como si pudiera percibir el peso del pasado incluso sin entenderlo.

—Clara, este es Enrico —dijo Valentina con cuidado, observando atentamente a su hija—. Él ha venido hoy a charlar un poco contigo.

La niña no respondió. Se abrazó más fuerte al peluche y dio un paso atrás, refugiándose tras las piernas de su madre. Sus ojos me miraban, desconfiados.

Valentina frunció ligeramente el ceño, sin saber cómo reaccionar.
—Mamá —murmuró Clara, escondiendo el rostro en su pierna—. No quiero hablar con él. Se peleó contigo. Es malo.

Aquellas palabras me golpearon con una fuerza devastadora. Un silencio denso se apoderó del ambiente.

Me quedé inmóvil, con la garganta cerrada y el pecho ardiendo. La niña tenía miedo de mí. Recordaba mi voz alterada, recordaba la discusión, y ahora me veía como una amenaza.

La culpa me atravesó sin aviso, afilada, brutal.

Miré a Valentina. Parecía sorprendida por la reacción de su hija. Respiró despacio y se inclinó, acariciándole el cabello con ternura.

—Clara, mi amor —susurró con dulzura—, no pasa nada. Él no vino a pelearnos, ¿de acuerdo?

Yo no podía apartar la mirada. Aquel simple gesto, tan natural entre madre e hija, me dolió más que cualquier herida física.

Era la primera vez que veía lo que me había perdido.

—No, cariño, no es malo —dijo Valentina con dulzura, lanzándome una mirada breve y enigmática—. A veces los adultos hablan de otra

manera, pero eso no significa que vaya a hacer daño a mamá ni a ti. No pasa nada.

Sentí que se me cortaba la respiración al verla manejar la situación con tanta delicadeza, anteponiendo la tranquilidad de su hija a cualquier resentimiento hacia mí. Aquel gesto, tan simple y a la vez tan generoso, me golpeó como una bofetada moral.

Clara levantó despacio los ojos hacia mí. Seguía insegura, pero ya no parecía asustada. En ese instante comprendí, con una claridad desconcertante, que lo que estaba ocurriendo iba mucho más allá de lo que había planeado. Valentina, de algún modo, estaba siendo mi aliada. Y yo no estaba preparado para eso.

Ella permaneció agachada junto a la niña, acariciándole el cabello con suavidad. Ambas me observaban, cada una con expectativas distintas: una, la pequeña, con curiosidad y cautela; la otra, con una tensión que apenas lograba ocultar.

Por primera vez en muchos años, sentí que no tenía control sobre lo que iba a pasar. Perder el control era algo que me resultaba insoportable… pero frente a esos ojos grises, idénticos a los míos, era inevitable.

Respiré hondo y me obligué a hacer algo que nunca antes había tenido que hacer: ser paciente. Ser humano.

Di un paso adelante y me agaché, quedando a la altura de Clara. Noté que ya no retrocedía. Simplemente me observaba, atenta, como si me estuviera evaluando.

—Siento lo de aquella noche —empecé con voz baja, procurando que sonara tan suave como mis nervios me permitían—. No debí gritarle así a tu madre. Tienes razón en estar enfadada conmigo.

Clara me estudió en silencio. Sus ojos, tan serios en un rostro tan pequeño, me atravesaron. Luego abrazó su unicornio y frunció el ceño.

—¿Por qué te enfadaste con mi madre?

La pregunta me dejó sin aire. Detrás de ella, Valentina guardó silencio, con el cuerpo tenso, esperando.

Tragué saliva y elegí las palabras con cuidado.

—A veces los adultos hacemos cosas malas —dije despacio—. Y esa vez, la culpa fue mía. Estaba enfadado, pero no con tu madre. Estaba enfadado conmigo mismo.

Ella me miró durante un largo momento, pensativa. Luego bajó la vista y susurró:

—Mi mamá dice que todo el mundo se equivoca alguna vez. Pero si pedimos perdón, no pasa nada.

Mi pecho se contrajo.

—Tu madre tiene razón —asentí, sintiendo un alivio inesperado al ver cómo la tensión se desvanecía del rostro de la niña—. ¿Me perdonas por haber gritado aquella noche?

Clara apretó su unicornio una última vez y asintió.

—Te perdono.

La sonrisa que se formó en mis labios fue tan involuntaria como inevitable. Sentí algo romperse dentro de mí, un muro que había estado erigiendo durante años.

Mi mirada se cruzó con la de Valentina, que me observaba con una mezcla de sorpresa y… gratitud, quizá. Respiró hondo y se incorporó, colocando una mano sobre el hombro de Clara.

—¿Por qué no llevas a Enrico a la cocina, cariño? Creo que le gustaría desayunar con nosotros.

Clara asintió y me tendió la mano. Durante un segundo dudé, paralizado por la emoción, pero luego extendí la mía. Sus dedos pequeños se cerraron con confianza alrededor de los míos.

Aquella mano diminuta, cálida y segura, derrumbó todas mis defensas.

Clara tiró suavemente de mí hacia la cocina. El aroma del pan recién hecho y el café llenaba el aire. Me sentía fuera de lugar, torpe, como un intruso en un mundo que debía haber sido mío desde el principio.

Miré hacia atrás y vi a Valentina observándonos. Su expresión era seria, expectante, como si todavía no supiera si estaba haciendo lo correcto al permitirme estar allí.

Nos sentamos. Clara ocupó la silla a mi lado, mientras Valentina servía el desayuno en silencio, con movimientos medidos. Me sorprendí a mí mismo observándola más de lo que debía. Dependía de su paciencia, de su calma, de su voluntad de incluirme. Y esa dependencia me resultaba insoportable.

Clara tomó un trozo de pan, masticando despacio. Luego levantó la vista y me preguntó con voz inocente:

—¿Vas a venir más veces?

El corazón me dio un vuelco. Valentina detuvo lo que estaba haciendo, su espalda rígida, pendiente de mi respuesta.

Inspiré despacio y me obligué a mirarla a los ojos. Eran los mismos que los míos. Eran los ojos de mi hija.

—Si quieres que vuelva, Clara, lo haré.

La niña sonrió, una sonrisa amplia, sincera, de esas que no conocen la falsedad ni la cautela.

—Entonces vas a volver —dijo con total seguridad—. Porque quiero.

Algo se quebró dentro de mí. Algo que había permanecido intacto durante toda mi vida adulta.

Alcé la mirada hacia Valentina. Su rostro reflejaba una sorpresa que intentaba disimular, pero había algo más profundo en sus ojos, algo que no supe identificar del todo. Apartó la vista enseguida, fingiendo concentración mientras servía café con movimientos lentos y mecánicos. Sin embargo, vi lo que intentaba esconder: alivio.

El resto del desayuno transcurrió en un silencio extraño, cargado de emociones contenidas. No sabía cómo comportarme con una niña; nunca había tenido que hacerlo. Me limité a observarla mientras comía, registrando cada gesto, cada sonrisa, cada movimiento de sus manos pequeñas. Era como descubrir un idioma que había nacido sin mí.

Cuando llegó la hora de marcharme, sentí una resistencia inesperada a cruzar la puerta. Valentina me acompañó hasta la entrada, con esa expresión seria e impenetrable que usaba como escudo. Clara, detrás de ella, me observaba con una mezcla de timidez y curiosidad.

—Gracias por tu ayuda con la conversación —murmuré, con voz más baja de lo que pretendía—. No creí que se acordara.

—No lo hice por ti, Enrico —respondió sin vacilar—. Lo hice por ella. Solo por ella.

Le sostuve la mirada durante unos segundos que parecieron eternos antes de asentir.

—Volveré mañana.

—Lo sé —dijo con serenidad, sin apartar los ojos de los míos—. Clara te estará esperando.

Me alejé hacia el coche con paso firme, aunque el pulso me latía con fuerza bajo la piel.

Sabía que tenía razón: todo aquello estaba ocurriendo por Clara, y únicamente por ella. Pero mientras me sentaba al volante y la imagen de aquella pequeña cocina se repetía en mi mente —Clara sonriendo, Valentina tan cerca, tan vulnerable—, comprendí algo que no quería admitir.

Había sentido algo que no debía. Algo que no podía permitirme sentir.

Una punzada de añoranza.

Por todo lo que había perdido. Por todo lo que Valentina había destruido. Y esa sensación, lo sabía bien, era lo más peligroso a lo que me había enfrentado en toda mi vida.

18. VALENTINA MUNIZ

Era increíble cómo la vida podía aparentar normalidad en la superficie mientras, por dentro, se desataba un auténtico terremoto.

Los últimos días habían sido extrañamente tranquilos, casi como si las tormentas de las semanas anteriores no hubieran sido más que un mal sueño. Las exigencias del banco seguían martilleando mi cabeza, pero después de entregar el caso a mi abogado, pude respirar un poco. Era un problema grave, sí, pero tenía una dirección.

En cuanto a Enrico, parecía haberse calmado… al menos en apariencia. Desde que se conocieron los resultados de la prueba de ADN, venía a ver a Clara todos los días. Pasaba un par de horas con ella, jugaban, desayunaban juntos, y luego se marchaba. Apenas me dirigía la palabra, y eso, sinceramente, lo agradecía. Aún no sabía qué esperar de él, pero lo cierto era que estaba siendo amable con nuestra hija.

Era casi insoportable admitirlo, incluso para mí misma, pero la forma en que trataba a Clara era exactamente como alguna vez había imaginado que sería: paciente, cariñoso, protector. Nada de la frialdad arrogante que reservaba exclusivamente para mí. Y eso, en cierto modo, me tranquilizaba. Podía soportar su desprecio mientras no hiciera daño a mi hija.

Suspiré, apoyando las manos mojadas en el borde del fregadero, observando sin ver el plato que sostenía. Me di cuenta de que llevaba varios minutos quieta, perdida en pensamientos, y negué con la cabeza, frustrada conmigo misma.

Miré el reloj: quedaban apenas treinta minutos para recoger a Clara en la guardería. Me apuré, lavando los platos con rapidez, decidida a dejar todo listo antes de que llegara Júlia a tomar café. Se había convertido en una presencia diaria desde que Enrico regresó. Su apoyo era mi ancla, lo único que me mantenía cuerda en medio de este caos.

Aún no sabía los detalles de la situación con el banco, pero su compañía bastaba.

Terminé de enjuagar el último plato y me sequé las manos con un paño justo cuando sonó el timbre. Sonreí instintivamente; necesitaba verla.

—Hoy llegas temprano —dije, abriendo la puerta con alivio—. Pensé que…

Mi voz se apagó. La sonrisa se borró al ver a un hombre con un sobre oficial en la mano.

—¿Señora Valentina Muñiz? —preguntó el alguacil, con tono profesional.

—Sí, soy yo —respondí, sintiendo cómo el corazón empezaba a golpearme el pecho.

—Tengo una notificación judicial para usted —dijo, extendiéndome el sobre.

Tomé el documento con dedos temblorosos, intentando conservar la compostura.

—Gracias —murmuré, cerrando la puerta apenas el hombre se alejó.

Me quedé inmóvil durante unos segundos, mirando el sobre sin atreverme a abrirlo. Una presión insoportable me oprimía el pecho, y un escalofrío recorrió mi espalda. Respiré varias veces, intentando calmarme lo suficiente como para romper el sello.

Con movimientos lentos, casi temerosos, saqué el papel y comencé a leer. Las palabras tardaron unos segundos en adquirir sentido.

“Procedimiento de confirmación de paternidad y solicitud inmediata de custodia completa a favor del señor Enrico Ferrara.”

El aire abandonó mis pulmones de golpe. Me quedé paralizada, el papel temblando entre mis manos.

Custodia completa.

Enrico no solo quería el reconocimiento oficial. Quería quitarme a mi hija.

El impacto me golpeó con violencia. El silencio de los últimos días, su aparente amabilidad, la paciencia con Clara… todo había sido un teatro. Una distracción para que bajara la guardia antes de atacar donde más dolía.

Un sollozo escapó de mi garganta, y las lágrimas ardientes nublaron mi visión. Estaba aterrorizada. Ninguna amenaza, ni siquiera la posibilidad de perder la casa o la pastelería, se comparaba con esto. Porque ahora no solo me estaba atacando a mí: estaba atacando a Clara.

Las piernas me fallaron, y me dejé caer al suelo, con el documento aún en las manos. Las lágrimas cayeron silenciosas, una tras otra, mientras intentaba respirar.

Enrico lo había dejado claro: no bastaba con destruir mi vida. Quería a mi hija. Y sabía que si ponía toda su determinación —y su poder— en ello, podía conseguirlo.

El pánico me recorrió el cuerpo como un veneno. La sola idea de que alguien pudiera arrancar a Clara de mis brazos me hacía temblar. Cerré los ojos con fuerza, intentando espantar aquella imagen, pero era inútil.

Un golpe en la puerta me sobresaltó.

—¿Val? Soy yo, Júlia.

Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano y me obligué a ponerme en pie. Abrí la puerta con esfuerzo.

Júlia frunció el ceño de inmediato, su sonrisa habitual desapareció.

—Dios mío, Valentina, ¿qué ha pasado?

Le tendí el documento en silencio. Ella lo leyó rápidamente, y su expresión se tornó de incredulidad a rabia.

—No puede ser… ¡No tendría el valor!

—Parece que a Enrico Ferrara no le falta valor —susurré con amargura, la voz temblando.

Júlia me abrazó con fuerza, sosteniéndome como si temiera que me rompiera.

—No podrá quitarte a Clara, Val. ¡Ningún juez en su sano juicio lo permitiría!

Asentí, intentando absorber algo de su seguridad, pero el miedo me apretaba el pecho como un puño invisible.

Por primera vez desde su regreso, comprendí que podía perderlo todo. No solo mi casa, mi negocio o mi reputación. Podía perder a mi hija.

Enrico había declarado la guerra. Y yo necesitaba aprender a luchar. Porque si me vencía, no quedaría nada de mí al final.

19. ENRICO FERRARA

Era tarde.

El reloj del despacho marcaba casi la medianoche, pero seguía sin poder levantarme de aquella maldita silla. Las horas se deshacían lentamente entre fotos, documentos, informes y el vaso de whisky que giraba sin sentido entre mis dedos.

Frente a mí, el expediente judicial que había iniciado contra Valentina me observaba como una provocación muda. Esparcidas sobre la mesa, las fotografías de Clara —desde que era un bebé hasta sus cinco años— eran un recordatorio cruel de todo lo que me habían arrebatado. Cinco años de vida. Cinco años de recuerdos. Cinco años que Valentina y sus mentiras me habían robado sin remordimiento.

Apreté el vaso con fuerza al detenerme en una imagen en particular: Clara, recién nacida, dormía en los brazos de Valentina. La ternura de aquella foto era insoportable. Representaba todo lo que había deseado vivir y todo lo que ya nunca podría recuperar. Cada nuevo encuentro con mi hija reavivaba el dolor, pero lo que más me consumía era la rabia que hervía bajo la superficie.

Ella me lo había quitado. Me había quitado a mi hija.

La mandíbula me dolía de tanto apretarla.

El móvil vibró con insistencia sobre la mesa. No necesité mirar para saber quién llamaba.

—Eloá —respondí, con voz seca.

—Tus últimas decisiones me resultan bastante decepcionantes, Enrico —fue su saludo.

La voz de mi abuela sonó tan gélida y autoritaria como siempre, pero esta vez cargada con una irritación apenas contenida.

—Buenas noches a ti también, *nonna* —repliqué con sarcasmo—. ¿Qué es exactamente lo que te molesta ahora?

Escuché un suspiro áspero al otro lado de la línea.

—Siempre has tenido debilidad por esa mujer. Hace cinco años, casi destruyes todo por su culpa. No cometas el mismo error. No me gusta cómo se están desarrollando las cosas.

La rabia me subió al pecho, pero me contuve. Aun con kilómetros de distancia, su sombra seguía pesando sobre mí como una losa.

—Esto no tiene nada que ver con sentimientos —respondí con firmeza—. Lo hago por el bien de mi hija. Clara es mi prioridad.

Eloá soltó una risa seca, carente de calidez.

—No seas ingenuo. Lo que llamas "el bien de tu hija" no es más que venganza disfrazada. Si vas a vengarte, hazlo bien y rápido. No le des tiempo a esa mujer para convertir todo esto en un escándalo público.

Cerré los ojos un instante, apretando el puño sobre la mesa hasta sentir el dolor en los nudillos.

—Sé perfectamente lo que hago. No necesito que me digas cómo actuar con mi hija.

—Claro que sí —replicó con voz afilada—. No estarías en esta situación si me hubieras escuchado antes. Si hubieras seguido mis consejos, esa mujer nunca habría tenido la oportunidad de engañarte. Haz lo que debas, Enrico, pero hazlo rápido.

La llamada se cortó.

Me quedé sosteniendo el teléfono, mirando el vacío, con una mezcla de frustración y algo que no quería reconocer. Eloá siempre había sido dura, pero esta vez sus palabras resonaban distinto. No lo suficiente para hacerme dudar… aunque sí lo bastante para sembrar una incomodidad silenciosa.

Golpeé el móvil contra la mesa y apuré el whisky de un trago. El ardor en la garganta no logró disipar el sabor amargo de aquella conversación.

Unos golpes suaves en la puerta interrumpieron mis pensamientos. No hacía falta preguntar quién era.

—Imagino que lo habrás oído todo —murmuré sin girarme, con los ojos fijos en la foto de Clara.

—Era difícil no oírlo —respondió André desde la puerta, entrando con calma y sentándose frente a mí—. La abuela no estaba precisamente conteniéndose.

—Nunca lo hace —repuse con dureza—. Y hoy no estoy de humor para otro sermón.

—No es un sermón, Enrico —dijo, apoyando los codos en las rodillas—. Pero tal vez deberías escuchar a alguien más que a ella. ¿Estás seguro de que alejar a Clara de su madre es lo mejor para ella? ¿O solo estás cediendo a la presión de Eloá… o a tu propio orgullo?

Levanté la vista y lo miré con la suficiente intensidad como para obligarle a callar.

—Nadie me manipula, André. Ni siquiera *nonna*. Clara es mi hija. Mía. No permitiré que Valentina decida cómo y cuándo puedo ser parte de su vida. Y no estoy haciendo esto para demostrar nada. Esa niña que creció lejos de mí nunca volverá a carecer de lo que puedo darle. Nunca más.

André me observó unos segundos en silencio. Su expresión tranquila no lograba ocultar la preocupación.

—Lo único peor que cometer un error —dijo finalmente, levantándose— es persistir en él por orgullo.

Me dirigió una última mirada, cargada de algo parecido a tristeza.

—Mírate, Enrico. Llevas noches enteras sentado aquí, con estas fotos, con este expediente frente a ti. No estás luchando por tu hija, estás alimentando tu obsesión. Y si no lo ves… pronto serás tú quien la pierda.

No respondí.

Me quedé mirando la foto de Clara una vez más, con el pulso acelerado y un silencio atronador llenando la habitación. André salió cerrando la puerta tras de sí y dejándome otra vez solo con mis pensamientos desordenados.

Apenas unos minutos después, el timbre sonó con insistencia. Fruncí el ceño. A esa hora nadie debería estar llamando. Había despedido a la criada, así que, molesto, me levanté de golpe, bajé las escaleras con pasos firmes y me dirigí a la puerta principal dispuesto a descargar toda mi frustración sobre quien tuviera la osadía de interrumpirme.

Pero en cuanto abrí la puerta, el aire se me escapó de los pulmones.

Valentina estaba allí.

Sus ojos brillaban con una mezcla peligrosa de rabia y dolor, las manos cerradas en puños, el rostro tenso, casi temblando. Durante unos segundos interminables, ninguno de los dos dijo nada. Nos mirábamos con una intensidad que hacía vibrar el aire entre nosotros.

Y entonces habló.

—¿Cuál es tu puto problema?

Su voz era firme, afilada, tan cargada de ira como de desesperación. Temblaba, sí, pero no de miedo. Era furia pura, viva, quemándole los labios.

Sentí que todo mi cuerpo se tensaba al instante. Di un paso hacia ella, invadiendo su espacio.

—¿Mi problema? —gruñí, con una voz baja y contenida—. ¿Tienes el descaro de aparecerte en mi puerta, después de todo lo que has hecho, y preguntarme cuál es mi problema, Valentina?

Levantó la barbilla con orgullo, sin moverse un centímetro.

—¿Todo lo que he hecho? —replicó, su voz temblaba de rabia—. ¡Destruiste mi vida, Enrico! ¡Dos veces! ¿No te bastó con humillarme

delante de todos tus invitados en aquel altar? ¿No te bastó con llamarme mentirosa y dejarme embarazada y sola? ¿Ahora también quieres quitarme a mi hija? ¿Has perdido completamente la cabeza?

La sangre me ardía en las venas. Apreté los puños tan fuerte que sentí los huesos crujir.

—¡Nuestra hija! —rugí—. ¡Esa niña es tan mía como tuya! No tenías derecho a ocultármela durante cinco años.

Soltó una carcajada amarga, tan rota que me hirió más de lo que habría querido admitir.

—¿No tenía derecho? ¡Ya me habías descartado mucho antes, Enrico! Dejaste claro, frente a todo el mundo, que no querías saber nada de mí. ¿Cómo podía creer que aceptarías a Clara, que la amarías, que siquiera la mirarías sin desprecio? ¡Solo sabes destruir, humillar y herir! No iba a darte la oportunidad de hacerle eso a mi hija.

Avancé otro paso. Nuestros cuerpos estaban tan cerca que podía sentir el ritmo acelerado de su respiración.

—También es mi hija —insistí, con la voz tensa y los dientes apretados—. Me robaste cinco años de su vida. Me lo has robado todo.

—¡Y tú me robaste mucho más! —gritó ella, avanzando también hasta casi chocar conmigo. Su respiración era rápida, sus ojos centelleaban con furia—. Me robaste mis sueños, mi familia, mi dignidad. No tienes idea de lo que pasé sola, de lo que tuve que soportar. No sabes lo que fue explicarle a mi hija por qué su padre no estaba allí.

Mis pulmones se cerraron. La acusación me golpeó como un puñetazo. La culpa me atravesó, mezclándose con una ira que me hacía hervir por dentro.

—¿Y crees que yo no sufrí? —pregunté con voz baja y temblorosa, tan contenida que dolía—. ¿Crees que fue fácil para mí perderte? ¿Despertar un día y descubrir que todo era una mentira?

Dices que destruí tu vida, ¡pero fuiste tú quien destruyó la mía! ¡Fuiste tú quien me traicionó, quien me engañó, quien convirtió todo en cenizas!

El silencio que siguió fue violento, cargado de rabia y de algo más oscuro, más peligroso.

Valentina volvió a reír, pero esta vez el sonido era distinto, confuso, tembloroso, con las manos cerradas en puños y todo el cuerpo vibrando por la fuerza de la emoción que la consumía.

—¿De verdad te lo crees? Después de todos estos años, ¿sigues creyendo esa mentira? ¿No te das cuenta de cuánto te manipularon? ¿De cuánto fue todo un teatro?

Algo latía dentro de mí, fuerte y doloroso, amenazando con romper el frágil control que aún me quedaba.

—No seas ridícula, Valentina —susurré con rabia contenida—. He visto las pruebas. Fotos, mensajes, todo. Estabas embarazada y ni siquiera tuviste el valor de decírmelo. Me enteré por otra persona, ¡por un maldito sobre! ¿De verdad crees que te habría creído después de eso?

—¡Sí, estaba embarazada! ¡Embarazada del hombre que amaba, Enrico! —gritó, perdiendo por fin cualquier resto de control—. ¡Del hombre al que, incluso después de todo, nunca traicionaría! Pero no me escuchaste, ni siquiera me miraste a la cara. ¡Preferiste creer las mentiras cómodas que te vendieron antes que creerme a mí!

El silencio que siguió fue asfixiante. Sus palabras pesaban entre nosotros, quemaban, dolían, abrían heridas que jamás cicatrizarían del todo.

Me quedé mirándola sin decir nada. Mi mente se negaba a aceptar lo que intentaba decirme, aunque una parte peligrosa de mí —una parte que aún la echaba de menos con una fuerza insoportable— deseaba desesperadamente creerla.

Sin previo aviso, la ira y el dolor acumulados comenzaron a transformarse en algo más primario, más profundo. El aire entre

nosotros se electrizó, cargado de una tensión nueva y peligrosa.

Su mirada descendió brevemente hasta mi boca, traicionando su propio conflicto interno, antes de obligarse a dar medio paso atrás, como si la proximidad le quemara.

—Ya no importa —murmuró, intentando recuperar el control—. No me vas a quitar a Clara. No te lo permitiré.

Mi voz salió ronca, casi irreconocible, mientras le sostenía la mirada, llena de una mezcla tan peligrosa de desafío como de vulnerabilidad.

—Quiero ver cómo intentas detenerme.

Me observó durante unos segundos eternos, respirando deprisa, el pecho subiendo y bajando con esfuerzo visible. Luego negó lentamente con la cabeza.

—No, Enrico. Lo que de verdad quieres es venganza. Quieres hacer daño. Siempre quieres algo más de lo que dices. Y no voy a dejar que le hagas eso a mi hija.

—Nuestra hija —corregí en un susurro áspero, acercándome aún más, tan cerca que mis labios casi rozaron los suyos—. No volveré a cometer el error de confiar en ti. No volveré a darte la oportunidad de alejarme de Clara.

Por un instante, se quedó completamente inmóvil, sus ojos fijos en los míos, la cercanía volviéndose insoportable. Un segundo, dos, tres…

Y entonces, bruscamente, Valentina dio un paso atrás, el rostro marcado por algo muy parecido al pánico.

—No vas a ganar esta guerra, Enrico —dijo, antes de girarse sobre sus talones.

La vi marcharse, cada músculo de mi cuerpo luchando contra el absurdo impulso de ir tras ella, de abrazarla, de… no. Eso no podía pasar.

No quería nada de Valentina aparte de su destrucción. Ni podía. No cuando haberla querido ya casi me había arruinado una vez.

20. VALENTINA MUNIZ

7 AÑOS ANTES

La puntualidad era casi una religión para mí. Cada minuto de mi día estaba programado, cronometrado y cuidadosamente cumplido. Mi tiempo era demasiado valioso para desperdiciarlo en distracciones. Nunca llegaba tarde, no toleraba los retrasos y, desde luego, no los perdonaba.

Pero aquella mañana nada funcionaba como debía. La reunión prevista para las nueve ya había empezado hacía cinco minutos y, para colmo, había recibido un irritante mensaje de Eloá quejándose de alguna trivialidad familiar. Respiré hondo, intentando contener la irritación que me bullía por dentro mientras pulsaba el botón del ascensor reservado a la junta de la Corporación Ferrara.

Las puertas estaban a punto de cerrarse cuando una figura femenina entró apresurada, ignorando por completo el cartel de uso exclusivo. Era joven, tal vez de unos veinte años, vestida con una falda lápiz negra y una blusa blanca que parecían elegidas para dar una imagen profesional, aunque algo en ella contradecía toda esa formalidad. Su cabello oscuro, casi negro, caía en ondas rebeldes sobre los hombros y su rostro delicado y expresivo se iluminaba con una sonrisa amplia y genuina, de esas imposibles de mantener en una mañana normal de trabajo.

Su energía vibrante contrastaba con el ambiente grave y silencioso del ascensor, y algo en ella pareció iluminar el reducido espacio. Fruncí el ceño, tratando de disipar aquel pensamiento inadecuado, y volví la mirada al panel iluminado.

La mujer reía por teléfono, con las manos ocupadas entre carpetas y una enorme taza de café, demasiado distraída para notar mi presencia en el rincón.

—¡No, claro que no, Bia! —rió con voz cálida, ligera—. La reunión no es hasta dentro de media hora. Tengo tiempo de sobra para subir

y fingir que estoy organizada. No, ¡no soy nada organizada! Soy un desastre andante.

Suspiré en silencio, observando los números que marcaban el décimo piso. Faltaban quince. La mujer seguía tan despreocupada, su risa musical y contagiosa llenaba el espacio como si ignorara por completo el mundo real y sus problemas.

Entonces el ascensor se sacudió con violencia. Las luces parpadearon y el movimiento se detuvo bruscamente entre dos pisos. El golpe nos desequilibró y la taza de café cayó al suelo, derramando el líquido caliente por todas partes.

—¡Oh, no, no me lo puedo creer! —exclamó, mirando el desastre y, por fin, reparando en mí.

Sus grandes ojos oscuros se abrieron con sorpresa y, para mi consternación, sonrió.

—¿Buenos días? —dijo, insegura, con un brillo travieso—. Espero que no le gusten demasiado esos zapatos. —Señaló mis pies, donde el café había salpicado mis mocasines italianos hechos a medida.

Respiré hondo, conteniendo mi molestia.

—No pasa nada —respondí seco, tomando el móvil para llamar a Aline—. Mantenga la distancia, por favor.

Ella arqueó las cejas, sorprendida, y luego volvió a sonreír como si mi frialdad le resultara divertida.

—Vaya, definitivamente alguien se levantó con el pie izquierdo hoy —murmuró, casi para sí.

Ignoré el comentario y marqué el número de mi secretaria, pero solo obtuve señal de ocupado. Lo intenté varias veces, sin éxito: el sistema interno también parecía caído. Suspiré con fastidio. Aquella mañana se estaba convirtiendo en una pesadilla.

La mujer me observaba con esa sonrisa persistente, como si nada la perturbara. Finalmente, al guardar el teléfono con impaciencia, la miré con frialdad, esperando que entendiera el mensaje. Pero, para

mi sorpresa, amplió aún más la sonrisa y extendió la mano con un entusiasmo absurdo para la situación.

—Bueno, ya que vamos a estar atrapados aquí, será mejor presentarnos, ¿no? Soy Valentina Muñiz. Trabajo en el departamento de comunicaciones. Pero, por la cara que pone, empiezo a pensar que quizá ya no trabaje —bromeó, señalando mis zapatos manchados.

Miré su mano suspendida entre nosotros, negándome a estrecharla. Aun así, algo en su descarada ligereza me obligó a responder:

—Enrico Ferrara.

Frunció el ceño un instante y pude ver el momento exacto en que reconoció el apellido. Sus ojos se abrieron por la sorpresa y, acto seguido, hizo algo totalmente inesperado: se echó a reír.

—Genial —dijo, todavía riendo—. Derramé café en el zapato del presidente de la empresa. Buena forma de conseguir un ascenso, Valentina. Enhorabuena, Valentina.

La observé en silencio, incrédulo, sin entender si estaba loca o simplemente no comprendía el peligro de provocarme así. Pero, mientras la veía reírse de sí misma con una naturalidad tan contagiosa, sentí algo inquietante: una comisura de mis labios amenazó con curvarse en una sonrisa.

Inmediatamente suprimí cualquier signo de buen humor, apretando la mandíbula y mirando con impaciencia el panel del ascensor, desconcertado por la situación absurda y por aquella mujer exageradamente optimista.

El ascensor empezó a moverse otra vez, lento, y el silencio solo lo rompía el sonido amortiguado de los cables. Mantuve la vista fija en los números, marcando mentalmente cada segundo. Cuanto antes terminara esta incomodidad, mejor.

El teléfono vibró en el bolsillo interior de mi chaqueta y, al sacarlo, sentí que el ascensor frenaba de golpe. Un ruido metálico resonó,

las luces parpadearon y el movimiento se detuvo.

—Oh, no —murmuró la mujer, por primera vez mostrando preocupación—. Quedarse atrapada en un ascensor está bien, ¡pero en uno encantado no!

Presioné el botón de emergencia y el sonido de alarma llenó el pequeño espacio.

—No está encantado —dije seco—. Solo estamos atrapados. Perfecto.

Ella suspiró y guardó el móvil, apoyándose en la pared con una sonrisa que parecía fuera de lugar.

—Bueno, supongo que tendremos que esperar juntos —dijo con ligereza—. Al menos la compañía parece agradable.

Le lancé una mirada incrédula.

—Prefiero no tener compañía ahora.

No pareció darse por aludida.

—Oh, no te preocupes. Soy excelente en situaciones de crisis. Una vez me quedé tres horas en un atasco y escribí casi toda mi tesis en el coche —contó, animada. Como no respondí, cambió el peso de una pierna a otra—. Supongo que debería haber prestado atención al cartel de "uso exclusivo", ¿verdad? —añadió, con un amago de sonrisa—. No te culpo por no estar encantado de compartir el ascensor conmigo.

Algo en su sinceridad inesperada me tomó desprevenido. Solté un suspiro.

—Prometo no hacerte el día peor de lo que ya es —añadió enseguida.

La observé con cautela, pero también con cierta curiosidad. Su calma, su humor absurdo en medio del desastre… resultaban desconcertantes.

—Muy generoso por tu parte —murmuré, con ironía, girando la vista hacia las puertas cerradas.

Ella rebuscó en su bolso hasta sacar una pequeña tableta de chocolate.

—¿Chocolate? —preguntó sonriendo—. Suele ayudar en estos momentos.

—No, gracias.

—¿En serio? —alzando las cejas, divertida—. ¿Así que el señor Ferrara es de los que no les gusta el chocolate o de los que no aceptan dulces de extraños?

La miré en silencio, tratando de decidir si me provocaba a propósito o si esa era su manera natural de sobrellevar el encierro.

—Talvez las dos cosas —respondí al fin, sin poder evitar que la esquina de mi boca se levantara apenas.

—Me parece justo —replicó, con una sonrisa irreverente mientras desenvolvía el chocolate—. Pero apuesto a que, si seguimos aquí media hora más, acabarás suplicándome un trozo.

Una sonrisa involuntaria cruzó fugazmente mis labios. Negué con la cabeza, mirando las puertas metálicas frente a mí y preguntándome qué demonios me pasaba.

No me reconocía en esa interacción. Y, aunque no quisiera admitirlo, era difícil seguir molesto con alguien como ella cerca.

Necesitaba salir de allí cuanto antes, antes de empezar a pensar en algo distinto a la irritación que me provocaba aquella desconocida. Porque, sin duda, cualquier otra reacción hacia Valentina Muñiz sería un error.

Un error del que, muy en el fondo, ya empezaba a sospechar que no me arrepentiría.

21. VALENTINA MUNIZ

Mis dedos apretaban con fuerza el dobladillo de mi falda negra mientras miraba el suelo blanco y gastado de aquella pequeña sala del foro. El corazón me latía tan rápido que lo sentía en la garganta y, por más que intentaba calmarme, la ansiedad solo crecía.

—Eh, respira —susurró Júlia a mi lado, entrelazando sus dedos con los míos—. Todo va a salir bien, Val.

Levanté la vista e intenté sonreír, pero lo único que conseguí fue una mueca débil y preocupada.

—No sé si lo hará, Jú —admití en voz baja, odiando lo vulnerable que sonaba mi tono—. Enrico no está bromeando. Quiere a mi hija y no piensa negociar.

—Puede que no quiera negociar, pero no es él quien decide —respondió, apretándome la mano con más fuerza—. Clara está bien cuidada, feliz, segura contigo. Ningún juez va a cambiar eso solo porque Enrico Ferrara sea poderoso.

Quería creerlo. Más que nada. Pero era imposible olvidar que, desde que Enrico había vuelto a mi vida, todo se había vuelto incierto, inestable, fuera de mi control. Y ahora mi mayor certeza, Clara, se veía amenazada por él.

—No sé qué haré si la pierdo, Jú —murmuré con la voz quebrada —. No podré soportarlo.

—Oye, no vas a perder a nadie —replicó Júlia, sujetándome el rostro y obligándome a mirarla—. Clara es tu hija. Tú la criaste, tú la amas, y ningún tribunal puede arrebatarte eso. ¿Me oyes?

Asentí y tragué saliva, intentando absorber un poco de su confianza. Júlia quería ayudar, lo sabía, pero también sabía que la justicia no siempre era justa.

La puerta se abrió de golpe, haciéndome sobresaltar. Mi abogado apareció en el umbral con el rostro serio.

—Valentina, están a punto de comenzar. ¿Estás lista?

Respiré hondo y apreté la mano de Júlia antes de ponerme en pie.

—No, no lo estoy —admití con sinceridad—. Pero vamos igualmente.

Júlia me sonrió, intentando infundirme ánimo.

—Estaré aquí fuera esperándote. Todo saldrá bien.

Le devolví una sonrisa débil, pero agradecida, y seguí a mi abogado fuera de la pequeña sala. Cada paso hacia el juzgado hacía que la presión en mi pecho aumentara.

Cuando crucé la puerta y entré en la gran sala, mis ojos se encontraron con los suyos.

Enrico estaba impecable, como siempre. El traje oscuro caía con perfección sobre su cuerpo alto y elegante; el cabello, cuidadosamente peinado hacia atrás, dejaba al descubierto un rostro tan apuesto como arrogante. No parecía nervioso ni preocupado. Al contrario: su expresión fría e impasible era la de un hombre acostumbrado a ganar, de alguien que no concebía otro resultado que la victoria.

Un escalofrío me recorrió la espalda, pero mantuve la cabeza alta. Respiré hondo y caminé hasta mi asiento. No me permitiría quebrarme delante de él. No allí. No otra vez.

Si alguien me hubiera dicho, meses atrás, que acabaría llamando a la puerta de Enrico Ferrara después de medianoche, rogándole que me explicara por qué quería quitarme a mi hija, nunca lo habría creído. Pero eso fue exactamente lo que ocurrió, una semana antes.

Aquella noche, tras abrir la notificación judicial que amenazaba lo más preciado de mi vida, solo pude pensar en una cosa: necesitaba entender por qué. ¿Por qué Enrico, que parecía tan cariñoso y dedicado con Clara, estaba decidido a llevarlo todo tan lejos, tan rápido? ¿Por qué tenía que destruirme en el proceso?

Por eso, con el corazón desbocado, conduje hasta la mansión que había alquilado en la ciudad y prácticamente irrumpí en ella buscando respuestas.

Pero lo que encontré allí no fueron respuestas. Fueron heridas abiertas, acusaciones y resentimientos guardados durante cinco años, estallando con una intensidad imposible de contener. Gritamos, nos insultamos, dijimos verdades crueles hasta que ya no supe si lloraba de rabia, de dolor o de frustración.

Y, en medio de aquel caos emocional, surgió algo aún peor: deseo.

Un deseo intenso, peligroso, completamente inapropiado. Pero estaba allí, ardiendo en cada mirada, en cada palabra áspera, en cada paso que acortaba la distancia entre nosotros.

Ahora, sentada en aquella fría sala, esperando la vista que decidiría el futuro de mi hija, todavía sentía los ecos de aquella noche. Todavía podía oír el tono de su voz, sentir el peso de su presencia, el temblor en mi propia respiración.

Respiré hondo y cerré los ojos un segundo, intentando desterrar esos recuerdos. La repentina entrada del juez me devolvió al presente de golpe. Todos los presentes se pusieron de pie y, tras un breve silencio, volvieron a sentarse.

Sin querer, mi mirada volvió a desviarse hacia Enrico. Seguía impasible, la espalda recta, los ojos fríos, la confianza absoluta de un hombre que creía tener la verdad —y la victoria— de su parte.

Mi abogado me tocó suavemente el brazo, devolviéndome al presente justo cuando el juez comenzaba a hablar. Su voz profunda y autoritaria resonó en la silenciosa sala.

—Estamos aquí reunidos para la audiencia preliminar en el caso de reconocimiento legal de paternidad y solicitud de custodia, interpuesto por el señor Enrico Ferrara contra la señora Valentina Muñiz, en relación con la menor Clara Muñiz.

Cada palabra era un golpe seco en el pecho. Se me revolvía el estómago, las manos se me helaban y la sensación de vulnerabilidad era casi insoportable.

Nunca quise que las cosas llegaran a este punto. Por mucho miedo, inseguridad o resentimiento que hubiera sentido, jamás tuve la intención de privar a Clara de su padre. Pero todo había ocurrido tan rápido, tan fuera de mi control, que ahora estaba atrapada en el caos que se había convertido mi vida.

—En cuanto a la prueba de ADN solicitada por el demandante —continuó el juez, hojeando los documentos sobre su mesa—, el resultado es concluyente: el señor Enrico Ferrara es efectivamente el padre biológico de la menor Clara Muñiz.

Aunque no fue una sorpresa para nadie, un murmullo discreto recorrió la sala. Tuve que respirar hondo para no derrumbarme. Desde el principio había sabido que no podía haber otro resultado, pero escucharlo en voz alta, en aquel espacio frío e impersonal, lo hacía más real.

Incapaz de evitarlo, miré hacia Enrico. Por primera vez en todo el día, nuestros ojos se encontraron. Y fue un contacto breve, pero tan intenso que me dejó sin aliento. Había resentimiento, rabia y años de preguntas sin respuesta, pero también algo más. En sus ojos vi una emoción nueva, fugaz, casi imperceptible: vulnerabilidad.

El juez siguió hablando, pero su voz se volvió lejana, apagada por el estruendo de mis propios latidos. Sabía que aquella era solo la primera batalla de muchas, y lo que más me aterraba era descubrir que, a pesar de todo, aún no estaba preparada para enfrentarme a Enrico Ferrara.

Pero no había marcha atrás. Tenía que reunir la fuerza para luchar, aunque eso implicara enfrentarme a mis sentimientos, a mi pasado y al hombre que, pese a todo, nunca había conseguido olvidar.

El juez se ajustó las gafas antes de hacer un leve gesto de cabeza hacia la mesa contraria.

—Puede proceder el abogado del demandante.

El corazón me golpeó en el pecho. Vi cómo el abogado de Enrico se ponía en pie, seguro de sí mismo, con una confianza que me resultaba tan familiar como insoportable. Enrico permanecía inmóvil, su rostro convertido en una máscara impenetrable.

—Señoría —empezó el abogado, con tono cortés pero firme—, estamos hoy aquí ante una situación profundamente injusta. Mi cliente, el señor Ferrara, fue privado deliberadamente de todo contacto con su hija durante cinco años. Durante todo este tiempo, no supo de su existencia, perdiéndose momentos preciosos e irremplazables en la vida de la menor. Esta privación causó un daño emocional irreparable, no solo a mi cliente, sino también, potencialmente, a la niña.

El rostro me ardía. El corazón me martilleaba el pecho. Quise gritar que no era cierto, que jamás le había negado el derecho a conocer a Clara. Pero me tragué las palabras, apretando las manos temblorosas sobre la mesa mientras el abogado seguía.

—No cabe duda de que lo mejor para la menor es convivir con ambos progenitores. Sin embargo, teniendo en cuenta las condiciones materiales, educativas y afectivas que mi cliente puede ofrecer, solicitamos que se conceda la custodia principal al señor Ferrara. Él dispone de todos los recursos necesarios para garantizar a la niña una vida segura, estable y equilibrada en todos los sentidos.

Cerré los ojos un momento, luchando contra la indignación que amenazaba con hacerme perder la compostura. Nunca en mi vida me había sentido tan expuesta, tan injustamente retratada.

Mi abogado me tocó el brazo, percibiendo mi tensión, y respiré hondo, obligándome a recuperar el control. Era nuestro turno.

—Señoría —comenzó con voz firme y respetuosa—, las alegaciones de la otra parte son injustas y distorsionadas. Mi clienta, la señora Valentina Muñiz, nunca actuó con la intención de privar a la niña del contacto con su padre. Al contrario, sus decisiones fueron

motivadas por las dolorosas y difíciles circunstancias impuestas por el señor Ferrara, quien decidió abandonarla en el altar, embarazada, sin apoyo emocional ni recursos económicos.

La sala se quedó en silencio absoluto. Mi respiración se hizo pesada, y por un instante sentí la mirada de Enrico clavada en mí. No tuve el valor de devolverla.

Sabía que, a partir de ese momento, nada volvería a ser igual.

El silencio en la sala pareció intensificarse, y noté por el rabillo del ojo que Enrico se movía ligeramente, molesto por la mención directa de aquel pasado que parecía querer olvidar.

—Durante esos cinco años —continuó mi abogado—, Valentina crió sola a Clara, ofreciéndole un entorno afectuoso, sano y emocionalmente estable. Mi cliente es una madre ejemplar, plenamente capaz de criar a su hija con equilibrio emocional y seguridad afectiva. La capacidad parental no puede medirse únicamente por las condiciones económicas, sobre todo cuando esas condiciones nunca han faltado a la niña hasta ahora.

Habló con tal convicción que sentí los ojos llenarse de lágrimas, no solo por la fuerza de sus palabras, sino por el recuerdo de los momentos difíciles que Clara y yo habíamos afrontado y superado juntas. El juez observaba con gesto neutro, consciente de la hondura del conflicto: esto iba mucho más allá de una disputa legal. El aire se cargó de resentimiento silente.

Tras unas observaciones rápidas de ambos abogados, el juez hizo una señal para que todos prestaran atención.

—Considerando las alegaciones presentadas y, sobre todo, los intereses inmediatos de la menor Clara Muñiz, determino que, durante el curso de este procedimiento, la custodia provisional permanecerá con la madre, Valentina Muñiz. No obstante, el Sr. Enrico Ferrara tendrá derecho a visitas frecuentes, en los días y horas que fije este tribunal. Ninguna de las partes podrá salir de la ciudad con la niña sin autorización judicial expresa. Insisto en el

carácter confidencial de este procedimiento; cualquier violación será severamente sancionada.

Solté un suspiro agudo: alivio, pero también conmoción. La decisión era temporal y sabía que Enrico no la aceptaría sin luchar. Miré discretamente de reojo y vi su expresión endurecida, los ojos entrecerrados y peligrosos. Ambos sabíamos que aquello no terminaba allí.

Cuando el juez clausuró la vista, la sala se puso en pie. Cogí mi bolso, aún temblando, cuando la imponente presencia de Enrico apareció a mi lado.

—Disfruta de esta victoria temporal, Valentina —susurró, su tono bajo y frío, tan próximo que pude oler su perfume caro—. —No durará mucho.

Levanté la mirada y le devolví la mirada con todas las fuerzas que me quedaban.

—Jamás permitiré que me arrebates a mi hija, Enrico —respondí con firmeza.

Se acercó un poco más y, en un tono apenas audible, casi íntimo y cargado de amenaza, dijo:

—No sólo quiero a mi hija, Valentina. Lo quiero todo.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal: comprendí un segundo significado oculto en esas palabras. Su mirada se clavó en mí, intensa y perturbadora, y luego se alejó. Me quedé allí, aturdida y asustada, consciente de que, por un instante, volvía a enfrentar a un hombre con todo su poder.

Afuera, Julia aguardaba ansiosa y corrió hacia mí al verme.

—¿Qué tal? ¿Cómo ha ido? —preguntó.

—Tengo algo más de tiempo —respondí en voz baja—, pero no creo que dure. Enrico no se rendirá, Julia. Ahora siento que la amenaza es aún mayor.

Mi amiga me tomó de la mano con firmeza.

—Entonces prepárate para lo peor —dijo—. Pase lo que pase, no lo enfrentas sola.

Asentí, sintiendo el pecho apretado, mientras una pregunta no dejaba de resonar en mi mente: ¿cuál será el próximo movimiento de Enrico Ferrara?

22. VALENTINA MUNIZ

6 AÑOS ANTES

La luz dorada del crepúsculo entraba suavemente por las paredes de cristal del chalet, tiñendo todo con un brillo cálido y acogedor.

Tendida sobre el pecho firme y cálido de Enrico, con el rostro acurrucado en su cuello, miraba distraídamente las hojas que se mecían fuera mientras sentía su mano recorrer la piel desnuda de mi espalda. Su cuerpo ardía bajo el mío; nuestros corazones, aún acelerados, empezaban a acompasarse. Cerré los ojos, sonriendo al sentir el calor de sus dedos deslizándose suavemente por mi columna, dibujando caminos invisibles sobre mi piel.

—¿En qué estás pensando? —susurré, alzando la cabeza para mirarlo.

Enrico sonrió. Era una de esas sonrisas raras, pequeñas, que parecía guardar solo para mí. Una sonrisa que me llenó el pecho de una felicidad difícil de describir.

—En lo hermosa que eres —respondió con una sinceridad que me estremeció—. Y en lo vacía que estaba mi vida antes de que llegaras tú.

Acaricié su rostro y dejé que esas palabras se hundieran en mí. Nuestros labios se rozaron, y aspiré el aroma que aún flotaba en el aire: el de nuestro sexo, nuestra piel, nuestra intimidad.
—Podría quedarme aquí para siempre —murmuré, con los ojos cerrados, queriendo atrapar aquel instante con todos los sentidos.

Su risa grave vibró en mi oído, resonando en su pecho contra el mío. Cuando abrí los ojos, su mirada gris, intensa y serena, me atrapó.

—Entonces nos quedaremos —dijo simplemente, con una voz profunda que sonaba a promesa.

Sonreí amplia, espontánea, embriagada por la facilidad con la que él despertaba esa alegría en mí.

—Lo aceptaría enseguida si lo dijeras en serio —bromeé, incorporándome un poco sobre el codo para mirarlo mejor, dejando que la sábana se deslizara hasta mi cintura y la luz tibia bañara mi piel desnuda.

Los ojos de Enrico siguieron cada uno de mis movimientos con fascinación abierta, como si quisiera memorizarme entera. Su mirada era reverente, adoradora, y me hizo sentir un nudo dulce en el estómago.

—Nunca he hablado tan en serio en mi vida, Valentina —susurró, sus dedos acariciando mi mandíbula con delicadeza—. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Su voz sonaba como un lamento. Sentí el pecho apretarse de emoción, de esa mezcla de ternura y asombro que solo él sabía provocar. Me incliné hacia delante hasta que nuestras narices se rozaron y apoyé la mano sobre su pecho, sintiendo el latido firme bajo mis dedos.

—Bueno… teniendo en cuenta mis primeros veinte años, diría que estaba en el saco de mi padre —respondí con picardía, guiñándole un ojo.

Su risa estalló en la habitación, grave y contagiosa. Todo mi cuerpo se estremeció ante aquel sonido. Enrico me tomó por la nuca y me atrajo hacia él, aún riendo, con la expresión iluminada por una alegría genuina que pocas veces mostraba.

—Eres imposible —dijo entre risas, con los ojos brillando.

—Imposible de resistir, querrás decir —repuse con fingida inocencia, mordiéndome el labio inferior mientras sostenía su mirada.

Sus labios atraparon el mío, arrancándome un suspiro.

—Sí —murmuró, rozando mi boca—. Exactamente eso.

El beso fue lento, profundo, un roce que me robó el aire y borró el mundo entero. Sus manos me acercaron más, su piel cálida contra la mía, y el contacto despertó una oleada de placer familiar y adictiva. Su boca me exploró con la misma intensidad con la que me tocaba, cada movimiento suyo medido, seguro, lleno de deseo.

Mis dedos se deslizaron por sus hombros, bajaron por su pecho, hasta enredarse en su cintura. Lo sentí estremecerse bajo mi tacto, y esa reacción bastó para encenderme aún más. Él me envolvió con fuerza, sus manos recorriendo mi espalda con una devoción que me hizo temblar.

Y supe, con una certeza tan clara como el aire que respirábamos, que en ese momento yo era todo lo que él quería.

Cuando al fin nos separamos, los dos jadeábamos, los labios hinchados y los ojos nublados de deseo. Enrico me acarició la mejilla, rozando mi labio inferior con el pulgar.

—Te quiero, Valentina —susurró, con esa voz baja que siempre me hacía temblar.

El corazón me dio un vuelco. Nunca me acostumbré a la forma en que lo decía, con esa mezcla de autoridad y ternura.

—Yo también te quiero, Enrico —respondí—. Más de lo que imaginas.

Su sonrisa —esa sonrisa secreta que era solo mía— fue la última imagen que retuve antes de cerrar los ojos. Me abrazó con fuerza, y me dejé envolver por su calor, por su respiración constante contra mi cuello.

Cerré los ojos, respirando hondo, sintiéndome segura, amada, completa, mientras la tarde se deslizaba lentamente hacia la noche.

Y pensé, con una certeza ingenua, que esa felicidad —esa calma después del amor— duraría para siempre.

Incluso si el mundo algún día cambiaba, incluso si todo lo demás se desmoronaba, creí que mientras estuviéramos juntos, todo estaría bien.

23. ENRICO FERRARA

La reunión duraba ya casi una hora y mi paciencia, ya agotada por la tensión de los últimos días, se acercaba peligrosamente a su límite.

Sentado tras la mesa del despacho provisional, escuchaba atentamente cómo mi equipo de comunicación discutía la mejor estrategia para suavizar la creciente resistencia pública contra Dreamland.

—Tenemos que invertir rápidamente la percepción negativa, señor Ferrara —dijo Bruna, mi directora de relaciones públicas, con expresión tensa—. ¿Quizá una campaña más humana, haciendo hincapié en los beneficios reales para la comunidad?

Un ruido repentino interrumpió la frase de Bruna. La puerta del despacho se abrió bruscamente y André entró con pasos rápidos, sosteniendo una tableta con exagerada fuerza, su expresión seria y preocupada. Inmediatamente, el ambiente de la habitación cambió. Entrecerré los ojos al darme cuenta de que había ocurrido algo grave.

—¿André? —pregunté, con voz baja y controlada, sintiendo ya una tensión creciente que me subía por la columna vertebral—. ¿Qué ha pasado?

André lanzó una mirada significativa a mi equipo.

—Tenemos que hablar. Ahora —recalcó con inusitada firmeza.

Asentí con la cabeza e hice un gesto al equipo, que enseguida se levantó, recogió en silencio su material y salió rápidamente. La puerta se cerró con un clic casi siniestro, dejándome a solas con André y un silencio incómodo.

—¿De qué se trata? —pregunté impaciente.

André se acercó, colocó la tableta sobre la mesa y la deslizó hacia mí. Había una noticia abierta en la pantalla, con un titular

escandaloso:

"El director general de Ferrara Corporation libra una batalla judicial por su hija secreta: ¿podría el proyecto Dreamland obedecer a una venganza personal?"

Sentí como si el suelo cediera bajo mis pies. Apreté la mandíbula de inmediato; la ira crecía en oleadas rápidas e intensas mientras mis ojos recorrían el material. Fotos de Valentina y mías ante el tribunal ilustraban el artículo, destacando nuestros rostros tensos, serios y conmocionados.

El texto insinuaba directamente que el proyecto Dreamland era una represalia contra Valentina, mencionando con detalle casi sensacionalista nuestra historia pasada, incluido el rechazo público que yo mismo le había impuesto cinco años antes.

—¿Cómo se filtró? —pregunté, luchando contra el impulso de golpear algo.

André respiró hondo, visiblemente incómodo.

—Alguien dentro de la corte rompió el secreto. Están investigando, pero ese es el menor de nuestros problemas ahora mismo, Enrico. El consejo ya está al tanto, y los accionistas no paran de llamar. Es una crisis grave, tenemos que actuar rápido.

—¡Maldita sea! —murmuré entre dientes apretados, sintiéndome expuesto y vulnerable de un modo humillante—. Es todo mentira, pura manipulación. ¡Tiene que acabar ya!

Cogí el teléfono que tenía sobre la mesa para comprobar la gravedad de la situación, y no necesité más que un rápido vistazo a las notificaciones para darme cuenta del daño que ya habían hecho aquellas noticias.

En cuanto saqué el dispositivo del modo de enfoque, empezó a vibrar sin cesar: llamadas de abogados, accionistas, ejecutivos de Ferrara Corp., todos intentando desesperadamente hablar conmigo sobre la repentina crisis que amenazaba con implosionar no sólo mi

vida personal, sino todo el proyecto por el que tanto había trabajado.

Miré a André en busca de algún tipo de apoyo o consejo, pero lo único que encontré fue una mirada preocupada y cansada.

—Ahora mismo no respondes ante nadie —dijo en voz baja, con calma tensa—. Tenemos que pensar detenidamente antes de responder. La situación es crítica, Enrico. Un paso en falso ahora podría empeorarlo todo.

Apreté los dientes con fuerza, luchando contra la irritante sensación de impotencia que parecía querer tragarme entera. Esta situación estaba completamente fuera de mi control, y no tenía ni idea de cómo revertirla sin causar aún más daño.

—Maldita sea —murmuré finalmente, cerrando los ojos un momento e intentando controlar mi respiración acelerada.

André suspiró y se sentó en la silla frente a mí.

—Tenemos que actuar rápido, Enrico. No podemos dejar que esto destruya la reputación de la compañía y arruine todo lo que has construido.

Abrí los ojos y le miré con creciente intensidad.

—¿Y qué sugieres exactamente? —pregunté en tono áspero, casi defensivo.

Dudó un segundo antes de responder, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Necesitamos un cambio radical en la narrativa. Algo que ponga a la opinión pública a su favor, que demuestre madurez y responsabilidad. Lo único que puede hacerlo ahora es convertir este conflicto en una reconciliación pública.

Inmediatamente comprendí lo que me estaba sugiriendo, y mi estómago se apretó violentamente.

—¿Quieres que me humille públicamente y pretenda reconciliarme con Valentina? —repliqué furiosa—. Eso es absolutamente absurdo.

André me miró fijamente, sin inmutarse.

—Puede ser absurdo, pero puede ser la única solución realista. Tienes que pensar no sólo en ti, sino en Clara, en la empresa, en tu reputación, en todo lo que está en juego. No es momento para el orgullo, Enrico. Es hora de hacer una estrategia.

Le miré con una rabia que no iba dirigida a mi hermano, sino a la absurda y humillante situación en la que me encontraba.

André suspiró y se levantó despacio.

—Piensa en ello. Pero piénsalo rápido —aconsejó antes de salir de la habitación, dejándome solo con el peso de mis pensamientos.

El teléfono vibraba sin parar sobre la mesa, inundando el despacho de un zumbido constante, casi insoportable. Me quedé inmóvil durante unos minutos, incapaz de reaccionar. La presión era tan sofocante que sentía el aire escaparse de mis pulmones.

Entonces, como una ironía del destino, sonó mi teléfono personal. Miré el identificador de llamadas y sentí un nudo helado en la garganta.

Eloá Ferrara.

Respiré hondo antes de contestar.

—Nonna —dije, tenso, esperando el ataque inminente.

Su voz sonó cortante, afilada, más dura que en años.

—¿Cómo pudiste dejar que esto pasara, Enrico? —disparó sin preámbulos—. ¿Tienes idea del daño que tu negligencia está haciendo a nuestra reputación? ¿Al nombre Ferrara? ¿A tu legado?

—Lo estoy solucionando —intenté mantener la calma, aunque la forma en que me hablaba me encendía por dentro.

—¡No lo bastante rápido! —replicó con frialdad—. El consejo ya está cuestionando tu capacidad de liderazgo. Si no controlas esta crisis inmediatamente, te destituirán. La situación es demasiado grave para permitir errores. ¿Lo has entendido?

Sus palabras me golpearon como un puñetazo. Apreté el teléfono con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos.

—Lo estoy solucionando —repetí, esta vez con una ira helada y controlada—. Dile al consejo que no hace falta que nadie me amenace. Sé perfectamente lo que debo hacer.

—Pues hazlo —ordenó secamente—. Y hazlo ahora.

La llamada terminó sin despedida. Me quedé mirando la habitación vacía, con el eco de su voz resonando aún en mis oídos.

La odiaba. Odiaba su tono, su control, su manera de recordarme constantemente que todo lo que tenía dependía de mantener el apellido Ferrara impecable. Pero lo peor era que tenía razón. André tenía razón.

Había perdido el control, y solo había una forma de recuperarlo.

Si el mundo quería una reconciliación espectacular, la tendría. Pero sería en mis términos.

La venganza seguía sobre la mesa. Y esta vez, iba a saborearla lentamente.

***

El amanecer apenas despuntaba cuando llegué a la casa de Valentina. La mandíbula rígida, el corazón latiendo con fuerza bajo una calma ensayada. No había dormido. Pasé toda la noche calculando cada movimiento, cada palabra, cada paso necesario para retomar el control.

Respiré hondo antes de pulsar el timbre. Tenía que parecer firme. Frío. Irrefutable.

La puerta se abrió y apareció Valentina, con ropa cómoda y el cabello suelto, aún despeinada. Durante un instante fugaz, mi mente registró lo hermosa que se veía así, tan natural, tan real. Una trampa perfecta: belleza disfrazada de vulnerabilidad.

Su rostro mostraba preocupación y cansancio, pero incluso en ese estado seguía siendo desarmadoramente atractiva.

—Enrico… ¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó con voz ronca, la mirada alerta, a la defensiva.

—Tenemos que hablar —respondí seco, entrando sin esperar invitación—. Es urgente.

Ella cerró la puerta tras de mí y cruzó los brazos sobre el pecho, observándome con desconfianza.

—Imagino que se trata del escándalo. No pensé que tuvieras el valor de aparecer por aquí después de lo que pasó.

—Créeme, no estaría aquí si no fuera absolutamente necesario.

—¿Y qué más esperas conseguir viniendo aquí, Enrico? —Su voz estaba cargada de rabia y tristeza—. ¿No has tenido suficiente? ¿No te bastó con humillarme públicamente otra vez?

Apreté los dientes, conteniendo el impulso de gritar. La necesitaba más de lo que podía admitir, y eso importaba más que mi orgullo.

—No he venido a pelear, Valentina —dije, manteniendo el tono medido—. Tenemos que resolver esto antes de que se nos escape completamente de las manos.

Ella arqueó una ceja, incrédula.

—¿Y desde cuándo te importa? ¿No eres tú el que siempre lo controla todo?

—Si fuera así, no estaría aquí, joder —admití, la voz más áspera de lo previsto—. El escándalo ha crecido más de lo que imaginaba. Tenemos que actuar ya.

—¿Cómo? —preguntó, con los brazos aún cruzados y el cuerpo tenso.

Inspiré despacio, consciente de que lo que iba a decir solo encendería más su furia.

—Tenemos que fingir públicamente que esa audiencia no tuvo nada que ver con la custodia de Clara. La prensa debe creer que fue

una mediación relacionada con el proyecto Dreamland, entre tú y yo, como representante de la comunidad.

Abrió los ojos, atónita.

—¡Estás completamente loco! —exclamó—. ¿Quieres que mienta descaradamente sobre algo tan serio como la custodia de mi hija? No tienes vergüenza, ¿verdad?

Di un paso hacia ella, manteniendo la voz baja, controlada.

—Escúchame, Valentina. Si no hacemos esto, la situación se volverá incontrolable. No lo hago por mí. Piensa en Clara.

Ella me miró con asco y movió la cabeza con incredulidad.

—No te atrevas a usar a mi hija como excusa para tus manipulaciones. Nunca haría eso. Nunca aceptaré algo así.

La rabia crecía rápida y violenta dentro de mí. No tenía tiempo para discutir ni para enfrentar el repentino apego de Valentina a la moral. Respiré hondo y decidí tomar un camino más drástico: necesitaba que entendiera exactamente lo que estaba en juego.

—Te lo diré de forma más sencilla, Valentina —dije en tono bajo y frío, acercándome aún más—. ¿De verdad crees que tu vida ya es bastante difícil? No tienes idea de lo mucho que puedo complicarte las cosas. No me obligues a utilizar ciertos recursos que ya están a mi alcance.

Ella se puso inmediatamente en alerta, consciente del peligro en mis palabras.

—¿Qué intentas decir? —preguntó en un tono más bajo y controlado, aunque no menos desafiante.

Le sostuve la mirada con absoluta frialdad.

—Te digo que sé mucho más de tu vida de lo que crees. Conozco los detalles de tu situación financiera, las deudas de tu pastelería y de esta casa —miré deliberadamente a mi alrededor y luego volví los ojos hacia ella—. Deudas que podrían cambiar de manos drásticamente en cualquier momento, si lo considero oportuno.

Valentina palideció al instante. Se llevó una mano al pecho en un gesto instintivo de miedo, su cuerpo rígido y tenso, casi vulnerable.

—Tú no harías eso... —susurró, casi sin voz, con una mezcla de incredulidad y asco.

Me incliné ligeramente, reduciendo el espacio entre nosotros.

—No pongas a prueba mi humor, Valentina. Si no cooperas conmigo ahora, te juro que no dudaré en convertir tu vida en un infierno aún peor del que ya conoces. Lo único que quiero es que confirmes la historia que te propongo. Hazlo y nadie tendrá que sufrir más.

Me sostuvo la mirada durante un largo instante, estremecida, sopesando sus opciones con una amarga revuelta que se palpaba en el aire entre nosotros. Finalmente, bajó ligeramente la cabeza, derrotada, mirando al suelo con un profundo disgusto.

—Eres un monstruo —murmuró en voz baja y quebrada, sin mirarme.

—Solo hago lo que hay que hacer —respondí con frialdad, conteniendo cualquier signo de culpa o remordimiento que amenazara con salir a la superficie.

Valentina alzó por fin los ojos, llenos de lágrimas que se negaba a derramar, y habló con voz temblorosa pero decidida:

—De acuerdo. Te seguiré la corriente con esa ridícula mentira, Enrico. Aceptaré esa farsa, pero no te engañes. Puede que estés ganando ahora, pero no podrás controlarlo todo para siempre.

Retrocedí lentamente, consciente de que había conseguido exactamente lo que quería, a pesar de la amarga incomodidad de aquella victoria.

—Bien —dije con calculada frialdad—. Mientras quede claro que no vas a complicar más las cosas, por ahora es suficiente.

Ella no respondió. Permaneció en silencio mientras yo me dirigía a la puerta, sintiendo los músculos tensarse con cada paso. Cuando la

abrí y salí al exterior, respiré profundamente el aire frío de la mañana, con una sensación de pesadez en el pecho.

Valentina tenía razón en una cosa: solo era una solución temporal. Sabía, con absoluta y sombría certeza, que pronto tendría que encontrar una solución definitiva.

24. ENRICO FERRARA

Me temblaban ligeramente las manos mientras ajustaba por tercera vez las sillas perfectamente alineadas en la panadería. Los minutos previos a la reunión parecían infinitamente más largos, cada segundo pesaba como una pequeña tortura sobre mis hombros ya cansados.

Julia me observaba en silencio, preocupada. Sabía que intentaba no interferir, pero su sola presencia era un recordatorio doloroso de lo mal que estaban las cosas. Cuando por fin levanté la cara hacia ella, vi reflejada en sus ojos la misma aprensión que me oprimía el pecho.

—¿Crees que lo entenderán? —pregunté en voz baja, insegura, casi suplicante.

Julia dudó antes de responder con cautela.

—Te conocen, Val. Saben quién eres. Lo entenderán.

Pero, pese a sus palabras de consuelo, supe que ni siquiera ella estaba segura.

Pocos minutos después, la gente empezó a llegar. Me saludaban con sonrisas tensas o simples asentimientos, evitando mi mirada. Mi corazón se hundía con cada rostro familiar que no se atrevía a mirarme directamente. Era como si una barrera invisible se hubiera levantado entre ellos y yo.

Cuando todos estuvieron sentados, respiré hondo, tratando de controlar los nervios antes de empezar a hablar.

—Les he convocado aquí porque creo que es importante aclararalgunas cosas sobre lo que está pasando… —empecé despacio, intentando sonar tranquila y segura, aunque notaba el temblor en mi voz.

Un silencio tenso se extendió por la sala. Decenas de ojos desconfiados se clavaban en mí, esperando cada palabra.

—Las historias y los rumores que circulan no son ciertos —continué, esforzándome por mantener la voz firme—. La vista judicial que tuvimos no tenía nada que ver con la custodia de mi hija, sino con una mediación legal relacionada con el proyecto Dreamland. Nunca haría nada que perjudicara a esta comunidad. Ustedes lo saben.

Por un instante, creí ver una reacción positiva. Pero enseguida, un murmullo incómodo empezó a recorrer el lugar, creciendo en volumen y desconfianza.

—¿Y por qué nunca nos dijiste que conocías a ese tal Ferrara? —preguntó la señora Ana, con la voz temblorosa—. ¿Por qué nunca nos dijiste que era el padre de Clara?

Tragué saliva, sintiendo un nudo en la garganta. Aquella pregunta me dejó paralizada.

—No creí que fuera relevante… —intenté defenderme débilmente —. Es algo de mi pasado que no tiene nada que ver con mi trabajo ni con mi papel en la comunidad.

—¿No tiene nada que ver? —intervino Pedro, el farmacéutico, con expresión dolida—. ¿Cómo que no, Valentina? ¿Cómo podemos confiar en ti ahora, sabiendo que nos has mentido a todos?

Me quedé sin palabras. A mi alrededor, los rostros familiares, antes cálidos y cercanos, mostraban ahora una mezcla devastadora de decepción y desconfianza. Sentí cómo el corazón se me aceleraba y un escalofrío me recorría el cuerpo.

—No mentí —murmuré casi sin voz, incapaz de sostener tantas miradas acusadoras—. Simplemente no dije algo que me dolía demasiado recordar. No pensé que cambiaría nada…

—Pero cambió —intervino Marta, la maestra jubilada a la que tanto admiraba—. Nos hiciste creer que estabas de nuestro lado desde el principio. ¿Cómo podemos confiar en que no estabas haciendo tratos secretos? ¿Cómo podemos confiar en que realmente luchas por nosotros?

El silencio que siguió fue insoportable. De pronto me sentí como aquella noche en la iglesia, bajo la mirada de todos, sola y juzgada.

Julia dio un paso al frente, su voz temblaba, pero estaba cargada de firmeza.

—Seamos razonables. Valentina siempre ha estado con nosotros. Siempre ha luchado por esta ciudad. Merece nuestra confianza, nuestra comprensión. No podemos darle la espalda a alguien que siempre ha estado a nuestro lado.

Pero sus palabras parecieron perderse en el aire. Las miradas se desviaban, los murmullos crecían.

Intenté hablar, explicar, hacerles entender, pero mi mente se había quedado en blanco. La vergüenza, la impotencia y la tristeza me dejaron muda. Mi silencio pareció confirmarlo todo. El peso de sus juicios era insoportable.

La comunidad, mi fuerza, mi refugio durante años, me daba ahora la espalda igual que Enrico me la había dado una vez.

Uno a uno, empezaron a levantarse y a salir de la panadería. Algunos murmuraban entre dientes, otros ni siquiera me miraban. Cada paso que daban alejándose de mí se llevaba una parte de mi corazón.

Julia se quedó a mi lado en silencio, viéndolos marchar, incapaz de detenerlos. Cuando la última persona cruzó la puerta, me abrazó con fuerza.

Las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas, pesadas y amargas.

—No sé qué hacer —susurré, con la voz rota—. No sé cómo arreglar esto.

Julia me apretó más fuerte.

—Encontraremos una manera, Val. Te lo prometo.

Pero mientras escuchaba sus palabras, lo único que sentía era el profundo vacío que el abandono de todos había dejado dentro de

mí.

Aquel rechazo, aquella mirada decepcionada en los ojos de quienes más quería, dolía tanto como el día en que Enrico me dejó en el altar. Y, dos años después de aquel devastador encuentro, el vacío seguía allí.

Aun así, cuando recibí la invitación oficial del ayuntamiento para un acto público destinado a "aclarar las tensiones en torno a Dreamland", acepté sin pensarlo.

***

No era coraje ni esperanza lo que me impulsaba, era pura desesperación. Parecía mi última oportunidad de arreglar las cosas, de recuperar una pizca de la confianza perdida.

Pero cuando subí al escenario improvisado frente al ayuntamiento, la mirada pesada de la gente reunida allí era tan opresiva como lo había sido durante las dos últimas semanas. Mis pasos eran inseguros, arrastrando el peso de las miradas suspicaces y las acusaciones silenciosas que me habían perseguido en cada esquina desde aquel desastroso día en la pastelería.

Aquellos habían sido los días más duros de mi vida. La panadería, antes llena y animada, se había convertido en un lugar extraño, vacío y silencioso. Los clientes habituales apenas entraban; hacían sus pedidos deprisa, evitaban el contacto visual y se marchaban con frialdad. Las ventas se desplomaron, las facturas se amontonaban y cada cifra roja era un recordatorio cruel de lo vulnerable que era.

La ciudad, que antes me abrazaba con tanto cariño, ahora me miraba como a una extraña. Cada mañana, al abrir la puerta, sentía que el corazón se me encogía al ver cómo la gente cruzaba la calle para no encontrarse conmigo, cómo los amigos apartaban la vista y los conocidos murmuraban a mis espaldas.

Incluso quienes consideraba amigos íntimos empezaron a alejarse poco a poco, en un lento y silencioso abandono que dolía más que cualquier confrontación directa. Solo Julia permanecía a mi lado,

pero ni siquiera su lealtad podía aliviar el peso insoportable del rechazo.

Para colmo, los intentos de Enrico de controlar la narrativa a través de los medios fueron un desastre. Las declaraciones oficiales y los comunicados públicos preparados por Ferrara Corp. no hicieron más que avivar la ira de la gente, que los percibía como manipulaciones descaradas. Cada gesto de la empresa solo reforzaba la idea de que yo había pactado con él.

Por eso necesitaba aquel acto público. Tenía que intentarlo una vez más, aunque fuera solo por dignidad. Pero mientras miraba a la multitud frente al escenario, comprendí con un dolor punzante que quizá ya era demasiado tarde.

El alcalde inició su discurso, intentando imponer calma en medio de un ambiente cargado de tensión.

—Estamos reunidos hoy para aclarar las dudas de la comunidad sobre el proyecto Dreamland y las recientes cuestiones que han causado malestar en nuestra ciudad. Estoy seguro de que Valentina podrá explicar su posición mejor que nadie.

El corazón me golpeaba el pecho con fuerza mientras todas las miradas se fijaban en mí. Respiré hondo, intentando no mostrar lo vulnerable que me sentía.

—Quiero empezar pidiendo disculpas —comencé despacio, la voz temblorosa—. Sé que las últimas semanas han sido difíciles para todos. Nunca quise traicionar vuestra confianza. Todo fue un malentendido, algo que se me fue completamente de las manos.

—¿Malentendido? —una voz amarga me interrumpió de golpe—. ¿Cómo llamas malentendido a ocultar que conocías a Enrico Ferrara desde el principio? ¿Que es el padre de tu hija? ¿Que estuviste a punto de casarte con él?

Mi rostro se encendió de vergüenza. A mi alrededor, otras voces se sumaron, alzándose con rapidez.

—¡Siempre supiste quién era, Valentina! ¡Siempre supiste lo que estaba pasando!

—¿Y ahora pretendes convencernos de que todo fue una simple reunión legal? ¿De verdad crees que somos idiotas?

Intenté hablar, pero mi voz se perdió bajo la ola de acusaciones.

—¿Y esas declaraciones que publicó Ferrara Corp.? ¿Esperaban que creyéramos esa farsa? —gritó otra persona—. ¡Cada mentira solo empeora las cosas!

Mi respiración se volvió corta y entrecortada. Cada palabra me atravesaba como una cuchilla. No era solo enojo lo que veía en sus rostros, sino una profunda decepción. Y eso dolía mucho más.

—No lo entendéis... —alcancé a decir débilmente, pero nadie me escuchó.

—¡Claro que lo entendemos! —replicó la señora Ana, visiblemente emocionada, con lágrimas en los ojos—. Entendemos que nos mentiste. Que nos hiciste creer en ti mientras ocultabas la verdad detrás de una sonrisa falsa. Ya no hay confianza, Valentina.

Sus palabras fueron seguidas de un murmullo furioso. El alcalde intentó intervenir, pero su voz se perdió en el ruido creciente.

Busqué a Enrico con la mirada, desesperada, esperando algún gesto, una palabra, cualquier cosa. Pero él permanecía inmóvil, con el rostro frío, inexpresivo, observándome desde la distancia. Su silencio fue la confirmación más cruel.

La sensación de abandono me golpeó con una fuerza insoportable. Otra vez me quedaba sola, juzgada, condenada públicamente sin defensa posible. Era como revivir aquel día en el altar, frente a una multitud que me miraba con desprecio.

—¡Basta ya! —exclamó el alcalde al fin, dando por terminada la reunión.

La gente empezó a dispersarse entre quejas y miradas cargadas de resentimiento. Yo seguía allí, paralizada sobre el escenario,

incapaz de moverme. Cuando por fin el lugar quedó casi vacío, Julia subió hacia mí y me tomó la mano.

—Vamos, Val —susurró con dulzura, casi suplicante.

Descendí los escalones con dificultad, apoyándome en ella, mientras las lágrimas de humillación y tristeza corrían silenciosas por mi rostro.

—Pensé que sería diferente. Qué decepción... —escuché decir a alguien al pasar.

De vuelta en casa, Julia me abrazó con fuerza, sin decir una palabra, solo dejándome llorar. Lloré hasta quedarme sin aliento, dejando salir toda la desesperación acumulada durante semanas.

Y cuando por fin cerré la puerta detrás de mí, me dejé caer al suelo, quebrada por completo.

Esta vez, lo sabía, tal vez no habría manera de reparar el daño.

25. ENRICO FERRARA

Las brillantes luces del estudio de televisión parecían más calientes e irritantes que nunca. Aunque había dado cientos de entrevistas en mi vida profesional, aquella vez todo era distinto. Me sentía incómodo, con cada músculo rígido, cargado de una tensión que nunca antes había experimentado.

Miré el reloj de mi muñeca, deseando que todo terminara pronto. Mi mente, sin embargo, seguía atrapada en las devastadoras consecuencias de las últimas semanas. Todas las estrategias cuidadosamente planificadas habían fracasado. Ninguna declaración oficial, ninguna campaña publicitaria, ningún intento de revertir la narrativa había funcionado. Al contrario: cada paso dado no había hecho más que amplificar la percepción negativa de Dreamland… y de mí.

—Estaremos en antena en dos minutos, señor Ferrara —anunció un ayudante del programa con una sonrisa profesional y distante.

Asentí brevemente y ajusté la postura. Sabía exactamente qué debía decir. Había ensayado cada respuesta una docena de veces con mi equipo de comunicación. Mi tono debía ser tranquilo, convincente, calculado. Pero un sentimiento oscuro, persistente, latía bajo la superficie, recordándome que lo que estaba en juego era mucho más que mi reputación: era el futuro de Dreamland, mi posición en Ferrara Corp. y, sobre todo, la confianza de los inversores internacionales.

—En antena en tres, dos… —contó el técnico, y el periodista frente a mí sonrió.

—Buenas tardes a todos. Hoy nos acompaña Enrico Ferrara, CEO de Ferrara Corp. y creador del proyecto Dreamland, recientemente envuelto en una gran controversia. Gracias por venir, señor Ferrara.

—Gracias por invitarme —respondí con voz controlada, la expresión perfectamente neutra.

El periodista se inclinó hacia adelante, con un tono inquisitivo.

—Señor Ferrara, recientemente han surgido graves acusaciones que vinculan directamente su vida personal con el proyecto Dreamland. ¿Es cierto que existe una motivación personal relacionada con la dirigente comunitaria Valentina Muñiz, con quien usted mantuvo una relación y tiene una hija?

Respiré hondo, manteniendo la calma.

—Comprendo la confusión generada por los recientes acontecimientos. Pero quiero dejar claro que no existe ningún conflicto personal entre la señora Muñiz y yo. Dreamland es un proyecto profesional cuyo propósito es generar desarrollo, empleo y oportunidades para toda la región.

El periodista alzó una ceja, escéptico.

—Entonces, ¿por qué se hizo tan polémica esa reunión judicial con la señora Muñiz, si no había nada personal de por medio?

—Fue una simple mediación legal sobre cuestiones relacionadas con el proyecto —respondí con firmeza—. Un malentendido exagerado por la prensa.

Él frunció el ceño, poco convencido.

—¿Y qué hay de su hija, señor Ferrara? Hay informes que señalan una disputa por la custodia. Eso no parece precisamente un malentendido.

Mi mandíbula se tensó por un segundo, pero logré mantener la compostura.

—Los asuntos personales relacionados con mi hija se están resolviendo de forma confidencial, como corresponde a cualquier familia. No tienen relación con la empresa ni con mi desempeño profesional.

—¿Está seguro? —insistió el periodista—. ¿No cree que ocultar su relación anterior con una figura clave de la comunidad y el hecho de

tener una hija en común ha afectado directamente a la confianza pública en Dreamland?

Tragué saliva, sintiendo cómo el malestar se apoderaba de mi pecho.

—Siempre he mantenido mi vida privada separada de la profesional. Comprendo el cuestionamiento, pero puedo asegurar que no hay ninguna influencia personal en la ejecución del proyecto.

La entrevista continuó con ese mismo tono durante interminables minutos. Cada pregunta era más incisiva, más incómoda, más difícil de esquivar. Y cada respuesta mía sonaba más vacía, más ensayada.

Cuando por fin se apagaron las cámaras, me levanté de inmediato, con un amargo sabor a derrota en la boca. Mis pasos resonaron firmes camino del camerino, donde André me esperaba con el móvil en la mano y una expresión de preocupación.

—¿Cómo fue la repercusión? —pregunté sin rodeos.

André dudó antes de responder, eligiendo bien las palabras.

—Terrible. Las redes están explotando, Enrico. Nadie creyó tu versión. La entrevista pareció artificial y te acusan de manipular descaradamente la verdad.

Solté un suspiro frustrado, el cansancio y la irritación mezclándose como un veneno en mis venas.

—Perfecto —murmuré con sarcasmo amargo—. Otro desastre más para la lista.

—Esto no puede seguir así, Enrico. Estamos perdiendo completamente el control de la narrativa —insistió André, más firme que nunca.

Me pasé las manos por la cara, sintiendo el peso del agotamiento.

—¿Crees que no lo sé? —repliqué con ira contenida—. Llevo semanas intentando arreglar esto. Nada ha funcionado.

—Quizá sea el momento de pensar en algo realmente drástico —sugirió con cautela.

Lo miré fijamente, sintiendo el peso de sus palabras y sabiendo exactamente a qué se refería. Negué con la cabeza.

—Todavía no —murmuré, testarudo—. Aún hay tiempo para otra solución.

André me observó en silencio, con esa mirada resignada de quien ya sabe que el otro se equivoca, pero no puede convencerlo.

Cuando por fin salí del camerino y me subí al coche, la sensación de vacío era abrumadora. La entrevista había sido mi último intento serio de controlar la situación sin recurrir a medidas extremas. Y había fracasado.

Al llegar a la mansión en Tiradentes, la encontré tan vacía y silenciosa como mi propia mente. Me serví un whisky y me encerré en el despacho improvisado. Sobre la mesa se amontonaban informes, titulares, mensajes… todos reflejando la misma realidad: la crisis era ya incontrolable.

Bebí un trago, sintiendo cómo el alcohol me quemaba la garganta. Odiaba admitirlo, pero quizá André tenía razón. Todas las estrategias habían fallado. Todos los intentos habían sido inútiles. Ya no quedaba tiempo para soluciones suaves ni compromisos.

Había que encontrar una solución definitiva. Y, por descabellada que fuera, tal vez solo existiera una última opción capaz de invertir por completo la narrativa pública. Una opción drástica, humillante, casi inconcebible. Pero ahora, más que nunca, estaba peligrosamente cerca de ser la única salida posible.

A la mañana siguiente, me desperté con el teléfono sonando insistentemente a mi lado. Me había quedado dormido en el despacho, con los informes financieros y los periódicos esparcidos por la mesa, recordándome la magnitud de la crisis que amenazaba todo lo que había construido a lo largo de los años.

Contesté rápidamente, reconociendo de inmediato la voz tensa de André.
—Enrico, tenemos que hablar inmediatamente —dijo, con un tono alarmado y definitivo.

—¿Qué ha pasado ahora? —pregunté, frotándome las sienes doloridas por la tensión y la falta de sueño.

—El primer inversor internacional acaba de anunciar oficialmente su retirada del proyecto Dreamland —informó André, la preocupación evidente en su voz—. Citaron directamente el daño a la imagen pública y la inestabilidad provocada por la crisis actual.

Sentí que el estómago se me hundía. Ese primer inversor era un socio estratégico vital; su marcha tendría consecuencias devastadoras para el progreso del proyecto.

—¿Qué demonios...? —murmuré, con la voz baja y tensa, sintiendo cómo la frustración se transformaba en una ira fría y urgente—. No podemos perder este proyecto, André. Tenemos que actuar de inmediato.

—Enrico, hay algo más —añadió, y su voz se volvió aún más grave—. El mayor inversor de Dreamland, el holding europeo, acaba de llamarme personalmente. Amenazan con retirar completamente la financiación si no hay una solución definitiva a la crisis en un plazo máximo de veinticuatro horas.

Fue como recibir un puñetazo directo al estómago. Era peor de lo que había imaginado. El holding europeo aportaba la mayor parte del capital de Dreamland; si se retiraban, el proyecto entero se derrumbaría. Y con él, todo el legado de Ferrara Corp.

—¿Veinticuatro horas? —repetí incrédulo, poniéndome de pie bruscamente—. ¿No podemos negociar más tiempo?

—No —respondió André con firmeza, sonando agotado—. Han perdido la confianza, Enrico. Han dicho que solo se quedarán si reciben una prueba pública incuestionable de que no hay ningún

conflicto personal interfiriendo en el proyecto. Quieren pruebas irrefutables, algo que acabe de una vez con las especulaciones.

Solté una maldición, pasándome las manos por el cabello, sintiendo la presión aplastante de aquel ultimátum.

—Lo hemos intentado todo —murmuré para mis adentros, amargamente—. No queda nada, André. Ninguna estrategia, ninguna declaración, ninguna campaña publicitaria va a convencer a nadie en veinticuatro horas.

Hubo un breve silencio. Cuando André volvió a hablar, su voz tenía un peso distinto, incómodo, definitivo.

—Odio decirlo, Enrico, pero quizá solo quede una opción posible. Algo radical, pero que pondría fin a todo esto de inmediato.

Cerré los ojos con fuerza, sabiendo exactamente a qué se refería. La idea que había rechazado durante semanas, la que me parecía absurda y desesperada, se cernía ahora sobre mí como la única alternativa.

—Una boda pública con Valentina —murmuré, con voz baja y amarga.

André guardó silencio, lo que equivalía a una confirmación.

Dejé escapar un suspiro largo, sintiendo el peso de aquella decisión aplastándome los hombros. Un matrimonio de conveniencia no solo sería humillante; sería admitir mi derrota. Pero ya no había espacio para el orgullo. Ferrara Corp., Dreamland, la confianza de los inversores… todo dependía de eso.

—¿De verdad crees que eso solucionará algo? —pregunté con amargura.

—No lo creo, lo sé —respondió André con convicción—. Un matrimonio con Valentina anularía de inmediato las teorías sobre conflictos personales. Demostraría al público y a los inversores que todo fue un malentendido, que mantenéis una relación estable y cordial.

Permanecí en silencio largo rato, sintiendo cómo aquella propuesta absurda y desesperada se transformaba en una realidad ineludible. Había pasado toda mi vida controlando cada detalle, tomando cada decisión con precisión quirúrgica… y ahora me veía obligado a casarme para salvarlo todo.

—No hay otra salida, ¿verdad? —pregunté en voz baja, más para mí que para él.

—No, Enrico. Lo siento, pero no la hay. Es eso o el colapso total de Dreamland. Y si Dreamland cae, Ferrara Corp. caerá con él —dijo André, con pesar pero con absoluta claridad.

Inspiré hondo, notando cómo cada músculo de mi cuerpo se tensaba. Me resistía con todo mi ser a aceptar algo tan absurdo. Pero la realidad era innegable: no tenía elección. Era eso o el fracaso absoluto.

—De acuerdo —murmuré al fin, con amarga y fría resignación—. Haré lo que haya que hacer.

—Estupendo —respondió André, con un alivio apenas disimulado —. Empezaré a preparar el terreno inmediatamente con los inversores y el equipo de comunicación.

Terminé la llamada sin decir una palabra más y me dejé caer pesadamente sobre la mesa. Aquel matrimonio era una estrategia humillante y desesperada, pero también era mi única oportunidad real de salvar todo lo que había construido. Una solución que hería mi orgullo, pero toda mi vida se había edificado sobre sacrificios y decisiones difíciles.

Nunca me había echado atrás ante nada, y no sería ahora, ni siquiera frente a algo tan degradante, cuando decidiría hacerlo.

Tomé el teléfono una vez más, con el rostro endurecido y la mirada helada. Ya no había espacio para vacilaciones ni dudas. Si ese era el único camino que quedaba, lo seguiría hasta el final.

Y si eso significaba declararme a Valentina, tragarme mi orgullo y escenificar públicamente una tregua que estaba lejos de sentir,

entonces eso era exactamente lo que haría. Ferrara Corp., mi posición, mi nombre… todo dependía de ello.

Marqué el número al que habría dado cualquier cosa por no volver a llamar. Respiré hondo mientras los tonos resonaban en el auricular. Cuando su voz familiar respondió, cargada de irritación y cansancio, no hubo espacio para la cortesía.

—Tenemos que hablar en persona. Ahora. Es importante.

Hubo un silencio breve antes de que contestara, con evidente incredulidad.

—¿Qué quieres, Enrico? ¿Aún no has hecho suficiente daño?

Respiré despacio, conteniendo la irritación y la amarga punzada de culpa que sus palabras provocaban.

—Voy a proponerte una solución definitiva a esta crisis. Y querrás oírla, Valentina. Porque esta vez es algo que nos conviene a ambos.

El silencio que siguió fue tenso, cargado de dudas y desconfianza. Finalmente, su voz llegó, más firme, pero cautelosa.

—De acuerdo. Te estoy esperando.

Colgué, dejando escapar un suspiro largo, pesado, como si acabara de sellar un trato con el destino. Estaba a punto de pedirle a Valentina Muñiz que se casara conmigo otra vez… pero esta vez por razones completamente distintas.

Un matrimonio de conveniencia. Un movimiento desesperado.

Pero también la única salida. Y, por humillante que fuera, nunca permitiría que se destruyera todo lo que había construido.

Respiré hondo, recogí los documentos esparcidos sobre la mesa y caminé con paso firme hacia la puerta.

Era hora de resolverlo de una vez por todas.

26. VALENTINA MUNIZ

Me quedé de pie frente a la ventana del salón, observando la calle mientras me ceñía el albornoz. Los minutos parecían escaparse de mis manos desde que Enrico había llamado. Su advertencia de que venía a mi casa con una solución definitiva a toda esta absurda crisis me había dejado intranquila, con un escalofrío que no lograba apartar del cuerpo.

Cuando el coche oscuro se detuvo frente a mi casa, respiré hondo, intentando calmar el torbellino de emociones que Enrico siempre despertaba en mí. El hombre alto bajó del vehículo con paso decidido y cruzó el pequeño jardín. Antes de que llamara al timbre, abrí la puerta. Nuestras miradas se cruzaron de inmediato.

—Dijiste que tenías una solución —murmuré, cruzándome de brazos en actitud defensiva—. Te escucho.

Enrico entró sin pedir permiso. La forma en que ocupaba el espacio, como si todo le perteneciera por derecho, era algo que conocía demasiado bien.

—Iré directo al grano, Valentina —comenzó con voz firme e impersonal—. El escándalo se nos ha ido de las manos. Importantes inversores se están retirando y Ferrara Corp. está en riesgo. Y, según mis fuentes —y lo que yo mismo he visto—, toda esta situación tampoco te está tratando bien. Resolverlo de inmediato es lo mejor para ambos.

Mantuve la mirada fija en él, conteniendo la irritación que me provocaba su proximidad.

—¿Y cuál sería exactamente tu solución milagrosa?

Enrico vaciló apenas un instante antes de soltar las palabras que me golpearon como una bofetada.

—Una boda. —Levantó una mano antes de que pudiera interrumpirlo—. De conveniencia, por supuesto. Pública, inmediata e incuestionable.

Una carcajada amarga e incrédula escapó de mi garganta.

—¿Una boda? Tienes que estar loco —repliqué furiosa, sintiendo la humillación arderme por dentro—. Después de todo lo que me has hecho, ¿cómo te atreves siquiera a sugerir algo así?

Entrecerró los ojos grises, tan fríos y calculadores como siempre.

—¿Quieres conservar a tu hija, tu casa y tu dignidad? Entonces tendrás que casarte conmigo.

—¿Eso es una propuesta o una amenaza?

—Ambas. ¿De verdad crees que estaría aquí proponiendo esto si tuviera otra opción? Es la única forma de contener la crisis ahora mismo. —Dio un paso adelante, su voz se volvió grave y peligrosa—. No es una oferta, Valentina. Es tu salvación. Conozco tu situación actual: tus deudas, la hipoteca de la pastelería, tu casa... ¿cuánto tiempo crees que podrás mantenerte en pie si no aceptas mi propuesta?

—¿Me has investigado? —susurré, sintiéndome desnuda y expuesta—. ¡Eres increíble!

—Hice lo que tenía que hacer —su voz sonó cortante, casi cruel—. Pero no se trata solo de ti o de tu dinero. También se trata de Clara. Piensa en ella. Si tu vida ya está destrozada, imagina cómo será si no aceptas. No dudaré en actuar, Valentina. Me quitaste cinco años de vida, y ahora voy a quitártelo todo a ti.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Comprar el amor de tu hija con juguetes y abogados? —grité, incapaz de creer que aquello fuera real.

—No. Voy a conquistarlo. Y si no lo consigo, lo aceptaré.

La amenaza era demasiado clara para ignorarla. Mi corazón se estrujó al pensar en mi hija en medio de todo aquello. Las lágrimas de rabia e impotencia ardieron tras mis ojos.

—¿Por qué siempre tienes que destruirlo todo, Enrico? —pregunté, con la voz quebrada por el dolor—. ¿No te basta con lo que ya has hecho?

Suspiró profundamente, molesto, aunque enseguida recuperó el control.
—No estoy aquí para discutir sentimientos. Estoy ofreciéndote algo que nos beneficia a ambos. A cambio, tendrás seguridad financiera inmediata y podrás mantener a nuestra hija lejos de este caos.

Sacudí la cabeza, sabiendo que no había salida. Había acaparado cada parte de mi vida y ahora dictaba, una vez más, las reglas del juego.

—¿Llamas a eso una oferta? —susurré amargamente—. Es chantaje, Enrico. Siempre juegas sucio.

—Llámalo como quieras. Solo quiero tu respuesta.

Respiré hondo, intentando controlar el temblor de mis manos mientras sentía morir otra parte de mí delante de él.

—De acuerdo. Acepto. —Tragué saliva, sosteniéndole la mirada con toda mi rabia y resentimiento—. Pero solo será una fachada. No habrá contacto, ni físico ni emocional. Nada más que apariencias.

Enrico asintió, con esa sonrisa fría y satisfecha que tanto me dolía.

—Cerrado. Pero espero que estés preparada para interpretar bien tu papel, Valentina. Tendremos que ser muy convincentes.

Se dio la vuelta y se marchó sin mirar atrás, dejándome allí, sola, en medio de mi casa, con otra herida abierta. Otra cicatriz más en la larga colección que me estaba dejando. Una vez más comprendí que seguía completamente a merced de Enrico Ferrara.

En un abrir y cerrar de ojos, mi vida volvió a salirse de control. No habían pasado ni dos horas cuando todo un equipo de desconocidos irrumpió en mi casa, cargado con ropa, papeles y materiales que no entendía. Yo todavía estaba demasiado aturdida para reaccionar o siquiera preguntar.

André, el hermano de Enrico, apareció poco después, dirigiéndolo todo con fría eficacia. No había lugar para la cortesía ni para la

compasión; yo solo era una pieza más en aquel juego que habían diseñado.

—Esto tiene que pasar rápido, Valentina —explicó André, con esa mirada calculadora que parecía heredada de familia—. Mañana será perfecto. Una ceremonia íntima, pocos invitados, un escenario cuidadosamente elegido.

Asentí mecánicamente, aún incapaz de creer que aquello me estuviera ocurriendo de verdad.

—¿Mañana? —balbuceé, sorprendida—. ¿P-pero ya?

Sacudió la cabeza lenta pero firme. Eso ni siquiera debería ser posible. ¿Y los procedimientos? ¿Los documentos? Pero, claro, cuando eras un Ferrara, las reglas no importaban. No habían importado antes, y no importaban ahora.

—No podemos perder más tiempo —dijo, sonando casi comprensivo.

Parpadeé, volviendo el rostro, sintiendo que mi mente oscilaba sin control. ¿Cómo iba a explicarle esto a mi hija? ¿Cómo iba siquiera a explicármelo a mí misma? Me respondí al instante: no lo haría. Era una boda falsa, un teatro, y tan rápido como se preparaba, se derrumbaría.

—¿Pocos invitados? —murmuré, obligándome a concentrarme en el presente.

André esbozó una breve sonrisa.

—Los justos para crear la imagen adecuada. Se dirá que lo mantuviste en secreto por respeto a la intimidad, para evitar escándalos. Por supuesto, la prensa se enterará… casualmente.

Apreté los dedos contra las palmas de las manos, sintiendo cómo la irritación se transformaba en náusea.

—¿"Casualmente"? Eso significa que la noticia se filtrará a propósito, ¿verdad?

André ni siquiera intentó negarlo; su rostro permaneció impasible.

—Exacto. Tenemos que parecer discretos, pero también apasionados. Es lo que el público quiere ver. Créeme, Enrico ya está preparado.

El simple sonido de su nombre me revolvió el estómago. Claro que Enrico estaría preparado. Fingir emociones era su especialidad.

Poco después, una mujer elegantemente vestida que se presentó como estilista me arrastró casi por la fuerza hasta mi habitación. Probarme vestidos de novia era algo con lo que había dejado de soñar hacía mucho. El deseo que alguna vez fue dulce ahora solo era una humillación silenciosa.

—Esto es perfecto —dijo la mujer, aprobando un vestido sencillo, elegante, que se ceñía a mi cuerpo con una precisión cruel.

Miré mi reflejo en el espejo, intentando reconocer a la mujer que tenía delante. Aquella figura pálida, vacía, oculta tras una tela blanca, no parecía una novia; parecía una prisionera vestida para su ejecución.

—Genial —murmuré sin entusiasmo.

—Ah, el señor Ferrara pidió que llevaras esto —añadió la estilista, abriendo una cajita con un anillo brillante y exagerado—. Dijo que es importante parecer convincente.

Convincente. La palabra me atravesó como una puñalada. Cogí el anillo con desgana y me lo puse, sintiendo el metal pesado y ajeno en mi piel. Una actriz más en el espectáculo de Enrico Ferrara.

Cuando al fin me quedé sola, observé la casa llena de desconocidos, decidiendo por mí. Las lágrimas me quemaban los ojos, pero me negué a dejarlas caer. Llorar no cambiaría nada.

André volvió antes de marcharse, con un sobre delgado entre las manos.

—Estos son los detalles de la boda: hora, lugar, invitados. Memorízalo todo, Valentina. No puede haber errores.

Sostuve el sobre con la garganta seca.

—¿Y si no puedo fingir lo suficiente?

Me miró con esa seriedad fría que tanto me recordaba a su hermano.

—Seguro que puedes. Piensa en lo que está en juego.

—¿Y mi hija? —pregunté, con la voz tensa—. ¿Tu hermano ha pensado siquiera en ella? ¿Dónde encaja su hija en este circo que está montando?

André apartó la mirada un segundo, claramente incómodo. Esa sola vacilación fue suficiente para confirmar mis peores temores.

—Clara estará protegida —respondió finalmente, con una tranquilidad demasiado medida—. No será el centro de atención. Lo hemos organizado todo. Alguien de confianza se ocupará de ella durante la ceremonia.

Sacudí la cabeza, sintiendo cómo la amargura se apoderaba de mí.

—¿Eso crees? ¿Que el problema es protegerla de los medios? ¿Cómo voy a explicarle que me he casado con un hombre al que apenas conoce? ¿Has pensado en lo que esto va a hacerle emocionalmente?

André respiró hondo, manteniendo su expresión neutra.

—Valentina, entiendo tu preocupación, pero eso tendrás que resolverlo directamente con Enrico. No es algo que yo pueda decidir.

—Por supuesto que no —dije con una risa amarga—. Pedir preocupación genuina sería demasiado. La empatía no parece ser una virtud de los Ferrara.

Bajó la vista, visiblemente molesto.

—Siento todo esto. De verdad. Pero es la única manera.

—No —susurré, con lágrimas calientes ardiendo detrás de los ojos —. Es la manera más fácil. Para vosotros. Nunca para mí. Y menos para mi hija.

Los ojos de André se movieron hacia el pasillo, como si esperara ver aparecer a Clara. Por suerte, seguía dormida. Guardó silencio un momento antes de añadir, con una firmeza inesperada:

—Habla con Enrico. No puedo prometerte que te diga lo que quieres oír, pero quizá consigas que vea las cosas de otra manera ahora que vais a tener que vivir juntos.

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se marchó. Su figura desapareció tras la puerta, y con ella se fue la última ilusión de que aún tenía algo de control sobre mi vida.

Abrí el sobre con manos temblorosas. Cada palabra impresa era una cadena: la hora exacta, el lugar, la lista de invitados, el momento en que debíamos fingir sorpresa cuando aparecieran los fotógrafos. Todo calculado. Todo coreografiado.

Me hundí en el sofá, con la respiración entrecortada. El móvil vibró sobre la mesita. Lo cogí, temblando. Un mensaje breve, helado, inconfundible:

Enrico: *No llegues tarde mañana. Tenemos que estar enamorados. No lo estropees todo.*

27. VALENTINA MUNIZ

La mañana llegó demasiado rápido. Todo a mi alrededor parecía una cruel puesta en escena, una obra perfectamente orquestada por Enrico Ferrara.

El vestido blanco, impecable y ajustado a mi cuerpo, pesaba como una cadena. Cada paso hacia el altar improvisado en aquel jardín privado era como avanzar un poco más hacia el infierno que él había construido con tanto cuidado.

Enrico estaba impecable. De pie, frente a unos pocos invitados seleccionados por su equipo, fingía una expresión cálida y apasionada que yo sabía que no era más que pura falsedad. Sonrió al verme acercarme y me tendió la mano.

—Estás preciosa —susurró cerca de mi oído, con una ternura tan bien ensayada que me provocó un escalofrío.

—Dame un respiro —murmuré entre dientes, sin dejar de sonreír para el reducido público.

Él apretó mi mano con más fuerza, devolviéndome una sonrisa encantadora que me revolvió el estómago.

La ceremonia fue corta, cuidadosamente planeada para parecer íntima y discreta, como si intentáramos proteger nuestra "privacidad". Cada palabra del juez resonaba en mi cabeza como una sentencia.

—Puede besar a la novia —anunció el juez, y mi corazón se encogió violentamente.

Enrico me tomó el rostro entre las manos y me miró directamente a los ojos antes de rozar mis labios con los suyos. Fue un beso breve, frío, mecánico, pero lo bastante real como para despertar recuerdos que deseaba con todas mis fuerzas enterrar.

Unos discretos aplausos siguieron al gesto mientras yo luchaba por no vomitar el peso de la humillación. Enrico mantuvo su brazo

firme alrededor de mi cintura, guiándome hacia los invitados, actuando a la perfección el papel del marido enamorado.

Pocos minutos después, noté un revuelo en la entrada del jardín. Fotógrafos y periodistas aparecieron de la nada, capturando instantáneas perfectas, exactamente como Enrico lo había planeado. Su fingida sorpresa al verlos me provocó una carcajada interna amarga.

—No vamos a hacer comentarios ahora —dijo a los reporteros con convincente firmeza—. Queríamos preservar este momento, así que les pido que respeten nuestra intimidad.

La ironía me quemaba por dentro. Todo aquello era exactamente lo que él había preparado, y todo salía según su guion.

Más tarde, lejos de los flashes y los murmullos, en el interior de la mansión donde se celebraba la ceremonia, dejé que mi fachada se derrumbara.

—¿Eres feliz ahora? —pregunté, con voz cargada de amargura—. Tienes exactamente lo que querías. Una vez más.

Enrico me observó con frialdad, su expresión se endureció de inmediato.
—Era necesario, Valentina. No empieces un drama ahora.

Respiré hondo, intentando contener la rabia que me subía al pecho, cuando André entró en la sala con expresión tensa y un teléfono en la mano.

—Ya está hecho —anunció con su eficiencia habitual.

Enrico asintió sin mirar atrás. Luego volvió hacia mí, su voz aún más impersonal.

—Tenemos que reforzar nuestra historia inmediatamente. —Su mirada se oscureció—. Clara y tú os mudáis hoy a mi casa.

El corazón me dio un vuelco.

—¿De qué demonios estás hablando? —pregunté, sintiendo que la voz me temblaba.

Él dio un paso adelante, su tono tan firme como el acero.

—Los inversores exigen una imagen perfecta. Los recién casados viven juntos. Es así de simple.

Una risa incrédula escapó de mis labios.

—¿Simple? ¿Pretendes que lleve a mi hija a vivir contigo sin previo aviso, sin pensar en cómo le afectará?

—¿Tu hija? —corrigió con una ceja arqueada—. Nuestra hija. Y deberías darme las gracias. Seguirás viviendo con ella, mientras que a mí me negaron siquiera el derecho a saber de su existencia durante años.

Retrocedí, negando con la cabeza.

—Llegará el día en que te des cuenta de lo injusto que has sido conmigo, Enrico. Pero será demasiado tarde. Porque nunca te perdonaré.

—No es una negociación —replicó, ignorando por completo mis palabras—. Ya está decidido. Mis cosas están listas para recibirlas. Clara estará perfectamente atendida. Te sugiero que no compliques las cosas.

Lo miré fijamente, sintiendo cómo las lágrimas me quemaban los ojos. Cada palabra suya era otra cadena cerrándose alrededor de mí.

—¿Y si me niego?

Enrico sonrió, pero sus ojos permanecieron helados.

—¿De verdad quieres averiguarlo?

No esperó mi respuesta. Se dio la vuelta y salió de la habitación con paso decidido, dejándome sola entre flores, copas vacías y promesas rotas.

Estábamos oficialmente casados. Pronto viviríamos bajo el mismo techo.

Y yo sabía, con una certeza devastadora, que acababa de empezar una nueva etapa del infierno que Enrico Ferrara había

planeado para mí.

28. ENRICO FERRARA

El silencio en la mansión se rompió con el sonido del coche que se detenía frente a la puerta principal. Me acerqué a la ventana, observando con una mezcla de satisfacción e irritación cómo Valentina bajaba del vehículo.

Parecía más pequeña de lo que recordaba, contenida, casi cautelosa, evitando deliberadamente mirarme. Mejor así. No quería que se sintiera cómoda.

Vi cómo ayudaba a Clara a salir, cogiéndole la mano como si pudiera protegerla de mí. Aquella imagen me incomodó más de lo que habría querido admitir. Respiré hondo, forzándome a recordar que eso era exactamente lo que quería: que Valentina sintiera el peso de sus propias decisiones, como yo lo había sentido años atrás.

La puerta principal se abrió y me mantuve firme, esperando. Ya era hora de que entendiera que, en esta casa, las reglas las ponía yo.

Entró, con Clara justo detrás, la pequeña aferrada a su mano y mirando todo con una mezcla de curiosidad y nerviosismo. Por un instante, al verla, se me hizo un nudo en la garganta. No había pensado realmente en cuánto afectaría todo esto a la niña.

—Bienvenidas —dije, con una formalidad innecesaria incluso para mis propios estándares.

Valentina levantó la mirada, me observó un segundo en silencio y asintió sin una palabra. No había espacio para sonrisas entre nosotros. Luego se agachó ante su hija, le acarició el cabello y le habló con voz suave.

—Hija, ¿te acuerdas que te dije que íbamos a pasar un tiempito en la casa del tío Enrico, mientras arreglamos unas cosas? —murmuró con una calma estudiada que ocultaba la tensión que emanaba de cada músculo de su cuerpo.

Clara asintió despacio, lanzándome miradas breves, desconfiadas, y apretando con más fuerza la mano de su madre.

Valentina se enderezó y me enfrentó con la mirada. No necesitó decir nada para dejar su mensaje claro: no debía contradecirla ni corregirla.

Negué con la cabeza, pero seguí con el juego, forzando una sonrisa cordial cuando volví a mirar a mi hija.

—Bienvenida, Clara —dije con suavidad, controlando cada palabra —. Me alegra que estés aquí.

—Gracias por dejarnos quedarnos —respondió con educación, aunque enseguida se refugió de nuevo en su madre.

Valentina le acarició el cabello otra vez y me sostuvo la mirada unos segundos más. Cuando vio que no tenía intención de interferir, relajó un poco los hombros, pero su expresión seguía fría, tensa.

—¿Podemos ir ya a nuestra habitación? Clara está cansada.

No fue una pregunta, fue una orden. Apreté los dientes antes de responder.

—Dolores les mostrará la casa.

—Ahora no —replicó, tajante—. Podemos hacerlo más tarde.

—Como quieras —murmuré, sin intentar disimular mi fastidio.

Valentina asintió y se dio la vuelta, guiando a Clara hacia el pasillo.

—Valentina —la llamé antes de que desapareciera.

Se detuvo con los hombros tensos, girándose despacio, su mirada gélida y desconfiada. Sentí una punzada de satisfacción al verla tan incómoda.

—Cuando Clara haya descansado, ven a mi despacho. Tenemos que hablar de… —me interrumpí al notar los ojos curiosos de la niña sobre mí. Reformulé—. Sobre lo que nos espera a partir de ahora.

Mi voz salió más fría de lo que pretendía, pero no me importó.

Los ojos de Valentina se oscurecieron, una mezcla de ira y dolor cruzó su rostro.

—De acuerdo —respondió finalmente, con los dientes apretados —. Más tarde.

Asentí y la observé alejarse sin mirar atrás. La satisfacción inicial se transformó lentamente en una punzada de irritación. Valentina necesitaba recordar por qué estaba allí. No era una invitada. No era una aliada. Estaba allí porque yo lo había decidido.

Y si dependía de mí, no lo olvidaría.

Fui hacia mi despacho, sintiendo cómo la tensión se acumulaba en mis hombros. Sí, Clara era mi hija y merecía protección. Pero Valentina no seguiría representando el papel de víctima, no bajo mi techo.

Estaba exactamente donde debía estar: dentro de mi casa, sin escapatoria posible. Y yo me encargaría de que sintiera, día tras día, el mismo infierno que me había hecho vivir.

Casi una hora después, dos golpes secos en la puerta interrumpieron mis pensamientos.

—Entra —ordené.

La puerta se abrió, y Valentina apareció con la cabeza erguida, los ojos decididos y el gesto desafiante.

—Querías hablar —anunció con voz controlada, cerrando la puerta tras de sí.

Tenía los brazos cruzados en un gesto defensivo, la postura rígida, el mentón alzado. Dejaba claro que no tenía la menor intención de facilitarme las cosas.

—Siéntate —ordené, señalando la silla frente a mi escritorio, sin levantarme ni fingir cortesía.

Mi tono era neutro, frío, tan profesional que rozaba la crueldad. Valentina permaneció de pie, inmóvil, negándose deliberadamente a obedecer. Sentí la irritación crecer bajo la superficie, pero mantuve

el rostro impasible. No le daría el gusto de saber que su desafío me afectaba.

—Como quieras —dije con sequedad, reclinándome en la silla—. Vayamos al grano. No espero que te guste la situación, ni tienes que fingir que te gusta. Pero hay reglas, y deben quedar claras.

Arqueó una ceja, con una sonrisa sarcástica.

—¿Reglas? Qué curioso oírte hablar de eso. Creía que eras más de inventarlas sobre la marcha, según te convenga.

Ignoré la provocación, aunque sentía la ira palpitando detrás de mi máscara de control.

—Primer punto: estamos oficialmente casados. Y actuaremos como tal en público. Quiero que interpretes tu papel a la perfección. Sin dramas, sin juegos, sin escenitas.

Apretó los labios, respirando hondo antes de responder.

—No tienes que explicarme cómo fingir, Enrico. Aprendí de ti… cuando me dejaste en el altar.

Una sonrisa fría curvó mis labios. Todavía dolía, y saberlo era un veneno delicioso.

—Bien, entonces tal vez no tengamos problemas con eso. —Mi voz sonó casi complacida—. Segundo punto: Clara. No me ha gustado la sorpresa de hoy. No tolero las mentiras en mi casa, y menos si implican a mi hija.

—Clara no te conoce, Enrico. Las pocas visitas que le hiciste no cambian eso. Ella cree que eres un amigo mío, y por ahora prefiero que siga siendo así.

—¡Tiene derecho a saberlo! —repliqué, levantando la voz.

—¿Igual que yo tuve derecho a que no me abandonaras embarazada en el altar? —espetó.

—Estaba roto —respondí con dureza—. Tu traición me rompió.

—No fue traición. Fuiste tú quien prefirió creer en mentiras. Sigues roto, pero no la rompas a ella.

—Clara es mi hija —dije, poniéndome de pie de golpe y apoyando las manos sobre la mesa—. Y eso no lo decides tú sola. La próxima vez, habla conmigo antes de inventarte excusas.

Valentina se irguió, los ojos fijos en los míos.

—¿Te ha llamado papá? —preguntó con voz tensa.

—No —admití con amargura.

—Entonces, ¿por qué te comportas como si lo fuera? —Sus ojos ardían, la respiración se le aceleraba mientras mantenía la cabeza erguida—. Puede que me hayas obligado a venir aquí, pero no esperes, ni por un segundo, que siga tus órdenes ciegamente. No soy tu criada. Ni tu propiedad.

—No, no lo eres —acepté, acercándome lentamente, sin apartar la mirada—. Pero no olvides que ahora dependes de mí. Otra vez. Y esta vez, Valentina, no tienes adónde huir.

Sus labios temblaron, pero no de miedo, sino de rabia. Su mandíbula se tensó, los ojos brillaban con furia contenida. Aquella chispa me provocó una satisfacción oscura, casi adictiva.

—¿Alguna otra regla, señor Ferrara? —preguntó con venenosa ironía.

Me eché hacia atrás, cruzando los brazos con calma calculada.

—No es exactamente una regla, pero sí algunos detalles importantes. —Hice una pausa breve—. Tendrás seguridad a tu disposición siempre que salgas. No quiero que camines sola por la ciudad, especialmente ahora.

—¿Ahora? ¿Ha cambiado mi situación? —repitió, cargando de sarcasmo la palabra.

—Sí —respondí sin inmutarme—. Ahora eres oficialmente la esposa de Enrico Ferrara. Tendrás una tarjeta de crédito a tu nombre. Gástala como quieras, sobre todo en lo que necesite Clara.

Quiero que mi hija vista bien, que nadie pueda decir que no cuido de mi familia.

Su rostro se endureció, la respiración se le aceleró. Cerró los puños a los lados del cuerpo, temblando de indignación.

Sentí un retorcido placer al verla así. Aquella rabia silenciosa, ese brillo en sus ojos, esa contención desesperada... Seguía pudiendo conmoverla, herirla. Ese poder era una droga.

—¿Algo más, señor Ferrara? —repitió, la voz temblorosa, el orgullo intacto.

—Solo una última cosa —dije despacio, inclinándome hacia ella, bajando la voz hasta casi un susurro—. No saldrás de esta casa sin mi autorización. Y menos con Clara. No darás un solo paso sin hablar conmigo primero. ¿Está claro?

Por un instante creí que iba a estallar, que cruzaría el escritorio para golpearme. Pero no lo hizo. Levantó la barbilla con una dignidad feroz.

—Claro como el agua. ¿Eso es todo?

—Ya puedes irte —respondí con frialdad.

Permaneció inmóvil unos segundos, los labios apretados, los ojos brillando de furia contenida. Luego giró sobre sus talones y salió, cerrando la puerta de un portazo que retumbó por toda la casa.

El eco del golpe quedó suspendido en el aire. Permanecí de pie, observando la puerta cerrada, esperando sentir satisfacción.
Pero no llegó.

Solo quedó un silencio pesado y una sensación incómoda, amarga, que no supe —o no quise— nombrar.

29. ENRICO FERRARA

La mesa del comedor estaba impecable. Vajilla fina, copas de cristal, cubiertos alineados con precisión quirúrgica. El personal había seguido mis instrucciones al pie de la letra: tres cubiertos dispuestos con exactitud. No había un solo detalle fuera de lugar.

Entré en el comedor con la seguridad de quien controla cada rincón de la casa. Me senté en la cabecera, observando las dos sillas vacías frente a mí.

Pasaban los minutos y ni Valentina ni Clara aparecían.

Apreté la mandíbula. La impaciencia me quemaba bajo la piel. Hice un leve gesto a una de las camareras que esperaba discretamente junto a la puerta.

—Ve a buscar a la señora Valentina y a mi hija. Diles que estoy esperando.

—Sí, señor Ferrara —respondió la mujer con una leve inclinación de cabeza antes de desaparecer por el pasillo.

Me quedé inmóvil, tamborileando los dedos sobre la mesa. El sonido era el único acompañamiento de mi creciente irritación. Unos minutos después, la empleada regresó con paso vacilante y los ojos bajos.

—Señor Ferrara… la señora Valentina me pidió que le diga que Clara ya ha cenado y está dormida.

Fruncí el ceño lentamente.

—¿Dormida? —repetí, con voz baja y peligrosa.

La doncella tragó saliva.

—Sí, señor. Dijo que la niña estaba cansada.

Mi mandíbula se endureció.

—Muy bien —respondí con calma tensa—. Entonces dile a la señora Valentina que la estoy esperando.

La mujer asintió y volvió a desaparecer. Los minutos pasaron. Cuando regresó, su rostro revelaba que la situación había empeorado.

—Señor Ferrara… la señora Valentina también dijo que está cansada. No bajará a cenar.

Mi mano se cerró lentamente en un puño sobre la mesa. El cristal de la copa tintineó.

—Vuelve —ordené, con una voz tan contenida que heló el aire—, y dile a mi esposa que su presencia aquí no es opcional.

La empleada huyó casi corriendo, y el silencio volvió a llenar el comedor.

Esperé. Paciente y furioso.

Cuando la mujer regresó, su expresión era de puro terror.

—Ella… dijo que lamenta profundamente que usted tenga que ayunar esta noche, pero no bajará.

Me levanté despacio.

—¿Lamenta profundamente? —pregunté con ironía.

—Sí, señor. Lo dijo… profundamente.

Inspiré hondo, dejando que la ira se transformara en una idea.

—Perfecto. Preparen la cena en un carrito y llévenla arriba. Si mi mujer está tan cansada, yo mismo le llevaré la comida.

Las miradas atónitas del personal me siguieron un segundo antes de que corrieran a obedecer. Minutos después, subía las escaleras detrás del carrito, la calma calculada escondiendo la tormenta que llevaba dentro.

Llamé dos veces a la puerta del dormitorio, sabiendo que ella pensaría que era la criada. Cuando oí pasos apresurados y el picaporte girar, una sonrisa fría se dibujó en mis labios.

—Dígale al señor Ferrara que… —Valentina se quedó paralizada. Las palabras se le murieron en la garganta cuando me vio de pie

frente a ella, con expresión irónica y el carrito detrás.

—Qué agradable sorpresa verte tan llena de energía, mi querida esposa —murmuré con sarcasmo, entrando en la habitación antes de que pudiera reaccionar.

Retrocedió un paso, sorprendida y furiosa. Detrás de mí, los empleados se apresuraron a colocar los platos sobre la pequeña mesa cercana a la ventana.

—¡Te has vuelto completamente loco! —exclamó, cerrando la puerta tras ellos.

Giré lentamente hacia ella, disfrutando del fuego que ardía en sus ojos.

—No puedes irrumpir así en mi habitación —protestó, alzando la voz.

Me acerqué un paso, bajando el tono hasta un susurro cargado de amenaza.

—Esta es mi casa, Valentina. Y todo lo que hay en ella me pertenece.

El destello furioso de sus ojos oscuros me provocó un placer intenso. No necesitaba decirlo en voz alta; el mensaje era claro. No me refería solo a la habitación.

Valentina respiró hondo, visiblemente intentando controlar el impulso de gritarme o empujarme fuera de la habitación.

—¿Para qué quieres esto exactamente? —preguntó con una risa amarga, rebosante de ironía, mientras el personal salía discretamente y la puerta se cerraba detrás de ellos.

Era exactamente la oportunidad que necesitaba para dejar claras las reglas de esa casa. Di un paso hacia ella, acortando la distancia hasta que nuestros rostros quedaron a centímetros.

—En primer lugar, quiero que entiendas algo con absoluta claridad —dije en voz baja, cada palabra medida—: tu voluntad aquí es

irrelevante. Harás lo que yo diga, cuando yo lo diga. Y si digo que cenaremos juntos, cenaremos juntos.

Valentina alzó la barbilla. Sus ojos ardían con un desafío casi temerario.

—¿Y qué harás si no quiero? ¿Atarme y meterme la comida a la fuerza? —replicó con sarcasmo, sosteniéndome la mirada sin un solo rastro de miedo.

Mi sonrisa se ensanchó, fría y satisfecha.

—Por supuesto que no —susurré—. Pero entonces, a partir de mañana, pasarás hambre. Ya he dado órdenes para que no te sirvan fuera de la mesa principal cuando yo esté en casa.

—¡Estás completamente enfermo! —exclamó, los puños cerrados a los costados.

Me incliné hacia ella, dejando caer la amenaza en un tono casi suave.

—No, querida. Soy tu marido. Y no pienso soportar tu presencia más de una vez al día. Así que vas a cenar conmigo todas las noches, te guste o no.

Su respiración se aceleró. La tensión entre nosotros era casi tangible, cargada de rabia y algo más que ninguno de los dos quería reconocer.

—Y ahora —continué con calma glacial, enderezándome—, vamos a cenar juntos. Te sentarás aquí y me contarás todo lo que ha pasado en la vida de mi hija durante estos años.

Extendí una mano, señalando la silla frente a mí.

—Por favor, mi querida esposa… siéntate.

Valentina me observó en silencio durante unos segundos interminables, la incredulidad y el odio reflejados en su mirada. Finalmente, respiró hondo, caminó hacia la mesa y se sentó con una dignidad desafiante.

—Espero que estés satisfecho, milord —se burló.

—¿Satisfecho? —repliqué con un deje de irritación—. Mi hija está dormida y cenó sin mí. ¿De verdad crees que puedo estar satisfecho?

—Muy bien, Enrico. Ya que insistes, hablemos —dijo con una sonrisa sarcástica, los ojos tan afilados como cuchillas—. ¿Qué quieres saber de Clara? ¿A qué hora duerme, cómo se lava los dientes, con qué muñeca juega? Qué curioso que te interese ahora, cinco años tarde.

La provocación me atravesó como una corriente eléctrica. Pero no le daría el gusto de verme perder el control.

—Quiero saberlo todo —respondí con calma tensa, sirviéndome lentamente sin apartar los ojos de ella—. No quiero cometer el mismo error que tú.

—¿Mi error? —rió sin humor—. ¿Proteger a mi hija de un hombre que la rechazó antes de nacer?

Mis dedos se apretaron alrededor de los cubiertos.

—Me robaste cinco años de mi vida con Clara —dije, conteniendo la furia—. Cinco años sin verla crecer, sin escuchar su voz, sin estar allí. ¿Y ahora pretendes que lo llame protección?

Valentina se inclinó sobre la mesa, el fuego en sus ojos casi tangible.

—¿Robarte? No, Enrico. Renunciaste a esos años. Me dejaste embarazada y me humillaste delante de todos. Rechazaste a tu hija antes de que respirara por primera vez. No me hables de derechos. Perdiste ese privilegio cuando decidiste creer en otros antes que en mí.

Sus palabras me golpearon con más fuerza de la que estaba dispuesto a admitir. Respiré hondo, intentando apagar la incomodidad que se abría paso entre la rabia.

—Creía que me habías traicionado —dije, con voz áspera—. ¿Qué esperabas que hiciera?

—Esperaba que creyeras en mí —replicó, la voz quebrada pero firme—. Que me escucharas antes de destruir todo lo que teníamos. Que no me condenaras sin darme una sola oportunidad de demostrar que decía la verdad.

Durante unos segundos, el silencio fue absoluto. Nos miramos sin hablar, las heridas abiertas de ambos flotando entre los dos como un veneno compartido. Había rabia, sí… pero también un eco de todo lo que alguna vez habíamos sido.

Volví a incorporarme lentamente, recuperando el control a duras penas.

—Ya no importa —dije, en tono bajo pero firme—. Estamos aquí, Valentina, y vas a tener que aceptar que no hay alternativa. O aprendes a vivir conmigo… o renuncias a tu hija.

Sus ojos se entrecerraron, oscuros, peligrosos.

—Nunca renunciaría a Clara.

—Bien —murmuré, una sonrisa fría curvando mis labios—. Entonces te sugiero que empieces a cooperar. Quiero que me hables de mi hija. Todo lo que me has ocultado durante los últimos cinco años.

Valentina me sostuvo la mirada con firmeza, los ojos brillando con una rabia contenida, pero detrás de ella pude ver algo más: un dolor silencioso, obstinado, que parecía arraigado en cada palabra no dicha entre nosotros.

—¿Quieres detalles, Enrico? —preguntó con ironía, cruzándose de brazos, como si cada gesto suyo fuera un desafío—. Bien, vayamos a los detalles. Clara se duerme a las ocho, pero casi siempre se despierta a las siete. Le gustan los cuentos, aunque es muy exigente con quién se los cuenta. Odia los ruidos fuertes y le teme a la oscuridad, así que siempre dejo una luz encendida en el pasillo.

—¿Qué más? —pregunté con frialdad, aunque una punzada incómoda me atravesó el pecho.

Eran solo detalles, pequeños fragmentos de una vida que no conocía… y darme cuenta de eso me dolió más de lo que habría querido admitir.

—Le encanta dibujar flores y perros. Odia las zanahorias, aunque insisto en que las coma. Ah, y su color favorito es el lila. —Su sonrisa sarcástica regresó con fuerza—. Espero que eso no interfiera con tus grandes planes para decorar la casa.

Apreté los puños. La provocación era tan evidente que casi resultaba infantil, pero aun así logró tensarme.

—¿Le gustó su nueva habitación? —pregunté, ignorando el veneno de su tono.

Ella vaciló, mordiéndose el labio inferior en un gesto que, para mi desgracia, me resultó perturbadoramente familiar.

—Estaba asustada —admitió, con voz más suave—. Es un lugar grande, impersonal. No es su habitación. No es nuestra casa. Es tu casa, Enrico. Y no te molestaste en saber si estaría cómoda antes de arrastrarnos aquí.

—Precisamente por eso tenemos que hablar —repliqué con dureza, intentando esconder el malestar que sus palabras despertaban—. Si necesita algo, dímelo. No quiero que se sienta fuera de lugar.

—¡Lo que necesita es el hogar que le quitaste! —replicó, alzando la voz—. ¡Necesita la vida que destruiste cuando decidiste interferir otra vez!

Respiré hondo, apoyando los codos sobre la mesa, inclinándome hacia ella con una calma peligrosa.

—Clara también necesita al padre que le robaste —dije despacio —. Cinco años, Valentina. Cinco años de su vida… y de la mía.

Valentina apartó la mirada, dolida, pero la recuperó con un fuego renovado.

—Entonces deberías haber pensado en eso antes de dejarnos. Si hay alguien responsable de esto, eres tú.

El silencio se estiró entre nosotros, denso y asfixiante. Era más que rabia: era una herida abierta, una herida que ninguno de los dos sabía cerrar.

Y aun así, entre toda esa hostilidad, algo se movió. La forma en que respiraba, la tensión de sus labios, la sombra del rubor en su piel… todo se mezclaba con una intensidad insoportable.

Maldita sea.

Aquella atracción persistente, indeseada, era lo último que necesitaba.

—Puedes odiarme todo lo que quieras, Valentina —murmuré, la voz baja, firme, casi un susurro—. Pero pronto entenderás que no tienes más opción que vivir conmigo. Cuanto antes lo aceptes, más fácil será para todos. Especialmente para Clara.

—Clara no necesita esta farsa —replicó ella, poniéndose de pie con brusquedad, la mirada helada—. Y yo tampoco. No esperes que coopere solo porque tú lo has decidido.

La observé un instante, con una calma fingida que ocultaba el impulso casi visceral de ponerme de pie y acortar la distancia entre nosotros.

—Entonces prepárate para tiempos difíciles, Valentina —respondí con frialdad, una sonrisa peligrosa asomando a mis labios—. Porque no pienso rendirme. Ni con Clara… ni contigo.

Ella apretó los labios, los puños temblaban a los costados, y su respiración entrecortada me confirmó lo que ya intuía: seguía sintiendo algo. Aunque lo negara, aunque lo odiara.

Y ese poder —provocar en ella cualquier emoción, incluso rabia— era adictivo.

Valentina respiró hondo antes de contestar. Sus ojos, oscuros y brillantes, se clavaron en los míos, llenos de resentimiento… y algo más.

—No sé cómo pude llegar a creer que me querías —dijo, con voz baja y rota, aunque sin apartar la mirada.

Una sonrisa cínica se escapó de mis labios antes de poder evitarlo.

—Por lo visto, eres especialista en creer mentiras.

—Y tú, en destruir a la gente que dice amar —replicó al instante, las palabras saliendo de su boca como un golpe certero—. Sobre todo cuando puede hacerlo delante de todos.

Me levanté. La paciencia se evaporó. Crucé la distancia entre nosotros con pasos lentos, deliberados, hasta quedar frente a ella.

—No negaré mis errores —susurré, con un tono bajo, cargado de peligro—. Pero quizá el mayor fue permitir que un día tuvieras el control sobre mí.

Sus labios se entreabrieron, su respiración se detuvo apenas un segundo. Por primera vez desde que todo había empezado, vi algo distinto en sus ojos: no era odio. Era miedo… y deseo.

Y eso fue, quizás, lo más perturbador de todo.

—Nunca permitiste nada, Enrico. Nadie tiene control sobre ti excepto tú mismo. Esa es la verdadera tragedia aquí.

Sus ojos se clavaron en los míos con tal intensidad que tuve que obligarme a mantener el rostro sereno. El aire entre nosotros era denso, cargado de hostilidad, pero debajo de todo ese dolor latía algo más. Algo que ninguno de los dos quería reconocer.

—¿Y cuál es tu tragedia, Valentina? —pregunté, acercándome hasta que apenas nos separaban unos centímetros. Apoyé las manos en los brazos de su silla, atrapándola entre el respaldo y mi cuerpo —. ¿No eres capaz de admitir que aún me echas de menos? ¿Que, a pesar de todo, sigues deseándome?

Alzó el rostro con orgullo, aunque el brillo en sus ojos y el temblor imperceptible de su respiración la traicionaron.

—Estás delirando —susurró, intentando que su voz sonara firme.

Sonreí, cruel y satisfecho, pero en el fondo lo que hacía era proyectar mis propios demonios sobre ella.

—Si estoy delirando, Valentina, entonces tú también. Porque puedo sentir cómo reacciona tu cuerpo ante mí. Incluso ahora. Incluso con toda esa rabia que intentas fingir.

Ella empujó la silla hacia atrás con brusquedad, obligándome a soltarla. Se puso de pie de inmediato, retrocediendo un paso, rompiendo el contacto visual, buscando aire.

—No te engañes, Enrico —replicó, con voz áspera—. Lo que sentía por ti murió hace cinco años, en el altar de aquella iglesia.

Respiré hondo, sintiendo una punzada en el pecho que no esperaba. Aquel día todavía me perseguía, aunque nunca lo admitiría. Pero antes de que la debilidad pudiera asomar, me recompuse.

—Entonces tal vez necesites un recordatorio —respondí con voz baja, cargada de peligro.

Avancé, acortando la distancia, arrinconándola contra la pared sin tocarla. Su espalda chocó suavemente contra el yeso, y me detuve justo delante de ella. No había contacto físico, pero la tensión entre ambos era tan intensa que parecía un roce.

—Porque lo que veo ahora —continué— no es indiferencia. No es desprecio. Es miedo.

Valentina me miró sin aliento, los ojos muy abiertos, los labios entreabiertos en una mezcla de rabia, sorpresa y algo más oscuro y profundo.

—Te equivocas —susurró, casi sin fuerza, intentando sostener mi mirada.

Incliné la cabeza, acercando mi rostro al suyo hasta sentir su respiración rozar mi piel.

—Entonces demuéstramelo, Valentina —murmuré despacio, cada palabra un desafío—. Demuéstrame que no sientes nada. Demuéstrame que no te afecta mi cercanía. Porque mientras no lo hagas, seguiré creyendo lo contrario.

No respondió. Nuestros rostros quedaron separados por apenas un suspiro. Su mirada se cruzó con la mía en una lucha silenciosa, feroz, llena de orgullo y contradicción.

Mi respiración también se aceleró, cada fibra de mi cuerpo gritando una advertencia que ignoré. No debía desearla. No debía volver a acercarme a ella. Pero no podía apartarme.

—Enrico… —murmuró, casi sin voz, con una mezcla de súplica y advertencia.

Pero no me moví.

—Te escucho, Valentina —susurré, con el tono bajo, casi ronco, tan cerca que podía sentir el temblor de su respiración contra mis labios—. Puedo oír cada palabra que no dices.

30. VALENTINA FERRARA

El suelo estaba frío bajo mis pies descalzos mientras cruzaba el oscuro pasillo hacia la cocina. Toda la casa estaba envuelta en ese silencio opulento y denso que sólo los lugares demasiado ricos podían sostener: un silencio que parecía prohibir incluso los sonidos más humanos.

Mi jersey apenas me llegaba a la mitad de los muslos. Era una tela fina, suave, que no ocultaba casi nada, pero no esperaba encontrar a nadie despierto a las dos de la madrugada.

Clara dormía profundamente. Estaba agotada, su pequeño cuerpo pagando el precio de los cambios que habían arrasado su vida en los últimos días. Tenía sólo cuatro años, y aun así estaba atrapada en una guerra emocional que ni siquiera entendía. Yo era la responsable. Y Enrico… Enrico se aseguraba de recordármelo cada día.

Después de irrumpir en mi habitación, declararme suya, exigirme cenas conjuntas y burlarse de mí con la crueldad más calculada, fingía que nada había pasado. Pero yo sí lo recordaba.

Recordaba cada respiración demasiado cerca, cada palabra venenosa, cada mirada que quemaba más de lo que debía. Y me odiaba por ello. Me odiaba por seguir sintiendo algo.

Me serví un vaso de agua y apoyé las manos sobre el mármol frío. Por un momento, me permití el engaño: el silencio me abrazó lo suficiente como para creer que, tal vez, podría sobrevivir a todo aquello.

Hasta que oí los pasos.

Firmes. Lentos. Inconfundibles.

Cerré los ojos. Maldije mi suerte. Todo mi cuerpo se tensó de inmediato, como si cada músculo reconociera el peligro antes que mi mente.

—¿Tampoco puedes dormir? —La voz de Enrico rompió el silencio, demasiado calmada para sonar inocente. Demasiado suave para no ser deliberada.

Respiré hondo antes de girarme. Estaba apoyado en el marco de la puerta, descalzo, con los pantalones oscuros y la camisa negra remangada, revelando los antebrazos. El contraste entre la elegancia y la informalidad era una provocación en sí misma.

Y maldita sea, seguía siendo peligrosamente atractivo.

Aparté la mirada enseguida, pero fue suficiente para que una sonrisa satisfecha apareciera en sus labios.

—¿O es que me evitas tanto, Valentina, que prefieres tener sed antes que enfrentarte a mí después de la cena?

La sangre me hirvió. Me obligué a mantener la espalda recta, el mentón alto, la mirada fría.

—No me escondo de ningún hombre, Enrico —respondí despacio, con voz gélida—. Sólo aprecio la paz que ofrece el silencio. Algo que tú pareces incapaz de comprender.

Su sonrisa se ensanchó, peligrosa. Caminó hacia mí con esa calma tensa y premeditada que siempre me descolocaba. Cuando se detuvo frente a mí, su proximidad era abrumadora.

—Si vas a vivir aquí —murmuró en voz baja—, será mejor que empieces a vestirte de forma menos provocativa para tus excursiones nocturnas. —Su mirada descendió lentamente por mi cuerpo, deteniéndose en mis piernas desnudas—. Tengo mis límites, Valentina. Y son peligrosamente cortos cuando te encuentro de madrugada con esa maldita camiseta.

Un escalofrío me recorrió la espalda. No contesté. No podía. Mis pensamientos eran un caos entre indignación y algo más oscuro.

Él dio un paso más, eliminando el espacio que nos quedaba. Su calor me envolvió, su voz me rozó la piel como una amenaza y una promesa al mismo tiempo.

—¿Intentas provocarme, Valentina? —susurró, peligrosamente cerca de mi boca.

Levanté la cabeza con un orgullo feroz, mis ojos clavados en los suyos.

—¿Y si lo soy?

La mandíbula de Enrico se tensó. Su mirada se volvió más oscura, más intensa. El aire vibraba entre nosotros, espeso, cargado de algo que ninguno de los dos podía admitir. Mis pezones se endurecieron bajo la tela fina, mi respiración se volvió irregular.

Él bajó aún más la voz, cada palabra impregnada de deseo contenido.

—Entonces no te eches atrás cuando te devuelva el favor.

El desafío colgó entre los dos, como una chispa suspendida en el aire.

Todo mi cuerpo gritaba que cediera, pero mi orgullo hablaba más alto. No me moví. No lo empujé. Tampoco lo besé. Me limité a sostener su mirada, la sangre hirviendo en mis venas, mientras me prometía a mí misma que no le daría el poder de quebrarme.

Me aparté despacio, rompiendo el contacto invisible que nos unía, y caminé hacia el pasillo. Sentí su mirada fija en mi espalda, abrasándome la piel con cada paso que daba hasta desaparecer en la oscuridad del corredor.

Y fue en ese instante, con el corazón desbocado y las manos temblando, cuando entendí lo más peligroso de todo: no era el odio lo que nos mantenía atados. Era algo mucho peor.

No tuve que mirar atrás para saber que estaba justo detrás de mí, siguiéndome con esos pasos lentos y firmes que parecían un desafío constante. Irritantemente tranquilo.

Me detuve frente a la puerta del dormitorio, sintiendo su presencia acercarse como una sombra. Respiré hondo antes de lanzar una mirada desafiante por encima del hombro.

—¿Vas a seguir siguiéndome?

Enrico mantenía la mirada fija en mí, arrogante, inquebrantable, seguro de su poder.

—Sólo hasta que aprendas a obedecer órdenes sencillas.

Abrí la puerta con un gesto irritado y entré, esperando que se quedara en el pasillo. No lo hizo. El crujido leve de la madera bajo sus pies me advirtió antes incluso de verlo cruzar el umbral.

—Esta casa tiene doce habitaciones, Enrico —dije sin volverme—. ¿Estás seguro de que quieres morir en esta?

Cerró lentamente la puerta tras de sí. El clic seco de la cerradura resonó como una amenaza. La lámpara del rincón proyectaba nuestras sombras en la pared: la suya, enorme, dominante; la mía, rígida, a punto de romperse.

—Morir aquí sería poético —murmuró, acercándose con paso lento y deliberado—. Aquí fue donde decidiste ignorar por completo el hecho de que tenemos un acuerdo.

—¿Un acuerdo? —pregunté, cruzándome de brazos—. Creía que sólo era una amenaza envuelta en una propuesta.

Una sonrisa lenta, peligrosa, se dibujó en sus labios.

—Las propuestas suelen venir con flores. Lo mío fue una orden. ¿De verdad crees que puedes desafiarme así y dormir tranquila después?

Mantuve la espalda recta y la mirada firme.

—Duermo tranquila precisamente porque ya no eres capaz de mantenerme despierta.

Mentira.

Tenía las manos frías, las muñecas tensas. Los dedos me temblaban, y él lo notó. Por supuesto que lo notó.

Dio dos pasos. Sólo dos. Pero el aire se volvió pesado, caliente, cargado de algo que me oprimía el pecho.

—¿De verdad crees que esto va a funcionar? —preguntó en voz baja, señalando con un gesto la habitación, el pasillo, el espacio mínimo que nos separaba—. ¿Crees que puedes vivir conmigo fingiendo que este odio es estable?

—A diferencia de ti, Enrico —contesté con calma helada—, soy buena fingiendo.

Él dio otro paso, reduciendo aún más la distancia, su mirada recorriéndome como un roce.

—¿Ah, sí? Entonces explícame por qué tu pecho sube y baja como si acabaras de correr una maratón.

Tragué saliva, el calor subía por mi cuello.

—Quizá sea asco —repliqué, la voz baja pero firme—. Suele pasarme con ciertas criaturas.

Soltó una risa corta, grave, con un destello peligroso en los ojos.

—Y sin embargo… —susurró, recorriéndome con la mirada—, no te has ido. Ni siquiera me has echado.

—Porque no necesito demostrarte nada.

—Claro que no —ironizó—. Sólo tienes que seguir fingiendo que no sientes nada.

Nos quedamos inmóviles, enfrentados en un duelo silencioso. El aire vibraba entre los dos, espeso y afilado. Por un instante, su mirada descendió hasta mis labios. Fue un segundo, casi imperceptible. Pero lo vi. Y él supo que lo había visto.

—Buenas noches, Valentina —dijo al fin, con una sonrisa cínica curvando los labios.

Se volvió hacia la puerta, tiró del picaporte con deliberada lentitud. Y, antes de salir, lanzó por encima del hombro:

—Cierra esa puerta. No puedo prometer mantener este autocontrol para siempre.

La puerta se cerró suavemente tras él, dejando su advertencia flotando en el aire como una amenaza susurrada.

Me quedé inmóvil, mirando la madera cerrada durante un largo instante. Mi corazón latía demasiado deprisa. La respiración era irregular.

Y, con un desafío silencioso, decidido… no forcé la cerradura.

El silencio volvió. Pero el aire seguía caliente, impregnado de su presencia.

Miré la puerta, respiré hondo y, lentamente, la cerré con un clic suave.

Entonces la desbloqueé.

Mis dedos se quedaron sobre el pomo, inmóviles, como si esperaran que alguien —quizá él— tomara la decisión por mí.

Suspiré, frotándome los brazos con las manos frías. No hacía frío. Pero lo sentía igual.

Crucé la habitación despacio, con el corazón desbocado, los oídos atentos al más leve sonido. Cada paso me recordaba que, aunque Enrico no estuviera allí… su sombra sí lo estaba.

Apagué la luz y me tumbé con cuidado. Las sábanas eran suaves, las almohadas olían bien, la cama era enorme. Todo era demasiado perfecto. Demasiado frío. Demasiado equivocado.

Me giré a un lado, luego al otro. Una y otra vez. El silencio era absoluto, pero mi mente seguía repitiendo el ruido que más odiaba: su voz. La voz de Enrico.

Cada palabra suya aún vibraba en mi piel, cada mirada, cada roce, cada humillación disfrazada de control. Y, por encima de todo, aquel recuerdo que se negaba a morir: el altar. La catedral. Su negativa.

"No voy a casarme con esa mujer."

Las palabras resonaban como un eco antiguo, infinito, rebotando una y otra vez en los muros de mi memoria.

Intenté pensar en Clara, en su respiración tranquila en la habitación contigua, en su inocencia. Pero incluso eso se mezcló con el miedo. Mi cuerpo estaba agotado, pero mi mente se negaba a ceder.
Finalmente, el cansancio venció. Pero no el descanso.

La pesadilla llegó antes.

Primero fue un susurro. Leve. Cruel.

—No voy a casarme con esa mujer.

Otra vez.

Otra vez.

Otra vez.

La catedral giraba a mi alrededor, distorsionada, los rostros se fundían en sombras, las sonrisas se convertían en muecas. El órgano sonaba como un grito. Los bancos eran espinas. Y Enrico, de pie frente al altar, me miraba con los ojos de piedra.
Fríos. Vacíos. Muertos.

Intenté correr. No pude. Las piernas no me respondían. Pesaban, inmóviles, pegadas al suelo. Mi vientre era enorme, abultado, doloroso. La tela blanca del vestido estaba manchada. Roja. Sangre que caía lenta, empapando mis manos.

Y entonces él estaba allí, demasiado cerca. Su aliento helado rozó mi oído.

—Nunca volverás a tocarme. Nunca volverás a respirar el mismo aire que yo.

Grité. Grité con todas mis fuerzas. Pero nadie me oyó. Ni siquiera él.

—Por favor… ¡escúchame! —supliqué, pero mi voz no encontraba eco. Se disolvía en la cúpula inmensa de la iglesia, como si el aire

me la arrancara de la garganta.

Me desperté de golpe, jadeando. Sudando. El grito se me quedó atascado en la garganta, convertido en un sollozo ahogado.

Las lágrimas llegaron antes de que pudiera detenerlas. No eran las lágrimas suaves del cansancio, sino las que arden. Las que queman desde dentro.

Me acurruqué en la cama, abrazando las rodillas contra el pecho, buscando un refugio que no existía. Temblaba. Respiraba entrecortado. Cada intento de calmarme sólo hacía que el dolor me golpeara más fuerte.

Y en la oscuridad absoluta de aquella habitación —tan grande, tan ajena, tan suya—, por fin dejé de fingir fortaleza.

Lloré.

Lloré por todo lo que no podía mostrarle a él durante el día.
Lloré por la niña que dormía en la habitación de al lado, por la mujer que ya no reconocía en el espejo.

Y lloré porque, aunque mi rabia me protegía frente a Enrico, era siempre el dolor el que ganaba cuando caía la noche.

31. ENRICO FERRARA

Salí de su habitación con los puños apretados y la mandíbula tensa. La amarga burla de Valentina aún me ardía en la lengua, y odiaba cada segundo de lo que sentía. Esa mujer me desarmaba por completo. Siempre lo hacía. Pero ahora… ahora era peor. Mucho peor.

Ahora me miraba como si fuera un extraño. Como si todo lo que habíamos vivido juntos nunca hubiera existido. Como si no hubiera sido parte de ella, ni ella, parte de mí. Y lo peor de todo era que una parte de mí sabía que merecía exactamente esa mirada.

Cada paso que daba lejos de ella era una lucha: entre el control que me quedaba y el impulso feroz de volver, de tomarla entre mis brazos y acabar con todo el odio que fingíamos sentir.

Crucé el pasillo y me encerré en el despacho, intentando expulsar de mi cabeza la imagen condenatoria de su cuerpo frente al mío. Ese jersey delgado pegado a su piel, el mentón alto, la respiración agitada, los ojos que decían "vete" mientras el resto de ella temblaba porque no podía hacerlo.

¿Nada en ella temblaba? Mentira. Lo vi.

Vi cómo su pecho se elevaba demasiado rápido. Vi el ligero temblor de sus manos sobre la cómoda. Vi cómo me evitaba la mirada justo antes de volver a buscarla, como si necesitara mi cercanía para seguir respirando.

Lo vi todo. Y aun así, elegí marcharme. Porque tenía que hacerlo.

Necesitaba mantener el control. Necesitaba convencerme de que Valentina ya no tenía poder sobre mí.

Excepto que sí lo tenía. Siempre lo tendría. Porque ella era la madre de mi hija. Y eso… eso no cambiaría nunca.

Pasé casi una hora en el despacho fingiendo leer informes que no tenía la menor intención de comprender. Mi cabeza no procesaba

nada. Todo lo que veía era su rostro. Todo lo que oía era su voz. Todo lo que sentía era el vacío que dejaba cuando no estaba en la misma habitación.

Finalmente, me rendí. Decidí volver a mi habitación. Poner fin a esa noche infernal.

Pero cuando mi mano rozó el pomo frío de la puerta, lo oí. Bajo. Roto. Desgarrador. Un sonido que no debería haber oído. Valentina estaba llorando. Todo mi cuerpo se paralizó.

Me di la vuelta sin pensar, con los puños cerrados y el corazón golpeando violentamente contra mis costillas. Crucé el pasillo y me detuve frente a su puerta.

Su llanto era suave, casi silencioso, pero lo suficiente para destruirme.

Apoyé la frente contra la madera, cerrando los ojos. Cada sollozo se filtraba por la puerta y se metía directamente en mi pecho, desmoronando cada muro que había intentado levantar.

Levanté la mano. Estuve a punto de llamar. Estuve a punto de abrir esa maldita puerta.

Pero no lo hice.

Porque lo sabía. Si entraba ahora, no habría vuelta atrás.
Si la veía así —tan rota, tan sola— perdería el control que tanto me costaba mantener. Y si Valentina me miraba con esos ojos oscuros y heridos… si me pedía cualquier cosa… se la daría. Incluso el mundo entero, aunque siguiera empeñado en destruir el suyo.

Cerré los ojos con fuerza, tragando el nudo que me quemaba la garganta. Respiré hondo, conteniendo el grito de frustración, de culpa, de impotencia. Y entonces susurré, tan bajo que el aire apenas lo oyó:

—Estoy aquí...

Valentina no respondió. Siguió llorando, en silencio, inconsolable, al otro lado de la puerta. Y no entré.

Me di la vuelta despacio, con los músculos tensos, y regresé a mi habitación como un cobarde. Como el hombre que estaba profundamente equivocado pero no podía admitirlo. Como el hombre que sentía demasiado y no soportaba sentir.

Como el hombre que oyó llorar a la mujer que una vez amó… y no tuvo el valor de abrir la puerta.

***

La casa estaba envuelta en un silencio casi perfecto, de esos que deberían ser reconfortantes, pero que sólo amplifican el ruido dentro de la cabeza. Subí los pocos escalones hacia la sala de televisión y me detuve en seco al verla.

Valentina estaba allí. Sentada en el sofá, las piernas cruzadas, una manta cubriéndola hasta la cintura. Tenía el mando en la mano y los ojos fijos en la pantalla, donde sonaba una comedia romántica. Una película que seguramente diría que odiaba si le preguntaba.

No me vio enseguida. O fingió no hacerlo.

Debería haber seguido de largo. Debería haberla dejado en paz. Lo sabía perfectamente.

Pero no pude.

La necesidad de provocarla era más fuerte que la razón. Era un impulso que me consumía por dentro. Un impulso que, poco a poco, me estaba volviendo loco.

Ninguno de los dos volvió a mencionar lo que había pasado hacía dos noches. Habíamos cenado juntos la noche siguiente, pero ella no sabía que la había oído llorar y, en teoría, yo no sabía que había llorado. Ni que me había destrozado en el proceso.

Entré en silencio en el salón y me senté a su lado en el sofá. Demasiado cerca.

Valentina giró la cabeza de inmediato, sus ojos me cortaron como cuchillas. Todo en ella cambió en un segundo: los hombros se

tensaron, la mandíbula se apretó y su mirada se volvió una advertencia.

—¿Puedes salir de mi espacio personal? —preguntó entre dientes —. Yo llegué primero.

Me recliné con fingida calma, encogiéndome de hombros con deliberado desafío.

—Esta es mi casa. Cualquier espacio aquí me pertenece.

—Oh, no empieces —gruñó, exasperada—. Llevamos menos de una semana bajo el mismo techo y ya lo has dicho veinte veces. La casa, el sofá, el aire que respiro… todo es tuyo, ¿no?

—Exactamente —respondí, acariciando el cojín que había entre nosotros con un gesto burlón—. Incluso este trozo de aquí me pertenece más de lo que crees.

Su mirada se estrechó, y una sonrisa casi se escapó de mis labios. Si seguía así, perdería la paciencia. Y eso era exactamente lo que quería.

—Siguiendo tu brillante lógica —continué, con tono pesado de ironía—, el sofá también es medio mío. Estamos casados. ¿O lo has olvidado?

Ella arqueó una ceja.

—¿De verdad quieres ir por ese camino?

—¿Por cuál?

—El de una esposa. Porque las esposas, como sabrás, tienen ciertas… obligaciones.

Valentina soltó una risa seca, sin rastro de humor.

—Ah, vete al infierno, Enrico.

—Sólo estoy siendo lógico —contesté, divertido—. Tú misma mencionaste nuestro contrato.

—Y estoy siendo paciente al no echarte de aquí ahora mismo —replicó, enfadada.

Apoyé un codo en el respaldo del sofá, inclinándome ligeramente hacia ella.

—Tal vez quieras hacerlo —murmuré con una sonrisa cínica—. Pero sabes tan bien como yo que no lo harás.

Valentina perdió la compostura. Tiró la manta a un lado y se levantó bruscamente, con las mejillas rojas de ira.

—¿Sabes qué? ¡Si no sales de aquí, lo haré yo!

—Siéntete como en casa. Ve a cualquier parte —me burlé una vez más—. La casa también es tuya. La mitad, al menos. Pero no olvides que tiene un precio.

Pasó a mi lado sin mirarme, los pasos firmes, la espalda recta. Pero vi lo que intentaba ocultar: el rubor que le subía por el cuello, la respiración entrecortada.

Escuché el portazo del dormitorio. No fue tan fuerte como habría querido, pero lo suficientemente enfático.

Sonreí.

Me quedé sentado unos minutos más, la televisión encendida sin sentido. La sensación en mi interior era absurda: ligera. Casi agradable. Como si provocarla fuera la única manera de sentirme vivo de nuevo.

Y quizás, pensé mientras apagaba la pantalla, debería preocuparme por lo mucho que me estaba empezando a gustar aquel juego peligroso.

Valentina tenía razón en una cosa: llevábamos menos de una semana viviendo bajo el mismo techo. Pero cuanto más me miraba con odio… más deseaba que no dejara de hacerlo.

***

La tarde olía a palomitas dulces, a risas infantiles y a una irritante ligereza que no sabía manejar. Clara corría unos pasos por delante, agitando una piruleta rosa, con una sonrisa tan amplia que iluminaba incluso mis sombras.

Y sí. Me estaba contagiando. Pero, por supuesto, nunca lo admitiría.

—¡Mamá, mira! —la voz de Clara me sacó del pensamiento—. ¡El tío Gustavo está ahí!

Valentina siguió la dirección de su mirada y sonrió. Una sonrisa genuina, cálida. Una sonrisa que me molestó por razones que preferí no analizar.

—Así es. ¡Hola, Guto! —lo saludó, agitando la mano.

Un hombre alto, de camiseta negra y sonrisa fácil, se acercó con paso relajado. Tenía ese tipo de presencia que irrita a cualquier otro hombre: demasiado amable, demasiado seguro, demasiado… encantador.

Entrecerré los ojos sin querer. Instinto, no reflexión.

—¡Mira quién está aquí! —exclamó, agachándose para abrazar a Clara con una familiaridad que me tensó los hombros—. ¡Mi lectora favorita!

—¡He terminado el libro que me regalaste! —anunció la niña, emocionada—. ¡El de los dragones!

El tal Gustavo sonrió, sincero, escuchando cada palabra como si nada más en el mundo importara.

—¿Desde cuándo tu hija reparte títulos de "tío"? —pregunté, con una voz más seca de lo que pretendía.

Valentina me lanzó una mirada asesina, pero Clara ni siquiera se dio cuenta. Gustavo fingió no oírme, manteniendo su atención en la niña.

Valentina se acercó, con una dulzura forzada que apenas escondía su molestia.

—Ya que no eres el único hombre en el mundo, Enrico.

Giré la cara hacia ella despacio, fijando los ojos en los suyos.

—Soy el único que importa.

Ella arqueó una ceja, sorprendida, irritada.

—¿Siempre fuiste tan arrogante, o lo perfeccionaste con el tiempo?

—Depende —respondí, con un tono bajo, una sonrisa apenas visible—. ¿Te molesta o te divierte?

Sus labios se apretaron, pero no respondió. Sin embargo, lo vi.
El leve temblor en su respiración. La chispa en su mirada. La misma que yo llevaba intentando sofocar desde el día en que volvió a mi vida.

Y por primera vez, me di cuenta de que no era sólo orgullo. Era celos. Era posesión. Era todo lo que nunca había dejado de sentir por Valentina.

—¿De verdad?

—Aún no lo has aceptado —respondí, con una sonrisa cínica curvando mis labios—. Pero lo harás.

Apartó la mirada enseguida, aunque no sin que yo notara el leve movimiento en la comisura de su boca, como si intentara esconder una sonrisa que no debía aparecer.

Gustavo seguía inclinado junto a Clara, mostrándole algo en su móvil. Ella reía, fascinada. La escena era inocente, luminosa, perfectamente normal. Y, sin embargo, lo único que sentí fue una punzada violenta, seca, irracional.

La forma en que él le revolvía el pelo con naturalidad, la cercanía entre ambos, la facilidad con la que se integraba en su pequeño universo… era demasiada familiaridad. Demasiado cómoda.
Demasiado mía.

—Nos vemos en la clase de tutoría, ¿vale? —se despidió Gustavo, dándole a Clara una sonrisa amable antes de levantarse.
Se giró hacia mí, tendiéndome la mano con cortesía.

—Encantado de conocerte. Soy Gustavo. Enseño lectura creativa en el proyecto infantil.

Le estreché la mano. Firme. Quizás demasiado firme.

—Enrico Ferrara. El marido de Valentina.

Cada palabra fue intencionada, medida, letal.

El tipo sonrió, incómodo, sorprendido por el énfasis que había puesto.

—Por supuesto… felicidades también a la pareja.

—Gracias —respondí, dejando que una media sonrisa, casi insolente, me cruzara el rostro mientras lo veía asentir y alejarse.

El silencio que se extendió entre Valentina y yo fue inmediato, espeso, sofocante. Ella cruzó los brazos sobre el pecho, mirando hacia adelante con la mandíbula tensa.

—¿Vas a estar siempre así de insoportable o algunos días mejoras? —soltó sin mirarme, con ese tono ácido que ya me resultaba familiar.

—Sólo cuando mi hija me presenta a hombres al azar como si fueran parte de la familia.

Se giró con rapidez, sus ojos ardiendo de furia.

—Trabaja con niños, Enrico. Clara le adora. Y será mejor que bajes la voz cuando quieras usar la palabra "hija" delante de ella.

Ignoré su reproche. Mantuve la expresión neutra, aunque cada músculo de mi cuerpo estaba tenso.

—Aun así, "tío" es un título que requiere ciertas credenciales.

Valentina resopló, rodando los ojos con una exasperación que, de algún modo, conseguía irritarme y fascinarme al mismo tiempo. No contestó. Y ese silencio suyo me enfureció más que cualquier grito.

Clara seguía delante, distraída con una piruleta, completamente ajena a la guerra silenciosa que ardía a unos pasos detrás de ella.

Respiré hondo, conteniéndome. Intenté ignorar el impulso absurdo —casi primitivo— de tirar de Valentina hacia mí, de recordarle que, aunque no quisiera, aún pertenecía a mi órbita.

Porque lo sabía. Ella podía fingir todo lo que quisiera, pero yo veía lo que había debajo de esa máscara de ira: la misma tensión, la misma contradicción, el mismo fuego que me quemaba por dentro.

Pero lo que más me dolía —más que el maldito Gustavo y la facilidad con que entraba en su mundo— era la certeza de que, aunque caminara junto a ellas, seguía sin pertenecer realmente a ese lugar.

No todavía.

32. VALENTINA FERRARA

Estaba en una habitación cualquiera de la casa, intentando organizar cajas. Una tarea sencilla, en teoría. Hasta que me di cuenta del peso real de cada papel que sostenía entre las manos.

Fotos antiguas. Notas dobladas. Dibujos garabateados con bolígrafos ya descoloridos por el tiempo. Todo tenía un recuerdo. Y yo no tenía ni tiempo ni estómago para volver a revivirlos.

Fui separando lo que permanecería cerca de mí de lo que acabaría escondido en algún cajón, enterrado como tantos otros pedazos de mi vida.

El sonido de los pasos llegó antes que el perfume. Siempre llegaba así. En silencio. Como si no tuviera culpa de invadir espacios que yo no le había ofrecido.

—¿Tienes radar incorporado? —pregunté sin levantar la vista, fingiendo concentración en las fotos. —¿Un chip para rastrear dónde estoy en la casa?

—Coincidencia —respondió, con esa voz baja, demasiado casual para ser creíble.

—Por supuesto.

Seguí fingiendo estar ocupada, pero el calor subió a mis mejillas. No sabía si era incomodidad o algo que prefería no nombrar.

Enrico se acercó despacio, sin prisa, y se sentó a mi lado. Sin pedir permiso. Porque nunca lo hacía.

—¿Qué es esto? —preguntó con calma, recogiendo una de las hojas esparcidas por el suelo.

—No es asunto tuyo —respondí, fría, sin mirarle.

Soltó una carcajada breve, cargada de sarcasmo.

—Eres graciosa, Valentina.

Ignoré su provocación. O lo intenté. Pero con el rabillo del ojo vi cada detalle: la camisa gris perfectamente ajustada a sus hombros, los pantalones oscuros, su cabello desordenado cayendo sobre la frente.

Y ese perfume. Ese maldito perfume que llenaba el aire de recuerdos que yo me esforzaba por olvidar.

Enrico empezó a hojear los dibujos de Clara con una reverencia irritante, como si estuviera examinando documentos importantes.
El sol se filtraba por las cortinas, tiñendo de dorado los papeles que se acumulaban entre nosotros.

Tomó otro dibujo. Luego otro. Ninguno de los dos dijo nada. Pero no era un silencio cómodo. Era de esos que pesan, que flotan en el aire como secretos que nunca se enterraron del todo.

Sus dedos rozaban las hojas con un cuidado casi doloroso. Como si fueran piezas frágiles de un tesoro que apenas recordaba poseer.
Y quizás, para él, lo eran.

Entonces se detuvo.

Sus manos quedaron inmóviles sobre una hoja doblada en el borde de la caja. Su cuerpo se tensó. Sus ojos se endurecieron.
Demasiado fijos. Demasiado vacíos.

—Me dibujó sin rostro… —susurré, con la voz apenas audible. Pero el filo de mis palabras era mortal.

Levanté la mirada hacia el dibujo que tenía entre las manos.

En la hoja, Clara se había dibujado a sí misma, de la mano conmigo. A nuestro lado, una figura masculina sin rostro: sin ojos, sin boca, sin rasgos. Sólo una sombra.

Y debajo, en letras torcidas e infantiles, estaba escrito:

"Papá invisible."

Sentí que algo se desgarraba dentro de mí. El aire se volvió pesado, imposible de respirar.

Enrico no se movía. Parecía de piedra. Los hombros tensos, la mandíbula apretada, la mirada clavada en esa ausencia que él mismo había construido.

—Porque no lo tenías —dije despacio, con voz baja pero firme—. Porque desapareciste.

Tragó saliva, sin atreverse a mirarme.

—Te juro que nunca quise eso —murmuró, y por primera vez su voz sonó humana. Casi rota.

Por un segundo sentí el impulso absurdo de acercarme. De consolarlo. Pero sólo duró eso: un segundo. Porque recordé.

—Pero lo hiciste igual —dije finalmente, sin apartar la vista del papel.

El silencio que siguió fue espeso, insoportable.

Bajé los ojos, fingiendo volver a ordenar las cajas, aunque ya no veía nada. Enrico tampoco.

Por primera vez desde que había vuelto a mi vida, no tenía una sola palabra que ofrecerme. Y quizá fue eso —esa ausencia total de excusas— lo que más dolió.

***

Recogí el bolso de la mesa y me colgué la correa al hombro.
Me miré al espejo del vestíbulo. El pintalabios nude era discreto, demasiado. Los tacones resonaban contra el suelo de mármol como si anunciaran cada paso de mi huida.

La casa estaba en silencio. Hasta que una página se movió. Literalmente.

Enrico estaba sentado en el sofá, la tableta apoyada sobre su pierna, sin prestar verdadera atención a lo que veía. Levantó la mirada en cuanto me oyó acercarme.

No dijo nada. Sólo me miró.

Después volvió la vista a la pantalla, fingiendo desinterés, aunque su mirada me había seguido hasta la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó al fin, con ese tono tranquilo que usaba para disimular la sospecha.

Me detuve de inmediato. Un fuerte suspiro escapó de mis labios sin permiso.

—Salida.

—¿Adónde?

Me crucé de brazos, sintiendo cómo mi paciencia se evaporaba poco a poco.

—¿Desde cuándo controlas mi agenda, Enrico?

Dejó la tableta sobre el brazo del sofá con exagerada calma, acomodándose como quien se prepara para una batalla. O quizá para un flirteo. Con él, era imposible distinguir la diferencia.

—Desde que mi mujer empezó a desfilar por la casa como si tuviera una cita secreta.

Puse los ojos en blanco, devolviéndole la mirada con un aburrimiento teatral.

—¿Y si la tengo?

La pregunta quedó suspendida entre los dos, más tiempo del que debería.

Enrico arqueó una ceja. La comisura de sus labios se torció en una media sonrisa que no tenía nada de amable.

—En ese caso, me vería obligado a pedir amablemente a los guardias que te detuvieran.

—Eres tan predecible —murmuré, cruzando los brazos con más fuerza—. ¿De verdad crees que esto te da algún tipo de control sobre mí?

Se levantó despacio, con esa falsa calma que usaba cuando ya se sabía ganador.

—¿Control? No, Valentina. —Su voz sonó suave, peligrosa—. Sólo me gusta saber dónde está la gente que jura que no me debe explicaciones… pero se pasea vestida como un videoclip a media tarde.

Resoplé, dando dos pasos hacia la puerta.

—Eres ridículo.

—Y estás eludiendo la pregunta.

Me di la vuelta lentamente, encarando de nuevo su arrogancia.

—¿Y si he quedado con alguien? —pregunté con voz baja, cada palabra perfectamente medida—. Un hombre, tal vez. Uno que me haga reír. Uno que sepa respetar mi espacio. Uno que no se crea dueño de todo lo que respira a su alrededor.

Sus ojos se tensaron apenas un segundo, pero su voz se mantuvo firme.

—¿De verdad vas a salir así, con ese vestido corto y esa boca sucia?

—Mejor eso que salir con una chaqueta cara y un alma pequeña.

Sonrió. Pero no había diversión en esa sonrisa.

—Sólo quiero saber si debo hacer que te acompañe seguridad. O tal vez esconder una cámara en ese exagerado escote tuyo. Por si te pierdes entre las estanterías de… no sé… ¿un supermercado?

Mi silencio lo delató. Y él lo supo. La sonrisa de Enrico se ensanchó, victoriosa.

—Vas al mercado —dijo. No preguntó.

Volví a rodar los ojos.

—Felicidades, genio. Alguien tiene que abastecer esta casa con algo más que arrogancia. Clara tiene hábitos alimenticios distintos a los tuyos.

Su mirada recorrió mi cuerpo sin disimulo. Piernas. Cadera. Cintura. Escote.

Cuando volvió a mis ojos, su sonrisa era un desafío.

—En primer lugar, te he dicho más de una vez que cualquier cosa que tú o mi hija necesitéis, basta con pedirla y se os proporcionará. En segundo lugar… eres demasiado pulcra como para tocar cebollas.

Crucé los brazos, devolviéndole el gesto con firmeza.

—Prefiero comprar yo misma las cosas de mi hija. Y tú eres demasiado molesto para alguien a quien no le importa.

—Sólo digo que el vestido es corto.

Di un paso hacia atrás, sonriendo con la satisfacción de quien gana una ronda.

—Entonces mira hacia otro lado, Enrico.

Tomé las llaves, abrí la puerta y salí. Nada de eso impidió que lo sintiera.

Sentí su mirada siguiéndome, quemándome la piel de la nuca como si fuera fuego. Y quizá —solo quizá— sonreía en la oscuridad mientras me veía alejarme por la puerta.

33. ENRICO FERRARA

Llegué a casa con la cabeza hirviendo.

El día había sido un caos absoluto. Tenía mil asuntos urgentes que resolver, uno de ellos el absurdo hecho de vivir con una mujer que conseguía provocarme las ganas de romper algo o de besarla hasta quedarme sin aire, según el minuto del día.

Subí las escaleras buscando silencio. Sólo eso. Un maldito momento de silencio.

El plan era sencillo: un whisky, una ducha, olvidar el día infernal y mantenerme lejos de ella. Pero los planes son frágiles. Y el universo parecía deleitarse en arruinar los míos cada vez que Valentina respiraba bajo el mismo techo.

Justo cuando llegué al pasillo, la puerta de su habitación se abrió. Valentina salió con el cabello húmedo, cayéndole por los hombros en mechones oscuros. Llevaba una bata blanca, fina, apenas sujeta por una cinta suelta que le rodeaba la cintura.

Demasiado floja.

Me detuve. Un segundo. Sólo un segundo. Pero bastó para que mis ojos registraran más de lo que debía.

Ella se dio cuenta de inmediato. Claro que lo hizo. Siempre lo hacía.

Y en lugar de tensar el lazo o fingir pudor, se detuvo justo delante de mí. Su mirada directa. Su respiración apenas acelerada. Era desconcertante cómo podía odiarme tanto y, aun así, parecer tan jodidamente provocativa.

—¿De verdad crees que puedes andar así por la casa? —pregunté, con una voz más ronca de lo que pretendía.

Levantó una ceja lentamente, esa que usaba para desafiarme sin decir una sola palabra.

—No estaba caminando por la casa. Iba de mi habitación a la de mi hija. Rápido. Ni siquiera sabía que estabas aquí. ¿O ahora tengo que pedirte permiso para respirar?

Apreté la mandíbula, los puños firmes a los lados.

—Yo vivo aquí.

—Yo también —replicó sin vacilar—. Gracias a tu magnánima voluntad. La buena noticia es que puedo cambiarlo ahora mismo. ¿Hago las maletas?

—Esa bata está prácticamente pidiendo un juicio por indecencia —gruñí, y Valentina sonrió con ironía. Dio un paso hacia mí, tan cerca que el calor húmedo de su piel me rozó la camisa.

—Entonces demándame —susurró, pasando a mi lado con un paso lento, calculado.

Me di la vuelta. No pude evitarlo. Mis ojos la siguieron.

La cinta de la bata se balanceaba suavemente a cada paso.
Era una provocación muda, peligrosa, casi inocente en apariencia… y lo suficientemente explícita como para hacerme perder el aliento.

Mi mano hormigueó de deseo, pero me contuve. Apreté los dientes. Cerré el puño. Cerré.

De lejos.

***

Horas después, apareció en la cena como si el día entero hubiera sido un ensayo general para mi tortura personal. Vestido negro ajustado, hombros desnudos, curvas perfectamente delineadas.
Y los labios… rojos. El rojo exacto que sabía que me desquiciaba.

Sabía lo que hacía. Y sabía que yo lo sabía.

Nos sentamos frente a frente, con la mesa perfectamente servida entre nosotros, como una frontera invisible en una guerra sin tregua.

Yo disimulaba mal. Ella, en cambio, se recreaba en cada gesto, en cada sorbo de vino, en cada sonrisa que sabía que me estaba

arrancando la cordura.

—¿De verdad quieres seguir con este juego de provocaciones? —pregunté al fin, tras un largo trago de vino.

Valentina sonrió. Lenta. Serena. Casi divertida.

—Yo sólo existo, Enrico. Si mi sola existencia te provoca tanto, quizá deberías reevaluar algunas cosas.

Mis ojos se entrecerraron peligrosamente.

—Ese pintalabios rojo es una elección consciente. Igual que ese vestido.

Se inclinó ligeramente hacia mí, con la voz baja y una insolencia deliciosa.

—Mi cuerpo. Mi estética. Si tanto te molesta, cierra los ojos.

Llevó la copa a los labios y bebió despacio, sin apartar la mirada de la mía. El vino tiñó de un brillo húmedo su boca carmesí.
Y la sonrisa que curvó después fue una sentencia disfrazada de desafío.

Pero fue lo que hizo justo después lo que casi me mata.
Mordió suavemente el borde del vaso, sus labios rojos rozaron el cristal con una lentitud insoportable.

Sus ojos se mantuvieron fijos en los míos, cargados de un silencio sugerente, tan lleno de significado que por un instante olvidé cómo respirar.

Casi me levanté. Casi la arrastré fuera del comedor. Casi.

Pero me controlé. Otra vez.

Y lo peor era que Valentina lo sabía. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Sabía cómo cada provocación suya se sentía como una pequeña victoria en esta guerra muda. Sabía de mi lucha interna. Y lo disfrutaba.

La odiaba por eso. Por tener aún ese poder sobre mí.

La cena terminó en un silencio espeso. Valentina se levantó con la misma elegancia con que se armaba para una batalla: sin perder la compostura, ajustando el vestido, clavando los tacones en el suelo como quien marca territorio.

No dijo una sola palabra antes de irse, pero su perfume quedó suspendido en el aire, impregnando el ambiente con la misma maldita dulzura que me mantenía al borde del abismo.

La observé marcharse. Las curvas de sus caderas se movían con una provocación natural, precisa, cruel. No tuve fuerzas para pedirle que se detuviera, ni para exigirle el informe de nuestra hija, la excusa habitual para compartir mesa.

Esperé hasta que el sonido de sus pasos desapareció por completo. Después me levanté, crucé el pasillo y subí a mi despacho buscando aire, silencio… distancia.

Cerré la puerta con un clic seco que resonó como un disparo.
El whisky sobre el escritorio me llamó con promesas vacías, pero lo ignoré.

Me hundí en la silla, apoyando los codos sobre el escritorio, las manos sobre la cara.Quise borrar las últimas horas. Los últimos cinco años. Quise borrar a Valentina.

Inútil.

Ella estaba en todas partes. En cada sombra de esta casa. En cada pensamiento que intentaba silenciar.

El sonido grave de una notificación en la computadora me arrancó de golpe de aquel laberinto mental. Moví el ratón con fastidio y abrí el correo que acababa de llegar.

El remitente no me sonaba. Pero el asunto, sí.

“Asunto urgente – Documentos archivados.”

Fruncí el ceño, el mal presentimiento creciendo mientras hacía clic.

Estimado Sr. Ferrara,

Me llamo Marina Oliveira, abogada del bufete Valen & Associados. Como sabrá, el mes pasado falleció el Dr. Petros, quien llevaba los archivos legales de su familia. He sido designada para sustituirle en esta tarea y, al revisar los documentos, encontré material delicado y de suma importancia que le concierne directamente.
Es fundamental que conversemos en persona lo antes posible para decidir cómo proceder. Espero su respuesta inmediata.

Atentamente,

Marina Oliveira.

Releí el mensaje tres veces. Cada palabra parecía más pesada que la anterior. Sentí un nudo extraño en el pecho. No sabía si era miedo o curiosidad. Pero sabía una cosa: nada bueno podía salir de ese correo.

Aun así, mi instinto —ese que nunca supe ignorar— me obligó a contestar. Tecleé una respuesta rápida, concisa, urgente.

Estoy disponible mañana a primera hora. Organice la reunión en São Paulo. —E.F.

Hice clic en "enviar".

La confirmación apareció en la pantalla con un pequeño sonido que, inexplicablemente, me dejó en silencio. Me recliné en la silla, mirando el reflejo del cristal. São Paulo. Necesitaba salir de esta casa.

Sonreí, con una mezcla de alivio y anticipación amarga. Valentina lo odiaría. Y por alguna razón, eso me pareció el primer buen pensamiento del día.

34. VALENTINA FERRARA

Me senté en el borde de la cama, observando a Clara dormir plácidamente tras el agotamiento de aquellos días infernales.

Primero la boda. Después la mudanza. Y los primeros días viviendo bajo el mismo techo que Enrico no habían sido mejores que los que precedieron al desastre que él insistía en llamar *nuestra boda*.

Cada suave respiración de mi hija era un recordatorio doloroso de la absurda situación en la que nos encontrábamos.

El apellido *Ferrara* pesaba en mi lengua como un yunque.
Ya no quedaba nada del amor, ni de la felicidad, ni de las promesas que alguna vez imaginé tener con él.

Cada provocación que había intercambiado con Enrico, cada desafío, no era más que una táctica de supervivencia.
La única manera de sentir, de fingir que aún tenía algún control sobre mi propia vida.

Aunque, con cada mirada que se prolongaba demasiado, con cada vez que invadía mi espacio personal, con cada roce intencionado o cada palabra cargada de veneno, yo me sentía menos dueña de mí misma. Porque en sus ojos aún ardía algo —rabia, deseo, resentimiento— que me desestabilizaba sin remedio.

Observé la habitación lujosa, elegante, impersonal.
Nada en ella se parecía al hogar que alguna vez soñé para nosotros.

Cerré los ojos… y el pasado volvió sin permiso.

Con una sonrisa eufórica en el rostro, retrocedí unos pasos, evaluando cuidadosamente la posición exacta del portarretratos por quinta vez.

Cada detalle de aquel ático era importante. Demasiado importante. Sería el lugar donde viviría los días más felices de mi vida. Nuestro hogar.

Mi corazón se aceleraba sólo de imaginarlo: las historias que compartiríamos, los recuerdos que construiríamos, las risas, los desayunos, los planes de un futuro que parecía tan seguro.

Me mordí el labio inferior, indecisa, intentando decidir si por fin había encontrado el lugar perfecto para aquella foto. Y entonces, sin previo aviso, un recuerdo desagradable, inesperado y cruel se filtró en mi mente, borrando lentamente la sonrisa de mi cara.

La semana anterior, un titular sensacionalista me había golpeado desde el escaparate de un quiosco:

"El playboy multimillonario Enrico Ferrara y su nueva conquista: ¿Cenicienta o interés amoroso?"

Aquellas palabras se me habían quedado grabadas, un recordatorio punzante de lo que muchos creían que era: una oportunista detrás de la fortuna de los Ferrara.

La inseguridad me envolvió despacio, ahogando la euforia inicial.
La felicidad pura y luminosa de hacía un momento desapareció como si nunca hubiera existido.

—¿Valentina? —la cálida voz de Enrico resonó en la habitación, haciéndome dar un pequeño respingo, sorprendida de no haberlo oído entrar.

Me giré. Sus ojos me buscaban con esa mezcla de atención y ternura que me desarmaba.

Sus brazos, fuertes y seguros, me rodearon con naturalidad.
Su calor me envolvió y, por un instante, mi corazón acelerado volvió a encontrar su ritmo.

—¿Estás bien? —preguntó, besándome la frente con suavidad, deslizando los labios por mi mejilla hasta llegar a mi boca.

Cerré los ojos. Suspiré bajo sus caricias. Me encantaba.

Cada toque, cada beso, cada demostración silenciosa de amor.
El tacto era mi lenguaje, y Enrico lo sabía. Sabía exactamente cómo usarlo para calmarme… y hacerme sentir segura.

Por eso dolía tanto recordar.

—Pareces preocupada —insistió, apartándose lo justo para mirarme a los ojos—. Dime, amor… ¿qué te ha pasado?

Tragué saliva, vacilante, luchando contra la inseguridad que seguía oprimiéndome el pecho.

—¿A quién tengo que matar? —añadió con una sonrisa traviesa, y la risa se me escapó, suave, a pesar de todo.

Volví a mirar a mi alrededor. Amaba aquella casa, cada rincón, cada pared que habíamos elegido juntos… pero de pronto, una sombra de culpa me recorrió.

—¿No crees que todo esto… tal vez sea demasiado? —pregunté, observando los grandes ventanales del ático, los muebles nuevos, los cuadros elegantes. Todo era tan hermoso… y tan imponente.

Enrico frunció el ceño, confundido.

—Por supuesto que no —replicó con una convicción serena—. Es nuestro hogar, nuestro lugar. Quiero que sea perfecto para ti.

La ternura de sus palabras me desarmó. El corazón me latía deprisa, lleno de una mezcla extraña de amor y miedo.

—A veces tengo la sensación de estar viviendo un sueño… uno del que podría despertar en cualquier momento —confesé, en voz baja, sin atreverme a sostenerle la mirada.

Enrico me abrazó con más fuerza. Su risa, cálida y segura, llenó el aire. Me levantó el rostro con una mano y me obligó a mirarlo.

—No es un sueño, Valentina —murmuró, apartándome un mechón de cabello del rostro—. Es real. Tú y yo somos reales. Y voy a demostrártelo todos los días del resto de nuestras vidas.

Su beso fue suave, cálido, pleno de promesas que quise creer.
En sus brazos, el mundo parecía tener sentido. Allí, en aquel ático aún vacío de historia, me sentía segura. Podía imaginar que nada ni nadie sería capaz de destruir lo que teníamos.

Era feliz. Tan profundamente feliz que daba miedo.

—Te quiero —susurré contra sus labios, sintiéndome completa, llena, viva.

—Yo también te quiero —contestó, mirándome como si yo fuera lo más valioso que tenía.

Suspiré, sonriente, y el sonido de la puerta al abrirse de pronto me arrancó del pasado.

—¿Señora Ferrara? —la voz del empleado resonó con respeto desde el umbral—. El señor Ferrara me ha pedido que le comunique que mañana temprano viajará a São Paulo. También desea que prepare su maleta y la de la niña.

Sentí que algo dentro de mí se rompía. El mismo nombre. El mismo tono autoritario. Pero un hombre distinto.

—Gracias —murmuré, con voz apenas audible, tragándome las lágrimas que amenazaban con salir.

La puerta se cerró, y el silencio volvió a llenarlo todo. Me levanté despacio, acercándome a la ventana. Afuera, el reflejo de la luna bañaba la fachada de la mansión. Tan imponente. Tan vacía.

Todo lo que nos rodeaba —la casa, el apellido, el lujo— carecía de valor. Porque faltaba lo esencial. Faltaba el amor. Faltaba el respeto. Faltábamos nosotros.

Apoyé la frente en el vidrio frío y dejé escapar un suspiro largo y cansado. Mañana, una vez más, seguiría sus órdenes. Mañana, una vez más, tendría que fingir la felicidad que había muerto hacía años.

35. ENRICO FERRARA

Valentina acomodó a Clara en el asiento del jet.
Sus manos, delicadas y firmes, alisaron con cuidado la manta que cubría a la niña.

Clara se quedó dormida a los pocos minutos de despegar, agotada, ajena a todo. Y aun así, verla así me produjo una punzada de culpa que no supe explicar.

Mi mirada se desvió hacia Valentina. No había cruzado los ojos conmigo desde que subimos al avión.

Todo en ella —cada movimiento, cada respiración— parecía cuidadosamente ensayado para excluirme. Sabía lo que hacía. Me estaba castigando. A su manera.

Los primeros días en la mansión habían sido exactamente lo que había imaginado. Cada gesto de Valentina estaba cargado de hostilidad contenida.

Cada palabra era un choque disfrazado de cortesía. Y sin embargo, cuando estaba con Clara, todo cambiaba. Su voz se suavizaba, sus manos se volvían pacientes, su mirada brillaba con una ternura que no recordaba haber visto nunca dirigida hacia mí.

Esa diferencia me irritaba. Porque lo que más dolía no era su odio.
Era su indiferencia.

Aparté la mirada, reprimiendo la frustración que me crecía en el pecho, y traté de concentrarme en el motivo real de ese viaje.
São Paulo. El abogado. Los documentos.

Durante días había pensado en esa reunión. En lo que podría descubrir. Y cada hipótesis era peor que la anterior.

Cuando aterrizamos, Valentina y Clara subieron a un coche.
Yo al otro. Ella aprovecharía el viaje para visitar a sus padres; yo cumpliría con mi deber.

Valentina podía rechazar mis condiciones todo lo que quisiera, pero no negaba los beneficios de llevar mi apellido. Después de todo, eso era lo que siempre había querido.

Le indiqué al conductor que esperara hasta que el otro coche desapareciera entre el tráfico. Aun así, me quedé mirando por la ventana unos segundos más. Una sensación extraña, desagradable, se alojó en mi pecho. Sacudí la cabeza, molesto conmigo mismo por sentir algo tan inútil.

El tráfico paulistano no perdona. Casi una hora después, llegué a la torre de Faria Lima. Subí directamente a la oficina. Marina Oliveira me esperaba detrás de un escritorio perfectamente ordenado.

—Señor Ferrara, gracias por venir tan rápido —dijo, poniéndose de pie para saludarme—. Hemos descubierto algo que creo que es de su máximo interés. Se trata de Valentina Muñiz… —hizo una breve pausa—. Bueno, ahora Valentina Ferrara. Felicidades por la boda.

Fruncí el ceño, impaciente.

—Gracias. Pero vaya al grano.

Marina asintió, midiendo sus palabras.

—No sé hasta qué punto conoce los documentos que archivamos, pero lo que voy a decirle puede resultarle… difícil de oír.

—Póngame a prueba.

Ella respiró hondo.

—En nuestros archivos encontramos registros de un caso que, según entiendo, cambió el rumbo de su vida hace años. Su primer matrimonio con la señora Ferrara.

El aire en mis pulmones se detuvo.

Marina continuó con voz firme:

—He descubierto pruebas de que todo aquel escándalo fue una manipulación. Los rumores, las imágenes, los mensajes… nada fue

real. Todo fue fabricado con precisión, y me temo que Eloá Ferrara fue quien lo orquestó.

El silencio que siguió fue absoluto. El reloj de pared parecía haberse detenido.

Me quedé mirando los documentos extendidos sobre el escritorio. Las palabras de Marina resonaban en mi cabeza, una y otra vez, hasta volverse un zumbido insoportable.

Un frío punzante me recorrió los dedos, subiendo por los brazos hasta el pecho. La garganta se me cerró. El aire no llegaba. Tuve que aferrarme al borde de la silla para no perder el equilibrio.

—Eso no puede ser verdad —murmuré, apenas audible, la voz rota—. ¿Entiende lo que está diciendo?

Marina mantuvo la compostura. Su voz era tranquila, profesional.

—Lo entiendo, señor Ferrara. Y tengo pruebas.

La miré. Joven. Correcta. Impecable. Cabello oscuro recogido en un moño, traje azul marino, la exacta imagen de la eficiencia. La oficina era igual que ella: sobria, elegante, organizada al milímetro.

Perfecta.

Tan perfecta como la mentira que, durante cinco años, había destruido mi vida.

—Señor Ferrara, yo no haría una declaración así sin pruebas sólidas —dijo Marina con voz tranquila, firme, sin rastro de vacilación.

Abrió la carpeta que tenía delante y deslizó varios documentos hacia mí.

—Compruébelo usted mismo.

Mi mente buscaba con desesperación un resquicio, una grieta lógica que invalidara aquella afirmación absurda. Pero mis manos ya estaban pasando las páginas. Y con cada hoja, el mundo que conocía se iba desmoronando un poco más.

Las fotografías. Las mismas que me habían perseguido durante años, tatuadas en mi memoria.

Valentina en una cama con otro hombre. El mismo cuerpo. La misma habitación. Pero, en esta nueva versión, no era ella.

La mujer tenía su estatura, su cabello oscuro, incluso sus gestos. Pero había un detalle imposible de ignorar: un pequeño tatuaje sobre la cadera. Uno que Valentina nunca tuvo. Y, por supuesto, su rostro.

Las imágenes eran casi idénticas, cuidadosamente creadas para confundirme, para destruir. Y lo habían conseguido.

No eran sólo las fotos. Había correos electrónicos, órdenes de transferencia, instrucciones explícitas para fabricar las pruebas. Nombres, fechas, cifras. Todo estaba allí, perfectamente documentado.

Cada palabra, cada dato, era un golpe directo al estómago. La respiración se me volvió irregular. El pecho, pesado. La garganta, seca.

—¿Cómo te has enterado de esto? —pregunté al fin, la voz ronca, apenas reconocible. El odio, la negación, la incredulidad se mezclaban en mis palabras. —¿Cómo conseguiste estos documentos?

Marina enderezó la espalda, manteniendo la mirada fija en mí.

—Mientras reorganizábamos los antiguos archivos de la empresa que trabajó para su abuela durante ese periodo, encontramos una carpeta que, por su contenido, parecía haber sido deliberadamente olvidada. En ella estaban estos documentos. Comprobé su autenticidad antes de ponerme en contacto con usted.

Sacudí la cabeza, buscando desesperadamente algo, cualquier cosa, que desmintiera aquella pesadilla.

—¿Y espera que me crea eso? —dije con dureza, alzando la voz, dejando escapar la furia que empezaba a romper el control que aún

fingía tener—. ¿Por qué me traes esta historia absurda? ¿Qué ganas con todo esto?

Marina no se movió. Ni un parpadeo.

—No gano absolutamente nada, señor Ferrara —respondió con serenidad—, salvo la tranquilidad de mi propia conciencia.
Sus ojos se mantuvieron firmes, transparentes. —Entiendo su enfado, pero no confunda mis intenciones. No estoy aquí por interés ni beneficio. Estoy aquí porque creo que usted y Valentina tienen derecho a saber la verdad.

El nombre de Valentina en su boca me dolió como un golpe.
Con cada palabra, sentía las defensas resquebrajarse, la estructura entera de mis certezas derrumbarse.

—¿Y el privilegio abogado-cliente? —pregunté desesperado, aferrándome a la única excusa que quedaba—. ¿No estás violando tu ética profesional contándome esto?

—Eloá Ferrara nunca fue mi cliente —aclaró con calma—. Estos documentos no estaban bajo mi jurisdicción directa. Los encontré por casualidad y no tengo ninguna obligación de mantenerlos en secreto. Hizo una breve pausa antes de añadir, con voz firme: —Mi ética profesional me obliga justo a lo contrario. Ante la evidencia de un delito, mi deber es exponer la verdad a los perjudicados.

Su respuesta fue un golpe limpio y definitivo.

Sentí el pecho comprimirse, el aire escasear, el vértigo tomarme por completo. Las manos me temblaban. Los bordes de los papeles se difuminaron ante mis ojos.

—Valentina… —susurré su nombre, y el sonido fue casi un gemido.

Imágenes de ella inundaron mi mente: su rostro roto el día de la boda, sus ojos llenos de horror y humillación, sus lágrimas que nunca quise ver.

Cada recuerdo era una herida abierta. Cada palabra que le había dicho, cada ofensa, cada rechazo… Todo había sido construido sobre

una mentira.

—Dios mío… —murmuré, sintiendo el peso insoportable de mis propias acciones.

Marina guardó silencio unos segundos, observándome con una compasión que no pedí y que no merecía.

—Sé que es devastador —dijo al fin—. Pero era necesario que lo supiera. Lo que haga con esta información depende de usted.

No respondí. No podía.

Sólo me quedé allí, mirando los documentos que lo cambiaban todo. Sintiendo cómo la culpa me atravesaba el cuerpo como una corriente eléctrica. Y en medio de ese silencio sepulcral, la pregunta se repetía una y otra vez, hasta volverse insoportable:

¿Qué he hecho?

36. VALENTINA FERRARA

El amplio y silencioso pasillo de la mansión hacía que el peso del cansancio acumulado durante aquel demencial viaje a São Paulo pareciese mayor.

El repentino cambio de planes de Enrico me había inquietado. Me llamó cuando aún estaba en casa de mis padres, y algo en su voz, tan distinta de su habitual tono arrogante, me descolocó. Había urgencia, vacilación y algo más que no podía descifrar.

Desde que volvimos, Enrico estaba extraño, casi irreconocible. Durante todo el camino de regreso a Tiradentes permaneció en silencio, observándome intensamente, casi con obsesión. Sus ojos grises estaban llenos de algo que parecía arrepentimiento o tal vez angustia, pero no tenía ningún sentido. No viniendo de él.

Suspiré profundamente mientras seguía caminando por el pasillo, con la cabeza llena de preguntas sin respuesta. Tal vez no fuera más que otro de sus perversos juegos, otra sofisticada forma de tortura emocional en la que se había convertido en un experto.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por un murmullo procedente de una de las habitaciones más alejadas. Ralenticé los pasos, reconociendo de inmediato la voz de Enrico, alterada de una forma que nunca antes había oído.

—No lo entiendes, André —prácticamente gritó, pero al segundo siguiente su voz se apagó.

Debería haber seguido recto. No era asunto mío. Pero la curiosidad, unida a lo extraño de todo lo que había ocurrido aquel día, movió mis piernas hacia la puerta de la habitación. No estaba cerrada, solo entornada, y pude ver una pequeña grieta desde el interior. Retrocedí un paso, con los brazos cruzados para no tocar nada por accidente y delatar mi presencia.

—Ahora no sé cómo enfrentarme a ella. ¿Cómo puedo mirarla después de todo lo que he hecho? —preguntó Enrico, esta vez en un

susurro. Su tono era dolido, despojado de esa arrogancia a la que empezaba a acostumbrarme. Por primera vez desde que nos reencontramos, oí un rastro del hombre del que me había enamorado años atrás.

Excepto que, hasta cierto punto, el tono que viajaba a través de esa pequeña brecha era doloroso de un modo sorprendente, casi como si Enrico sufriera por decir esas palabras. Mi corazón se aceleró violentamente mientras ladeaba la cabeza, completamente absorta por la curiosidad y la incomodidad en su voz.

—Tienes que decirle la verdad, Enrico —replicó André con calma, hablando con un tono normal en lugar de imitar el susurro de su hermano—. Valentina merece saber que lo has descubierto todo. Es lo menos que puedes hacer ahora.

¿La verdad? ¿Cuál era esa verdad que Enrico había descubierto y necesitaba contarme?

Mi pulso martilleaba en las sienes mientras intentaba comprender lo que acababa de oír. Una oleada de frío me recorrió el cuerpo, y la ansiedad me apretó la garganta. ¿Podría ser que, de algún modo, por fin se hubiera dado cuenta de que yo era inocente? ¿Que nunca había traicionado su confianza? No… no era posible. Si ese fuera el caso, no estaría tan atormentado. ¿O sí?

Me temblaban las manos mientras mi mente intentaba encajar las piezas de aquel súbito rompecabezas. Un intenso y doloroso sentimiento de esperanza se mezclaba peligrosamente con la cautela que había aprendido a cultivar durante todos estos años. No podía permitirme creer que Enrico había descubierto por fin la verdad y se arrepentía de lo que había hecho. Sería demasiado peligroso aferrarse a esa idea.

Pero entonces, ¿por qué André sonaba tan seguro cuando decía que Enrico tenía que decirme la verdad? ¿Qué había descubierto que justificara toda esa vacilación en su voz?

Una abrumadora sensación de vulnerabilidad me invadió, un deseo incontrolable de entrar en aquella habitación y exigir

explicaciones. Sin embargo, permanecí allí, paralizada por el miedo a que la respuesta fuera más devastadora de lo que podía soportar.

—No puedo hacerlo ahora. Todavía no sé cómo tratar con ella después de aquello —susurró Enrico, con la voz temblorosa—. Tal vez sea mejor mantener esto en secreto por ahora.

Aquellas palabras me estrujaron el corazón. Se me hizo un nudo doloroso en la garganta.

—¿Quedártelo por ahora? —preguntó André, indignado—. Enrico, ¡no puedes hablar en serio! Tienes pruebas concretas de que Valentina es inocente, ¿y aun así quieres ocultárselas?

Un sofocante sentimiento de conmoción y tristeza me invadió al instante. ¿Una prueba concreta de mi inocencia?

—¡Nunca te engañó! —continuó André, como si leyera mi mente —. Nunca se mereció lo que le hiciste.

Enrico sabía sin lugar a dudas que nunca lo había traicionado. Que nunca le había mentido. Y empezó a dolerme el pecho al comprenderlo.

—¡No es tan sencillo, André! —replicó Enrico con dureza, elevando ligeramente la voz en un tono defensivo y desesperado—. ¿Entiendes lo que eso significa? Significa admitir que todo lo que hice contra ella, todo por lo que la hice pasar, estuvo completamente mal. Significa asumir que destruí mi vida y la suya por nada.

El dolor de aquella revelación me atravesó el pecho como un cuchillo. Las piernas me temblaban y tuve que aferrarme a la pared para mantenerme en pie. Cada palabra era un golpe más duro y cruel que el anterior.

—Exactamente —insistió André, ahora con voz más alta y firme—. Tienes que afrontarlo. Tienes que enfrentarte a Valentina y decirle que cometiste un error, pedirle perdón. ¡Ella se lo merece, Enrico!

—¿Y crees que yo no lo sé? —replicó Enrico enfadado, cortando a su hermano con un tono seco, casi agresivo—. Ya lo sé. Sé lo que se

merece, pero necesito pensar, necesito decidir cómo afrontar esta situación antes de hablar con ella.

—¿Necesitas… pensar? —preguntó André, en un tono que destilaba desaprobación—. ¿Prefieres que Valentina siga creyendo que sigues pensando lo peor de ella? ¿Por qué necesitas pensar?

El silencio que siguió fue espeso, pesado, tan denso que parecía llenar todos los rincones de la mansión. Mi respiración se volvió superficial, mis manos temblaban contra el pecho. Enrico tardó en responder, y cuando lo hizo, sus palabras fueron frías y afiladas como una cuchilla.

—Yo no… —empezó a decir, y cualquier esperanza o duda que quedara en mí se desmoronó, aplastada por la realidad cruel que contenía su voz.

No tenía intención de contarme la verdad. Todavía no. No a mí.

Quería tenerlo todo bajo control, como siempre. Dejarme sufrir en aquella mentira que me había destrozado durante años. Prefería mantener su juego cruel y egoísta antes que afrontar las consecuencias de sus propios actos.

Sin darme cuenta, di un paso atrás. Mis movimientos torpes hicieron que mi hombro chocara contra la puerta, que se abrió con un leve crujido, revelando mi presencia.

Enrico se giró bruscamente. La sorpresa y el horror se reflejaron en su rostro al verme de pie en el umbral. Nuestros ojos se encontraron y, por un segundo, vi en los suyos algo que no había visto en mucho tiempo: miedo.

—Valentina… —su voz sonó ronca, casi suplicante. Pero no quise escuchar nada más.

Me di la vuelta y eché a andar por el pasillo, el corazón golpeando violentamente en mi pecho, los pasos de Enrico resonando tras los míos.

—¡Valentina, espera! —gritó, desesperado.

—No te acerques más —repliqué con la voz temblorosa, sintiendo las lágrimas arderme en los ojos—. Eres un cobarde, Enrico. Siempre lo has sido.

Necesitaba huir. De él. De todo. Del dolor que me desgarraba por dentro.

—¡Valentina, espera! —su voz volvió a sonar detrás de mí, más desesperada, mientras yo apretaba el paso por el corredor.

—No te atrevas a acercarte más —me detuve de golpe, girándome hacia él con toda la rabia y el desprecio acumulados en el pecho. Las manos me temblaban a los lados, incontrolables.

Enrico se detuvo en seco. Su rostro estaba devastado, sus ojos abiertos de par en par, su respiración agitada. En ese momento, parecía comprender, quizá por primera vez, la magnitud del daño que había causado. Pero yo no podía permitirme creer en esa mirada.

—Por favor, escúchame. Puedo explicártelo… —intentó de nuevo, su voz casi quebrada.

—¿Explicar qué? —exploté, sin poder contener el grito que me salía del alma—. ¿Explicar que descubriste que siempre he sido inocente? ¿Que sabes que destruiste mi vida sin motivo y aun así decidiste seguir ocultándolo? ¿Esa es tu gran explicación, Enrico?

Él no respondió. Permaneció inmóvil, con la culpa pintada en el rostro, como si mis palabras le hubieran arrancado la capacidad de hablar.

—No lo entiendes… Intentaba protegerte —murmuró débilmente, dando un paso inseguro hacia mí.

—¿Protegerme? —reí con amargura, sintiendo el peso hiriente de aquella palabra—. ¿Crees que todavía puedes usar esa excusa conmigo? ¡Te protegías a ti mismo! Querías salvar tu maldito orgullo antes que admitir que te habías equivocado, que habías destruido todo lo que teníamos. Nunca pensaste en protegerme, Enrico. Jamás.

Mi pecho subía y bajaba sin control. La rabia me asfixiaba, y las lágrimas, calientes y amargas, finalmente escaparon.

—Valentina, sé que cometí un error, sé que merezco tu odio. Pero necesito tiempo… No supe qué hacer después de descubrir la verdad —suplicó con voz baja, acercándose un poco más.

Levanté la mano, deteniéndolo.

—Has tenido años para pensar qué hacer. Has tenido años para humillarme, para castigarme, para tratarme como basura por algo que nunca hice. Y ahora, que sabes la verdad, ¿lo único que puedes pensar es en cómo controlarlo todo otra vez? No eres un cobarde, Enrico Ferrara. Eres un manipulador. Y no sé cómo pude creer alguna vez que eras algo distinto.

Apartó la mirada, derrotado, los hombros hundidos bajo el peso de mis palabras.

—¿Qué esperabas? —pregunté con la voz temblorosa, invadida por una tristeza tan profunda que dolía respirar—. ¿Que esperaría eternamente hasta que por fin te decidieras a decir la verdad?

Levantó de nuevo la cabeza. Sus ojos grises brillaban con un dolor genuino, sincero, que por primera vez no parecía fingido.
—No. Sólo necesitaba entender cómo reparar todo esto… cómo arreglar lo que te hice.

Negué despacio, una sonrisa amarga y rota se dibujó en mis labios. No necesitaba un espejo para saber que debía de parecer un espectro.
—No puedes arreglar esto, Enrico. No puedes borrar años de dolor, de heridas y humillación con una simple disculpa. Que, por cierto, ni siquiera has tenido el valor de hacer hasta ahora. El daño ya está hecho. Lo has destruido todo, y no hay forma de repararlo.

Dio un paso más hacia mí, los ojos llenos de súplica y desesperación.
—Valentina, por favor… perdóname.

—No —mi voz salió firme, fría, pese a las lágrimas que ya corrían por mi rostro—. Tu palabra ya no significa nada para mí.

Un ligero movimiento en el pasillo interrumpió el silencio que había quedado entre nosotros. Ambos miramos al mismo tiempo.

Clara estaba allí. De pie. Sola.

Sostenía su peluche contra el pecho, los ojos enormes y empañados en lágrimas. Su carita asustada se volvió hacia mí, y el corazón se me desplomó en el pecho.

—¿Mamá? —su vocecita frágil me golpeó como una cuchillada.

Enrico reaccionó al mismo tiempo que yo, el pánico reflejado en sus facciones.

—Clara… —murmuró, extendiendo los brazos hacia ella.

Pero mi hija retrocedió un paso, apretando el muñeco con fuerza entre los brazos. Sus lágrimas aumentaron, la rabia infantil mezclada con miedo puro.

—¡No te quiero! ¡Haces llorar a mamá! —gritó, con la voz quebrada y temblorosa—. ¡Mamá, vámonos de aquí! Quiero volver a nuestra casa.

Corrí hacia ella y la tomé en brazos. La apreté contra mi pecho, sintiendo su pequeño cuerpo estremecerse con sollozos violentos.

—Shhh, mi amor… todo está bien —susurré, acariciándole el cabello, tratando de calmarla mientras la alejaba del pasillo—. Mamá está aquí. Estamos bien. Todo está bien.

Caminé con ella en brazos, sin mirar atrás… hasta el último segundo. No pude evitar girar la cabeza.

Enrico seguía allí, inmóvil en medio del corredor, con las manos aún extendidas, como si esperara un milagro que no llegaría.
Sus ojos, vidriosos y enrojecidos, reflejaban un dolor que parecía demasiado grande incluso para él.

Y por primera vez desde que todo había empezado, comprendí que Enrico Ferrara por fin estaba enfrentándose a las consecuencias reales de cada una de sus decisiones. No como empresario. No como marido. Sino como hombre.

37. ENRICO FERRARA

La oscuridad aún cubría la mansión cuando aterricé en São Paulo. Mis pasos resonaban por los pasillos de la casa familiar, vacía de todo consuelo, hueca como si también ella se negara a reconocerme. El pecho me ardía con una mezcla insoportable de ira, arrepentimiento y una desesperada sensación de traición.

Tenía que enfrentarme a ella. A Eloá.

Necesitaba mirarla a los ojos y obligarla a asumir lo que había hecho. Después de ver a mi hija rechazarme, de ver su miedo, su llanto, ya no me quedaba nada. Ni siquiera el derecho a sufrir. Yo había hecho llorar a su madre, y eso era mil veces peor.

—¡Eloá! —grité con voz ronca y furiosa al entrar en el salón principal.

El eco se extendió por la estancia vacía antes de que apareciera, altiva, en lo alto de la escalera. Su bata de seda negra, con bordes dorados, brillaba bajo la tenue luz. Su rostro, perfectamente erguido, exudaba la misma arrogancia de siempre.

—¿Qué significa esta invasión en mitad de la noche, Enrico? —preguntó con frialdad, descendiendo los escalones con esa elegancia mecánica que siempre había odiado.

Respiré hondo, intentando contener la rabia que me quemaba por dentro.

—Significa que tienes mucho que explicar. Lo he averiguado todo, Eloá. Sé lo que le hiciste a Valentina. Sé cómo me has manipulado todos estos años.

Ella se detuvo en seco, a mitad de escalera. Por un instante, la sorpresa cruzó su rostro antes de que la máscara volviera a caer en su sitio.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —respondió, ajustándose la bata con movimientos medidos, aunque su voz

contenía una vacilación imperceptible.

—¡No me mientas! —rugí, avanzando hacia las escaleras—. Tengo las pruebas. Fotos manipuladas, correos falsos, transferencias a la gente que participó en esta farsa. Lo preparaste todo para que creyera que Valentina me había traicionado.

Sus ojos se entrecerraron. La máscara cayó definitivamente.

—¿De verdad crees que lo hice sin motivo? —preguntó, sin negar nada. Su voz se volvió gélida, cruel—. Esa mujer era una amenaza directa para todo lo que habíamos construido. Estabas demasiado ciego, embobado por tu deseo, para ver el peligro que representaba para nuestro nombre, para nuestra familia.

—¡Era inocente! —grité, la voz cargada de angustia—. Destruiste su vida sin piedad, y destruiste la mía con ella. Valentina no se merecía lo que le hicimos.

Eloá se detuvo a unos pasos de mí, los brazos cruzados, el rostro endurecido.

—Hice lo que tenía que hacer para protegerte. Si no puedes entenderlo, eres un necio sentimental. Esa mujercita nunca fue digna de ti.

El corazón me latía con violencia, un dolor agudo me atravesó el pecho, expandiéndose por todo el cuerpo. Miré a la mujer frente a mí y tuve la sensación de verla por primera vez: la mujer que me crió, que me moldeó, que me enseñó a reprimir cualquier emoción que pudiera considerarse debilidad.

—¿Protegerme? —mi voz salió ronca, quebrada, llena de una rabia impotente—. ¿Así es como lo llamas? Destruiste la vida de una mujer inocente. Destruiste la mía, Eloá. Me robaste cualquier posibilidad de felicidad. Me robaste cuatro años de la vida de mi hija… de la vida de tu bisnieta. Todo porque amaba a alguien que tú considerabas inadecuado.

Ella levantó la barbilla con arrogancia.

—No seas melodramático, Enrico. Tu felicidad nunca estuvo con esa mujer. Eres demasiado débil para admitir que te manipularon. Yo hice lo que tú no tuviste el valor de hacer.

Sentí el sabor amargo del odio subir por mi garganta.

—¡No era una manipuladora! —rugí—. ¡Nunca lo fue! ¡La amaba, Eloá! La amaba más que a nada en esta miserable vida, y tú destruiste eso sin pestañear. Me hiciste creer en mentiras que destrozaron mi alma. Cada palabra cruel que le he dicho, cada lágrima que le arranqué, cada momento de dolor que la hizo temblar… todo fue culpa tuya. ¡Tu maldita culpa!

La voz me falló al final.

Por primera vez en mi vida, me permití ser vulnerable delante de ella. No el empresario, no el nieto ejemplar, sino el hombre roto que por fin entendía cuán hondo lo había corrompido su amor por ella.

Pero Eloá no pestañeó. Su mirada era de piedra. Y, por primera vez, vi en sus ojos algo que me heló la sangre: orgullo.

—Siempre has sido tan decepcionante, Enrico. Esperaba que fueras fuerte, digno de todo lo que invertí en ti. Pero ahora veo que me equivoqué. Eres débil como tu padre: sentimental, tonto, incapaz de tomar decisiones difíciles y necesarias. Todo lo que hemos construido lo tirarías por la borda por una mujer sin valor.

Algo dentro de mí se rompió irremediablemente en ese instante. Sus palabras me atravesaron con una violencia que no estaba preparado para resistir. La impotencia, la desesperación y la rabia se mezclaron en mi pecho, robándome el aire, dejándome vacío, completamente hueco por dentro.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? —murmuré, con la voz temblorosa, las lágrimas quemándome detrás de los ojos—. Todo lo que hice, cada decisión que tomé, fue para honrarte, para demostrar que era digno de tu aprobación… de tu amor. ¿Cómo pudiste destruirlo todo tan fácilmente?

—Porque nunca has entendido lo que significa ser un Ferrara —replicó con frialdad, bajando los últimos escalones con paso lento, calculado—. Nunca has sido digno de ello, Enrico. Siempre he tenido que asegurarme de que no destruyeras lo que he construido. Todas mis acciones fueron necesarias. Eres demasiado débil para hacer lo que hay que hacer.

Sacudí la cabeza. Cada palabra suya destruía lo que quedaba de mí, arrancando pedazos de todo lo que alguna vez creí ser.

—No —susurré, desesperado, retrocediendo un paso, sintiendo el estómago revuelto por el asco y el dolor—. Te equivocas, Eloá. Tú eres la que nunca ha sabido lo que significa ser humana. Nunca supiste amar a nadie más que a ti misma y a tu poder. Me manipulaste, destruiste mi vida, me robaste todo lo bueno que tenía. Mataste lo que yo era, y ahora… no sé qué queda de mí.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla, caliente y pesada, cargada con años de humillación y silencio. Ya no me importaba si ella pensaba que era débil. Por primera vez, no me importaba nada.

—No mereces mi lealtad, ni mi respeto, ni mucho menos mi amor —dije con la voz baja, temblorosa, pero clara—. Tú y yo… se acabó, Eloá. Todo lo que significabas para mí se ha acabado. No quiero volver a verte. Estás muerta para mí.

Le di la espalda. Cada paso hacia la salida pesaba como una condena. Sentía que con cada movimiento dejaba atrás no solo a Eloá, sino al hombre que ella había moldeado. La puerta se cerró tras de mí con un golpe seco, reverberando por la mansión vacía como un disparo. Era el sonido del final.

Me quedé en el pasillo, respirando con dificultad, el corazón latiendo desbocado. Ya no había vuelta atrás. El Enrico Ferrara que había sido hasta ese momento estaba muerto. Lo había destruido con sus propias manos, y ella solo había terminado el trabajo.

Cuando la puerta del ático se cerró detrás de mí, apenas recordaba cómo había llegado hasta allí. Recordaba vagamente

haber pensado que no podía obligar al piloto a volar por tercera vez en veinticuatro horas, pero todo lo demás era un borrón.

Las luces automáticas se encendieron, revelando el espacio vacío, impersonal. Era el reflejo exacto de lo que sentía por dentro: un eco hueco de lo que alguna vez consideré un hogar.

Crucé la sala lentamente, contemplando las paredes desnudas, los muebles caros que ya no significaban nada. Todo se sentía ajeno. La garganta me ardía, el pecho me dolía, los ojos me escocían con una presión insoportable. Toda mi vida había sido una mentira cuidadosamente diseñada, y por primera vez lo veía con una claridad devastadora.

Me dejé caer en el sofá, pesadamente, con la cabeza entre las manos. Sentía un agotamiento tan profundo que ni siquiera el dolor podía salir en forma de grito. Cada palabra de Eloá seguía repitiéndose en mi cabeza, una y otra vez, desgarrando cada resto de orgullo o dignidad que me quedaba.

Valentina.
Su rostro apareció como una sombra, sus ojos llenos de decepción y de rabia mientras me llamaba cobarde.

Y Clara… Mi hija.

La imagen de su pequeño cuerpo temblando entre los brazos de su madre me partió en dos. Su voz, su llanto, su rechazo, eran un eco imposible de borrar. Yo lo había causado. Todo.

Me llevé las manos a la cara. Un sollozo áspero, profundo, se escapó de mis labios antes de que pudiera contenerlo.

Siempre había creído ser un hombre fuerte, alguien que controlaba cada pieza del tablero. Ahora entendía que nunca había controlado nada. Había destruido la vida de las dos únicas personas que realmente importaban, y no sabía cómo vivir con eso.

El silencio del ático era opresivo. Cada segundo lo hacía más insoportable. Ya no tenía fuerzas para justificarme. Ni siquiera para pensar.

Caminé tambaleante hacia el baño, encendí la ducha y dejé que el agua hirviendo cayera sobre mí. Me apoyé contra las baldosas frías, cerré los ojos. El agua se mezclaba con las lágrimas que por fin dejé salir.

Allí, bajo el ruido constante del agua, todo se derrumbó.
La culpa. El orgullo. El nombre Ferrara.

No era más que un hombre vacío, castigado por su propio reflejo.

Cuando salí, el silencio seguía esperándome. Me envolví en una toalla y me dejé caer en la cama, el móvil apagado a mi lado. No quería hablar con nadie. No quería escuchar otra voz que no fuera la mía, repitiéndome una y otra vez la misma sentencia.

Yo lo hice. Yo los destruí.

Me quedé mirando al techo, inmóvil, mientras el peso del remordimiento me hundía cada vez más en la oscuridad.

38. ENRICO FERRARA

La pálida luz del amanecer se filtraba lentamente a través de las cortinas entreabiertas, bañando la habitación con un resplandor tenue y frío. Mis ojos, enrojecidos y vacíos, seguían fijos en el techo. No había dormido ni un segundo. Cada pensamiento era un tormento, cada respiración una punzada de culpa.

Había pasado toda la noche enfrentándome a lo que quedaba de mí. A cada error, a cada palabra cruel que le había dicho a Valentina, a cada lágrima que había provocado en los ojos de mi hija. Cuando el sol comenzó a asomar, la decisión ya era definitiva: debía alejarme.

La única forma de reparar, aunque fuera mínimamente, el daño que había causado, era desaparecer de sus vidas. Dejarlas vivir libres de mi sombra. Era un castigo justo. Y también, el único que merecía.

El simple pensamiento de no volver a ver a Clara, de no oír su risa o su voz pequeña pronunciando mi nombre, me desgarró el pecho. Pero no tenía derecho a quedarme. No después de todo lo que había hecho.

Me senté en el borde de la cama, apoyando la cabeza entre las manos. El aire era denso, casi irrespirable. Me obligué a buscar fuerzas, a reunir el poco valor que aún me quedaba para hablar con Valentina y poner fin a todo.

Tomé mi teléfono, que seguía sin batería sobre la mesilla, y lo conecté. La pantalla parpadeó y, en cuestión de segundos, estalló en notificaciones. Docenas de mensajes, llamadas perdidas. Todos de André.

El corazón me dio un vuelco. Abrí los mensajes con manos temblorosas.

André: *¡Enrico, contesta! Es Clara. Fue hospitalizada esta mañana. ¡Te necesitamos aquí ahora!*

El suelo pareció desaparecer bajo mis pies. El aire se me escapó del pecho. El miedo me golpeó con la fuerza de un puñetazo.

Sin pensar, me vestí con la ropa del día anterior y salí corriendo. Ni siquiera recordé cerrar la puerta tras de mí.

El vuelo a Tiradentes fue un infierno silencioso. Cada minuto en el aire era una eternidad. Veía su rostro, oía su voz, imaginaba lo peor una y otra vez. El corazón me latía tan fuerte que sentía que me desgarraba por dentro.

Cuando por fin llegué al hospital, recorrí los pasillos con pasos frenéticos, buscando a alguien que me dijera dónde estaban. Encontré a André en la entrada de la planta de pediatría. Tenía la cara pálida, el gesto tenso y los ojos cansados.

—¡Enrico! —exclamó, avanzando hacia mí—. ¡Por fin!

—¿Cómo está? —pregunté, casi sin aliento—. ¿Qué ha pasado exactamente?

Durante el trayecto en coche, ya me había explicado lo esencial: Clara había tenido una crisis nerviosa grave al amanecer. Una mezcla de ansiedad y fiebre alta. El detonante había sido la pelea de la noche anterior. Valentina la había llevado de urgencia al hospital y no se había movido de su lado desde entonces.

André suspiró, con una expresión que hablaba más que sus palabras.
—La imagen es la misma, y Valentina no se ha apartado ni un segundo. Está destrozada. Prepárate, Enrico… no va a ser fácil para nadie.

Asentí con la garganta cerrada y avancé hacia la puerta. No estaba preparado. Ningún hombre podía estarlo.

La habitación era pequeña, blanca, impregnada de olor a desinfectante. Pero lo único que vi fue a ellas. Valentina estaba sentada junto a la cama, sosteniendo la pequeña mano de Clara entre las suyas. La niña dormía, con el rostro pálido, débil, una línea de suero corriendo hacia su diminuto brazo.

El corazón se me rompió.

—Valentina… —murmuré, con la voz apagada.

Ella levantó la cabeza lentamente. Sus ojos estaban hinchados, el maquillaje borrado por las lágrimas. Cuando nuestras miradas se cruzaron, sentí el peso de su odio. Era una mirada tan fría y tan llena de dolor que casi me paralizó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con un tono gélido, cortante.

Di un paso adelante, pero ella se incorporó enseguida, interponiéndose entre Clara y yo.

—Tenía que venir… —dije con esfuerzo—. André me contó lo que pasó. Lo siento.

Su risa fue breve, amarga, carente de humor.

—¿Lo sientes? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Tienes idea de lo que le has hecho, Enrico? ¿De lo que tus decisiones le han causado a tu propia hija?

Sus palabras me golpearon como un látigo.

—Valentina, sé que soy responsable. Sé que todo esto es culpa mía. Vine para asumirlo, para hacerme cargo. Para intentar arreglarlo, aunque sé que puede que sea tarde.

Ella negó lentamente, los labios temblándole por la rabia.

—No puedes arreglar esto, Enrico. No puedes borrar lo que hiciste. Nunca te perdonaré lo que me hiciste, pero lo que más duele es lo que le hiciste a ella.

No pude hablar. Las lágrimas me ardieron detrás de los ojos, pero no me atreví a dejarlas caer.

Entonces, la voz más pequeña y frágil del mundo rompió el silencio.

—¿Mamá?

Valentina se volvió enseguida.

—Estoy aquí, mi amor. Mamá está aquí —susurró, acariciando el rostro de Clara.

Me quedé de pie, observándolas. Madre e hija. La única imagen que de verdad tenía sentido en mi vida, y la más dolorosa de todas.

La niña se removió un poco, abriendo los ojos lentamente. Cuando me vio, frunció el ceño.

—¿El chico malo te hizo llorar otra vez, mamá? —preguntó con voz débil.

—No, mi amor, no. No es un chico malo —mintió Valentina, con un hilo de voz.

Clara se giró hacia mí, con una expresión seria y temerosa.

—Sí lo es. Vete, chico malo. ¡Vete! No hagas llorar a mi mamá.

Las palabras me atravesaron como cuchillos. Abrí la boca para responder, pero no encontré nada que decir. No quedaba excusa. No quedaba defensa.

Bajé la cabeza. Respiré hondo. Y obedecí. Salí de la habitación sin mirar atrás y me senté en la silla de plástico frente a la puerta.
Me quedaría allí. Velando. Esperando. En silencio.

Era lo menos que podía hacer.

Cuando las dejaran salir, haría lo único correcto. Desaparecería de sus vidas para siempre. Les devolvería la paz que les arrebaté.

Y si eso significaba condenarme a una existencia vacía, gris y miserable, entonces así sería. Porque, por primera vez, comprendía lo que realmente significaba merecerlo.

39. VALENTINA FERRARA

La habitación del hospital estaba envuelta en ese olor aséptico, metálico y frío que siempre me provocaba escalofríos. Sentada en el incómodo sillón junto a la cama, mantenía la mirada fija en el rostro pálido y delicado de Clara, escuchando su respiración tranquila, acompasada por el leve pitido del monitor. Cada sonido, cada segundo, parecía arrastrarse con una lentitud insoportable, como si el tiempo mismo se resistiera a avanzar.

Mi cuerpo estaba agotado, mi mente, devastada. Los recuerdos de la noche anterior me atormentaban: la fiebre de Clara subiendo sin control, su pequeña mano ardiendo entre las mías, su voz débil pidiendo que no la dejara. El miedo me paralizaba todavía, clavado en el pecho, recordándome lo cerca que estuve de perderla.

Pero ese miedo no era nada comparado con el otro, el que me carcomía por dentro: Enrico sabía la verdad. Sabía que nunca lo había traicionado. Y, aun así, había decidido ocultarlo. Dejarme vivir con esa mentira, con esa condena.

Había pasado años deseando que descubriera la verdad, soñando con ese día, imaginando el alivio, la justicia. Pero la realidad era cruel. No había justicia posible, no había consuelo. Solo rabia, solo vacío.

Había destruido mi vida, había arrancado mis sueños, y ahora, incluso con la verdad frente a él, prefería callar. Su silencio era la prueba definitiva de que no quedaba nada de aquel hombre al que había amado.

Volví a mirar a Clara. Dormía tranquila, envuelta en las sábanas blancas, con su respiración leve y su pequeño pecho subiendo y bajando despacio. Las lágrimas me ardieron en los ojos. Ella no merecía esto. No merecía cargar con los pecados de los adultos ni con el veneno de las mentiras que nos habían destruido.

Cerré los ojos, intentando respirar con calma, pero el recuerdo de André entrando aquella mañana se impuso sin que pudiera evitarlo: su rostro cansado, sus palabras vacilantes, el intento de justificar lo injustificable. "Está viniendo, Valentina. Enrico va de camino." Solo eso había dicho, como si su presencia pudiera significar algo más que una herida abierta.

No quería verlo. No quería escucharlo. No quería que su voz volviera a llenar el espacio donde solo debía existir silencio. Pero él había llegado. Y su rostro, al cruzar la puerta, era un retrato de devastación. Por un instante, incluso me costó reconocerlo. Pero la herida seguía allí. Y el daño, hecho.

Sacudí la cabeza, apartando aquellos pensamientos. Me obligué a concentrarme en Clara, en su fragilidad, en la única razón que me mantenía en pie.

Un golpe suave en la puerta me sacó del trance. Una doctora entró en silencio, con un gesto amable y una mirada profesional que me inspiró un leve consuelo. Se acercó a la cama, revisó las constantes vitales de Clara y me sonrió con suavidad.

—Buenos días, señora Ferrara. ¿Cómo ha pasado la noche la pequeña?

—Más tranquila —respondí en voz baja, cansada—. Ha dormido casi todo el tiempo.

La doctora asintió, tomando nota mental, y luego se volvió hacia mí con un gesto prudente.

—Me gustaría hablar con usted y su marido un momento fuera. No será largo, lo prometo.

Mi cuerpo se tensó de inmediato. Mis ojos se dirigieron hacia Clara, incapaz de ocultar el instinto de protección.

—¿Estará bien sola? No quiero dejarla ni un segundo.

La doctora me tocó suavemente el brazo.

—Está estable. No se despertará todavía. Solo unos minutos, ¿de acuerdo?

Asentí con dificultad, obligando mis piernas a sostenerme mientras me levantaba. El sillón crujió detrás de mí y, al abrir la puerta, lo vi.

Enrico estaba apoyado contra la pared del pasillo, con la cabeza baja y el rostro demacrado. Levantó la vista en cuanto escuchó mi paso. Su expresión era tensa, sus ojos... distintos. No había arrogancia, solo miedo. Pero no me detuve a interpretarlo.

—Señor Ferrara —dijo la doctora con suavidad—, ¿podría acompañarnos, por favor?

Enrico me miró como si buscara permiso. Pero no le di nada. No mirada, no palabra, no respiro. Simplemente caminé tras la doctora, ignorando su presencia, el eco de sus pasos siguiéndome como un peso insoportable.

Llegamos a una pequeña sala al final del pasillo, donde otra mujer nos esperaba sentada. Se levantó en cuanto entramos y nos ofreció una sonrisa profesional y tranquila, de esas que uno aprende a usar cuando el mensaje no será fácil de escuchar.

—Buenos días. Soy Alice Guedes, psicóloga infantil del hospital — se presentó con voz suave, extendiendo una mano en gesto profesional—. Tenemos que hablar un poco sobre Clara y lo que ocurrió ayer.

El corazón se me encogió al instante. La tensión me recorrió el cuerpo, helándome la piel. Miré a Enrico por un reflejo automático, y vi en su rostro el mismo pánico que me consumía a mí. Nos sentamos frente a la psicóloga, obedientes, silenciosos, como dos culpables a la espera de una sentencia.

Alice Guedes nos observó con atención, reconociendo al instante la frialdad y la distancia entre nosotros. Su tono, sin embargo, permaneció sereno, cálido, casi maternal.

—En primer lugar, quiero tranquilizarles. Clara está físicamente estable. Lo que sufrió fue un ataque agudo de ansiedad, probablemente desencadenado por un evento emocional fuerte. ¿Tienen alguna idea de lo que pudo haberlo provocado?

Tragué saliva, sintiendo cómo la vergüenza me subía por la garganta. Aparté la vista. No podía sostenerle la mirada.
Enrico fue quien habló primero, su voz ronca y quebrada.

—Hubo… una discusión —admitió casi en un susurro—. Clara estaba cerca. Nos oyó. No nos dimos cuenta.

Alice asintió despacio, tomando notas rápidas en su libreta.
—Ya veo. Es importante entender que los niños de la edad de Clara son extremadamente sensibles al entorno emocional. Aunque no comprendan lo que ocurre, perciben la tensión, el miedo, la tristeza. Este tipo de reacción puede repetirse si no se aborda con cuidado.

Su voz era tranquila, pero sus palabras pesaban como piedras. El silencio que siguió fue casi insoportable. Sentía la culpa latiéndome en las sienes.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté finalmente, con un hilo de voz, incapaz de contener las lágrimas que amenazaban con salir.

Alice me miró con comprensión.

—Primero necesito entender mejor el contexto. ¿Podría contarme cómo ha sido la vida de Clara últimamente? ¿Ha habido muchos cambios?

Asentí despacio, respirando con dificultad.

—Sí. Nos mudamos con Enrico hace pocos días. Antes solo éramos nosotras dos. Vivíamos tranquilas, con una rutina sencilla y estable. Todo cambió de repente, sin tiempo para que ella se adaptara. Y… —mi voz se quebró—, las cosas entre nosotros no han sido fáciles.

La psicóloga anotó algo, luego levantó la vista.

—¿Clara ha manifestado miedo o inseguridad desde la mudanza?

—Sí —respondí, casi en un suspiro—. Me ha pedido varias veces que volvamos a casa. Está confundida, ansiosa. Ya no duerme bien. La crisis de anoche… fue algo que nunca había visto.

Alice giró brevemente la cabeza hacia Enrico, que se mantenía rígido, con las manos entrelazadas y los ojos clavados en el suelo. Su silencio lo decía todo.

—Todo encaja con lo que observamos —continuó la psicóloga, sin dejar de mirarnos—. Los cambios bruscos, los conflictos familiares, la tensión… todo eso puede desestabilizarla emocionalmente. Lo más importante ahora es evitar cualquier alteración grande en su rutina. Clara necesita previsibilidad, calma y la sensación constante de que está segura.

Las palabras cayeron sobre mí como una sentencia. Sentí que el aire se volvía más pesado. No necesitaba mirar a Enrico para saber que pensaba lo mismo: que no había forma posible de darle estabilidad a nuestra hija viviendo en medio del caos que habíamos creado.

Alice hizo una pausa y continuó, con voz firme pero comprensiva:
—Durante los próximos meses, lo ideal sería mantener un ambiente estable. Nada de mudanzas, de viajes innecesarios o discusiones en su presencia. Y sobre todo, Clara necesita sentir que, pase lo que pase, sus padres están unidos en lo esencial: su bienestar.

Asentí en silencio, aunque en mi interior sabía que aquello era imposible. Éramos cualquier cosa menos un frente unido. Éramos dos ruinas compartiendo un mismo espacio, sostenidos apenas por los restos de un amor que ya no existía.

—Sé que puede parecer difícil dadas las circunstancias —añadió Alice, con una sonrisa amable—, pero deben intentarlo. Clara percibe todo. Incluso cuando no hablan. Especialmente cuando no hablan.

Su mirada se detuvo unos segundos entre nosotros. Fue suficiente para desnudar la realidad: dos personas rotas, culpables y perdidas, incapaces de sostener la estabilidad que su hija necesitaba desesperadamente.

Enrico levantó por fin la vista. Nuestros ojos se encontraron y, por un instante, vi reflejado en los suyos lo mismo que me habitaba a mí: dolor, impotencia y un miedo abismal de haber llegado demasiado tarde.

40. ENRICO FERRARA

Recostado en el sillón, con la mirada fija en un punto invisible de la pared, intentaba, sin éxito, ordenar mis pensamientos. El silencio de la oficina era denso, casi físico. Solo el tic-tac del viejo reloj sobre la mesa rompía la quietud, marcando un tiempo que se me escapaba entre los dedos.

—Pensé que te encontraría aquí. —La voz tranquila de André me devolvió bruscamente a la realidad. Mi hermano entró y cerró la puerta con un ruido sordo.

—No tengo otro sitio adonde ir —respondí entre dientes, la voz más cansada y vacía de lo que habría querido. Me pasé las manos por la cara, intentando espantar el agotamiento que me consumía desde que Clara había sido hospitalizada.

—¿Cómo está? —preguntó André con auténtica preocupación, acercándose para sentarse frente a mí.

—Está bien… considerando todo. —Dejé escapar un largo suspiro, sintiendo el peso de cada palabra—. Pero ahora que estamos en casa, no sé qué hacer.

Clara había pasado dos días en el hospital. Dos días largos, insoportables. No me separé de ella ni un segundo, aunque sabía que mi presencia era una carga para Valentina y una fuente de incomodidad para mi hija. Esa mañana, al recibir el alta, volvimos a la mansión. Clara se instaló en su habitación, y Valentina… se encerró en su propio silencio.

Desde entonces, había permanecido aquí, en el despacho, incapaz de enfrentarme a ninguna de las dos. André guardó silencio unos segundos, observándome con atención antes de hablar.

—No te separaste de ella ni un minuto. Eso es lo que importa.

Aparté la mirada, sintiendo que la culpa volvía a asfixiarme. Tenía razón. Había estado allí, sí, pero como un espectador. Observando

desde fuera la vida de mi hija, sin saber cómo acercarme a ella sin romper algo más.

—Ahora están conmigo solo porque el psicólogo dijo que era lo mejor para Clara —murmuré con amargura—. No porque quieran. No porque lo merezca. Y yo… no sé cómo comportarme. No puedo imponerme, pero tampoco puedo desaparecer.

André apoyó los codos sobre sus rodillas, mirándome con una mezcla de comprensión y cansancio.

—Dale tiempo, hermano. Todo encontrará su lugar. Pero tienes que ser paciente.

Un nudo me subió por la garganta. André siempre había tenido ese don irritante de leerme sin necesidad de que dijera nada. Y, en ese momento, sabía perfectamente lo que estaba pasando por mi cabeza.

—No voy a hacer ninguna estupidez —dije, demasiado rápido, demasiado a la defensiva.

—No te acuso de nada, Enrico —replicó con calma, inclinándose ligeramente hacia mí—. Solo me preocupa que todo esto sea demasiado para ti. No quiero verte caer de nuevo en el mismo agujero en el que estuviste después de… ya sabes.

Sus palabras me atravesaron con fuerza. Levanté la vista y lo miré, sintiendo cómo la herida del pasado se abría de nuevo, fresca, dolorosa. La oscuridad de aquellos años volvió a amenazar desde el fondo de mi mente, esa sombra fría y silenciosa que me había devorado una vez y que ahora parecía esperar pacientemente a que bajara la guardia.

—Eso no va a pasar —dije al fin, mi voz apenas un susurro, pero cargada de una convicción que yo mismo necesitaba creer—. No mientras Valentina y Clara estén aquí. No volveré a cometer ese error.

André me sostuvo la mirada durante un largo momento, como si buscara asegurarse de que realmente lo creía. Finalmente, suspiró y

asintió despacio.

—¿Y después, Enrico? —preguntó con suavidad—. ¿Qué pasará cuando ya no necesiten estar aquí?

Abrí la boca, pero no salió ninguna palabra. El silencio se instaló de nuevo entre nosotros, pesado, insoportable, hasta que entendí que no había respuesta posible. Porque no lo sabía. Porque, tal vez, ya no quedaba nada a lo que volver cuando todo terminara.

41. ANDRÉ FERRARA

CINCO AÑOS ANTES.

Dos meses. Exactamente sesenta días desde que la vida de mi hermano se había derrumbado por completo ante sus ojos. Sesenta días desde que Enrico había dejado a Valentina en el altar, y desde entonces, nada había vuelto a ser igual. Ni para él, ni para ella, ni para nadie de nosotros.

Giré la llave en la cerradura del ático, sintiendo de inmediato esa opresión familiar en el pecho. Entrar en aquel lugar se había convertido en parte de mi rutina, pero nunca era fácil. La oscuridad y el silencio me recibieron como viejos enemigos. El aire estaba denso, cargado de un olor agrio a alcohol y desesperanza.

Con un suspiro cansado, encendí la luz. La escena era la misma de todos los días: botellas vacías repartidas por el suelo y la mesa, vasos medio llenos de whisky rancio, platos olvidados con restos de comida fría. Y, en medio de aquel caos, Enrico, desplomado en el sofá. Llevaba la camisa desabrochada, la barba crecida, los ojos fijos en el techo con una expresión vacía, como si no quedara nada dentro de él.

—Ya basta, Enrico. Esto no puede seguir así —dije, usando el mismo tono firme que repetía cada día, aunque sabía que no serviría de nada.

Él no se movió. Ni siquiera giró la cabeza para mirarme.

—¿De verdad vas a pasarte el resto de tu vida así? ¿Bebiendo hasta perder el sentido, sin comer, sin dormir, sin cuidarte? —insistí, pero mi voz apenas rompió el pesado silencio de la habitación.

Por fin, Enrico se movió. Giró lentamente la cabeza hacia mí. Su mirada estaba nublada, perdida, llena de un dolor tan profundo que casi me costaba sostenerla.

—¿Por qué no? —respondió con voz ronca, arrastrada, dejando escapar una risa amarga—. Dame una sola razón lo bastante buena

para cambiar eso, André.

Me acerqué, sentándome frente a él. El silencio se estiró entre nosotros como una cuerda tensa.

—Porque te estás destruyendo —dije despacio—. No es justo, ni contigo, ni con nadie. Cometiste un error, sí, pero no puedes seguir castigándote así.

Él soltó otra carcajada, más amarga que antes.

—No solo cometí un error. Destruí su vida. Destruí todo lo que teníamos. La mujer que amaba… que todavía amo, André. Y ella me traicionó. ¿Te das cuenta? Me traicionó, y aun así la amo. —Su voz temblaba, desgarrada por una mezcla insoportable de rabia y desesperación—. No merezco nada más que esto.

Lo miré en silencio, sintiendo una punzada en el pecho. Enrico siempre había sido el fuerte, el implacable, el que jamás se permitía flaquear. Verlo reducido a esa sombra de sí mismo era casi insoportable.

—Te mereces mucho más que esto, Enrico. Todos tropezamos, todos creemos en mentiras alguna vez. Pero tienes que levantarte. Tienes que intentarlo —dije, aunque mi voz sonaba más a súplica que a consejo.

Él negó con la cabeza, cerrando los ojos con fuerza, las lágrimas asomando finalmente entre sus pestañas.

—No tengo fuerzas, André. No puedo salir de esto. Todo lo que hago es odiarme.

Me levanté, di unos pasos hacia él y apoyé una mano en su hombro.

—No estás solo. ¿Me oyes? Estoy aquí. Siempre lo he estado y siempre lo estaré. Pero el primer paso tienes que darlo tú.

Enrico asintió débilmente, sin abrir los ojos. Su respiración era lenta, pesada, el reflejo de alguien que se ha rendido por dentro.

Lo miré un largo momento, en silencio, con el corazón hecho pedazos. Quería creer que encontraría el camino de vuelta, que algún día volvería a ser el hombre que había sido. Pero en el fondo, temía que el agujero en el que se había hundido fuera demasiado profundo… y que, tal vez, esta vez no lograría salir.

42. ENRICO FERRARA

Caminar una y otra vez hasta su puerta no iba a cambiar nada, pero no podía obligarme a llamar. Valentina Muñiz —ahora Ferrara— siempre había tenido la habilidad única de convertirme en una criatura patética y, antes de arruinarlo todo, me encantaba ser patético por ella.

Después, sin embargo, lo que quedaba de mí —las piezas que junté y transformé en algo que caminaba, respiraba y comía, pero no vivía— era patético de una forma que me repugnaba, aunque pudiera convencer a cualquiera de lo contrario. Y el tipo de patético que era ahora… eso no solo me disgustaba: me irritaba. Me cabreaba, joder.

Mi corazón latía desbocado, impulsado por un nerviosismo casi paralizante. Llevaba días evitando aquel momento, posponiendo la conversación inevitable que debíamos tener. Pero ya no había escapatoria.

Desde que Clara había recibido el alta, apenas me había permitido acercarme a ellas. Mi presencia solo traía incomodidad y tensión, así que me había recluido en el despacho, a una distancia segura que me protegía del rechazo y, al mismo tiempo, me destruía. Pero no podía seguir así. Necesitaba enfrentarme a Valentina. Explicarle lo que había hecho. Intentar, aunque fuera mínimamente, reparar el devastador daño que le había causado.

Respiré hondo y me detuve frente a la puerta. Levanté la mano, dudé un segundo, pero antes de golpear, la puerta se abrió. Valentina estaba allí, de pie, con la mirada fría y distante, los ojos brillando con esa mezcla de cautela y cansancio que ya se me había vuelto insoportable. Al parecer, la había sorprendido saliendo.

—¿Podemos hablar? —pregunté en voz baja.

Vaciló, pero al final asintió y se apartó, abriendo más la puerta para dejarme pasar. La habitación estaba silenciosa y ordenada,

como si ella se aferrara al control de los pequeños detalles solo para no perderse a sí misma.

—¿Qué quieres, Enrico? —preguntó directamente, cruzándose de brazos, la defensa natural en su postura.

Tragué saliva, tratando de mantener la voz firme.

—He venido a informarte de que he pagado todas tus deudas. Ya no tienes que preocuparte por eso.

Sus ojos se abrieron con sorpresa antes de volver a cerrarse con la frialdad que tanto la protegía.

—¿Por qué?

Suspiré, apartando brevemente la mirada.

—Porque es lo menos que podía hacer después de todo. Y también he cerrado oficialmente el proyecto Dreamland. Ya no habrá ninguna amenaza para Tiradentes ni para su gente.

Valentina me observó en silencio, procesando mis palabras. No dijo nada, pero sus manos temblaban levemente, delatando la tensión bajo la superficie.

—Eso no compensa lo que hiciste, Enrico —dijo al fin, la voz baja pero firme—. No borra lo que pasé ni todo lo que perdí por tu culpa.

Asentí despacio.

—Lo sé. No esperaba que lo hiciera. Pero tenía que intentar, al menos, hacer algo bien.

Nos quedamos frente a frente, en silencio. Ella me observaba con una mezcla de sospecha y algo más —una chispa que no supe nombrar y que no me atrevía a interpretar.

—Eso no cambia nada entre nosotros —añadió, con la misma frialdad de antes, aunque su tono había perdido filo.

—Lo sé —susurré.

Su silencio era más elocuente que cualquier palabra. Había tanto entre nosotros —tantos fragmentos afilados de lo que alguna vez

fuimos— que hablar parecía inútil. Pero ya no podía callar.

Respiré hondo, preparándome para atravesar mi propio infierno.
—No vine solo a hablarte de las deudas ni de Dreamland, Valentina. Vine porque necesito decirte cosas que nunca te he dicho, cosas que mereces escuchar.

Ella levantó la barbilla, esa señal silenciosa de que estaba dispuesta a enfrentarse a cualquier cosa que saliera de mi boca.

—Entonces habla —dijo, cruzándose de brazos, firme, invencible a su manera.

Tragué saliva. Mis manos temblaban, y tuve que apartar la mirada por un instante antes de volver a sostener la suya.

—Cometí un error. Un error imperdonable. Creí en algo sin cuestionarlo, sin darte la oportunidad de explicarte. No hay excusa para lo que hice, para cómo te traté. Fui cobarde, egoísta y cruel.

Las palabras salieron entrecortadas, arrastradas por el peso de años de culpa. Valentina no se movió, pero sus manos se cerraron con fuerza sobre sus brazos, y sus ojos se llenaron de una emoción que no supe si era ira o dolor.

Respiré otra vez, consciente de que lo peor estaba por llegar, de que lo que iba a decir a continuación no solo la heriría a ella, sino que también me rompería a mí. Pero si alguien merecía escuchar la verdad completa, era ella.

—Confié ciegamente en Eloá, Valentina —murmuré con dificultad, sintiendo cómo la garganta se me apretaba dolorosamente—. No intento justificar lo que hice, pero tienes que entenderlo. Cuando murieron mis padres, no tuve a nadie más que a ella. Eloá se hizo cargo de todo: de mi vida, de la de mis hermanos, de nuestras necesidades, de nuestras decisiones. Crecí con esa deuda. Nunca imaginé que sería capaz de... yo solo...

Valentina me observó atentamente. Su expresión se suavizó apenas un instante, aunque el dolor seguía latente en sus ojos.

—¿Pero yo sí? ¿Yo era capaz de traicionarte, Enrico, pero tu abuela no era capaz de mentirte?

Mis ojos se cerraron.

—Eso no lo hace aceptable. Lo sé. Pero cuando Eloá me mostró esas falsas pruebas de tu supuesta traición, la creí sin dudar. Era ella quien me lo decía. No era solo mi abuela, era la mujer que me había criado. La única persona en el mundo en la que creía poder confiar sin cuestionar. La idea de que pudiera mentirme, manipularme de esa forma... nunca se me pasó por la cabeza. No digo esto para justificar mi cobardía. Solo quiero que entiendas por qué fui tan débil.

—No tienes idea de lo que fueron esos años para mí, Enrico —respondió con voz quebrada, luchando por mantener la calma—. No tienes idea de lo que tuve que soportar, de las humillaciones, del desprecio por algo que jamás hice.

—Lo sé —susurré, sintiendo que cada palabra suya me atravesaba como un golpe—. He leído los informes, Valentina. Sé lo que pasaste después de que te dejara.

Una risa amarga escapó de sus labios, pero sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Leer informes no es lo mismo que vivirlo. No es lo mismo que pasar noches enteras sin entender en qué te equivocaste, tratando de sobrevivir cada día mientras cargas con la vergüenza pública por algo que no hiciste. No es lo mismo que sentir a nuestra hija moverse dentro de ti, preguntándote cómo explicarle algún día que su padre la rechazó antes de nacer.

Cada palabra era un latigazo que me destrozaba por dentro. Deseaba apartar la mirada, huir de su dolor, pero sabía que no merecía escapar. Necesitaba sentirlo todo, hasta el último golpe.

—Nunca podré perdonarme lo que te hice, Valentina —admití con voz rota—. Ni siquiera espero que me perdones. Lo que hice es imperdonable.

Ella respiró hondo, se secó una lágrima con la punta de los dedos y me sostuvo la mirada.

—¿Y qué piensas hacer ahora? ¿Aparte de pagar las deudas y acabar con Dreamland?

Tragué saliva, sintiendo el peso brutal de mis propias palabras antes de pronunciarlas.

—Pienso dejaros en paz. Desapareceré de vuestras vidas en cuanto el psicólogo diga que no será perjudicial para Clara. Me aseguraré de que tengáis todo lo que necesitéis, pero no volveréis a saber de mí.

Esperaba alivio, enfado, tal vez indiferencia. Pero lo que vi en su rostro me dejó sin aliento. Valentina abrió los ojos, sorprendida, y dio un paso atrás como si mis palabras la hubieran golpeado.

—No quiero eso, Enrico. No quiero que desaparezcas de nuestras vidas.

La miré, incrédulo, el corazón acelerándose con violencia.

—¿Qué has dicho? —murmuré, sin poder ocultar la sorpresa—. Después de todo lo que te hice, ¿no quieres que me vaya?

Respiró hondo, apartando la vista por un momento antes de volver a mí con firmeza.

—No se trata de lo que yo quiera, ni de lo que tú merezcas. Se trata de lo que es mejor para Clara. —Su voz tembló levemente, pero su decisión era firme—. Por mucho que odie esta situación, nunca quise que mi hija creciera sin su padre. Nunca quise que cargara con el dolor de nuestros errores.

Sentí un nudo formarse en mi garganta. Era demasiado noble, demasiado buena, demasiado humana. No la merecía.

—No me quiere en su vida, Valentina. Lo viste en el hospital. Me rechaza, y tiene razón. Pero no puedo seguir siendo el origen de su dolor.

Valentina suspiró, frustrada, girándose hacia la ventana antes de mirarme de nuevo.

—Clara es solo una niña, Enrico. No entiende todo esto. Solo sabe que le hiciste daño a su madre y que, desde que volviste, su mundo cambió. No confía en ti porque nunca le diste motivos para hacerlo. Nunca te ganaste esa confianza.

El golpe fue seco, directo, justo. Bajé la cabeza. Ella tenía razón. Todo lo que había tocado en sus vidas lo había convertido en ruinas.

—No sé si podré hacerlo, Valentina —confesé con voz baja—. No sé si merezco esa oportunidad.

Ella guardó silencio. Cuando al fin habló, su voz era más suave, pero igual de firme.

—Si quieres conseguirlo, lo harás. Con paciencia, con respeto, con constancia. No será rápido ni fácil. Tendrás que demostrar, cada día, que mereces ser su padre.

Asentí despacio. Era un reto casi imposible, pero por primera vez en años, sentí una chispa de propósito.

—Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario. Por ti y por Clara.

Valentina negó con un leve movimiento de cabeza.

—No por mí. No te equivoques, Enrico. No me debes nada más que la paz que nunca me diste. No sé si podré perdonarte, ni siquiera si quiero hacerlo. Pero por Clara, voy a intentarlo. Por mi hija, estoy dispuesta a convivir contigo, porque ella lo merece. Y eso es lo único que puedo prometerte ahora.

Tragué saliva, sintiendo que algo dentro de mí se reacomodaba lentamente.

—Lo entiendo —dije con calma, aceptando los límites que me imponía—. Por Clara, entonces. Estoy dispuesto a todo.

Valentina me sostuvo la mirada durante un largo momento antes de asentir con seriedad.

—Más te vale —dijo finalmente, su voz más controlada—. Porque esta es probablemente la única oportunidad que vas a tener. Y si vamos a hacer esto, necesitaremos algunas reglas.

43. VALENTINA FERRARA

Sentada en el sofá, con el mando a distancia apretado entre los dedos, observaba atentamente la pantalla del televisor. Enrico estaba en directo frente a decenas de periodistas, en una rueda de prensa cuidadosamente organizada. Su postura era firme, segura, como siempre, pero había algo distinto en él. Algo más sobrio, más vulnerable, una humanidad que no recordaba haber visto antes.

—El proyecto Dreamland ha terminado oficialmente —su voz resonó clara, firme, mientras los flashes iluminaban su rostro serio—. Aunque sigo creyendo en los beneficios económicos que aportaría, recientemente he comprendido que ningún éxito financiero justifica el sacrificio de valores más importantes: la comunidad, la historia y, sobre todo, la felicidad de las personas que viven en Tiradentes.

Mi corazón se aceleró al oírle hablar así, al verlo asumir públicamente la responsabilidad de sus actos. Aun así, el resentimiento que llevaba dentro era demasiado profundo para disiparse con unas pocas palabras.

Enrico continuó, manteniendo su impecable compostura mientras respondía a las preguntas.

—Quiero dejar claro que no tomé esta decisión solo. Mi esposa, Valentina, fue fundamental para hacerme ver el error que cometía al seguir adelante con el proyecto. Ella me enseñó a mirar más allá de los números y las proyecciones, a entender las consecuencias humanas reales de mis decisiones.

Se me encogió el pecho cuando escuché mi nombre salir de su boca. Mi teléfono vibró enseguida. Era Julia.

—¿Estás viendo esto? —preguntó sin siquiera saludar.

—Lo estoy —respondí en voz baja.

—Valentina, la gente finalmente entenderá. Admitió que se equivocó. Ahora todos sabrán que no eras la mujer que te pintaron.

Respiré hondo, una mezcla amarga de alivio y tristeza llenándome el pecho.

—Eso no cambia el hecho de que nadie me creyó hasta que él lo dijo en público, Julia. Mi palabra nunca fue suficiente.

El silencio al otro lado fue breve.

—Lo sé, amiga —respondió ella con suavidad—. Pero al menos esto te devuelve parte de la dignidad que nunca debieron quitarte. Podrás volver a caminar por las calles sin miedo, sin vergüenza, sin tener que esconderte.

Volví a mirar la pantalla. Enrico seguía hablando, sereno, convincente. Parecía sincero. Auténtico. Era difícil reconciliar al hombre que veía ahora con el que me había destrozado la vida. Con el que me había odiado sin escucharme. Con el que me había condenado.

Quizá, pensé, estaba cambiando. Pero el perdón no era algo que pudiera darse tan fácilmente.

—Quizá tengas razón, Julia —murmuré al fin—. Al menos ahora Clara no tendrá que cargar con el peso de errores que no fueron míos.

Hablamos un rato más antes de colgar. Luego apagué el televisor y me quedé mirando el reflejo del sol filtrándose entre las cortinas. Afuera, la tarde era serena. Clara jugaba en el jardín con una muñeca nueva que Enrico le había regalado esa mañana. Un gesto pequeño, pero significativo.

Sonreí con ternura. Verla tan despreocupada, tan feliz, era todo lo que necesitaba. Aún no estaba lista para perdonarle, pero sabía que tenía que intentar encontrar un equilibrio. Si realmente quería ser un buen padre, tendría que ganárselo día a día.

Y, por primera vez, creí que tal vez estaba dispuesto a hacerlo.

***

—¡Éste ahora, mamá! —Clara señaló entusiasmada uno de sus libros favoritos, una edición colorida llena de ilustraciones de cuentos de hadas.

Sentadas sobre el césped del jardín, donde habíamos improvisado un pequeño picnic, sonreí mientras abría el libro con cuidado. Clara se acurrucó contra mi brazo, su cabecita tibia y su respiración tranquila eran la melodía más dulce del día.

Comencé a leer. Su vocecita me acompañaba, completando frases, riendo en los pasajes que conocía de memoria. El aire cálido de la tarde nos envolvía, trayendo consigo una calma que hacía mucho tiempo no sentía.

Clara parecía, poco a poco, más segura en aquel entorno extraño y lujoso que ahora llamábamos hogar. La mudanza había sido difícil, lo sabía mejor que nadie, pero esos pequeños momentos nos daban esperanza. Tal vez estábamos aprendiendo a vivir de nuevo, aunque fuera entre las ruinas de lo que alguna vez fue nuestra historia.

Mientras leía, mis pensamientos vagaban inevitablemente hacia las últimas semanas, hacia esas interacciones entre Clara y Enrico, siempre breves, siempre llenas de esa tensión suave y contenida. Desde la conversación que habíamos tenido, él había intentado acercarse a su hija con cuidado y respeto.

Poco a poco, se había ido estableciendo una rutina entre los tres. Enrico mantenía una distancia prudente, lo bastante lejos para no asustarla, pero lo bastante cerca para que Clara notara su presencia y, sobre todo, su intento sincero de formar parte de su vida.

Eran los pequeños gestos los que lo revelaban: siempre aparecía en el jardín a la misma hora en que jugábamos, a veces con un pequeño regalo o una pregunta sencilla sobre cómo había sido el día. Clara no solía responderle, seguía desconfiada, pero ya no se escondía detrás de mí como antes. En ocasiones lo observaba de reojo, con curiosidad infantil, como si intentara comprender quién era ese hombre que, sin imponerse, empezaba a formar parte de nuestra rutina.

Lo que para muchos sería casi imperceptible, para mí era inmenso. Mi hija empezaba a confiar, aunque fuera solo un poco, en que aquel hombre que aún no sabía que era su padre quizá ya no era una amenaza.

—Mamá, ¿por qué la princesa no vive con el príncipe al principio? —preguntó de repente Clara, rompiendo el silencio con su voz curiosa. Me miró con atención, esperando una respuesta.

Respiré hondo, sonriendo mientras buscaba las palabras.
—Porque a veces, cariño, primero tienen que aprender a confiar el uno en el otro. A veces necesitan tiempo para darse cuenta de que pueden ser felices juntos.

Clara frunció el ceño, pensativa.

—¿Como tú y el tío Enrico? —preguntó entonces con inocencia, sin imaginar el peso de su comparación.

El corazón se me aceleró. Aparté la mirada, tratando de controlar las emociones que su sola mención siempre despertaba.
—Más o menos así, Clara. Todavía estamos aprendiendo a confiar. Es importante hacerlo despacio.

Asintió con una seriedad desarmante y apoyó la cabeza en mi brazo, dejando que el tema se disolviera en el aire. Yo, sin embargo, seguí pensando en sus palabras, en la simple y dolorosa verdad que contenían.

—Mamá, ¿podemos leer otro? —pidió, tirando suavemente de mi manga.

Sonreí y tomé otro libro de la pila.

—Por supuesto, mi amor.

Cuando empecé a leer, vi de reojo la puerta lateral del jardín abrirse. Enrico salió con discreción. No sabía en qué ocupaba su tiempo ahora que Dreamland era historia, pero parecía hacer un esfuerzo real por respetar nuestro espacio.

No fue una sorpresa verlo aparecer. Lo hacía todos los días. Y, sin embargo, algo en mí seguía esperando que se cansara, que desistiera. Dos semanas no eran suficientes para creerle. Tal vez ni siquiera un siglo lo sería.

Se detuvo a unos metros de nosotras, dándole tiempo a Clara para notarlo. Nuestros ojos se cruzaron brevemente. Le respondí con un leve gesto, indicándole que todo estaba bien. Él dio unos pasos más, manteniendo la distancia, observándonos en silencio, cumpliendo la regla que habíamos acordado: dejar que Clara marcara el ritmo.

Ella levantó la cabeza, notando finalmente su presencia. Lo miró con una mezcla de curiosidad y cautela.

—¿Tú también quieres oír la historia, tío Enrico? —preguntó, con voz bajita, insegura.

Mi corazón dio un vuelco. Enrico esbozó una sonrisa tranquila, como si tuviera miedo de respirar demasiado fuerte y romper aquel momento.

—Me encantaría —respondió, acercándose despacio y tomando asiento en una silla cercana, sin invadirnos, pero con la emoción reflejada en cada gesto.

***

Habían pasado unas semanas desde aquel pequeño avance, pero el cambio era innegable. Clara, aunque seguía reservada, había empezado a permitirle estar cerca.

Era un sábado cálido y soleado. Desde la ventana del salón, observaba cómo jugaba con una pequeña regadera rosa, cuidando las flores que se habían convertido en su nueva pasión. Le hablaba a las plantas en voz baja, como si les confiara secretos.

Un movimiento en el rabillo del ojo llamó mi atención. Enrico se acercaba desde el pasillo lateral, aún con la camisa blanca arremangada y el cansancio del trabajo reflejado en los hombros.

Llevaba algo pequeño en las manos. Su paso era cuidadoso, medido, casi tímido.

Clara no lo notó de inmediato, absorta en su tarea. Solo cuando él se detuvo a pocos pasos levantó la vista. Lo observó con atención, el ceño ligeramente fruncido, evaluándolo en silencio.

—Traigo algo para ti —dijo Enrico, mostrando con delicadeza un pequeño tiesto de cerámica decorado a mano. Dentro, una planta diminuta asomaba entre la tierra.

Clara parpadeó, sorprendida, y su expresión cambió lentamente, la cautela dejando paso a una chispa de curiosidad.

—¿Es mía? —preguntó.

—Si tú quieres —respondió él con una sonrisa sincera, extendiéndosela con cuidado.

Ella dudó unos segundos, mirándome como buscando aprobación. Asentí despacio. Entonces, Clara se acercó, tomó el tiesto con ambas manos y lo sostuvo contra el pecho, examinándolo como si fuera un tesoro.

—Gracias, tío Enrico —susurró, apenas audible.

El brillo en los ojos de Enrico fue casi imperceptible, pero yo lo vi. Por primera vez en años, algo en él parecía aliviado, casi en paz.

Y yo… no supe cómo reaccionar. Solo me quedé allí, observando, consciente de que, tal vez, después de tanto dolor, por fin estábamos aprendiendo a construir algo distinto. No un amor. No todavía. Pero sí una tregua.

—Hola, Clara —empezó suavemente Enrico, manteniendo un tono de voz tranquilo y amable—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Observé con atención a mi hija. Su vacilación inicial era visible: sus pequeños dedos apretaban con fuerza la regadera rosa mientras decidía qué hacer. Finalmente, con una leve inclinación de cabeza, asintió.

—De acuerdo. ¿Qué pasa, tío Enrico?

El rostro de Enrico se iluminó con una sonrisa contenida, aliviado por haber recibido una respuesta positiva.

—Estaba ordenando algunas cosas viejas y encontré esto. Pensé que te gustaría usarlo.

Extendió las manos y le mostró un pequeño juego de herramientas de jardinería para niños, coloridas y delicadas, que parecían nuevas.

Los ojos de Clara se abrieron con sorpresa. Miró hacia mí en busca de permiso. Le sonreí, asintiendo en silencio para demostrarle que todo estaba bien.

—¿Es realmente para mí? —preguntó con voz baja, volviendo a mirarlo con timidez.

—Sí, es todo tuyo —confirmó él—. Si quieres, puedo ayudarte con las flores.

Clara pareció pensarlo, mordiéndose el labio inferior. Finalmente, con una valentía inesperada, dio un paso hacia él y extendió sus manos para aceptar el regalo.

—Vale, puedes ayudar —dijo con autoridad infantil—. Pero tienes que hacerlo bien, ¿eh?

Enrico asintió, con una sonrisa amplia y sincera.

—Prometo hacer exactamente lo que me enseñes, Clara.

Los observé desde lejos, sintiendo cómo algo dentro de mí se aflojaba suavemente. Aquella pequeña conexión era un avance inmenso. Sabía que aún quedaba mucho camino por recorrer, pero ver a mi hija dar ese paso hacia su padre llenó mi pecho de una esperanza callada y frágil.

El sol empezaba a ponerse cuando por fin logré convencer a Clara de que guardara sus nuevas herramientas y se preparara para cenar. Tenía las mejillas sonrojadas por el sol y la alegría. Había pasado toda la tarde en el jardín, enseñándole a Enrico cada flor que cuidaba con tanto esmero.

—Vamos, jovencita, es hora del baño —dije con suavidad, tomando su mano mientras caminábamos hacia la casa.

Enrico nos seguía a unos pasos, con las manos aún manchadas de tierra y una expresión que no veía en él desde hacía años: relajada, satisfecha. Parecía un hombre distinto, uno que por fin respiraba.

Cuando llegamos al pasillo, Clara se detuvo de repente, girándose hacia él con los ojos muy abiertos, como si recordara algo importante.

—¿Vas a cenar con nosotros, tío Enrico? —preguntó con inocencia, como si fuera lo más natural del mundo.

Mi corazón dio un salto. Aquella simple invitación pesaba más que cualquier discurso. Me quedé inmóvil, sin saber cómo reaccionar. En todo el tiempo que llevábamos en esa casa, nunca habíamos compartido una cena los tres.

Enrico también pareció sorprendido. Miró hacia mí antes de responder, eligiendo cada palabra con cautela.

—Yo… sí —dijo al fin—. Si a tu madre le parece bien.

Antes de que pudiera abrir la boca, Clara sonrió emocionada y tiró de mi mano.

—Hay comida de sobra para todos, ¿verdad, mamá?

Respiré hondo, intentando controlar el temblor en mi voz. La expectación en su rostro era demasiado pura como para negarle esa alegría.

—Por supuesto, mi amor —respondí al fin—. No hay ningún problema.

Clara lanzó un pequeño grito de emoción, abrazándose a mi cintura antes de correr hacia su habitación. Enrico permaneció quieto, observándome con una mezcla de alivio y respeto.

—Gracias, Valentina —dijo en voz baja, sus ojos fijos en los míos, con una profundidad que no estaba preparada para afrontar.

Asentí brevemente y aparté la mirada, intentando recuperar el control. Era extraño, casi perturbador, ver al hombre que un mes antes me había forzado a un matrimonio no deseado siendo ahora invitado, por nuestra hija, a algo tan simple como una cena.

Mientras ayudaba a Clara a preparar el baño, sentía una contradicción difícil de manejar. Aquel inesperado bienestar, esa calidez silenciosa que me envolvía, era un riesgo.
No podía permitirme bajar la guardia. No podía permitir que un momento de normalidad se convirtiera en esperanza. No cuando se trataba de Enrico.

Pero mientras escuchaba a Clara tararear, feliz, mientras el agua llenaba la bañera, no pude evitar reconocer lo evidente: una pequeña grieta se había abierto en las murallas que me protegían del pasado.

Tenía que mantenerme fuerte. Tenía que recordar por qué había levantado esas barreras en primer lugar. Porque ese tipo de paz… era justo lo que más dolía perder.

44. ENRICO FERRARA

Desde la terraza, mientras observaba el jardín, ver a Valentina y a Clara juntas me parecía un sueño lejano, una realidad alternativa a la que yo no terminaba de pertenecer. La risa inocente de mi hija llenaba el aire de una alegría pura y contagiosa, algo que todavía me resultaba ajeno, aunque poco a poco empezaba a formar parte de mi mundo.

Valentina sonreía. Era una sonrisa genuina, abierta, que rara vez veía en su presencia. Parecía relajada, con el pelo recogido en una coleta desordenada y un vestido ligero que se movía suavemente con el viento. Aquella escena sencilla me conmovió más de lo que querría admitir, provocándome una mezcla abrumadora de felicidad y tristeza.

Sentí una punzada en el pecho al pensar en todo el tiempo perdido, en los años que me había robado mi propia arrogancia. Ninguna disculpa ni sacrificio podría compensar la ausencia de un padre durante los primeros años de vida de su hija.

De pronto, un pequeño grito rompió mis pensamientos. Clara tropezó mientras corría y cayó sobre el césped, soltando un sollozo temeroso. Valentina se agachó enseguida, rodeándola con los brazos y murmurando palabras suaves para tranquilizarla. Sin pensarlo, bajé los escalones de la terraza y crucé el jardín a grandes pasos.

—¿Va todo bien? —pregunté en voz baja, arrodillándome a su lado, intentando no entrometerme demasiado.

Clara me miró con los ojos llenos de lágrimas, respirando con dificultad.

—Me ha dolido, tío Enrico —sollozó, mostrando su rodilla raspada.

Mi corazón se contrajo con fuerza. El instinto de protegerla surgió con una intensidad que me desarmó. Toqué su rodilla con cuidado, revisando la herida.

—No parece tan grave, princesa —murmuré, limpiando suavemente la suciedad con los dedos.

Valentina observaba en silencio, sorprendida por mi delicadeza. No intentó detenerme. Clara, a su vez, me estudiaba con atención, y poco a poco sus sollozos se fueron calmando.

—Vamos a ponerle una venda, ¿vale? —sugerí con una sonrisa.

Ella asintió, confiando tímidamente en mí. Valentina me miró, y su gesto, aunque reservado, fue de aprobación. En ese instante sentí algo renacer dentro de mí: una parte dormida, una versión de mí mismo que apenas recordaba.

Cuando ayudé a Clara a ponerse de pie, mis ojos se cruzaron con los de Valentina. Había algo profundo en aquella mirada fugaz, algo que dolía y al mismo tiempo me daba esperanza. Por un segundo, creí ver en ella al hombre que alguna vez había amado… y eso bastó para hacerme apartar la vista. No merecía ese reflejo.

***

Había terminado mi rutina de entrenamiento en el gimnasio privado de la mansión. El sudor me cubría la piel y el pulso seguía acelerado. Me serví agua fría y me pasé una toalla por el rostro cuando el móvil vibró en la encimera.

El número en la pantalla me resultó desconocido, y por un momento dudé. Estaba cansado, con la cabeza llena, sin ganas de hablar con nadie. Pero algo me impulsó a contestar.

—¿Hola?

Un breve silencio, y luego una voz conocida.

—¿Enrico? Soy Matteo.

Me quedé quieto. La sorpresa fue inmediata. Matteo, mi hermano menor, era la persona más distante y reservada de los Ferrara. Había roto casi todo vínculo con la familia hacía años, después de enfrentarse a Eloá y apartarse definitivamente de su control. Desde

entonces, nuestros contactos se limitaban a un par de mensajes formales en fechas importantes.

—¿Matteo? ¿Ha pasado algo? —pregunté, desconcertado.

—No, nada grave —respondió tras una breve pausa—. Me enteré de lo tuyo con Eloá. De que por fin le diste la espalda.

Una sonrisa amarga cruzó mi rostro mientras salía al balcón. El aire fresco del atardecer alivió la presión en mi pecho.

—Tardé, ¿eh?

—Solo unos años —replicó con ironía, aunque había una nota de empatía en su voz—. ¿Cómo estás?

Suspiré, mirando hacia el jardín. Allí, unos minutos antes, había estado con Clara y Valentina. Pensar en ellas me trajo un consuelo inesperado.

—Mejor de lo que merezco, supongo. Eloá no lo tomó bien, por supuesto. Sobre todo después de que cancelé Dreamland.

Matteo silbó, impresionado.

—¿De verdad lo cancelaste? Lo vi en las noticias, pero no creí que fuera cierto. Imagino que el ayuntamiento está furioso.

—Furioso, confundido, indignado… todo junto —respondí con una mueca cansada—. Pero ya no me importa.

Hubo un silencio breve al otro lado, seguido de una risa apagada.

—Nunca pensé que llegaría el día en que dirías eso.

Apoyé los brazos en la barandilla, observando cómo la última luz del sol teñía de naranja las hojas del jardín.

—Yo tampoco —admití en voz baja—. Pero hay cosas que no se pueden reparar con dinero ni poder, Matteo. Y me tomó demasiado tiempo entenderlo.

Mi hermano no respondió de inmediato, y por un momento solo se oía el viento a través de la línea.

—Quizá no puedas reparar el pasado —dijo al fin—, pero puedes empezar de nuevo. No por Eloá. Ni siquiera por Valentina. Por ti.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de una verdad que dolía aceptar. Cerré los ojos y pensé en Clara, en la forma en que me había mirado esa tarde, sin miedo, por primera vez.

—Sí —murmuré, casi para mí—. Tal vez sea hora de hacerlo.

—Fue una decisión difícil, pero necesaria. Me costó mi puesto como CEO de Ferrara Corp, por supuesto. La mayoría de la junta no estaba de acuerdo con mis nuevas prioridades. Eloá hizo todo lo posible por complicarlo todo.

—¿Y crees que valió la pena?

Me quedé en silencio un momento. Desde abajo, llegaba el eco de una risa cristalina: la de Clara.

—Más de lo que imaginas, Matteo. Honestamente, no siento que haya perdido nada. Solo he ganado. Intento recuperar el tiempo que me queda. Tienes una sobrina, ¿lo sabías? —dije, y no pude evitar sonreír.

—Lo he oído —confesó, y solté una carcajada seca.

—André es el cotilla por excelencia.

—Por eso no le cuento nada de mi vida —replicó con humor, y ambos reímos.

—¿Y tú? —pregunté después, en un tono más sincero del que esperaba—. ¿Cómo estás?

—Siguiendo.

—¿Hacia dónde?

—Si no sabes adónde vas, cualquier sitio te sirve —admitió, y casi pude imaginarlo encogiéndose de hombros al otro lado de la línea.

—Quizá deberías averiguarlo.

—Así es. Desde hace un tiempo —dijo con un suspiro grave antes de continuar—. Pero no he llamado para hablar de mí. Quiero saber de ti. Cuando no estás con tu familia, ¿qué haces ahora que ya no eres el poderoso director general?

Su elección de palabras me arrancó una sonrisa inevitable. "Mi familia." Dos palabras simples que me hicieron sentir algo que no había experimentado en años.

—Buena pregunta —respondí tras una pausa—. Estoy intentando averiguarlo. Hasta ahora, he pasado el tiempo intentando compensar el daño que les hice a Valentina y a Clara. Pero aún no sé quién soy fuera de eso.

El silencio que siguió fue largo, pero no incómodo. Por primera vez, había comprensión entre nosotros.

—Sabes, Enrico —dijo al fin—, cuando me alejé de ti y de Eloá, tampoco supe quién era durante mucho tiempo. Pero te aseguro una cosa: todo mejora. Poco a poco descubrirás quién eres sin su sombra encima. Puede que todavía no sepa a dónde voy, pero sí sé a dónde no quiero volver.

Una emoción inesperada me cerró la garganta.

—Gracias, Matteo. Eso significa más de lo que imaginas.

Él respiró hondo, incómodo pero sincero.

—Bueno, no hagamos esto demasiado sentimental. Solo quería decirte… que estoy aquí. Si necesitas hablar o cualquier cosa. Sé lo que se siente.

Una sonrisa leve se dibujó en mis labios.

—Gracias, hermano. Lo recordaré.

—Más vale tarde que nunca, Enrico —dijo con tono ligero antes de colgar.

La línea se cortó, pero sus palabras permanecieron mucho tiempo después. Más vale tarde que nunca.

***

Empujé los últimos documentos sobre la mesa hacia André, que me observaba con una mezcla de incredulidad y orgullo.

—Sinceramente, Enrico, aún no puedo creer que lo hayas hecho —dijo hojeando las hojas—. Jamás pensé que vería el día en que renunciaras a la dirección de Ferrara Corp.

Me recosté en la silla, dejando escapar un suspiro de alivio.

—Yo tampoco —admití—. Pero era lo correcto. He pasado toda mi vida cumpliendo las expectativas de los demás. Ya es hora de dejar de hacerlo.

André frunció el ceño, analizando mis palabras.

—¿No echas de menos el poder? El control, la influencia...

Negué lentamente.

—Claro que sí. Pero ahora sé que lo que perdí por perseguir todo eso valía mucho más. El poder y la influencia ya no significan nada. Tal vez nunca significaron nada, en realidad.

André sonrió, satisfecho.

—Me alegra oírlo.

—Y a mí me alegra oírte decir eso —respondí, con una sonrisa torpe.

—Lo estás haciendo bien con Clara —añadió él—. No esperaba que te adaptaras tan rápido al papel de padre.

—No tan rápido —suspiré—. Perdí cuatro años de su vida. Eso no se borra.

—Tal vez no, pero estás intentando compensarlo ahora. Y Valentina… ¿cómo están las cosas con ella?

Mi corazón se aceleró al oír su nombre. Las imágenes de los últimos días se agolparon en mi mente: las miradas furtivas, las

conversaciones contenidas, los silencios cargados de algo más que distancia.

—Es complicado —dije finalmente—. Todavía no confía en mí, y no puedo culparla por eso. Pero lo intento. Todos los días.

André me observó con una media sonrisa, como si entendiera algo más.

—¿Y tú, Enrico? ¿Qué sientes por ella?

Quise negar de inmediato, pero la verdad me atravesó antes de poder hacerlo. Respiré hondo.

—Ojalá pudiera volver atrás, André. Recuperar no solo el tiempo que perdí con Clara, sino también con Valentina. Quisiera ganarme su confianza, su cariño… lo que teníamos antes de todo esto.

André asintió, con esa sabiduría tranquila que siempre lo caracterizaba.

—¿Y por qué no lo intentas?

Sacudí la cabeza. La culpa pesaba más que cualquier esperanza.

—Porque no lo merezco. No después de lo que le hice. No puedo pedirle eso.

André recogió los papeles, se levantó y me miró fijamente.

—Tal vez no puedas pedirlo, pero eso no significa que no puedas ganarlo. Valentina es fuerte, pero también justa. Si realmente quieres que te perdone, demuéstrale que vale la pena hacerlo.

Lo vi salir del despacho en silencio, sus palabras resonando dentro de mí.

Quizá tenía razón. Quizá aún existía una posibilidad, por pequeña que fuera, de que un día Valentina volviera a ver en mí algo más que el hombre que la hirió.

Pero hasta que ese día llegara, seguiría luchando.
Por Clara. Por ella. Y, sobre todo, por ser el hombre que debí haber sido desde el principio.

45. VALENTINA FERRARA

Estaba en el pasillo, colocando en una estantería algunos libros que Clara había dejado tirados, cuando oí un sollozo ahogado procedente de su habitación. Mi corazón se contrajo al instante, dispuesta a ir allí, pero otra voz, baja y suave, me detuvo en seco. Era Enrico.

Mi primer impulso fue entrar, pero algo en la calma de su tono me obligó a quedarme quieta. Lentamente, me acerqué a la puerta entreabierta, observando sin ser vista.

Enrico estaba sentado al borde de la cama de Clara, sosteniéndola en brazos mientras le acariciaba la espalda con una dulzura que no recordaba en él. Mi hija lloraba con el rostro oculto en su pecho, sollozando por algo que yo no entendía.
—No pasa nada, princesa. A veces pasa —susurró con ternura, con una voz que solo le había oído usar conmigo, en una vida que ya parecía de otra persona—. Pasará pronto.

Clara se aferró más fuerte, buscando consuelo. Enrico respiró hondo y, para mi sorpresa, comenzó a tararear una melodía familiar.

Mi respiración se detuvo. Era la canción que me cantaba cuando estábamos juntos, cuando el amor aún era sencillo y bastaba con una promesa. Esa vieja canción suave, llena de esperanza, me golpeó con fuerza.

Las piernas me flaquearon y tuve que apoyarme en la pared. Cada nota me arrastraba de vuelta al pasado, a los días felices en los que creía que nada podría separarnos. Ver a Enrico acunando a nuestra hija con esa ternura, tarareando aquella canción, me destrozó el alma.

Durante unos segundos, solo pude mirarlos. Clara se calmaba poco a poco, su respiración volviéndose más tranquila, mientras Enrico seguía cantando hasta que se quedó dormida entre sus brazos.

Esa imagen me atravesó como un cuchillo. Era como mirar al hombre que podría haber sido desde el principio, al hombre que yo había amado y perdido. Y la dolorosa idea de que, en algún lugar, ese hombre aún vivía dentro de él, fue casi insoportable.

Tragué saliva y me aparté de la puerta en silencio. Las lágrimas brotaron sin control, calientes, inevitables. El dolor de aquel instante no era solo por lo que habíamos perdido, sino por el miedo a creer, aunque fuera un segundo, que podía haber esperanza. Porque la esperanza era un lujo que ya no podía permitirme.

***

El sol de la mañana llenaba el comedor con una luz cálida y amable, pero la tensión en el ambiente era densa, casi visible.
Los últimos días habían sido así: la casa se sentía cada vez más pequeña a medida que Enrico se volvía una presencia constante. Y aunque eso hacía feliz a Clara, me dejaba en un estado de alerta agotador.

Estaba sirviéndome café cuando la voz emocionada de mi hija rompió el silencio.

—¡Tío Enrico, ven a sentarte conmigo! —gritó, señalando con entusiasmo la silla vacía junto a la suya.

Levanté la vista justo cuando Enrico entraba en el comedor. Se detuvo un instante, sorprendido por la invitación tan espontánea, y luego sonrió con timidez.

—Por supuesto, princesa.

Se acercó despacio y se sentó junto a ella. Me lanzó una mirada rápida, buscando leer mi reacción. Ignoré el calor repentino en mis mejillas y concentré mi atención en la mesa, intentando parecer indiferente.

El corazón me latía demasiado deprisa, y mis manos temblaban ligeramente mientras servía el café. Enrico carraspeó, buscando romper el silencio.

—¿Dormiste bien, Valentina? —preguntó en tono tranquilo.

No levanté la vista.

—Dormí —respondí con frialdad.

Pareció incomodarse por mi respuesta y vaciló antes de volver a hablar.

—Dicen que hoy hará sol. Podríamos llevar a Clara al parque esta tarde.

Levanté la mirada un segundo, solo para responder con un tono seco:

—¿No tienes ya planes?

Vi una sombra cruzar su rostro.

—¿Yo? —repitió, confuso. Luego comprendió. Bajó la voz, con un dejo de resignación—. Claro… si ya tienes planes, no pasa nada.

Su voz era tan contenida que dolía. Me concentré en el café, intentando ignorar la mezcla de irritación y culpa que me subía por la garganta. No podía permitirme bajar la guardia. No otra vez.

Clara, más atenta a la conversación de lo que me hubiera gustado, levantó la vista confundida, mirando rápidamente de uno a otro.

—Mamá, quería ir al parque —dijo con voz insegura, los ojos grandes y esperanzados.

Respiré hondo, sintiendo una punzada de culpa e irritación hacia mí misma por permitir que aquella tensión afectara también a mi hija.

—Por supuesto, mi amor, podemos ir —respondí, acariciándole el pelo antes de dirigirle una mirada fría a Enrico—. Creía que tenías otros compromisos.

Él me sostuvo la mirada un momento, intentando descifrar el mensaje silencioso que le enviaba. Finalmente, asintió y volvió a mirar a Clara con una sonrisa forzada.

—Nada es más importante que vosotras dos —dijo en voz baja.

Esa respuesta me oprimió el pecho. Aquella frase era totalmente innecesaria. ¿Por qué incluirme en ella? Con un movimiento brusco, me levanté de la mesa, incapaz de soportar por más tiempo la proximidad.

—Voy a por más café —anuncié secamente, dándome la vuelta antes de que pudiera ver cualquier otro sentimiento en su rostro.

En el silencio que siguió, el peso de aquella tensión me acompañó como una sombra. La dificultad de aceptar aquella nueva realidad ondeaba ante mis ojos como una bandera, recordándome lo agotador que era coexistir con el hombre que había destruido mi vida.

No era justo que mi mente eligiera aferrarse a los buenos recuerdos cuando, durante años, me había obligado a sobrevivir a los peores. No era justo que ahora, justo ahora, decidiera olvidar todas las lágrimas derramadas mientras me hundía sola.

Y era aún más injusto que, a pesar de todo, parte de mí siguiera luchando contra sí misma cada día con más fuerza.
Enrico no merecía mis buenos recuerdos. Y yo no pensaba dárselos.

***

Era tarde y la casa estaba en silencio. Clara dormía desde hacía rato, y yo había salido de la habitación en busca de un vaso de agua antes de intentar descansar. Caminé por el pasillo poco iluminado, perdida en pensamientos que no me dejaban dormir.

Al doblar la esquina, me sorprendió la repentina presencia de Enrico, que venía en dirección contraria. Ambos nos detuvimos en seco, tratando de evitar el inevitable choque. Durante unos segundos, permanecimos inmóviles, atrapados en un ridículo y silencioso callejón sin salida.

La situación resultó tan absurda que, cuando nuestros pasos se sincronizaron otra vez y casi tropezamos de nuevo, los dos

rompimos a reír. Fue un sonido espontáneo, leve, inesperado… y reconfortante.

Mi corazón se aceleró. Hacía años que no escuchaba nuestra risa mezclarse de ese modo. ¡Dios! Cuánto lo había echado de menos.

Pero tan pronto como llegó, la risa se apagó, reemplazada por un silencio espeso, lleno de significados no dichos. Nuestras miradas se cruzaron, y la chispa que intentaba apagar volvió a encenderse con fuerza.

Enrico respiró hondo, consciente también del cambio repentino.

—¿Ya se ha dormido Clara? —preguntó, rompiendo el silencio.

Tragué saliva y asentí.

—Sí, hace un rato. Estaba agotada.

Él asintió, como sopesando sus palabras antes de hablar de nuevo.

—Iba a ver una película en el salón —empezó con una sonrisa insegura—. ¿Te gustaría verla conmigo?

Casi respondí sin pensar. Una parte de mí quiso decir "sí" con una fuerza que me asustó. Deseaba aceptar aquella invitación inocente, sentarme a su lado y disfrutar de un momento de paz, como una persona normal.

Pero la otra parte, la que había sobrevivido al abandono, gritó más fuerte. Recordé lo que era confiar en él y lo que me costó dejar de hacerlo. Recordé que no era mi amigo. Que no lo sería nunca.

—No, gracias —respondí al fin, más fría de lo que pretendía. La culpa me rozó el pecho, pero no la dejé crecer—. Estoy cansada. Buenas noches, Enrico.

Me alejé rápidamente, sin darle oportunidad de replicar.

—Valentina… —le oí murmurar detrás de mí, pero no me detuve.

El corazón me latía desbocado mientras caminaba por el pasillo oscuro, huyendo de la peligrosa tentación que representaba su

presencia.

Solo cuando cerré la puerta de mi habitación, comprendí, con un sobresalto incómodo, lo mucho que me había acostumbrado a tenerlo cerca. Era como si, de un modo silencioso y traidor, Enrico hubiera empezado a llenar otra vez los espacios vacíos de mi vida.

¡Dios! ¡Me había reído con él! ¿Cómo me atreví?
Estúpida. Mil veces estúpida.

Y eso, más que nada, me aterrorizaba. Porque lo último que quería era volver a sentirme cómoda con Enrico después de todo lo que había hecho. Después de todo lo que aún me hacía sentir.

46. ENRICO FERRARA

No recordaba la última vez, antes de aquel punto de inflexión en mi vida, que había tenido una tarde tan tranquila.
Clara estaba en clase de ballet y la casa, bañada por los rayos dorados del sol, parecía suspendida en el tiempo. Esa luz tibia se colaba por cada rincón, envolviendo todo con una calma que me resultaba desconocida, casi ajena.

Estaba en el salón, revisando unos documentos que André me había enviado, cuando un sonido leve me sacó de mi concentración. Provenía de la cocina. Levanté la vista y la vi.

Valentina.

A través de la puerta entreabierta, su figura se recortaba contra la claridad. Estaba de espaldas, con el cabello suelto cayendo en ondas suaves por los hombros. Movía las manos con gracia, concentrada en lo que hacía, completamente ajena a mi presencia.

Sin darme cuenta, dejé los papeles a un lado. Mis ojos la siguieron, absorbidos por la naturalidad de cada gesto. La forma en que apartó un mechón rebelde de su rostro, el leve balanceo de su cuerpo al alcanzar algo en un estante, el modo en que la luz dorada se deslizaba sobre su piel… Todo me pareció devastadoramente hermoso.

Cuando se giró, el sol iluminó su rostro, resaltando el brillo cálido de su piel y el movimiento sutil de sus labios al murmurar algo. Un calor inesperado se apoderó de mí, subiendo como una corriente viva por mi pecho.

Entonces el vestido se movió, deslizándose apenas sobre su espalda, y una franja de piel bronceada quedó al descubierto. Tragué saliva, apretando los puños, como si de ese modo pudiera contener el impulso primario que me atravesó.

El aire que entraba por la ventana trajo su aroma: vainilla, flores y un toque indefinible que me golpeó con la fuerza de la nostalgia.

Todo mi cuerpo reaccionó como si recordara cada noche perdida, cada beso que aún me ardía en la memoria.

Cerré los ojos, intentando recuperar el control. Pero era inútil.

Cuando volví a abrirlos, ella ya me miraba. Nuestra mirada se cruzó un segundo, demasiado largo, demasiado intenso. Pude ver el desconcierto en sus ojos, la misma mezcla de sorpresa y tensión que me recorrió a mí.

Aparté la vista, respirando con dificultad, pero el daño ya estaba hecho.

Valentina se volvió de inmediato, retomando sus movimientos con un apresuramiento casi defensivo. Aun así, el aire se había vuelto espeso, eléctrico, como si el simple acto de respirar se hubiera convertido en una prueba de resistencia.

***

Horas más tarde, el bullicio del gimnasio del colegio rompía por completo aquella calma.

El sonido de las risas infantiles y de las conversaciones de padres y profesores llenaba el aire. Era un caos alegre, normal, cotidiano. Un mundo al que nunca imaginé pertenecer, pero allí estaba, en medio de todo, intentando encontrar mi lugar.

Clara caminaba a mi lado, sujetándome la mano con fuerza. Me guiaba hasta su pequeño puesto, decorado con planetas y estrellas, el mismo que habíamos hecho juntos la noche anterior.

No podía creer lo mucho que había disfrutado preparando aquel proyecto. Recortar, pegar, pintar con purpurina... actividades que jamás habrían formado parte de mi vida antes, pero que ahora me parecían esenciales solo por verla sonreír.

—Mira, tío Enrico, ¡todos están mirando nuestro proyecto! —exclamó, con los ojos brillantes de orgullo.

Sonreí, sintiendo una calidez indescriptible al oírla decir *nuestro*.

—Claro que sí, princesa. Es el más bonito de todos.

Clara se rió, feliz, y apretó mi mano. Aquella pequeña expresión de confianza valía más que cualquier éxito empresarial que hubiera tenido.

Durante las siguientes horas, permanecimos uno junto al otro mientras profesores y padres se acercaban a admirar su trabajo. Cada elogio la hacía volverse hacia mí con una sonrisa que me atravesaba como una estocada dulce y dolorosa. Era la primera vez, en mucho tiempo, que sentía que estaba haciendo algo realmente correcto.

Y de cuando en cuando, desde el otro lado del pasillo, encontraba la mirada de Valentina.

Observaba en silencio, con una expresión que oscilaba entre el orgullo, la tristeza… y algo que no podía descifrar. Algo que, sin querer, me daba esperanza.

Una parte de mí deseaba intensamente que Valentina estuviera allí con nosotros, participando, compartiendo ese momento familiar como siempre debió haber sido.

Cada mirada suya parecía intensificar el deseo de acercarme, de decirle sin palabras cuánto quería que formara parte de aquello. Pero sabía que no tenía ese derecho. Valentina necesitaba espacio, tiempo. Todo el tiempo que hiciera falta para, quizás algún día, aceptar que yo había cambiado de verdad.

—Tío Enrico, ¿puedes volver a explicarle nuestro proyecto a la profesora Ana? —preguntó Clara, devolviéndome al presente con un suave apretón de manos.

—Por supuesto, princesa —respondí, sonriendo mientras me agachaba a su lado y le explicaba de nuevo nuestro sistema solar, detallando cada paso y cada idea que habíamos creado juntos.

Mientras hablaba y veía los ojos de Clara brillar de entusiasmo, sentí algo nuevo y poderoso: por primera vez, me sentía realmente como un padre. No un hombre arrepentido intentando compensar

errores, sino un padre de verdad, presente, entregado… y enamorado de su hija.

El corazón se me aceleró. Sabía que aún quedaba mucho para ganarme la confianza de Valentina y el derecho de oír a Clara llamarme papá. Pero por ahora, aquel instante era suficiente. Era más de lo que jamás habría imaginado.

***

Me despertó un grito agudo que desgarró el silencio del pasillo. Salté de la cama sin pensar, el corazón golpeándome en el pecho mientras corría hacia la habitación de Clara.

La encontré sentada en medio de la cama, con los ojos llenos de lágrimas, abrazando su manta favorita.

—¡Mamá! —lloraba, perdida entre el miedo y el sueño.

Me acerqué enseguida, me senté en la cama y la atraje hacia mi pecho.

—Tranquila, princesa. Solo ha sido un mal sueño. Ya pasó —susurré, acariciándole la espalda.

Ella sollozaba, temblando entre mis brazos.

—Quiero a mamá... —susurró, con voz débil, aunque se aferraba a mí.

Respiré hondo, sintiendo que la opresión del pecho se hacía insoportable.

—Lo sé, mi amor. No tardará en llegar —dije con suavidad, y empecé a cantarle la misma melodía que siempre la calmaba.

Durante unos minutos, la habitación se llenó de mi voz baja y de su respiración entrecortada. Poco a poco, su cuerpo se relajó y volvió a dormirse, con los dedos aferrados a mi camisa.

Entonces la vi. Valentina estaba en el pasillo, inmóvil, observándonos en silencio. Tenía los brazos cruzados y el rostro

indecifrable, una mezcla de sorpresa, ternura y algo que no supe definir.

Nuestras miradas se cruzaron. No hicieron falta palabras. Sabíamos los dos lo que significaba ese momento.

—Está dormida —le susurré, bajando la voz—. Pero ahora no quiero dejarla sola.

Valentina asintió y, sin pensarlo demasiado, dijo despacio:

—Entonces no la dejes.

Entró en la habitación y se sentó junto a mí. Su presencia a mi lado era una mezcla extraña de paz y desasosiego. Durante el resto de la noche, permanecimos allí, hombro con hombro, sin hablar. Solo escuchando el suave ritmo del sueño de nuestra hija y los latidos acelerados de mi propio corazón.

A pesar de todos los errores y del abismo que nos separaba, había algo que seguía intacto: ese lazo invisible, indestructible, que nos mantenía unidos.

Y, por primera vez en muchos años, sentí que, aunque fuera por una sola noche, estaba exactamente donde debía estar.

***

—¡Mira, tío Enrico! —Clara señaló con entusiasmo el carrito de helados junto al césped, donde varias familias descansaban bajo los árboles—. ¿Me compras uno?

Caminábamos por el parque, bajo el sol suave de la mañana. Clara me sujetaba la mano con fuerza, dando pequeños saltos a mi lado.

El corazón se me sentía ligero, a pesar de que Valentina caminaba unos pasos detrás, guardando una distancia prudente que me recordaba constantemente que estaba allí por Clara, no por mí.

Aun así, cada paso que dábamos los tres juntos me parecía un pequeño milagro.

Miré a Valentina, buscando su aprobación. Ella asintió con discreción, aunque su rostro mostraba la habitual mezcla de cansancio y reserva.

—Por supuesto, princesa —le sonreí a Clara, guiándola hacia el carrito.

Nos tomamos nuestro tiempo eligiendo sabores. Clara optó por fresa y vainilla, y se sentó en un banco para disfrutar de su helado, balanceando los pies con alegría.

Yo no podía dejar de mirarla. Ni a ella, ni a Valentina, que observaba distraída el parque, sin darse cuenta de que el sol iluminaba su perfil y lo volvía casi irreal.

Por un momento, todo pareció detenerse. El aire cálido, la risa de Clara, el silencio cómodo que se instaló entre nosotros. Era un instante breve, frágil, pero real.

Y aunque sabía que todavía había heridas profundas y palabras pendientes, también supe, con certeza absoluta, que no pensaba rendirme.

Algo en sus ojos me llamó la atención: un cartel de colores, pegado en una de las farolas del parque, anunciaba el concierto de un grupo que solíamos escuchar juntos años atrás.

Sentí una repentina opresión en el pecho. La nostalgia me golpeó con fuerza, aguda y cálida, como una punzada que removía recuerdos que había jurado enterrar.

—¿Te acuerdas de ellos? —pregunté casi sin pensar, señalando discretamente el cartel.

Valentina levantó la cabeza, sorprendida por mi pregunta inesperada. Pasaron unos segundos de silencio antes de que respondiera, en un susurro cargado de una melancolía que reconocí al instante:

—Claro que me acuerdo. Eran nuestros favoritos.

Una oleada de calidez me recorrió al oírla decirlo así, sin dureza. Solo con ese tono triste que habla de un tiempo que duele recordar, pero que no se ha olvidado. Sin darme cuenta, di un paso hacia ella, como si acortar la distancia física pudiera traer de vuelta, aunque fuera por un instante, la intimidad perdida.

—Sí. No nos perdimos ni uno solo de sus conciertos —murmuré, con una sonrisa involuntaria, sintiendo el eco de las noches en que ella cantaba desafinando a mi lado y yo fingía que no me importaba.

Valentina me miró entonces. Sus ojos oscuros brillaban con algo que no pude descifrar: una chispa, una duda, un reflejo de lo que fuimos. Algo que me atraía con una fuerza devastadora.

—Es curioso cómo algunas cosas nunca cambian, ¿verdad? —susurró, apartando rápidamente la vista, como si temiera que seguir mirándome pudiera hacerla flaquear.

Tragué saliva, luchando contra el impulso de extender la mano y tocar su rostro, de borrar esa distancia que ella se esforzaba tanto por mantener.

—Valentina… —empecé, con la voz más baja y ronca de lo que pretendía.

—No, Enrico —me interrumpió con rapidez, dando un paso atrás. Su movimiento fue firme, casi desesperado—. Mejor no.

Apartó la mirada y volvió su atención hacia Clara, que seguía feliz, ajena a la tormenta silenciosa que se desataba entre sus padres.

Respiré hondo, conteniendo el torrente de emociones que me ahogaban. Sabía que tenía razón. Sabía que acercarme era un riesgo que no podíamos permitirnos, no todavía.

El resto del paseo transcurrió en silencio. Las risas de Clara eran el único sonido entre nosotros, un puente frágil que nos mantenía unidos mientras fingíamos que no había nada más latiendo debajo.

Intenté concentrarme solo en mi hija, en su risa y en su alegría, pero la verdad era innegable: a cada paso junto a Valentina, ignorar lo que mi cuerpo y mi corazón pedían se hacía más difícil.

Mucho más difícil.

47. VALENTINA FERRARA

—¡Dios mío! ¡Este lugar no es lo mismo cuando no estás aquí!
La voz entusiasta de Júlia resonó por toda la pastelería mientras entraba, con su típica energía desbordante. Sonreí al verla, aún con las manos ocupadas en decorar una bandeja de magdalenas.

—Gracias por el cumplido disfrazado de crítica —bromeé, limpiándome las manos con un paño.

—Sabes que tuve que dar un paso atrás.

Julia asintió, acercándose para sentarse frente al mostrador. Su mirada, curiosa al principio, se volvió más seria al recorrer con nostalgia el local.

—¿Cómo han ido las cosas desde que dejaste de estar aquí todos los días? Esta pastelería siempre fue tu vida.

Suspiré, sintiendo una ligera opresión en el pecho.

—Ya lo sé. Pero era necesario. Maristela se ha encargado de todo muy bien: producción, pedidos, administración. Y mis visitas, mientras Clara está en el colegio, son suficientes. Todo está bien. Yo estoy bien.

Julia ladeó la cabeza, evaluándome con esa expresión que usaba cuando sabía que mentía.

—¿Lo estás, de verdad? No sé, amiga... hablamos casi todos los días, pero siento que no te estoy ayudando lo suficiente.

Dejé las magdalenas a un lado, rodeé el mostrador y la abracé con fuerza.

—Vamos, claro que me ayudas. Me escuchas cuando nadie más lo hace. Eso ya es mucho.

Ella me devolvió el abrazo, apretándome con ternura.

—Ojalá pudiera hacer algo más que escucharte —susurró, separándose apenas—. ¿Lo echas de menos?

Nos sentamos juntas en los taburetes frente al mostrador.

—¿Echar de menos qué? —pregunté, aunque sabía a qué se refería.

—Todo —dijo Julia, gesticulando con las manos—. El olor a azúcar, la rutina de abrir y cerrar, la satisfacción de ver la tienda llena.

Sonreí, triste.

—Claro que lo echo de menos. Esta pastelería siempre fue más que un trabajo. Es una parte de mí. Pero ahora mismo, Clara me necesita mucho más que estas paredes. Y sacrificaría cualquier cosa por ella.

Julia posó su mano sobre la mía.

—Y estás haciendo un trabajo increíble. No lo dudes.

Respiré hondo, agradecida por su comprensión. Júlia entendía lo que había detrás de mi decisión: la necesidad de proteger a mi hija y de mantener la estabilidad después de todo lo que habíamos vivido.

—Solo intento hacer lo que es mejor para Clara —murmuré.

—Y lo estás consiguiendo —afirmó con suavidad, pero enseguida su expresión se volvió inquisitiva—. ¿Y el resto? ¿Cómo te va en casa?

La pregunta me tensó.

—¿Qué resto?

—No te hagas la distraída, Valentina. Me refiero a *él*. A Enrico.

Rodé los ojos, incapaz de ocultar una sonrisa resignada.

—Sabía que no venías solo por el café y las magdalenas.

Julia se rió.

—Por supuesto que no. He venido a escucharte, ¿no decías que eso era lo más útil que podía hacer por ti?

Solté un suspiro largo, bajando la mirada.

—Todo va... bien. Clara se está adaptando mejor, tanto en casa como en el colegio. La terapia también le está ayudando. Y Enrico… —dudé un instante— está haciendo un esfuerzo. Es bueno con Clara, más presente de lo que imaginé que podría ser.

—¿Y contigo? —preguntó Júlia directamente, con una delicadeza que solo ella sabía usar.

Me quedé en silencio unos segundos antes de contestar.

—No es fácil. Es raro verlo todos los días, compartiendo nuestra rutina como si nada hubiera pasado. A veces casi olvido cuánto daño me hizo... pero siempre hay algo que me lo recuerda.

Julia me observó atentamente.

—¿Pero le crees, Valentina? ¿De verdad crees que ha cambiado?

Sentí un nudo en la garganta.

—Creo que sí. No puedo negarlo. El Enrico que veo ahora se parece demasiado al hombre del que me enamoré hace años. Es atento, paciente, especialmente con Clara... y, a veces, conmigo también. Es como si el tiempo retrocediera, aunque yo no pueda olvidar todo lo que vino después. No sé si tiene sentido.

—Sí que lo tiene —dijo Julia, con voz serena—. Tal vez, con el tiempo, puedas perdonarlo.

Sacudí la cabeza de inmediato.

—No, Julia. Perdonarlo no está sobre la mesa. No quiero perdonarlo. Aunque haya cambiado, aunque ahora intente hacerlo todo bien, no puedo olvidar el dolor, la humillación, el rechazo. Esas cosas no desaparecen solo porque alguien decida volverse mejor persona.

Julia asintió despacio, sin insistir. Su silencio fue más comprensivo que cualquier palabra.

—Te entiendo, pero tampoco creo que cargar con ese peso vaya a hacerte bien —dijo Júlia con suavidad, inclinándose hacia mí—. No

te digo que lo olvides, solo que tal vez necesites aceptar que él realmente está intentando arreglar las cosas.

Sentí las lágrimas arder detrás de mis ojos y aparté la mirada rápidamente, intentando recuperar el control de mis emociones.

—No quiero sentirme así, Julia. No quiero darle la oportunidad de hacerme daño otra vez.

Mi amiga se acercó al mostrador y me tocó el brazo con ternura.

—Lo sé, amiga. Pero creo que te mereces un poco de paz. Quizá esa paz no venga de él, sino de ti. De aceptar que las cosas han cambiado, que tú también has cambiado. Está bien dejar atrás el dolor.

Respiré hondo, conteniendo las lágrimas que amenazaban con caer. Julia tenía razón, aunque no estaba preparada para admitirlo.

—Tal vez algún día —susurré—. Pero hoy, simplemente no puedo.

Ella apretó mi mano, con una sonrisa cálida y cómplice.

—No pasa nada. No tienes que forzarte. Solo quiero que estés bien. Y voy a recordártelo todas las veces que haga falta.

Sonreí débilmente, agradecida. Sabía que tener a Julia a mi lado era un regalo en medio del caos, pero también sabía que su consejo había tocado algo profundo. Y lo peor era que tenía razón: estaba peligrosamente cerca de perder el control de mis emociones hacia Enrico Ferrara.

***

Después de acostar a Clara y asegurarme de que dormía tranquila, salí de la habitación. El silencio familiar de la casa a esas horas me envolvió enseguida; solo el crujido del suelo acompañaba mis pasos hasta la cocina.

Al entrar, me detuve en seco. Enrico estaba allí.

De espaldas, inclinado frente a la nevera abierta, con una simple camiseta blanca que marcaba cada músculo de sus hombros y su

espalda. El pantalón deportivo oscuro le caía lo justo, revelando la línea perfecta de su cadera.

Tragué saliva, y el calor subió sin permiso a mis mejillas. Mis ojos recorrieron su silueta con una mezcla de irritación y deseo que me desconcertó. Recordé, con dolorosa nitidez, cada lugar de su piel que había amado, cada rincón que aún podía sentir en la memoria.

Pareció notar mi presencia y se giró, sorprendido.
Su expresión se suavizó.

—¿Tienes hambre? —preguntó, rompiendo el silencio.

Asentí, incómoda.

—Pensaba hacerme un sándwich. No te molestaré.

—Nunca me molestas, Valentina —dijo con una media sonrisa, cerrando la nevera y acercándose.

—Tuve la misma idea. Siéntate, puedo prepararlo para los dos.

Me detuve en seco, mirándolo con una mezcla de desconfianza y diversión.

—¿Desde cuándo sabes cocinar, Enrico?

Su sonrisa se ensanchó, y el brillo de sus ojos me desarmó por completo.

—Hace poco descubrí que tengo talentos ocultos. Pero un sándwich no cuenta como cocinar, así que te debo una cena de verdad.

Un calor inesperado recorrió mi cuerpo. Me obligué a mantener la voz firme.

—De acuerdo —dije, intentando sonar natural—. Quiero ver tus "dotes culinarias".

Él rió, esa risa grave que me había hecho temblar tantas veces, y empezó a trabajar con una precisión que no recordaba en él.
Cortó el pan con cuidado, ordenó los ingredientes, sus movimientos tranquilos y seguros, casi hipnóticos.

Lo observé, atrapada sin darme cuenta. El sonido del cuchillo, el leve roce de sus dedos al coger cada cosa… todo me resultaba peligrosamente familiar.

Cuando levantó la mirada y nuestros ojos se encontraron, el aire pareció desaparecer.

—¿Todo bien? —preguntó, sonriendo apenas.

—Sí —contesté rápido, apartando la vista—. Solo estoy cansada.

Enrico dudó unos segundos antes de cambiar de tema.

—¿Has pensado en volver a la pastelería cuando todo se estabilice?

Suspiré, apoyándome en el mostrador.

—No lo sé. La pastelería es mi lugar, mi sueño… pero ahora todo ha cambiado. No sé si soy la misma persona que abrió esas puertas por primera vez.

Asintió, sin decir nada más. Luego, colocó frente a mí un plato con un sándwich y un vaso de jugo. Su cuerpo estaba tan cerca que el calor de su piel me envolvía, y por un momento creí que iba a perder el control.

El silencio se volvió denso. Podía oír nuestros latidos.

—Valentina… —susurró, su voz ronca y baja, cargada de algo que no me atreví a nombrar.

Me obligué a retroceder, respirando con dificultad.

—Gracias por el sándwich, Enrico —murmuré, sin mirarlo a los ojos. Cogí mi plato con manos temblorosas y salí casi corriendo de la cocina.

Sentí su mirada detrás de mí todo el camino. Y, mientras cerraba la puerta tras de mí, supe que ese instante —tan breve, tan peligroso— me perseguiría mucho tiempo.

***

El día era inusualmente cálido, con un cielo denso y oscuro que anunciaba una tormenta inminente. Clara jugaba en el jardín, completamente ajena a las nubes grises que se cernían sobre el horizonte.

—Clara, será mejor que entres ya —la llamé desde el balcón, preocupada al ver cómo el viento empezaba a arremolinar las hojas.

—¡No, mamá! ¡Quiero jugar un poco más! —respondió riendo, girando bajo las primeras gotas que empezaban a caer.

Suspiré, dispuesta a insistir, cuando oí pasos firmes detrás de mí. Me di la vuelta y vi a Enrico pasar junto a mí con una sonrisa.

—Puedo ocuparme de eso —dijo sin esperar mi respuesta, bajando directamente hacia el jardín.

Me quedé inmóvil, observando desde el balcón cómo se acercaba a Clara. Mi corazón se aceleró ante la imagen.

Enrico se agachó junto a ella, con una expresión cálida y cómplice que me apretó el pecho.

—¿Te gusta la lluvia, princesa? —preguntó, dejando que las gotas empaparan su camisa.

Clara asintió con entusiasmo, riendo mientras levantaba los brazos.

—Entonces vamos a disfrutarla —dijo él, poniéndose de pie y cogiéndole las manitas. Empezaron a girar, a reír, a bailar bajo la lluvia como si el mundo no existiera más allá de ellos dos.

Mi corazón latía en la garganta. La escena era tan simple y hermosa que dolía.

La imagen de Enrico riendo, completamente empapado, me golpeó con fuerza. Era el mismo hombre que, años atrás, había bailado conmigo bajo una tormenta parecida, en otra vida que habíamos compartido sin saber cuánto dolería recordarla después.

El sonido de sus risas, el brillo en sus ojos, el movimiento despreocupado de Clara girando entre sus brazos... todo era

demasiado. Demasiado familiar. Demasiado doloroso.

La lluvia me alcanzó en el balcón, fría contra mi piel, y sentí cómo las lágrimas se mezclaban con las gotas que caían sobre mi rostro.

Porque, por más que quisiera negarlo, una parte de mí anhelaba estar allí abajo, girando con ellos. Una parte que aún recordaba cómo era reír con él sin miedo, cómo era amarle sin reservas.

Tragué con fuerza el nudo que me oprimía la garganta, cerré los ojos y me obligué a respirar despacio.

No podía permitirme eso. No podía volver a sentir. No otra vez. Me prometí que no lo haría. Que no volvería a dejar que una felicidad tan frágil me rompiera de nuevo el corazón.

48. ENRICO FERRARA

El despacho del psicólogo infantil era cómodo y acogedor, decorado con colores suaves y juguetes ordenados con cuidado en estanterías bajas.

Valentina y yo estábamos sentados en sillones separados frente a la doctora Alice Guedes, mientras Clara permanecía en la habitación contigua, entretenida con una actividad supervisada.

La doctora nos observaba con atención, sonriendo con amabilidad mientras revisaba los informes que tenía entre las manos.

—Han pasado dos meses desde que Clara recibió el alta. Quiero saber cómo la han visto progresar desde entonces —comenzó, con voz serena y profesional.

Valentina respiró hondo y me lanzó una breve mirada antes de responder.

—Ahora parece más segura. Duerme mejor, ya no tiene pesadillas frecuentes y vuelve a abrirse conmigo. Creo que la rutina estable le ha ayudado mucho.

La doctora asintió, anotando algo rápidamente.

—¿Y cómo ha sido su interacción contigo, Enrico? —preguntó, girando la vista hacia mí.

Me recosté en la silla, buscando las palabras adecuadas.

—Mejor de lo que esperaba, sinceramente. Clara me ha permitido poco a poco formar parte de su rutina. Todavía no sabe que soy su padre, pero siento que empieza a confiar en mí.

Alice sonrió, con un gesto alentador.

—Excelente. Está claro que estás construyendo una base sólida. Clara está empezando a comprender su nuevo entorno familiar. Sigue así; vas por buen camino.

Levanté la vista hacia Valentina justo cuando ella me miraba. El breve contacto visual fue tan tenso como significativo.
Sí, Clara avanzaba… pero entre nosotros seguía habiendo una muralla invisible.

Las últimas semanas no habían sido fáciles. Cada intento de acercarme a Valentina se estrellaba contra la calma distante que ella había aprendido a mantener. Su silencio era su forma de protegerse, y cada vez que se alejaba, sentía que algo dentro de mí se rompía un poco más.

Me había convencido durante años de que la había olvidado. Me repetí tantas veces esa mentira que llegué a creerla. Pero verla cada día, escuchar su voz, oler su perfume en los pasillos… me devolvía una y otra vez al mismo lugar: no la había olvidado. Nunca podría hacerlo.

Solo había enterrado su recuerdo bajo el peso del rencor y de mi propia culpa. Y ahora, cada gesto suyo con Clara —su ternura, su fuerza, su paciencia— arrancaba una capa más de esa mentira.

Amaba a Valentina. La amaba, y saber que nunca volvería a tenerla era un castigo silencioso del que no podía escapar.

Los recuerdos de los años felices se mezclaban con la culpa que aún me devoraba. Podía cerrar los ojos y sentir todavía el eco de su risa, la suavidad de su piel, el sabor de su beso. Pero lo que antes había sido consuelo ahora era tormento.

—Es importante que entiendas que Clara percibe la dinámica entre ustedes —la voz de Alice me devolvió al presente—. Aunque no comprenda del todo la situación, capta las emociones. Por eso es fundamental que su entorno siga siendo emocionalmente seguro y estable.

Valentina asintió sin dudar, su expresión firme pero evitando mirarme. Decidí, entonces, hacer lo mismo: dejar de perderme en ella y centrarme en lo que realmente importaba.

—Haremos lo que sea necesario por Clara —afirmé, mi voz sonó firme y decidida.

La doctora sonrió, satisfecha, y dio por terminada la sesión tras unos breves consejos adicionales.

Mientras caminábamos para recoger a Clara, mis pensamientos seguían girando en torno a Valentina. Cada paso a su lado era un recordatorio cruel de lo que había perdido y de lo que, quizás, nunca recuperaría.

Amarla en silencio se había convertido en mi penitencia.
Y aunque cada día dolía más, sabía que lo soportaría, si eso significaba darle a Clara —y a su madre— la paz que yo les había arrebatado.

49. VALENTINA FERRARA

La calma de la noche no era precisamente acogedora. Toda sensación de refugio que había aprendido a sentir en aquella casa se había evaporado desde mi última noche con Enrico.

A cada paso que daba por los pasillos oscuros, el miedo —mezclado con un deseo traidor y una expectativa irracional de volver a encontrarme con él— latía bajo mi piel. Solo necesitaba un vaso de agua. Iría a la cocina, lo tomaría y regresaría a mi habitación sin más.

Había dejado algunas botellas en mi mesilla, pero se habían acabado la noche anterior. Y olvidé reponerlas durante lo que mentalmente llamaba mi "momento seguro" para cruzarme con Enrico: cuando había otras personas cerca, cuando la oscuridad y los recuerdos no eran nuestros únicos compañeros, empujándonos a cometer alguna estupidez.

Una tenue luz escapaba de la puerta entreabierta del despacho. Me detuve. Sabía que no debía hacerlo. Mi objetivo era simple: ir, beber agua, volver. Ni siquiera un apocalipsis zombi debía desviarme.

Y, sin embargo, ahí estaba yo, frente a esa puerta, observando la fina línea de luz que la cruzaba. Enrico ya no solía quedarse trabajando tan tarde. No desde nuestra boda.

¿Podría haber ocurrido algo?

Dudé unos segundos, pero algo más fuerte que mi cautela habitual me empujó hacia adelante. Me acerqué sin ruido y miré discretamente por la rendija.

Enrico estaba sentado en el suelo, rodeado de cajas abiertas y papeles esparcidos. Su espalda apoyada contra la pared, los hombros caídos, la cabeza inclinada. La lámpara sobre la mesa derramaba una luz suave sobre su rostro, revelando una expresión que nunca antes le había visto: vulnerable, cansado… casi roto.

El corazón me dio un vuelco. Por un momento, pensé en retirarme, pero algo en aquella imagen me ancló al suelo.
Respiré hondo y empujé suavemente la puerta.

El ruido leve lo hizo levantar la cabeza. Sus ojos, húmedos y apagados, se encontraron con los míos, y algo dentro de mí se contrajo con fuerza.

—¿Va todo bien? —pregunté en voz baja, entrando con cautela.

Tardó en responder. Finalmente suspiró, señalando con un gesto las cajas a su alrededor.

—Estaba organizando cosas viejas. Fotos, documentos… recuerdos.

Su voz sonaba áspera, como si cada palabra le pesara.

Me acerqué despacio y me senté junto a él en el suelo.
Dentro de las cajas había fragmentos de su pasado: recortes de periódicos, fotos de sus padres… y muchas nuestras.

Mi mirada se detuvo en la parte superior de la pila, y un nudo me cerró la garganta. Era una foto nuestra, tomada años atrás, en un día que recordaba con dolorosa claridad. Estábamos abrazados frente al mar, despreocupados, felices. Mi cabello flotaba al viento, y la sonrisa de Enrico era tan abierta y pura que parecía de otro hombre, de otra vida.

Junto a la foto, una pequeña caja de terciopelo rojo, abierta, revelaba un par de alianzas doradas que jamás llegamos a usar. Brillaban bajo la tenue luz, como promesas suspendidas en el tiempo.

Toqué con cuidado otra fotografía más antigua, en blanco y negro, en la que yo dormía sobre su pecho mientras él me miraba con una ternura que me hizo estremecer. Recordé cómo se sentía esa mirada sobre mí: segura, cálida, imposible de olvidar.

Las manos me temblaban mientras sostenía aquellos restos tangibles de un pasado que creí perdido para siempre.

¿Por qué los había guardado?

¿Por qué conservaría todo aquello después de todo lo que pasó?

Un dolor punzante me recorrió mientras pasaba las manos por más recuerdos: notas dobladas, servilletas con garabatos, billetes de tren, pequeños trozos de una historia que creí enterrada.

Cada uno de esos objetos era una prueba silenciosa del amor que alguna vez existió, del hombre en el que confié, del sueño que habíamos construido y que él mismo destruyó.

Por un instante, todo lo que sentí fue una punzante nostalgia.
De la inocencia. De la fe ciega. De los días en que amarlo no dolía.

Pero respiré hondo, obligándome a volver al presente. Aquellos recuerdos pertenecían a otra versión de nosotros. Una versión que, aunque muerta, seguía pesando demasiado.

—Suena doloroso —murmuré, con la voz quebrada.

Él asintió, sin mirarme.

—Lo es. Especialmente cuando entiendo cuántos errores he cometido. Cuánto tiempo perdí creyendo mentiras e ignorando la verdad que estaba delante de mí.

Su voz se rompió, y el esfuerzo por mantener la compostura se dibujó en sus rasgos.

—Enrico… —susurré, sin saber qué más decir.

Levantó la cabeza. Y sus ojos, oscuros y llenos de dolor, me buscaron como si esperaran perdón. La intensidad de esa mirada me dejó sin aire.

—No espero que me entiendas ni que me perdones, Valentina. Pero necesito que sepas cuánto lo siento. Lo solos y vacíos que han sido estos años sin ti… sin Clara. —Respiró hondo, intentando contener la emoción que amenazaba con desbordarse.

Era difícil verlo así, tan vulnerable y expuesto, sin sentir que algo dentro de mí empezaba a ceder.

—Sé que lo sientes, Enrico. Lo veo cada día en lo que haces por Clara… en cómo intentas respetarme, incluso cuando te alejo.

Él asintió, con una sonrisa triste.

—Sé que no merezco más que eso. Sé que quizá nunca recupere lo que destruí. Pero necesitaba decirlo. Necesitaba que lo supieras.

El corazón me latía con fuerza. Durante un largo rato permanecimos en silencio, uno al lado del otro, rodeados de recuerdos y emociones no dichas. Aquella cercanía silenciosa me resultó extraña y familiar al mismo tiempo, y una claridad aterradora se apoderó de mí: Enrico ya no era el mismo hombre que me había destrozado la vida.

El hombre que tenía frente a mí era alguien marcado por sus errores, alguien que intentaba desesperadamente encontrar un camino de vuelta.

Pero aunque sentía compasión, sabía que no podía abrir mi corazón por completo. Herida o no, nunca volvería a ser alguien ante quien bajaría mis defensas.

Y, sin embargo, mientras permanecíamos allí, en aquel silencio lleno de significado, comprendí que, quizá por primera vez, quería hacerlo. Y eso me asustó más que cualquier otra cosa.

***

Bajé las escaleras, colgando el bolso del hombro mientras miraba la hora en el móvil. Era casi la hora de recoger a Clara del colegio, y ya me preparaba mentalmente para enfrentar el tráfico de media tarde.

Al llegar al vestíbulo, me detuvo Carol, una de las empleadas, que se acercó con una sonrisa discreta y me entregó una pequeña nota doblada.

—El señor Enrico me pidió que le diera esto —dijo antes de alejarse con prudencia.

El corazón me dio un vuelco. Desdoblé el papel, reconociendo de inmediato la letra firme y elegante de Enrico:

"Valentina, he recogido a Clara del colegio. Vamos a disfrutar de la tarde en el parque. Sé que estás agotada y te mereces descansar. Espero que aproveches para cuidarte. Ah, y abre la nevera: te he dejado una sorpresa.

—Enrico."

Suspiré. Una calidez inesperada se extendió por mi pecho ante aquel gesto. Fui a la cocina, curiosa, y al abrir la nevera, mis ojos se abrieron de par en par: una pequeña botella de mi bebida favorita — un refresco coreano casi imposible de encontrar en Tiradentes.

Sonreí sin poder evitarlo, sosteniendo la botella entre las manos como si fuera un tesoro. Era un detalle simple, pero la intención detrás de él… eso era lo que realmente me conmovía.

Durante las horas siguientes intenté disfrutar de la tranquilidad de la casa vacía, pero mi mente no dejaba de preguntarse qué estarían haciendo en el parque. No podía dejar de imaginarlos riendo juntos, Clara corriendo, Enrico siguiéndola con esa paciencia nueva que tanto me desconcertaba.

A última hora de la tarde, escuché el motor del coche en la entrada. Me apresuré hacia la puerta justo cuando Enrico bajaba con Clara dormida en brazos.

La escena me detuvo el corazón. Sostenía a nuestra hija con un cuidado casi reverente, su pecho subía y bajaba despacio al compás de la respiración de la niña. En su rostro había una ternura tranquila, sincera, la expresión de un hombre completamente rendido ante el amor que sentía por su hija.

Las piernas me temblaron ligeramente. Apreté las manos, intentando contener la oleada de emociones que me atravesaba.

Porque por más que intentara resistirme, por más que me repitiera que no debía… Enrico estaba reclamando, poco a poco, un espacio que jamás creí que volvería a ocupar en mi corazón.

Y aceptar eso era tan aterrador como inevitable.

50. ENRICO FERRARA

La idea sonaba muy bien en teoría.

Clara quería una tarta de limón. Valentina había salido y aún no había regresado. El chef no estaba. Y pensé: *¿Cuántas dificultades puede haber para mezclar ingredientes y meterlos en el horno?*

La respuesta, descubrí en menos de veinte minutos, era sencilla: todas.

—¡Tío Enrico, la harina ha vuelto a volar! —gritó Clara, riendo, con las mejillas cubiertas de una capa blanca que la hacía parecer un pequeño soldado de repostería.

—No era sólo la harina lo que volaba —murmuré, riéndome también—. Era todo el paquete.

El fregadero, la encimera, el suelo… todo estaba cubierto. La masa, pegajosa, parecía tener vida propia —seguramente por la exagerada ralladura de limón que Clara había insistido en añadir, o tal vez porque había puesto el horno a la temperatura equivocada.

Pero Clara se estaba riendo. De verdad. Y esa risa valía cualquier desastre culinario.

La cocina era una zona de guerra: cuencos y cucharas por el suelo, harina flotando en el aire y humo escapando del horno.
El temporizador pitaba sin descanso. La masa rebosaba del molde, goteando lentamente, como si intentara escapar.

—¿Crees que podemos comer eso? —preguntó Clara, señalando con desconfianza el horno.

Eché un vistazo al caos y solté una mueca.

—Definitivamente no. Pero si alguien pregunta… mentiremos.

Se rió tan fuerte que su carcajada llenó la habitación, y no pude evitar reír con ella. Entre el olor a azúcar quemado y el limón que

flotaba en el aire, entendí, quizá por primera vez, lo que significaba crear recuerdos.

Y justo entonces oí la puerta abrirse.

El silencio fue instantáneo. Los segundos se hicieron eternos hasta que Valentina apareció en el umbral, inmóvil, observando la escena con una mezcla de asombro y resignación.

—Dios mío —murmuró finalmente. Su tono era más incrédulo que molesto.

Clara, por supuesto, estalló en otra carcajada.

—¡Mamá! ¡Mira el desastre que hemos hecho!

—Ya lo veo… —Valentina parpadeó un par de veces, recorriendo la cocina con la mirada—. Realmente lo veo. Y huelo algo que ha muerto trágicamente dentro del horno.

—No murió —me defendí rápido, levantando las manos—. Simplemente… nació mal.

Ella no se rió. Pero la comisura de sus labios tembló. Y en sus ojos se formó esa chispa que aparecía cada vez que intentaba no sonreír ante mis tonterías.

—Es que tenía muchas ganas de comer tarta de limón, mamá, y el tío Enrico me la hizo —explicó Clara con orgullo.

—Lo sé, amor.

—Pero no te la comas, mamá —advirtió Clara muy seria—. Tiene que estar muy mala. Pero si alguien pregunta, mentiremos, ¿vale?

Los ojos de Valentina se alzaron para encontrarse con los míos, acusadores. Sonreí sin culpa alguna.

—Clara, al baño. Ahora —ordenó Valentina con falsa severidad—. Después de esto, yo haré la tarta comestible de la casa.

—¡Pero si lo intentamos! —protestó Clara, riendo.

Valentina suspiró, sacudiendo la cabeza, aunque una sonrisa escapó al fin.

—Ya veo, hija mía. Te estás convirtiendo en una versión en miniatura de tu tío Enrico.

Clara se acercó, y juntas salieron de la cocina.

Yo me quedé allí, rodeado de harina, humo… y un orgullo absurdo que me llenaba el pecho.

Cuando Clara subió las escaleras, Valentina se detuvo a medio camino, giró la cabeza y me lanzó una de esas miradas peligrosamente suaves, mezcla de fastidio y ternura contenida.

—Al baño. Tú también —dijo finalmente.

Y se fue, llevándose consigo la sonrisa que intentó esconder.

Me quedé quieto, observando la puerta por la que había desaparecido. Podría haberlo tomado como una orden. Pero sonó más bien como otra cosa. Como un *quédate*.

***

El vapor empañaba el espejo del baño cuando el agua caliente empezó a golpear mi piel. Cerré los ojos, dejando que el chorro ardiente corriera por mi rostro y mi pecho.

"Al baño. Tú también."

Sus palabras se repetían en mi cabeza, cruzándose con otras que el tiempo no había borrado.

"Vamos, Enrico, o me quedaré con toda el agua caliente."

"¿Quieres que te enjabone la espalda?"

"Quédate. Solo un poco más."

El recuerdo de su risa contra mi cuello, del sonido del agua mezclándose con su respiración, regresó tan nítido que dolía.

Ella siempre se reía en la ducha. Siempre me miraba con esos ojos brillantes, sabiendo exactamente el efecto que tenía en mí.

Y ahora… solo había silencio, azulejos fríos y una soledad que el agua no podía lavar.

Apoyé la frente contra la fría pared, sintiendo cómo el agua corría por mi espalda, mojándome la nuca, intentando inútilmente quitarme el olor a humo de tarta quemada, el sabor amargo de la añoranza y la culpa que seguía pegada a mi piel como un jabón mal aclarado.

Aún tenía harina en el pelo, restos de masa seca entre los dedos y una hija de cuatro años que, inexplicablemente, seguía creyendo que su padre era una especie de héroe. Un héroe que todavía no tenía rostro.

No sabía que, durante años cobardes, ese padre ni siquiera había tenido el valor de existir para ella.

Suspiré profundamente, contemplando el enorme y lujoso baño. Era amplio, luminoso, elegante. Podría albergar fácilmente a dos, quizá a cuatro personas. Pero en ese momento parecía más grande que nunca.Más grande y más vacío. Más frío.

Porque lo que faltaba allí era exactamente lo que siempre había faltado en mi vida desde que cometí el error que nunca me perdonaría: Valentina.

Y ese maldito *quédate* que nunca volvió a decir.

***

Bajé despacio las escaleras, sintiendo el pelo húmedo pegado a la nuca y la camiseta adherida a la piel. El olor fresco del champú se mezclaba con la cálida fragancia a vainilla que venía directamente de la cocina.

Vainilla y limón.

Me detuve en el marco de la puerta. Ella estaba allí.

Valentina, de espaldas, removía algo en un cuenco con concentración. Los hombros tensos. El cabello recogido de cualquier manera, revelando la línea delicada de su cuello.
La luz amarillenta dibujaba sombras suaves sobre sus piernas desnudas bajo los pantalones cortos.

Se volvió en cuanto sintió mi presencia, como si lo hubiera estado esperando. Porque sabía que vendría. Porque siempre venía.

—Clara salió del baño agotada —explicó antes de que dijera nada —. El desastre de la cocina le quitó las fuerzas. La dejé en el sofá con una manta. Se durmió en cinco minutos.

Asentí despacio, acercándome unos pasos.

—¿Y la tarta?

—Ahora intento hacer una de verdad. —Me lanzó una mirada rápida, con una sonrisa cínica y provocadora—. Esta vez no hay riesgo de incendio.

—Puedo ayudar —dije, en un tono ligero que no coincidía con la presión en mi pecho.

Inmediatamente arqueó una ceja, entre divertida y desconfiada.
—¿Como asistente?

—Prometo no exagerar con la ralladura de limón esta vez.

Valentina se rió. Apenas un sonido, pero suficiente para desarmarme. Era el tipo de risa que podía escuchar todos los días de mi vida sin cansarme jamás.

—¿De verdad crees que vas a ser ascendido en esta cocina después de casi arruinar mi horno?

—Tengo fe —respondí, sonriendo.

—Entonces ve con fe al salón. —Removió la masa sin mirarme—. Hoy no pienso quemar la casa entera.

Di otro paso hacia ella. Ella también se movió, estirando el brazo para alcanzar una cuchara mientras se apoyaba en una pierna.
El suelo, aún húmedo tras el desastre anterior, la traicionó.

Su pie resbaló.

Me moví sin pensar.

En un segundo, mis brazos la rodeaban. Uno alrededor de su cintura, el otro en su espalda. Cuerpo contra cuerpo. Calor contra

calor.

Valentina contuvo la respiración. Yo también.

Nuestras caras quedaron peligrosamente cerca.Podía contar sus pestañas. Sentir su respiración rozando mi boca.

Valentina levantó los ojos y me miró con esa mezcla imposible de pasado y presente, de lo que fuimos y de lo que aún podía arder.

—¿Todavía me odias? —pregunté en voz baja, antes de poder contenerme.

Tardó en responder.

—Todavía tengo miedo de confiar en ti.

Asentí, con la garganta cerrada.

—Y voy a pasar el resto de mi vida demostrando que puedes hacerlo.

Parpadeó lentamente. Su mirada bajó a mis labios y luego volvió a mis ojos. Forcejeó, sin fuerza.

—Suéltame.

—¿Miedo a caerte?

—Miedo a olvidar todas las razones por las que esto está mal.

Respiré hondo, sintiendo su perfume envolverme, dulce y devastador.

—Entonces recuérdalas rápido —susurré, casi rozando sus labios —. Porque el deseo de besarte se está volviendo insoportable.

El silencio entre nosotros vibró como un cable tenso.
Valentina respiró profundamente y se apartó de mis brazos.
Recuperó el equilibrio, el aire… y la distancia.

Ajustó su blusa con rabia, agarró un paño de cocina de la encimera como si blandiera una espada.

—Trapea el suelo —ordenó sin mirarme—. Y, si es posible, haz que parezca que esto nunca ocurrió.

Me incliné para recoger el trapo. Sonreí para mis adentros, en silencio, mientras empezaba a limpiar.

Porque si me pedía que fingiera que no había pasado, era precisamente porque sí había pasado. Y porque, aunque quisiera negarlo, ninguno de los dos lo olvidaría fácilmente.

51. VALENTINA FERRARA

Sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Cada centímetro del vestido elegido, el pintalabios cuidadosamente aplicado, cada gota estratégica de perfume colocada en mi cuello... todo tenía una clara intención. Y no, no era provocar a Enrico. Era recordarme a mí misma que aún existía más allá de él.

Fabrício me había enviado un mensaje horas antes:

"Estoy en la ciudad. ¿Cenamos?"

Siempre había sido amable, ligero, relajado. Un amigo sincero, presente desde mis primeros días en Tiradentes. Nunca cruzó ninguna línea.

Había regresado hacía pocos meses, y nuestras conversaciones, siempre simples y despreocupadas, me hacían bien. Eso era lo que necesitaba aquella noche: ligereza, alguien que no me mirara con la sombra del pasado reflejada en los ojos.

Cuando terminé de arreglarme, me detuve frente al espejo. Respiré hondo. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía hermosa. Hermosa como una mujer que no se define por la presencia ni por la ausencia de Enrico Ferrara.

Clara se había ido temprano, emocionada por dormir en casa de Julia. La casa estaba silenciosa. Vacía. Perfecta para desaparecer por unas horas.

Bajé las escaleras. El eco de mis tacones sobre el mármol fue interrumpido por el sonido inconfundible de la llave girando en la cerradura.

Enrico entró.

Llevaba la chaqueta abierta, la corbata suelta, el cabello despeinado. Parecía un hombre que había pasado el día peleando

contra incendios invisibles. Nuestros ojos se encontraron de inmediato.

No preguntó nada. Pero miró. Y *cómo* miró.

Su mirada recorrió mi cuerpo con una lentitud calculada, como aceite caliente bajando por mi espalda, quemando cada centímetro de mi piel. Contuve la respiración, furiosa conmigo misma por reaccionar así.

Solté el aire con esfuerzo, transformándolo en palabras claras y precisas.

—Clara se fue a dormir a casa de Julia —le recordé, por si lo había olvidado.

Asintió apenas, pero sus ojos no se apartaron de mí. Me retuvo en ese silencio pesado que parecía ocupar todo el espacio entre nosotros.

—Esta noche no ceno en casa.

Su mandíbula se tensó. Un leve temblor recorrió su rostro, casi imperceptible. Pero yo lo vi.

—Buenas noches, Enrico —añadí, intentando romper la tensión.

Nada. Ni una palabra. Sólo esa mirada insoportable, ese fuego contenido que parecía querer cerrar todas las puertas y hacerme olvidar cualquier camino que no terminara en su cama.

—¿Enrico? —insistí, más seca.

Finalmente, levantó los ojos, clavándolos en los míos.
Su voz fue baja, cortante.

—Buenas noches.

Sin más. Sin una burla, sin una pregunta, sin un *"¿vas a salir vestida así?"*

Me giré despacio, cada músculo tenso, como si esperara algún movimiento suyo. Pero no lo hubo.

No me detuvo. No me llamó. No intentó retenerme.

Y fue justo entonces cuando me di cuenta de algo insoportable: la mujer que se había vestido con tanto esmero para aquella cena no lo había hecho por Fabrício.

Salí por la puerta como una mujer libre, pero con una rabia muda instalada en el estómago.

¿Por qué no intentó detenerme? ¿Por qué, después de todo, aún quería que lo hiciera? ¿Por qué su silencio dolía más que cualquier grito?

Conduje hasta el restaurante con la cabeza nublada. No recordaba ni el camino. Fabrício ya me esperaba, sentado junto a la ventana.

El lugar era elegante, cálido, con luces bajas. El tipo de sitio donde debería haberme sentido relajada. Pero aquella noche, nada encajaba. Nada estaba en su sitio.

Fabrício seguía igual: amable, encantador, con esa sonrisa fácil que desarmaba a cualquiera. Y sin embargo, mi corazón seguía descompasado desde el momento en que crucé la puerta de casa… Y no era por él.

—Estás aún más guapa que la última vez que te vi —dijo, con esa sinceridad que siempre lo caracterizaba.

Sonreí, incómoda, ajustando nerviosamente el tirante del vestido.

***

La conversación fluía con naturalidad. Hablamos de la ciudad, del trabajo, de lo mucho que había cambiado Tiradentes en los últimos años. Pero en algún punto, mientras Fabrício hablaba, mis pensamientos se desviaron.

A los ojos de Enrico. A su silencio. A la forma en que había dicho *buenas noches* como si fuera una despedida… o una advertencia.

Y aunque sonreía, y asentía, y bebía el vino más caro de la carta, no pude evitar sentirme como una mujer que aún no había

terminado una historia. Una historia que, por más que doliera, seguía latiendo en el lugar más prohibido de mi pecho.

—Y sigues sabiendo piropear muy bien.

El camarero trajo agua y me entregó el menú. Fingí interesarme por las opciones, aunque mi estómago dejaba claro que esa noche no aceptaría ni un bocado.

—Confieso que me sorprendió oír que estabas… casada —comentó Fabrício tras unos instantes, observándome con detenida atención.

—Es… complicado —murmuré, encogiéndome de hombros en un vano intento de parecer tranquila.

—Imagino que sí. —Rió sin humor. Luego se recostó en su silla, con los ojos serios fijos en los míos, y soltó:— En realidad, Val… cuando decidí venir a Tiradentes, pensaba en algo más que en volver a ver a una vieja amiga. Esperaba que tal vez… podría intentar algo más contigo.

El aire se volvió espeso. Sofocante. Mi garganta se secó al instante.

Lo miré, sorprendida, sintiendo sus palabras retumbar en mi pecho como un latido fuera de ritmo. Romántico. Su intención era claramente romántica.

Y, en un segundo aterrador, todo dentro de mí gritó no. No porque Fabrício fuera el hombre equivocado, ni porque no mereciera cariño, sino porque simplemente no era Enrico.

Esa sola certeza me hizo entrar en pánico.

Me disculpé con torpeza, alegando un repentino dolor de cabeza. Fabrício, tan educado como siempre, se levantó enseguida y se ofreció a llevarme.

Me negué con una débil sonrisa, insistiendo en que quería conducir. Necesitaba aire. Espacio. Lejos.

Y, sobre todo, necesitaba alejarme de mí misma.

Conduje menos de cinco minutos, intentando deshacerme del caos interno, cuando un repentino *poc* hizo temblar el coche y, con él, mi ya precario autocontrol.

Aparté el vehículo con cuidado al borde de la carretera y salí, el aire húmedo de la noche pegándose a mi piel mientras comprobaba el daño. El neumático estaba destrozado.

Cerré los ojos y respiré hondo. Por supuesto. Claro que sí.
Por qué no.

Sola, en medio de la oscuridad, con un vestido caro, los tacones hundiéndose en el barro y el alma hecha un nudo, me descubrí al borde del colapso.

Y justo entonces, la luz.

Literalmente.

Un par de faros intensos, altos, se detuvieron detrás de mi coche, iluminando toda la carretera como un depredador silencioso.

Mi corazón se desplomó en el pecho.

Conocía ese coche. Conocía esa matrícula. Conocía, sobre todo, la figura que descendía del vehículo con paso seguro, arrogante, inconfundible.

Enrico.

Caminó hacia mí con la calma controlada de alguien que no pregunta, simplemente actúa. El brillo de los faros recortaba su silueta contra la noche. Por un momento, no supe si sentir alivio o ira.

Lo único que supe —con una mezcla de furia, miedo y un estremecedor consuelo— fue que, una vez más, Enrico Ferrara había aparecido justo cuando mi mundo se rompía en pedazos.

52. ENRICO FERRARA

Cuando Valentina salió por la puerta, algo dentro de mí murió.
No de forma dramática, no como en las películas. Fue sutil, casi silencioso. Un golpe seco en el pecho, como si el corazón se tropezara consigo mismo y cayera al vacío.

Su vestido pegado al cuerpo, el eco firme de sus tacones, su perfume flotando en el aire… todo dejaba claro que esta vez no iba al mercado. Iba a encontrarse con alguien.

Y yo… Yo me convertí en un patético adolescente robando un coche para seguir a la chica que ya no le quiere. Porque no podía vivir sin saber quién demonios había conseguido lo que yo perdí.

Esperé dos minutos después de que se fuera. Diez eternos, sofocantes, insoportables minutos. Las manos seguían cerradas en puños, la mandíbula tan tensa que sentía crujir los dientes.

Hasta que no aguanté más. Tomé las llaves. Crucé la sala. Y fui tras ella.

La ciudad era pequeña, la noche tranquila, pero el caos dentro de mí hacía que todo pareciera lento, demasiado lento. Aparqué a una calle de distancia cuando la vi detenerse frente a un restaurante elegante. Demasiado íntimo para ser inocente.

Y entonces lo vi. Al hombre.

Alto, elegante, con esa seguridad arrogante de quien nunca duda.
Sonrió al verla. Y, en ese preciso instante, mi mano se cerró con tanta fuerza sobre el volante que los nudillos me dolieron.

Me quedé en la oscuridad, observando a través del parabrisas, convertido en un extraño, en un espía de mi propia desgracia.
La miré reír, moverse con nerviosismo, jugar con la servilleta entre los dedos. Y lo odié. Odié al hombre, a la cena, a la luz suave que los hacía parecer una pareja perfecta.

Hasta que noté algo. La sonrisa de Valentina se desvaneció. Su cuerpo se volvió rígido. El tipo dijo algo que la hizo bajar la mirada, y en sus gestos pude leerlo con la misma claridad con la que uno lee una sentencia: algo había salido mal.

Se levantó bruscamente, se disculpó y salió del restaurante con pasos rápidos y torpes. Y antes de que pudiera pensarlo, ya estaba arrancando el coche, siguiéndola.

Los faros apagados. La distancia justa. El corazón latiendo con fuerza bajo una mezcla absurda de celos y miedo.

Entonces el coche de Valentina aminoró la marcha.
Se detuvo al borde de la carretera. El neumático se desinfló con un sonido seco, resignado.

La vi bajar, cansada, frustrada, con las manos en el cabello y los hombros hundidos. Y, sin pensarlo, encendí las luces largas.

La carretera se iluminó como un escenario, y allí estaba ella, girándose lentamente hacia mí, con la cara bañada en la luz y una expresión que me golpeó en el pecho como una bala.

—No… —susurró, incrédula—. Tú no…

Di un paso hacia adelante.

—Yo, sí.

Respiró hondo, la rabia devolviéndole el color al rostro.

—¿Me has seguido? —preguntó, la voz temblando entre la furia y la incredulidad.

No mentí. No desvié la mirada.

—¿Estabas en una cita, Valentina? —dije despacio, con el tono bajo y afilado de quien no quiere oír la respuesta.

La pregunta flotó entre nosotros, espesa, eléctrica. Llenando el aire de celos, de miedo, de todo lo que no quería admitir que aún sentía.

Ella dio un paso atrás, sosteniendo la llave del coche como un escudo. Sus ojos, brillantes por la rabia, me atravesaron como un cuchillo.

—No has respondido a mi pregunta —siseó—. ¿De verdad me has seguido, Enrico Ferrara?

La forma en que pronunció mi nombre, con ese tono helado, fue un golpe directo al orgullo. Pero lo que dolía no era la acusación. Era lo que se escondía detrás: que ella seguía importándome más de lo que mi cordura podía soportar.

Me dolía la mandíbula de tanto apretarla, luchando contra cada impulso irracional que crecía en mi pecho. Pero no me eché atrás.

—Fuiste a una cita —repetí, dando otro paso hacia ella, con las palabras envenenadas por una rabia que ya no sabía controlar—. Te vestiste así para ir a cenar con otro hombre.

—¡Esto no es asunto tuyo! —estalló, su voz resonando en la carretera vacía—. ¡No tienes derecho a seguirme!

—Te llevó a un restaurante caro donde ni siquiera pasasteis diez minutos charlando —repliqué, sin pensar, sin importarme el filo de mis palabras.

Abrió los ojos de par en par. Retrocedió un paso, comprendiendo lo que había hecho.

—¿Estabas espiando?

Bajé la cabeza un instante, respirando hondo, intentando contener lo inevitable. Cuando volví a mirarla, dejé que todo el dolor saliera sin disimulo.

—Estaba recordando lo que fue perderte.

Tembló. Y lo vi. Vi cómo su cuerpo dudaba entre golpearme y abrazarme.

—Entonces recuérdalo bien, Enrico —escupió con veneno—. La próxima vez, pensarás antes de dejarme en el altar.

Sus palabras me atravesaron. No había castigo más justo.

—Te abrazó —murmuré, incapaz de no decirlo, incapaz de no ver la imagen repetida en mi mente.

—¿Y qué? —replicó, con los ojos brillando de furia—. ¡Es mi amigo!

—Estaba celoso —confesé, casi sin voz.

Se quedó inmóvil. Luego soltó una carcajada amarga.

—¿Celoso de un abrazo?

—No. —Di otro paso hacia ella, acortando la distancia hasta sentir el calor de su piel rozarme—. Celos de ver a otro hombre hacer con ligereza lo que yo destruí con furia.

Se mordió el labio inferior, los ojos muy abiertos, el pecho agitado. Y, por un instante, desee besarla. Desearía que el beso borrara todo lo que había hecho, todo lo que había sido.

Pero no lo hice.

—Puedes gritarme, odiarme, insultarme, Valentina —dije con voz baja y firme, mirándola directo a los ojos—. Pero voy a esperar a que vuelvas a quererme. Aunque me lleve toda la vida.

Abrió la boca, los ojos llenos de lágrimas y rabia. Luego me empujó. Fue un gesto débil, desesperado, más una súplica que un rechazo.

Y, aun así, retrocedí. Respeté la línea invisible que ella había trazado entre los dos. Valentina me miraba, jadeante, enfadada, partida por la mitad. Hermosa. Dolorosamente hermosa.

—No sé qué hacer contigo —susurró, temblando.

—Tienes todo el tiempo del mundo para averiguarlo —contesté despacio—. Pero esta noche déjame llevarte a casa. Deja tu coche, el seguro puede venir por él.

—¿Y si no quiero volver a casa? ¿Y si quiero volver al restaurante? ¿Y si quiero ir al hotel de Fabrício? —dijo, clavándome el cuchillo sin

temblar.

Fabrício. Así que ese era su nombre.

Tragué saliva.

—Entonces solo tienes que pedírmelo.

—¿Me llevarías?

—No hay nada que no haría por ti, Valentina —susurré—. Aunque lo que me pidas me destruya en el proceso. Y eso sería justo, después de todo. ¿No te destruí yo una vez?

Permaneció en silencio, observándome con una mezcla de incredulidad y ternura rota. Mi corazón latía con fuerza. Si me pedía que la llevara al hotel de ese hombre, lo haría. Si me pedía que esperara fuera toda la noche, también lo haría.

Me mantendría de una pieza solo hasta llegar a casa, para luego romperme otra vez. Y volvería a recomponerme al amanecer. Valentina se mordió el labio. Y asintió.

—Llévame a casa, Enrico. Solo… llévame a casa.

Y lo hice.

Conduje en silencio. Ni la lluvia que empezaba a caer sobre el parabrisas logró tapar el sonido de su respiración temblorosa.
Ni mis manos en el volante consiguieron olvidar la sensación de su voz cuando dijo mi nombre, no con rabia esta vez, sino con cansancio.

Cansancio. Dolor. Y algo más que me dio miedo reconocer: rendición.

53. VALENTINA FERRARA

—¡Clara está radiante hoy, Valentina! No es porque sea mi clase, pero el proyecto es maravilloso, ¿verdad? —comentó Elis, la profesora de arte, sonriendo con orgullo mientras charlábamos junto a la pared decorada con los trabajos de los niños.

Le devolví la sonrisa, sintiendo un calor agradable recorrerme el pecho. El gimnasio del colegio estaba lleno de padres, niños y profesores. Voces, risas, música. El tipo de caos alegre que Clara adoraba.

—Está demasiado contenta —asentí—. Le encantan estos eventos.

—Se nota —respondió Elis, divertida—. No ha dejado de hablar de la exposición en toda la semana.

Reí suavemente, pero mis ojos ya buscaban lo inevitable.
Allí estaba él.

Enrico, de pie entre los padres, con esa presencia tranquila y segura que lo hacía destacar sin siquiera intentarlo. Hablaba con otros adultos, sonreía, y Clara —orgullosa, excitada— lo señalaba desde su rincón del mural, explicando algo con gestos amplios.

Mi corazón se contrajo con una mezcla confusa de ternura y ansiedad. Y entonces, lo vi.

Una madre —elegante, perfectamente peinada— se acercó a Enrico con una sonrisa encantadora. Puso una mano en su brazo mientras se reía de algo que él había dicho.

El aire se me atascó en la garganta. La sonrisa se me borró.

Elis se dio cuenta enseguida.

—¿Va todo bien, Valentina?

Respiré hondo. Intenté fingir indiferencia, pero mis palabras salieron tensas.

—Sí. Solo... recordé algo que tengo que resolver. Discúlpame un momento.

No esperé respuesta. Crucé el gimnasio con paso rápido, sintiendo cómo la sangre me latía en las sienes. Él levantó la mirada justo a tiempo para encontrarme. Y supo. Lo supo de inmediato.

Su sonrisa se apagó, se disculpó con la mujer y caminó hacia mí, frunciendo ligeramente el ceño.

—¿Va todo bien? —preguntó en voz baja, cauteloso.

Me crucé de brazos.

—Perfectamente. Veo que te lo estás pasando muy bien.

Parpadeó, sorprendido. Luego comprendió. Y esa sonrisa, mitad divertida, mitad incrédula, apareció en la comisura de sus labios.

—Valentina… ¿estás celosa?

El corazón me dio un vuelco.

—Por supuesto que no —mentí con rapidez, alzando el mentón—. Solo creo que deberías centrarte más en presentar el proyecto de Clara y menos en... socializar.

Su voz se volvió más grave, más cercana.

—Estaba siendo educado. Si te molestaba, solo tenías que decirlo.

Levanté la vista y me encontré con sus ojos. El brillo en ellos me desarmó. Rabia, vergüenza, deseo. Todo mezclado en una sola mirada.

—No me molestó —insistí, aunque la voz me tembló—. Haz lo que quieras. No es asunto mío.

Asintió, sin discutir, pero la intensidad en sus ojos me dijo que ya había leído cada pensamiento que intentaba esconder.

Me giré y me alejé con el corazón latiendo demasiado fuerte. Cada paso era un recordatorio de lo irracional que estaba siendo, de lo mucho que odiaba esa sensación que no quería nombrar.

No quería sentir celos de él. No quería seguir queriéndolo.

Pero lo hacía. Y ese descubrimiento me hirió más que cualquier cosa que Enrico pudiera haberme dicho.

Salí del gimnasio, respirando el aire frío del exterior, intentando recomponerme. La rabia se disolvía, dejando solo confusión.

Y justo cuando el silencio del aparcamiento me envolvía, oí sus pasos tras de mí. Firmes, seguros, inconfundibles.

—Valentina, espera —su voz me alcanzó, grave, urgente—. Tenemos que hablar.

Me detuve, sin girarme todavía, con los nervios vibrando como cuerdas tensas. Sabía que lo que venía después ya no sería una simple conversación.

Me volví hacia él, con la expresión rígida y a la defensiva, intentando ocultar la inseguridad que se había apoderado de mí.

—No creo que tengamos nada de qué hablar ahora, Enrico.

Evadí cuidadosamente sus ojos y él suspiró profundamente, acercándose con calma pero sin tocarme.

—Por supuesto que sí. ¿Por qué huyes de esto? Sabes tan bien como yo que no podemos seguir así.

Se me hizo un nudo en la garganta; respiré hondo y me crucé de brazos instintivamente.

—No estoy huyendo de nada. Simplemente no quiero discutir en el aparcamiento del colegio de nuestra hija.

—Muy bien —aceptó—. Así que volvamos dentro y terminemos de honrar a nuestra niña, pero cuando lleguemos a casa, esta conversación tendrá lugar.

—No tienes derecho a exigirme nada —dije a la defensiva. Sus ojos se entrecerraron. Él dio un paso adelante y yo un paso atrás; mi espalda chocó contra una columna de hormigón.

—Yo no, pero no puedes tener un ataque de celos irracional y esperar que no me dé esperanzas, Valentina —respondió en tono bajo, con la cara peligrosamente cerca de la mía.

—No tuve un ataque de celos —gruñí, mintiendo—.

Los labios de Enrico se torcieron en una sonrisa.

—Claro que no, esposa. —Retrocedió un paso, devolviéndome mi espacio personal—. Volvamos —repitió, extendiendo la mano hacia la mía y entrelazando nuestros dedos—. Y esta vez, haznos un favor a los dos. —Se inclinó y bajó la voz a un susurro—. No te separes de mí.

—¡Eres tan molesto! —acusé, apartando la mano para separar mis dedos de los suyos, pero él no me dejó.

—Y tú eres hermosa —replicó de inmediato—. Eres aún más hermosa cuando estás celosa. He perdido la cuenta de las veces que te lo he dicho.

La intensidad de su mirada me dejó congelada. No pude abrir la boca. Enrico tiró ligeramente de mi brazo y, obligada, caminé a su lado; permanecí en silencio, sin confiar en que mi voz no fallara.

El resto del acto escolar de Clara pasó como un borrón. Enrico cumplió su promesa y permaneció a mi lado todo el tiempo, sin separar sus dedos de los míos. Su presencia era inquietante; su olor, embriagador; su mirada me hacía hervir el cuerpo. La conciencia de la imagen que proyectábamos me alarmaba.

Cuando por fin subimos al coche para volver a casa, casi me arrodillé y di gracias en silencio: Clara se durmió en los primeros cinco minutos, dejándonos solos a su padre y a mí, sumidos en un tenso silencio que palpitaba junto con los latidos de mi corazón.

Enrico llevó a Clara a su habitación en cuanto llegamos y yo fui directa a la cocina por un vaso de agua. No tardé en sentir su presencia detrás de mí. Me di la vuelta; sus ojos brillaban con algo cercano a la victoria, su rostro mostraba una expresión satisfecha, casi arrogante, que sólo aumentó mi irritación.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Dio un paso adelante y me acorraló contra la encimera de la cocina.

—¿Estás enfadada porque me he dado cuenta de que estás celosa o porque te has dado cuenta de que estás celosa de mí, Valentina?

Respiré hondo y entrecerré los ojos, decidida a no darle la satisfacción de mi confesión.

—Te dije que no soy celosa, Enrico. Deja de insistir.

Levantó la mano y apartó un mechón de mi rostro con un roce que me provocó un violento escalofrío.

—Puedes repetirlo tantas veces como quieras, pero no cambiará lo que pasó allí. Vi exactamente cómo me mirabas.

—¿Y cómo te he mirado? —desafié, levantando la barbilla con una chulería que en realidad no sentía.

—Como si estuviera dispuesto a arrancarle los ojos a esa mujer —se burló, inclinándose más, con su aliento rozándome la mejilla—. Como si yo fuera tuyo, y solo tuyo.

Mi corazón se aceleró. La ira creció, irracional, mezclándose con la atracción que intentaba ignorar.

—Eres muy engreído —murmuré, intentando apartarme, pero él no me dejó; apoyó las manos en la encimera y me mantuvo atrapada entre sus fuertes brazos.

—Puede que sí —aceptó con calma, la voz baja y ronca—. Pero sólo porque acabas de darme la seguridad que necesitaba.

—¿Qué certeza? —pregunté, con voz temblorosa.

—Que sigues sintiendo algo por mí —respondió, acercándose hasta que nuestros cuerpos casi se tocaron—. Y eso me hace feliz. Más feliz de lo que puedas imaginar.

Mis manos se posaron sobre su pecho en un vano intento de alejarlo; el calor de su cuerpo bajo mis manos me volvía loca.

—Lo siento —susurré con dificultad—. Odio.

Enrico sonrió ampliamente.

—Me odias todo lo que quieres. Me maldices. Me golpeas.

—¿Quieres que te pegue? —pregunté, medio en broma, medio en serio.

—Quiero que me perdones, y si golpear es el primer paso, puedes empezar.

—¡Estás loco!

—¿Ah, sí? —me desafió, con los labios peligrosamente cerca de los míos—. Entonces dime que pare, Valentina. Dímelo ahora… o te beso.

Abrí la boca para hablar, para exigirle que se fuera, pero las palabras murieron en mis labios. No pude decir nada; me quedé allí, inmóvil, mirándolo fijamente, atrapada en aquel momento intenso e insoportable.

—Eso es lo que pensaba —murmuró.

Y antes de que pudiera reaccionar, sus labios se encontraron con los míos en un beso arrollador, caliente, urgente.

Fue como si el mundo entero se detuviera. Todas las barreras que había construido con tanto esfuerzo se derrumbaron al instante, dejando solo el deseo, el resentimiento y una necesidad desesperada de él.

Mis manos, que antes intentaban apartarlo, ahora se aferraban a su camisa, acercándolo más, profundizando el beso. Enrico me sujetaba la cintura con fuerza, apretándome contra él mientras nuestras respiraciones se mezclaban, rápidas, hambrientas.

Ya no había razón, ni lógica, ni restos de la barrera que había intentado levantar entre nosotros. En el momento en que nuestros labios se fundieron, todo mi cuerpo estalló en llamas.

El beso fue cálido, voraz, devastador. Su boca encajaba perfectamente con la mía, moldeándose con una urgencia casi desesperada que me hizo temblar. Sus manos se deslizaron por mi espalda, apretándome de forma posesiva, exigiendo una cercanía aún mayor.

El corazón me golpeaba en el pecho, fuera de ritmo, mientras separaba instintivamente los labios, dejándole profundizar el beso. Su lengua encontró la mía en una danza intensa, electrizante, que me dejó sin aliento.

Mis dedos subieron, se enredaron en su cabello, tirando de él con una necesidad que rozaba la locura. Quería sentirlo, saborearlo, absorberlo. Quería borrar cada herida, cada dolor, cada instante en que me había obligado a alejarme.

Enrico deslizó las manos por mi espalda, alineando su cuerpo con el mío. Pude sentir cada músculo, cada centímetro de aquel hombre al que odiaba desear con tanta fuerza. Sus dedos me sujetaban con una desesperación que me hacía perder el sentido del tiempo.

Interrumpió el beso apenas un segundo, lo justo para atrapar mi labio inferior entre sus dientes y morderlo con suavidad. Un gemido bajo e involuntario escapó de mis labios. El placer subió por mi columna como un fuego lento, dejándome completamente rendida y vulnerable ante el hombre al que había jurado no volver a desear.

—Dios mío, Valentina —gimió contra mi boca, ronco, intenso, antes de besarme de nuevo con más hambre, como si yo fuera su única fuente de aire.

Las piernas me flaquearon; tuve que apoyarme en él para no caer. Cada movimiento, cada roce, cada apretón de sus manos me quemaba, me marcaba de una forma que sabía que jamás podría borrar.

Y en ese instante supe, con una claridad aterradora, que nunca había dejado de ser suya. Por mucho que lo negara, mi cuerpo, mi alma y mi corazón seguían perteneciendo a Enrico Ferrara de un modo visceral, doloroso, inevitable.

Y por eso necesitaba detenerlo de inmediato, antes de que fuera demasiado tarde.

Excepto que no podía.

54. ENRICO FERRARA

Sabía que aquello no debería estar ocurriendo.

Lo sabía con toda la razón que aún conservaba, pero esta desapareció en el mismo instante en que mis labios rozaron los de Valentina.

El beso había demolido cualquier rastro de control, desarmando todas mis defensas, todas las promesas que me había hecho durante los interminables años lejos de ella, y durante los meses transcurridos desde nuestro reencuentro.

Valentina era puro fuego. Mi cuerpo ardía con cada una de sus caricias, con cada gemido ahogado contra mi boca, con cada pequeño tirón de pelo que me daba, exigiendo más, reclamando todo lo que había contenido y reprimido durante años.

—Enrico… —susurró contra mis labios con voz dulce y jadeante, mezclando mi nombre con una súplica irresistible que tensó cada músculo de mi cuerpo por el deseo—. No deberíamos… pero ya no sé cómo resistirme.

El corazón me golpeaba en el pecho con una intensidad casi dolorosa. La deseaba con locura, estaba hambriento de aquella mujer. La necesitaba con una urgencia que rozaba la desesperación.

Cinco años.

Cinco años enteros viviendo en un tormento constante de anhelo, deseo y culpa. Cinco años sin tocar a ninguna otra mujer, porque ninguna podría jamás compararse al efecto devastador que Valentina siempre había ejercido sobre mí.

—No sabes cuánto te he echado de menos —murmuré, presionándola aún más contra la encimera de la cocina, encajando mi cuerpo con el suyo sin dejar ni un solo milímetro entre nosotros —. Dime que está mal… que me odias… que ya no hay sitio para mí entre tus piernas. Porque si no lo haces, Valentina, voy a follarte hasta borrar el pasado.

Ella suspiró profundamente, sus labios temblaron mientras sus manos se deslizaban por mis hombros, aferrándose con fuerza, buscando estabilidad.

—Enrico… no podemos…

Ignoré su débil resistencia y rocé suavemente su cuello con mis labios, mordiendo la piel sensible bajo su oreja. Su cuerpo se estremeció contra el mío, arrancándome un gemido profundo y delicioso.

—Claro que podemos —dije con voz baja y ronca contra su piel, moviendo mis manos posesivamente alrededor de su cintura y apretando sus caderas contra las mías—. Lo necesitamos. Lo necesitas tanto como yo, Valentina. No lo niegues ahora.

Antes de que pudiera objetar de nuevo, capturé sus labios en otro beso devastador, acabando con cualquier resistencia que aún pudiera tener.

Todo mi cuerpo vibraba de excitación, mi erección presionaba contra ella, revelándole exactamente cuánto la deseaba. Lo desesperado que estaba por ella.

—Eso es cruel, Enrico. Me haces sentirlo todo de nuevo como si nada hubiera pasado.

—Puedes huir de mi nombre, Val… pero tu cuerpo sigue llamándome igual. No quiero parar —confesé contra sus labios, las palabras saliendo en un tono que mezclaba urgencia, pasión y desesperación—. Cinco años, Valentina. Cinco años sin ninguna otra mujer, ninguna. Eres la única que quiero, la que siempre he querido.

Se detuvo un instante. Sus ojos se encontraron con los míos mostrando sorpresa, incredulidad y algo más profundo e intenso. Un brillo emocional cruzó sus iris oscuros.

—¿Tú… no has tenido a nadie? —murmuró, todavía respirando con dificultad, la sorpresa evidente en su voz.

Negué con la cabeza, deslizando mis dedos suavemente por su mejilla antes de dibujar en mis labios una sonrisa maliciosa y

provocadora.

—A nadie. No podría aunque quisiera. Arruinaste cualquier oportunidad que pudiera haber tenido con otra mujer. Nadie más me satisface, nadie más me vuelve loco como tú. ¿Quieres que pare, Valentina? Porque si sigo… ya no habrá vuelta atrás.

Me miró con las pupilas dilatadas durante lo que me pareció una eternidad.

—Entonces, para —ordenó con palabras que su cuerpo claramente desmentía.

—Mentí. No voy a poder hacerlo.

Valentina se mordió el labio inferior, estremeciéndose contra mí, y ya no pude resistirme más. Mis manos bajaron lentamente, deslizándose bajo su vestido, tocando directamente su piel cálida y suave mientras susurraba en su oído:

—Y ahora, Valentina, por fin podré saciar este hambre. Eres mía, y voy a demostrártelo de todas las maneras posibles. Voy a lamer cada centímetro de tu cuerpo hasta hacerte olvidar tu propio nombre.

El gemido ronco de Valentina fue todo lo que necesité oír para perder cualquier vestigio de autocontrol que aún me quedara.

Mis manos exploraron con avidez cada curva de su cuerpo, deleitándome con la suavidad cálida de su piel. Era tan perfecta, tan familiar y, al mismo tiempo, tan diferente. El tiempo la había moldeado de un modo irresistible, haciendo que cada una de mis caricias fuera aún más urgente e intensa.

Agarré con firmeza la parte posterior de sus muslos y la levanté con facilidad, sentándola sobre la fría encimera de la cocina. El vestido subió inmediatamente, dejando al descubierto sus provocadoras piernas y el delicado encaje negro de las braguitas que llevaba.

Mi corazón casi explotó de deseo al verla, mi respiración se agitó mientras separaba lentamente sus muslos, colocándome entre ellos.

Valentina me miraba con ojos oscuros de deseo e incertidumbre, su pecho subía y bajaba rápidamente. Sin apartar la vista de ella, deslicé las manos por el interior de sus muslos, acercándome lentamente con los dedos al punto más sensible entre ellos.

Jadeó con fuerza y sus ojos se cerraron instintivamente al sentir el tacto suave y provocador de mis dedos sobre sus braguitas húmedas.

—Mírame, Valentina —le susurré con voz firme y ronca, exigiendo que me mirara directamente a los ojos. Cuando volvió a abrirlos, sonreí lentamente, presionando mis dedos contra su coño a través de la fina tela de sus braguitas, notando lo excitada que estaba—. Quiero mirarte a los ojos mientras gimes mi nombre.

Ella tragó saliva, estremeciéndose bajo mis caricias mientras su respiración se volvía más rápida e irregular. Deslicé la mano dentro de sus braguitas, sintiendo directamente la cálida humedad que emanaba de su cuerpo, la piel sensible e hinchada que me volvía completamente loco.

—Joder, estás tan mojada, Valentina… —susurré, rozando mis dedos lentamente por toda su entrada, provocándola sin prisas y sintiendo cómo se estremecía contra mi mano—. ¿Todo esto es por mí?

—Sabes que sí —gimió ella, apretando con fuerza mis hombros y clavando las uñas en mi piel mientras yo seguía estimulándola.

Con una sonrisa satisfecha, me agaché lentamente, manteniendo el contacto visual mientras apartaba delicadamente sus braguitas. Su mirada era una mezcla de deseo y sorpresa, la expectación brillaba en sus ojos mientras acercaba mis labios a su coño, dejándome envolver por completo por su aroma dulce y excitante.

—Eres mi adicción, Valentina… Y ahora pienso usar mi boca hasta que sufras una sobredosis.

—Enrico… —suspiró Valentina, casi suplicante, arqueando ligeramente las caderas hacia mí.

—Tranquila, amore mio —murmuré contra su piel sensible, rozando su clítoris suavemente con los labios y arrancándole un gemido agudo y delicioso—. Quiero disfrutar de cada parte de ti. Voy a lamerte hasta que me ruegues por más.

Antes de que pudiera responder, deslicé mi lengua despacio, burlona, desde la base hasta su clítoris, disfrutando cada temblor, cada espasmo involuntario que recorría el cuerpo de Valentina bajo mi contacto.

La cálida y suave presión de mi boca sobre su punto más sensible le arrancó un gemido profundo e incontrolado que resonó deliciosamente en la cocina. Sujeté firmemente sus muslos, manteniéndola abierta y expuesta para mí mientras la lamía con ansia, explorando cada detalle, cada reacción, saboreando cada centímetro de ella.

El sabor dulce y único de Valentina era embriagador, adictivo, y cuanto más la saboreaba, más la deseaba. Ella se retorcía, gimiendo en voz alta, incapaz de contener los espasmos que la recorrían por completo a medida que intensificaba mis caricias.

Mis manos bajaron aún más, sujetando firmemente sus caderas, inmovilizándola suavemente mientras se rendía totalmente a mi control. Cuando noté que estaba a punto de alcanzar su límite, me aparté ligeramente, levantando la mirada para encontrarme con sus ojos, ahora vidriosos por el deseo y la desesperación.

—Por favor, no pares ahora —suplicó con voz débil, casi llorosa de necesidad.

Sonreí con picardía, sintiendo cómo mi propio deseo crecía aún más con aquella súplica.

—No pienso parar, me encanta verte así. Quiero sentir cómo te corres en mi boca. Y después te follaré hasta que olvides tu propio nombre.

Sin esperar una respuesta, volví a lamerla y chuparla con mayor intensidad, atrapando su clítoris casi con agresividad, empujándola

rápidamente hacia el clímax.

Sus manos se agarraron a mi pelo con fuerza, sus piernas temblaron violentamente alrededor de mis hombros mientras gritaba mi nombre, perdiendo totalmente el control y entregándose al placer devastador que le proporcionaba.

Valentina se corrió contra mi lengua con un gemido fuerte y desesperado. Pero aquello solo era el comienzo de lo que planeaba hacerle esa noche.

Todavía temblaba contra mí, con la respiración acelerada e irregular, cuando me incorporé, contemplando su rostro ruborizado y sus ojos brillantes de placer. Su pecho subía y bajaba rápidamente, y sus labios se entreabrían mientras intentaba recuperar el aliento.

—No sabes cuánto tiempo he esperado esto, Val —murmuré con voz ronca, mientras mis dedos acariciaban suavemente la piel cálida y húmeda de sus muslos—. No imaginas cuántas veces he pensado en ti, cuántas veces he soñado con volver a tenerte así en mi boca. Esto fue solo el comienzo. Tengo cinco años de deseo acumulado para desquitarme contigo.

Ella se mordió el labio inferior, mirándome intensamente mientras deslizaba las manos por mi pecho hasta la cintura de mis pantalones con una urgencia desesperada.

—Entonces no me hagas esperar más —susurró, bajando lentamente la cremallera de mis vaqueros con una sonrisa desafiante —. Demuéstrame cuánto me necesitas.

Su voz dulce y provocadora casi me hizo perder completamente el control. Sentí cómo la cálida mano de Valentina rodeaba mi polla, ahora rígida y palpitante de deseo, arrancándome un gemido ronco de satisfacción.

Sentir sus dedos acariciándome por primera vez en años fue indescriptible: una descarga de placer y alivio absoluto, como si al fin hubiera recuperado algo esencial que había perdido.

Con movimientos lentos y firmes comenzó a acariciarme, tocándome con una confianza y familiaridad que me enloquecía aún más.

Mis manos fueron directamente al borde inferior de su vestido, subiéndolo rápidamente y quitándoselo con urgencia. Su sujetador y sus braguitas desaparecieron con la misma rapidez. Me detuve por un instante para admirar la perfección del espectáculo frente a mí: Valentina, completamente desnuda sobre la encimera de la cocina, con la piel encendida de placer, las piernas abiertas y los ojos brillantes de excitación y anticipación.

—Eres lo más hermoso que he visto en mi vida —murmuré con absoluta sinceridad, deslizando una mano sobre sus pechos, apretando suavemente y sintiendo sus pezones duros contra mi palma—. Nunca he podido olvidar lo perfecta que eres, Valentina. Ninguna otra mujer podría jamás compararse contigo.

Tragó saliva, su mirada intensa se clavó en la mía mientras abría más las piernas, invitándome a entrar, provocándome aún más.
Sin poder esperar ni un segundo más, me coloqué entre sus muslos abiertos, deslizando lentamente la punta de mi polla a lo largo de su húmeda entrada, extendiendo aún más su deliciosa humedad.

—Todavía me encajas como antes. Como si mi cuerpo te hubiera estado esperando todo este tiempo. —Joder... tu cuerpo aún me reconoce, Val. ¿Y el mío? El mío nunca olvidó el camino a casa.

Valentina arqueó las caderas, ofreciéndose por completo, rogándome en silencio que la llenara, que la tomara entera.
No pensaba decepcionarla.

Sujetando firmemente sus caderas, la penetré despacio, sintiendo la deliciosa resistencia de su cuerpo cálido y apretado, envolviendo cada centímetro de mí con una presión enloquecedora y perfecta.

—Valentina... —gemí con voz ronca, cerrando los ojos un momento para absorber aquella sensación abrumadora—. Estás tan apretada... tan deliciosa...

Ella me clavó las uñas en los hombros, y sus labios se abrieron en un gemido fuerte y delicioso cuando empecé a moverme dentro de ella.

La sensación era indescriptible: caliente, húmeda, tensa, exactamente como la recordaba. Justo como siempre había deseado volver a sentirla.

Cada movimiento de mis caderas era una mezcla de anhelo, desesperación y placer absoluto. Empujé profundamente, llenándola por completo, sintiendo cómo su cuerpo se tensaba deliciosamente a mi alrededor, acogiéndome como si hubiera sido hecho solo para ella.

Nuestros labios se encontraron en un beso intenso y devorador mientras la follaba sin contención, entregándome por completo a la mujer que era, y siempre sería, la dueña de mis deseos y de mi alma.

Jadeó, gimiendo mi nombre, arqueándose contra mí, recibiendo cada embestida, cada golpe firme y profundo. El sonido de nuestras respiraciones entrecortadas, de nuestros cuerpos chocando con urgencia, llenó la cocina, alimentando el calor y el deseo que nos consumían.

La abracé con más fuerza, acelerando el ritmo, empujando dentro de ella con una intensidad creciente e implacable, escuchando sus gemidos cada vez más altos y desesperados.
Valentina me rodeó la cintura con las piernas, arañando mi espalda, exigiendo más, pidiéndome que no parara.

—Así, Enrico... por favor, más fuerte... —suplicaba, completamente perdida en el placer, temblando bajo mi cuerpo.

Sonreí con perversidad, apoyando mi frente contra la suya mientras aumentaba el ritmo, cada embestida arrancándole un grito profundo, incontrolable. Se entregaba sin reservas, completamente abierta, completamente mía.

—Te vas a correr otra vez, Valentina —le susurré al oído, mi voz cargada de placer y promesas—. Esta vez va a ser conmigo dentro. Quiero sentir cómo te corres conmigo, cuánto me deseas, cuánto has sido siempre mía.

Mis palabras tuvieron el efecto exacto que buscaba. Valentina se apretó aún más a mi alrededor, su cuerpo se contrajo con violencia al alcanzar otro orgasmo devastador, gritando mi nombre sin pudor ni contención.

Y cuando sentí su cuerpo temblar, apretándome con esa presión deliciosa y casi insoportable, supe con absoluta certeza que ya no había vuelta atrás. Esa mujer era mi condena y mi salvación, y jamás volvería a renunciar a ella.

Ya no controlaba mis movimientos. Mi mente estaba dominada por una sola necesidad primitiva: hacer que Valentina se corriera conmigo, ahora, de la forma más intensa y profunda posible.

Mis caderas se movían con fuerza contra las suyas, mis manos apretaban sus muslos con posesividad mientras sentía cómo el orgasmo crecía dentro de mí, incontrolable, devastador.
El calor abrasador acumulado durante cinco años sin poder tocarla estalló por fin en mi interior, consumiéndome por completo.

—Mírame, Val —gruñí con voz ronca y entrecortada, mi respiración agitada y el cuerpo ardiendo de lujuria—. Quiero ver tu cara cuando te corras conmigo.

Abrió los ojos lentamente, vidriosos y brillantes, mirándome con una intensidad abrumadora que me hizo perder la razón.
Su gemido se transformó en un grito cuando alcanzó el clímax, apretándose a mi alrededor con tanta fuerza que me arrastró consigo al límite.

—Me voy a correr contigo... joder... —gruñí, sintiendo cómo el placer explotaba dentro de mí con una violencia que jamás había experimentado.

El orgasmo fue brutal, intenso, devastador. El placer me recorrió en oleadas mientras mi cuerpo se estremecía y mi polla palpitaba con fuerza, derramando todo dentro de ella, llenándola por completo.

Valentina gritó mi nombre, sus dedos se hundieron en mi espalda mientras nos abrazábamos, intentando no desplomarnos bajo la fuerza del placer que nos consumía.

Durante varios segundos permanecimos así, abrazados, jadeando, intentando recuperar el control sobre nuestros cuerpos temblorosos.

—Joder, Val... me corrí como si fuera la primera vez. Y, hostia... ha sido mejor de lo que jamás imaginé. Tocarte otra vez es como volver a casa... y darme cuenta de que siempre he vivido dentro de ti.

Mi corazón latía desbocado, la respiración irregular, mientras contemplaba su rostro sonrojado y saciado. Una sonrisa se dibujó en mis labios cuando la sujeté por la cintura, levantándola fácilmente de la encimera y apoyándola contra mi pecho.

Jadeó sorprendida, rodeándome el cuello por instinto, con los ojos aún abiertos por la confusión y el deseo, mientras comenzaba a subir las escaleras.

—Enrico... ¿qué haces? —preguntó con voz ronca, entre la curiosidad y la rendición.

Mi sonrisa se amplió con una peligrosa mezcla de deseo y diversión.

—Llevarte a mi cama. Tengo que recuperar cinco años de echarte de menos, y eso me llevará un buen rato —prometí, deteniéndome un instante para apretarla contra mí mientras subía los escalones—. Aún no he terminado contigo, Valentina. En realidad, acabo de empezar. Si mañana quieres volver a odiarme, está bien. Pero esta noche... no me importa si me amas o me odias, Valentina. Voy a hacer que te corras hasta que no quede espacio para sentir nada más.

55. VALENTINA FERRARA

Abrí los ojos lentamente, aún con el cuerpo entumecido por el sueño, los músculos doloridos y esa deliciosa sensación de cansancio que solo deja una noche intensa.

Instintivamente miré el reloj que había junto a la cama: las seis y media de la mañana. Aunque era sábado, mi cuerpo ya se había acostumbrado a la rutina de despertarse siempre a la misma hora.

Y aunque aún estaba confusa por el sueño, no tardé ni un segundo en darme cuenta de que no estaba en mi habitación. Lo sabía.

Esa no era mi cama, ni mi almohada. Y, sobre todo, ese calor acogedor y envolvente que me rodeaba no provenía únicamente de las sábanas.

Enrico.

Una oleada de consciencia y calidez recorrió todo mi cuerpo, haciendo que el corazón se me acelerara al instante. Estaba allí, rodeándome, con su cuerpo fuerte y cálido pegado al mío en todos los lugares posibles.

Su pierna se entrelazaba con la mía, su brazo firme me sujetaba por la cintura, su respiración profunda acariciaba suavemente mi nuca.

Sentía cada centímetro de su cuerpo desnudo contra el mío, mientras el recuerdo inmediato de la noche anterior me golpeaba con una fuerza devastadora.

Volví a cerrar los ojos, estremeciéndome al revivir con inquietante claridad cada caricia, cada beso, cada movimiento suyo sobre mí... dentro de mí.

La intensa y perfecta sensación de sentirlo llenándome, su voz ronca susurrando mi nombre mientras me poseía, la manera en que

cada una de mis células respondía a su toque como si solo le perteneciera a él.

Por unos instantes, me permití disfrutar del recuerdo prohibido de pertenecerle de nuevo a Enrico. Un placer secreto, una plenitud absoluta que hacía años no sentía.

Pero esa peligrosa satisfacción no duró mucho. Una oleada fría y sofocante me invadió de golpe, el pánico se instaló sin compasión en mi pecho, borrando de inmediato cualquier resto de placer o felicidad.

Lo que habíamos hecho estaba mal. Era una locura. No debía haber ocurrido y, sobre todo, no podía repetirse. Nunca más.

Mi corazón se aceleró aún más, la desesperación crecía con rapidez mientras intentaba idear una forma de salir de la cama sin despertarlo.

Necesitaba alejarme de allí, recuperar la cordura, volver a la realidad en la que no existía espacio para la mujer que aún podía entregarse a Enrico Ferrara.

Respiré hondo, preparándome para deslizarme con cuidado fuera de sus brazos, cuando sentí los labios cálidos de Enrico rozar suavemente mi piel, justo en la mejilla. Todo mi cuerpo se paralizó, incapaz de moverme, mientras una sonrisa de satisfacción se dibujaba en mi piel.

Entonces, en un tono ronco y aún adormecido, su voz me envolvió con una intimidad sobrecogedora que hizo que el corazón me diera un vuelco.

—Buenos días, amor.

—No me llames así… —murmuré débilmente, intentando desesperadamente ocultar el temblor que esas tres simples palabras habían provocado en mi precario equilibrio.

Enrico soltó una breve risa junto a mi oído; un sonido bajo, cálido y perversamente divertido, como si mi resistencia no significara nada.

Sus labios descendieron por mi cuello, dejando un estremecedor rastro de besos suaves sobre mi piel sensible.

—¿No puedo llamarte amor? —bromeó, con la voz ronca y arrastrada que hizo que mi corazón golpeara violentamente dentro del pecho—. Qué raro. Anoche parecías muy cómoda con ello.

Temblé, y cada músculo de mi cuerpo reaccionó al instante ante su toque y su provocación, incapaz de ocultar la respuesta inmediata que despertaba en mí.

—Lo de anoche fue un error, Enrico —dije rápidamente, intentando sonar firme, pero fracasando mientras su mano se deslizaba por mi costado, explorando cada curva como si fuera un tesoro.

Volvió a sonreír contra mi cuello, claramente divertido ante mi débil intento de huir.

—¿Un error, Valentina? —Su voz sonaba dulce, irónica, mientras sus dedos cálidos ascendían hasta mi pecho, acariciando con suavidad el pezón ya endurecido, arrancándome un gemido ahogado que intenté reprimir—. Un error no sabría tan dulce como sigues sabiendo en mi boca. No te creo. Y tu cuerpo tampoco.

—Enrico… esto no puede volver a pasar —insistí con voz temblorosa, mientras mi mente luchaba inútilmente contra un cuerpo que solo quería más de él, más contacto, más calor.

Él levantó la cabeza y sus ojos oscuros se clavaron en los míos. La sonrisa divertida seguía en sus labios cuando acercó su rostro al mío.

—No pareces muy convencida —susurró, presionando sus labios contra los míos, robándome el aire y cualquier resto de fuerza de voluntad.

Su boca se movía con una ternura devastadora, como si tuviera todo el tiempo del mundo para explorarme.

Podía sentirlo satisfecho, seguro de mi rendición, mientras mi resistencia se disolvía lentamente, sustituida por la absurda

necesidad de seguir sintiéndolo.

Mi mente gritaba, rogándome que lo apartara, que huyera de ese hombre capaz de destruir todas mis defensas. Pero mi cuerpo tenía otros planes.

Mis manos subieron por su espalda ancha y firme, tirando de él hacia mí, y mis dedos se enredaron en su cabello oscuro en un gesto posesivo que no pude controlar.

Un leve gemido escapó de mis labios cuando su lengua rozó la mía, derritiéndome por completo, la mente en blanco mientras me rendía al beso.

—¿Lo ves? —murmuró con absoluta satisfacción al separarse brevemente, la voz baja y ronca de placer mientras me observaba con esos ojos intensos y provocadores—. Ya hemos perdido demasiado tiempo haciéndonos daño, amor. Demasiado —repitió, rozando mi mejilla con la punta de su nariz.

—Enrico, yo...

Giró la cabeza, alineando nuestras miradas.

—Sé que nunca te mereceré, que nunca seré digno de llamarte mía... pero soy demasiado egoísta para no aprovecharme de que a tu cuerpo no le importa —me interrumpió, sujetándome la barbilla con la mano y obligándome a mantenerle la mirada.

—Te quiero, Valentina —declaró sin rodeos, y en mi pecho se desató el caos absoluto—. Cada día lejos de ti era como caminar hacia la muerte. Reencontrarte, volver a verte, conocer a nuestra hija... ha sido como respirar después de haber estado sumergido durante casi media década. No tengo derecho a pedirte que no me quites eso, pero voy a hacerlo igualmente. ¿Me darás una oportunidad? Solo quiero eso, una oportunidad. No tienes que amarme. No tienes que perdonarme ni confiar en mí. Solo déjame demostrarte que aún puedo hacerte feliz.

Las palabras de Enrico atravesaron mi piel como una corriente eléctrica, instalándose en mi pecho como una tormenta repentina,

arrancándome del sopor del placer. El corazón me dio un vuelco, mi respiración se volvió irregular y sentí que el caos me invadía por completo.

Dios mío. Eso no puede estar pasando. No así. No ahora. No después de todo.

Parpadeé varias veces, intentando recuperar la claridad, forzándome a respirar con normalidad mientras el "sí" me ardía en la lengua, a punto de escaparse sin permiso.

Pero tenía que ser racional. Tenía que recordar todo lo que había pasado, todas las razones por las que esto era una locura. Tenía que aferrarme desesperadamente a la razón antes de perderla por completo.

Con un esfuerzo monumental, aparté a Enrico con suavidad y me incorporé rápidamente, dejando que mis pies tocaran el suelo frío, que me devolvió de golpe a la realidad.

Empecé a caminar por la habitación, desnuda, temblando, intentando desesperadamente ordenar mis pensamientos y recuperar el control de mi cuerpo y mis emociones.

—Valentina... —Escuché la voz de Enrico, suave pero preocupada, mientras él también se levantaba de la cama y se acercaba a mí.

Mi corazón dio otra sacudida. Sabía que si me tocaba, desaparecería cualquier resto de racionalidad. Levanté la mano rápidamente, deteniéndolo antes de que pudiera acercarse más.

—No, Enrico. Por favor, no te acerques. —Mi voz salió baja, casi suplicante, mientras lo miraba con seriedad—. Cada vez que me tocas, olvido por qué estoy enfadada.

Y eso me asusta más que cualquier traición. Si me tocas ahora, perderé la poca cordura que me queda. Y la necesito. La necesito de verdad.

Dudó, pero respetó mi petición. La sonrisa confiada y burlona desapareció de su rostro, reemplazada por una expresión seria y contenida.

—Amor... —empezó, pero cerré los ojos de inmediato, soltando una larga exhalación mientras intentaba mantener la compostura.

Cuando los abrí, lo miré directamente, con la sinceridad más dolorosa que fui capaz de reunir.

—Por favor, no me llames así —le pedí en voz baja, con una firmeza suave pero inquebrantable—. No lo hagas, porque parece que las cosas han cambiado, y no es cierto. Nada ha cambiado, Enrico. Lo que pasó entre nosotros no borra lo que me hiciste.

Su rostro perdió por completo el brillo divertido de minutos antes. Poco a poco, pareció comprender que el hechizo del deseo se había roto, dejándome lúcida, consciente... despierta. Respiró hondo, y su postura se endureció mientras sus ojos reflejaban el impacto de mis palabras.

—Valentina, sé que aún tenemos mucho que resolver, pero...

—¿De verdad crees que es tan fácil? —lo interrumpí con incredulidad—. ¿Que puedes pedirme una oportunidad así, sin más? ¿Sin que te perdone, sin que te quiera, sin que confíe en ti? Eso no existe, Enrico. No puedes pedirme una oportunidad sin esas cosas.

Tragó saliva, visiblemente afectado, como si por fin entendiera la magnitud de mi resistencia... y de mi miedo.

—Valentina, estoy dispuesto a esperar lo que haga falta —dijo con la mirada fija en mí, intensa y decidida—. No me importa el tiempo. Solo quiero intentar arreglarlo. Que lo intentemos.

Una risa amarga se me escapó de la garganta. Negué lentamente con la cabeza, sintiendo las lágrimas picarme en los ojos. Crucé los brazos sobre el pecho, buscando desesperadamente fuerzas para decir lo que tenía que decir.

—No podemos arreglarlo, Enrico —dije, derrotada, porque era la verdad—. No puedo arreglarlo. Aún me duele. Incluso después de todo... todavía duele mirarte y recordar lo que podríamos haber sido. No pasa un solo día sin que me despierte odiándome por haberte perdido... y sabiendo que fui yo quien te dejó ir.

—Y que te sientas así no cambia nada —añadí, la voz quebrándose—. Ojalá esa noche... ojalá lo nuestro hubiera sido suficiente. Pero no lo fue. Puedes recorrer cada centímetro de mi cuerpo, deshacerme, hacerme gritar tu nombre mil veces... y aun así no cambiará nada. Porque no importa que seas el dueño de mi placer, nunca volveré a entregarme del todo. Ni a ti. Ni a nadie. No otra vez.No podría sobrevivir a eso dos veces.

Me encogí ligeramente al escuchar mis propias palabras. Mi piel no era lo único que había quedado expuesto en aquel momento.

—No digas eso, Val… —suplicó Enrico, desviando brevemente la mirada. Cuando volvió a mirarme, la tristeza profunda de su rostro terminó de romper mi corazón en pedazos aún más pequeños—. Yo… no podría soportar saber que soy culpable de algo así. Necesito intentar arreglarlo. Por favor, Valentina —insistió—. Sé que no será fácil, pero…

—No es solo que no sea fácil, Enrico —lo interrumpí rápidamente, con la voz cargada de emociones reprimidas y dolor acumulado—. Es que es imposible.

Se quedó completamente inmóvil, asimilando mi negativa con una expresión seria y sombría.

—No puedo hacer ninguna de esas cosas —confesé con la voz débil y temblorosa, sobrepasada por la emoción—. Por mucho que quiera creerte, por mucho que desee olvidarlo todo, no puedo, Enrico. Me rompiste el corazón, destrozaste mi vida. No puedo simplemente ignorarlo y fingir que podemos empezar de nuevo.

Un silencio pesado y sofocante se instaló entre nosotros. Permanecimos allí, inmóviles, mirándonos fijamente, mientras el espacio que nos separaba se llenaba de sentimientos, dolor, deseo y todas aquellas palabras nunca dichas que aún estaban entre los dos.

Un ruido fuerte e insistente hizo que nos sobresaltáramos al mismo tiempo, ni siquiera supe cuánto tiempo después. Alguien golpeaba con fuerza la puerta del dormitorio, cortando

abruptamente el denso silencio y arrastrándonos de vuelta a la realidad.

—¡Enrico, despierta de una puta vez! —La voz familiar de André atravesó la pesada puerta de madera, impaciente—. ¡Tienes que levantarte ya!

Enrico respiró hondo, frotándose el rostro con fuerza mientras me lanzaba una rápida mirada llena de incomodidad. Aún desnudo, caminó apresuradamente hacia la puerta, pero no la abrió. En cambio, alzó la voz irritado:

—¡Ya estoy despierto! ¡Deja de gritar antes de que despiertes a Clara!

Los golpes cesaron de inmediato, reemplazados por un silencio tenso y confuso al otro lado de la puerta.

—Vale —respondió André, ya más tranquilo, aunque evidentemente sorprendido por la rápida reacción de su hermano—. Entonces abre, porque es importante.

Enrico miró en mi dirección, su rostro adoptando una expresión seria y preocupada.

—Espera un momento —le pidió a su hermano, antes de volverse hacia mí.

—Tengo que ver qué quiere —me explicó rápidamente en voz baja, mientras miraba alrededor y yo comenzaba a buscar mi ropa.

—Joder —murmuró Enrico, llevándose una mano al pelo cuando ambos nos dimos cuenta a la vez del problema.

Mi ropa estaba en la cocina.

Tragué saliva, sintiendo cómo la vergüenza me subía a la cara al recordar exactamente cómo habíamos empezado la noche anterior.

Enrico volvió a pasarse la mano por la cara, dejando escapar una risa corta y desconcertada al intercambiar una rápida mirada conmigo.

—¿Enrico? —llamó de nuevo André, aún confundido por la tardanza de su hermano en abrirle la puerta.

Enrico alzó rápidamente la voz, adoptando un tono más firme y despreocupado para dirigirse a su hermano.

—Espérame en el despacho, André. Bajo en unos minutos.

Hubo un breve silencio antes de escuchar la respuesta resignada de André.

—Vale, pero no tardes demasiado.

Los pasos de André se alejaron lentamente y el silencio volvió a dominar la habitación. Enrico y yo permanecimos allí, inmóviles, mirándonos fijamente en medio de una tensión insoportable, rodeados por el caos emocional que había dejado atrás una noche fuera de control.

56. ENRICO FERRARA

Mi cuerpo estaba sentado detrás del escritorio, pero mi cabeza seguía atrapada en otra habitación.

Más concretamente, en la cama que acababa de dejar.
En las sábanas que todavía olían a Valentina. En la mujer que, después de rendirse a mí con la misma fuerza con la que había prometido odiarme, se había marchado al amanecer vistiendo una de mis camisas como si fuera un recordatorio cruel de lo efímero que había sido todo.

Cada fibra de mí seguía vibrando con el recuerdo de su piel.
De sus suspiros contra mi boca. De la forma en que me había apartado esa mañana, con la misma determinación con que, horas antes, había buscado mi cuerpo.

André estaba frente a mí, hablando, pero su voz llegaba amortiguada, como si sonara desde muy lejos. Podía ver cómo se movían sus labios, cómo gesticulaba con las manos, pero mi mente seguía proyectando otra imagen: Valentina girándose entre mis brazos, su respiración desordenada, su espalda arqueada bajo mis manos. Era una tortura. Y me la merecía.

—¡Enrico! ¡Maldita sea, presta atención! —André golpeó la mesa con ambas manos, haciéndome volver bruscamente al presente.

Parpadeé, intentando enfocar su rostro.

—¿Qué has dicho? —pregunté, sabiendo que no había escuchado una sola palabra.

Mi hermano suspiró, frustrado.

—No has oído ni una palabra, ¿verdad?

Pasé una mano por el rostro, frotándome las sienes.

—No. Me perdí cuando mencionaste a Eloá. Y ya te lo he dicho: no quiero saber nada de ella.

—Pues tendrás que querer —replicó, cruzando los brazos con una firmeza que pocas veces mostraba—. Porque lo que está planeando no es opcional.

Enderecé la espalda, sintiendo la tensión acumularse en el pecho.

—¿Qué está haciendo ahora?

André se tomó un segundo antes de responder, como si buscara la mejor manera de decirlo.

—Piensa aprovechar el baile benéfico de la Fundación Caravaggio, mañana por la noche, para anunciar públicamente que va a presentar una demanda para obtener la custodia permanente de Clara.

El aire se me escapó de los pulmones.

—¿Qué?

—Pretende alegar que eres emocionalmente inestable y un peligro para el desarrollo de tu hija —continuó, la voz grave—. Que Valentina te manipula, que vives bajo su influencia, que ambos sois incapaces de criar a Clara en un entorno equilibrado. Dice tener pruebas, testigos, declaraciones firmadas…

Me levanté de golpe. El rugido que se formó en mi garganta apenas fue un murmullo.

—No… no puede hacer eso.

—Sabes que sí puede —replicó André, serio—. Y lo hará. No lo hace por amor a Clara, Enrico. Lo hace por controlarte. Para tenerte atado. Y, sobre todo, para destruir cualquier posibilidad de que tú y Valentina seáis una familia.

Cerré los ojos un segundo, intentando pensar, pero la furia me nublaba. Eloá siempre había sido capaz de cualquier cosa… pero esto superaba todos los límites.

—¿Ha hablado con alguien de la prensa? —pregunté, la voz baja, afilada.

—Todavía no. Pero ya lo ha preparado todo. Invitados, periodistas, aliados. Sabe que no ibas a asistir, y planea usar tu ausencia como prueba de "negligencia" y "desinterés". —André hizo las comillas con los dedos—. Es su manera de fabricar una narrativa.

Me llevé las manos al pelo, exhalando con fuerza.

—Entonces tengo que estar allí. En el maldito evento.

—Exacto —asintió mi hermano, inclinándose hacia mí—. Si apareces con Valentina, juntos, sólidos, desbaratarás su plan antes de que empiece. El objetivo es mostrar una familia unida, una pareja estable.

Un amargo escozor se apoderó de mi pecho. Valentina… después de lo que había pasado entre nosotros, convencerla de que se presentara conmigo en un evento social sería casi imposible.

—¿Cuándo? —pregunté finalmente, mi voz ya no era furiosa, sino gélida.

—Mañana por la noche —confirmó André—. Baile benéfico anual de la Fundación Caravaggio. Toda la élite paulista, cámaras, prensa, políticos… Eloá escogió el escenario perfecto para humillarte. Pero también nos da la oportunidad perfecta para detenerla.

Apoyé las manos sobre el escritorio y me quedé en silencio unos segundos, respirando hondo. Cada músculo de mi cuerpo dolía de contención.

—Entonces iremos —dije por fin, con una determinación que sonó casi como una amenaza—. Y te juro, André, que si intenta ponerle una sola mano encima a mi hija… no habrá tribunal que me detenga.

André respiró hondo, aliviado. Pero mientras empezaba a planear conmigo la mejor forma de actuar durante aquel acontecimiento, mi mente ya estaba completamente centrada en el reto más difícil que tenía por delante: convencer a Valentina de que se enfrentara a aquella batalla pública junto a mí, aunque tuviéramos que fingir la unión que ella aún no estaba preparada para aceptar.

Casi una hora más tarde salí de la oficina con la mente acelerada, pero sabiendo exactamente lo que tenía que hacer. La idea de enfrentarme a Valentina ahora, después de nuestra última conversación, con otra petición delicada y difícil, me llenaba de angustia; pero no tenía opciones y sabía que ella lo entendería.

La encontré sentada sola en la terraza trasera, con la mirada distante fija en el jardín. Parecía absorta en pensamientos tan profundos como los míos. Cuando oyó mis pasos, se dio la vuelta y sostuvo mi mirada con una mezcla de cautela y ansiedad.

—Tenemos que hablar —comencé con cuidado, tratando de mantener la voz firme y segura.

Respiró hondo; sus ojos oscuros me analizaron detenidamente antes de responder con un simple movimiento de cabeza.

—¿Malas noticias?

Me acerqué a ella y me senté a su lado, manteniendo una distancia prudencial pero lo bastante cerca para que su olor se infiltrara en mis fosas nasales y dominara mis sentidos.

—André me trajo una información preocupante. Eloá está planeando algo serio contra nosotros, Valentina...

—¿Nosotros? —me interrumpió, parpadeando varias veces—. ¿No solo tú? ¿Nosotros?

Asentí con la cabeza.

—Desgraciadamente, sí. Y quiero disculparme por ello de antemano.

Valentina se levantó y se pasó la mano por la frente, dejando que sus ojos recorrieran el paisaje durante unos instantes.

—No necesitas disculparte por las acciones de tu abuela, Enrico. Tú no eres ella. Nunca pensé lo contrario.

Su comentario no fue un reproche directo, pero me golpeó igual. Tenía razón: yo no la merecía. Nunca la merecería.

—Lo que planea Eloá implica directamente a Clara —dije, y Valentina volvió a mirarme. Sus ojos se abrieron de par en par antes de que terminara de explicárselo. Todo su cuerpo se puso rígido y el instinto de protección se activó de inmediato.

—¿Qué quieres decir con "algo contra Clara"? ¿Qué pretende hacer?

Respiré hondo. Odiaba ser el portador de esa noticia, sobre todo teniendo en cuenta todo lo que ya le había causado a Valentina.

—Pretende anunciar públicamente, en un acto benéfico en São Paulo, que va a emprender acciones legales para obtener la custodia permanente de Clara. Eloá pretende acusarnos de ser emocionalmente inestables y un riesgo para nuestra hija. Y, para reforzar esa narrativa, intentará pintarte como una persona que ha estado manipulándome emocionalmente desde que volví a Tiradentes.

Valentina permaneció inmóvil; su rostro palideció cuando la comprensión y el miedo se apoderaron de su expresión.

—¿Está... loca? ¡No puede hacer eso! —gritó, incrédula, con la voz alta y temblorosa—. No tiene motivos para nada de esto.

—Por supuesto que no, pero a Eloá no le importan los hechos. Le importa controlar la situación, destruir nuestra reputación e influir en la opinión pública antes incluso de que podamos defendernos.

Valentina empezó a caminar de un lado a otro, la respiración acelerada, esforzándose por asimilarlo todo.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? ¡No voy a dejar que amenace la estabilidad que acabamos de empezar a conseguir para Clara, Enrico! —su voz se alzó en un tono desesperado, cargado de angustia—. Mataré a tu abuela antes de permitir que eso ocurra.

Me levanté rápidamente y me acerqué a ella con cuidado, tocándole suavemente el brazo para calmarla, aunque sabía que cualquier contacto entre nosotros era ahora arriesgado.

—No va a suceder. No dejaré que suceda, Valentina. André se enteró a tiempo. Podemos impedir que Eloá tenga siquiera la oportunidad de llevar a cabo su plan.

Volvió a mirarme, cautelosa y llena de expectación, esperando que terminara.

—El plan de Eloá depende de nuestra ausencia en este evento. Utilizará nuestra ausencia como prueba de nuestra supuesta negligencia e irresponsabilidad. Por eso tenemos que ir juntos al acto. Tenemos que aparecer públicamente unidos. Demostrar a todos que somos una familia sólida y que las acusaciones que ella pretende hacer no tienen fundamento.

Valentina se volvió de nuevo, moviendo la cabeza en un claro gesto de rechazo y miedo.

—Enrico, no puedo. Apenas podemos mirarnos a los ojos sin que todo se vuelva un caos. ¿Cómo vamos a fingir ser una pareja sólida en público? No tiene sentido...

Respiré hondo.

—Sé lo difícil que es. También preferiría no tener que pedirte esto, sobre todo ahora, después de todo. Pero es por Clara, Valentina. Es por nuestra hija. La única manera de protegerla de esto es estar juntos en este evento. Si aparecemos allí, Eloá perderá inmediatamente toda credibilidad.

Se quedó quieta, respirando con dificultad, mirando al vacío mientras luchaba internamente con las emociones contradictorias que se apoderaban de ella.

— Por favor, Valentina —le pedí, ahora con voz más suave, tratando de llegar a ella con delicadeza—. No tienes que perdonarme ni confiar en mí ahora, y odio pedirte algo que sé que no tengo derecho a pedir. Pero… ¿me ayudarás a enfrentar esto? Solo por una noche, ¿podremos ser la familia que Clara se merece? Déjame demostrarle al mundo que sois lo más importante para mí, y que nada de lo que haga Eloá volverá a apartaros de mi vida.

Esperé en silencio, con el corazón acelerado, observando cómo Valentina asimilaba cada palabra con un dolor silencioso reflejado en su rostro. Finalmente, levantó la mirada y vi cómo poco a poco se iba resolviendo, a pesar de todo el conflicto interno.

— Bien, lo haré. Pero no confundas las cosas… —hizo una pausa, respiró hondo y continuó, firme y decidida—. Esto no es un "sí" para nosotros dos. No significa que esté lista para seguir adelante contigo. Lo hago solo por mi hija.

Asentí, respetando sus condiciones.

— Lo entiendo… y te lo agradezco de verdad.

Me observó unos segundos, más tranquila, aunque aún cautelosa. Luego apartó la mirada, fijándose brevemente en el jardín antes de volver a mí, con un brillo distinto en los ojos.

— He pasado las últimas horas pensando en todo esto —empezó lentamente, con un tono algo más ligero, aunque todavía serio—. Y he llegado a la conclusión de que, para que las cosas salgan bien, los dos tenemos que establecer algunas reglas.

Fruncí el ceño, mirándola con evidente escepticismo.

— ¿Reglas? —pregunté, sin poder contener una sonrisa irónica—. ¿De verdad crees que… reglas… son la solución a…? —Me interrumpí, negándome a referirme a nosotros como un problema—. ¿Que funcionará?

Entrecerró los ojos, molesta por mi tono, pero mantuvo una postura firme.

— Sí, reglas. Porque no quiero que vuelva a pasar lo de ayer. Y creo que estarás de acuerdo en que repetirlo solo empeoraría las cosas.

Suspiré profundamente. No, no estaba de acuerdo. Pero no lo diría, así que obligué a mi corazón rebelde a callar.

— Bien, te escucho. ¿Cuáles son exactamente esas reglas?

Valentina se cruzó de brazos, adoptando una expresión más segura, casi profesional, aunque noté el leve rubor que coloreaba sus mejillas al empezar a hablar.

— Primera regla: contacto físico limitado a lo estrictamente necesario. Nada de tocamientos innecesarios o prolongados. Nada que vaya más allá de la imagen pública que debemos mantener.

Asentí, esforzándome por no reír ante la formalidad con que lo decía.

— Entendido. No más toques de los necesarios.

— Segunda regla —prosiguió, alzando la barbilla con gesto obstinado—: mantengamos nuestras conversaciones personales al mínimo. Si tenemos que hablar del pasado o de algo delicado, solo lo haremos en presencia del terapeuta o cuando Clara no esté delante. Y siempre con la máxima objetividad.

Respiré hondo. Valentina había pensado en todo. Una parte de mí se entristeció al imaginar la distancia que imponía entre nosotros, pero otra entendía su necesidad de protegerse.

— Me parece sensato —acepté, aunque con cierta resistencia—. ¿Alguna otra norma?

Dudó, mordiéndose el labio inferior antes de continuar, incómoda pero decidida.

— Sí. La tercera y más importante: no visitaremos las habitaciones del otro. Bajo ninguna circunstancia. Sin excepciones.

Respiré hondo, entrecerrando los ojos mientras reprimía una sonrisa. ¿Tan poco confiaba en mí que ni siquiera podía pasar por su puerta? Quise recordarle que lo de anoche había empezado en la cocina, pero me callé.

— Habitaciones separadas. Entendido —acepté con fingida resignación—. ¿Y si rompo alguna de esas normas? ¿Habrá consecuencias?

Valentina puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

— No pongas a prueba mi paciencia, Enrico. Lo digo en serio.

Levanté las manos en gesto defensivo, aunque una sonrisa inevitable se dibujó en mis labios.

— Prometo esforzarme al máximo por cumplirlas, Valentina.

Suspiró, pero sus ojos permanecieron fijos en los míos durante lo que pareció una eternidad.

— Nueva regla —dijo de pronto—: no puedes mirarme así.

— ¿Así cómo?

— Como si… Como si… Da igual, solo no me mires así, ¡por Dios!

Reí suavemente.

— Aunque no tengo ni idea de a qué te refieres, prometo hacer un esfuerzo.

Valentina vaciló, pero no respondió. Sus ojos se deslizaron lentamente hasta mi boca. Vi cómo su respiración se volvía más rápida, cómo su pecho subía y bajaba con cierta descoordinación.

Un calor inesperado me recorrió el cuerpo al notar su mirada. Ella bajó los ojos, que ahora se desplazaban por mi torso casi de forma involuntaria. Su atención se detuvo en mis hombros, descendió por mis brazos hasta mis manos, y tragó saliva. La tensión volvió a envolvernos de inmediato.

De pronto, alzó la vista con expresión alarmada.

— Tú… tampoco puedes andar por casa sin camiseta —soltó con las mejillas intensamente sonrojadas.

Fruncí el ceño.

— ¿Cómo?

— Me has oído perfectamente —insistió, recomponiéndose rápido y alzando la barbilla con aire desafiante—. No andes sin camiseta. O… —hizo una pausa—. No uses ese perfume que llevas siempre.

Incliné la cabeza, deteniendo la lengua en el centro del labio superior. Sus ojos siguieron el movimiento, y juro que la vi contener el aire cuando la pasé por mis labios antes de responder.

— ¿Mi perfume? ¿También está prohibido mi perfume?

Entrecerró los ojos.

— Lo está. Y tampoco puedes mirarme más de cinco segundos seguidos.

— ¿Algo más? —arqueé una ceja, sonriendo.

Valentina también lo notó, porque replicó con más vehemencia:

— Y nada de sonreír demasiado a mi alrededor. Ni de reírte de forma provocativa.

Solté una carcajada.

— ¿Podrías definirme "risa provocativa"?

— Enrico —gruñó entre dientes, y yo reprimí la risa.

— Básicamente, ¿me estás diciendo que no puedo existir en el mismo universo que tú, Valentina?

Entrecerró los ojos, cruzó los brazos a la defensiva y dio un paso atrás.

— ¡Tómatelo en serio, Enrico! No estoy bromeando, y sabes perfectamente a qué me refiero.

Respiré hondo, apoyando las manos en la cintura mientras la observaba.

— Bien. Sin camiseta, sin perfume, sin mirarte, sin sonreír ni reír —enumeré con fingida seriedad, aunque mi expresión dejaba claro lo absurdo que sonaba—. Entendido.

Suspiró, apartó la mirada y luego volvió a mí.

— ¿Y tú? ¿No quieres añadir ninguna regla?

Una risa seca escapó de mi garganta mientras negaba con la cabeza, sintiendo el peso absoluto de la verdad.

— Valentina, sinceramente, podrías pasearte por casa con burka, sin perfume, sin mirarme ni hablarme, y aun así te desearía igual — le confesé con voz baja y cargada de emoción—. No hay regla en este mundo capaz de hacer que te desee menos.

Se quedó paralizada, con el rostro enrojecido y la mirada perdida en el suelo mientras se mordía el labio inferior, visiblemente alterada.

Finalmente, tras unos segundos de silencio, levantó el rostro y recuperó una postura frágil, pero firme.

— Entonces añadiré otra regla —dijo con voz temblorosa—: tampoco puedes decir cosas así.

57. VALENTINA FERRARA

Volví a respirar hondo, observando mi reflejo en el gran espejo de la suite presidencial del hotel más lujoso de São Paulo, el mismo donde tendría lugar el acto de la fundación.

Mi vida había dado tantos giros en la última década que resultaba casi un milagro que siguiera en pie.

El corazón me latía con fuerza, rápido, nervioso. Me temblaban las manos, y tuve que apoyarlas sobre la encimera de mármol para no delatar la ansiedad que me recorría el cuerpo entero.

El vestido rojo, largo y ceñido, parecía hecho a medida. La tela se amoldaba a mis curvas con una precisión casi ofensiva.
El escote dejaba ver lo justo: suficiente para provocar sin exponer demasiado. Llevaba el cabello recogido en un moño elegante que destacaba mi cuello y mis hombros desnudos. El maquillaje era impecable, y detrás de esa perfección se escondía la inseguridad que me consumía por dentro.

No podía negar que la imagen reflejada en el espejo me complacía, pero esa sensación se desvaneció al recordar a quién debía impresionar aquella noche.

Eloá había vuelto a poner en peligro a mi familia, y yo estaba allí, dispuesta a desfilar en un evento repleto de desconocidos influyentes, solo para proteger a los míos una vez más.

Pensar en Clara me produjo una punzada en el pecho. Era la primera vez que me separaba de mi hija desde que nació, y la distancia me dolía más de lo que había imaginado. Saber que lo hacía por ella debería bastar para fortalecerme, pero la nostalgia ya me estaba devorando.

Tragué saliva y aparté la mirada del espejo justo cuando un ligero golpe en la puerta llamó mi atención.

— ¿Valentina? ¿Estás lista? —la voz profunda de Enrico se filtró a través de la puerta, suave y controlada.

Respiré hondo por última vez, preparándome para enfrentarle… y enfrentar todo el caos que siempre traía consigo. Abrí la puerta y lo vi frente a mí, impecablemente vestido con un esmoquin negro que se ajustaba a la perfección a su cuerpo fuerte e imponente.

El corazón me dio un vuelco. Mis ojos recorrieron su figura, su mandíbula tensa, el rostro recién afeitado, el cabello oscuro peinado hacia atrás con una precisión casi dolorosa.
Un calor repentino me subió a la garganta. Acababa de romper, sin querer, mi propia regla de no mirarlo durante demasiado tiempo.

Enrico tampoco estaba cumpliendo ninguna regla. Sus ojos oscuros me estudiaban con detenimiento, deslizándose por mi cuerpo con una intensidad casi tangible, como si me acariciara sin tocarme.

El calor de su mirada me recorrió la piel, y sentí cómo mi respiración se volvía superficial, irregular.

Nos quedamos allí, inmóviles, durante mucho más de cinco segundos, violando descaradamente el acuerdo que habíamos sellado solo un día antes.

Finalmente, fue él quien respiró hondo primero, recuperándose antes que yo.

— Estás… impresionante —murmuró con voz baja, aún sin apartar del todo la mirada.

Tragué saliva, intentando salir del trance.

— Gracias —respondí con un hilo de voz, sintiendo cómo se me encendían las mejillas—. Tú también estás… muy bien.

Asintió y me ofreció el brazo en un gesto ensayado, aunque la naturalidad con la que lo hizo casi me convenció de que era espontáneo.

Dudé unos segundos antes de aceptarlo. El contacto, aunque superficial y formal, me provocó una oleada de sensaciones que no debería haber sentido.

Enrico parecía tranquilo, pero noté cómo sus músculos se tensaban cuando deslizó con cuidado su mano por la parte baja de mi espalda, guiándome hacia la salida.

Su toque permaneció allí un segundo más de lo necesario: cálido, firme… casi posesivo. Sabía que él también lo sentía. Esa corriente eléctrica inevitable que surgía cada vez que estábamos demasiado cerca.

Inclinó la cabeza hacia mí y murmuró con voz baja, como si me hubiera leído el pensamiento:

— Recuerda, somos una pareja feliz. De la mano, sonriendo… Tenemos que convencer a todos esta noche.

Asentí con firmeza, intentando ignorar la forma en que mi corazón se aceleraba cada vez que su mano me tocaba, cada vez que su mirada me atrapaba, cada vez que el aroma de su perfume —aquel perfume prohibido— se colaba en mi respiración.

Y mientras caminábamos juntos por el pasillo del hotel hacia el vestíbulo principal, me sentí dividida: entre la gratitud de no tener que afrontarlo sola y la irritación conmigo misma por disfrutar tanto de aquella sensación prohibida, de aquella conexión peligrosa.

Sí, esa noche estábamos unidos para proteger a Clara. Pero también éramos una pareja que fingía ser feliz… peligrosamente cerca de confundir por completo la farsa con la realidad.

Cuando llegamos a la entrada de la sala principal, comprendí de inmediato la magnitud del evento.

El salón era gigantesco, iluminado por enormes lámparas de araña, adornado con flores exuberantes y una luz cálida y sofisticada. Periodistas y fotógrafos esperaban en la entrada, captando la llegada de cada invitado importante. El corazón me latió aún más rápido. La ansiedad y la irritación regresaron al sentir tantas miradas curiosas y evaluadoras posarse sobre nosotros.

Entonces, la mano de Enrico apretó suavemente la mía. Un gesto pequeño, reconfortante, que encendió algo dentro de mí aunque

intentara negarlo. Parecía perfectamente cómodo: su postura firme, su sonrisa discreta mientras guiaba nuestro paso con seguridad hacia el vestíbulo.

Caminamos por la alfombra roja, y noté su mano firme y protectora en mi espalda. Mantuvo ese contacto sutil, constante, mientras saludaba con la cabeza a quienes lo reconocían.
Por más que intentara repetirme que todo era una actuación, mi cuerpo reaccionó instintivamente al calor de sus dedos, estremeciéndose bajo su toque.

— ¿Va todo bien? —preguntó suavemente, con los labios tan cerca de mi oído que su aliento me erizó la piel mientras avanzábamos.

— Lo intento —murmuré, sin dejar de sonreír con cortesía a los invitados que nos rodeaban—. Lo odio. Odio que Eloá tenga ese poder sobre nosotros.

Me apretó la cintura, acercándome un poco más.

— Ella no ganará, Valentina. No dejaré que os pase nada ni a ti ni a Clara.

Su voz sonó firme, resuelta. Y aunque me negaba a reconocerlo, aquellas palabras tuvieron en mí un efecto profundamente tranquilizador.

Por primera vez en años, no me sentía del todo sola.
Tener a Enrico a mi lado, asumiendo esa carga conmigo, era una sensación agridulce y peligrosamente reconfortante.

Nos condujeron hasta una mesa reservada, elegantemente situada en el centro del salón, en un lugar estratégico y visible para todos los asistentes.

Enrico, siempre impecable, me acercó la silla y posó una mano en mi cintura mientras me sentaba. Mantuve la sonrisa, consciente de las decenas de ojos que nos observaban.

— ¡Estáis guapísimos juntos! —exclamó una señora vestida con evidente elegancia al pasar junto a nuestra mesa—. Es tan

agradable ver a una pareja tan enamorada y unida hoy en día.

Enrico respondió antes de que yo pudiera articular palabra:

— Es muy amable de su parte. Soy un hombre verdaderamente afortunado.

Tragué saliva, intentando mantener mi sonrisa natural mientras un torbellino me agitaba por dentro. Cuando la mujer se alejó, Enrico se inclinó discretamente hacia mí.

— Creo que lo estamos haciendo bastante bien, ¿no crees?

Asentí, sin atreverme a responder en voz alta.

— Enrico Ferrara… ¡qué agradable sorpresa encontrarte aquí! — interrumpió de pronto una voz cargada de ironía a nuestras espaldas. Nos giramos, y allí estaba Antonio Dias, un periodista famoso por sus reportajes sensacionalistas. Se detuvo junto a nuestra mesa, lanzándome una mirada descaradamente maliciosa antes de volver la atención hacia Enrico—. Y acompañado de su esposa… No pensaba que fueras precisamente de los que disfrutan de los "eventos sociales".

Enrico se enderezó, su expresión cambió sutilmente: la cordialidad dio paso a una alerta gélida.

— Estamos exactamente donde debemos estar —respondió con calma tensa—. Espero que esta vez estés preparado para una historia menos sensacionalista.

El hombre rió con sarcasmo, sin inmutarse.

— Solo tengo curiosidad por saber cuánto tiempo podrán mantener esta fachada de felicidad conyugal. Ambos son excelentes actores, debo admitirlo.

Sentí cómo Enrico se tensaba a mi lado. Su voz, cuando habló, fue grave y peligrosamente contenida.

— No confundas educación con debilidad. Mi matrimonio no es un espectáculo para nadie.

El periodista levantó las manos en un falso gesto de rendición, sin perder su sonrisa ácida.

— Los Ferrara… siempre tan dramáticos. —Y se alejó, disfrutando del eco que dejaba tras de sí.

Enrico respiró hondo, intentando contener el enfado evidente. Dudé solo un instante antes de posar mi mano sobre la suya, entrelazando discretamente nuestros dedos en un gesto de apoyo silencioso.

— Ignóralo —susurré, tratando de calmarle, aunque mi propio corazón se aceleró ante el simple contacto.

Me miró, y de inmediato su expresión se suavizó. Aquellos ojos azules, fríos y contenidos, se derritieron al encontrarse con los míos, una vez más desafiando nuestra regla de no mirarnos demasiado tiempo. Su mirada me atrapó.

— Si sigues mirándome así, Valentina… —susurró con voz ronca, cargada de tensión—, todas tus malditas reglas van a irse directamente al infierno.

Abrí los ojos, sorprendida, y retiré la mano con brusquedad, sintiendo cómo un rubor ardiente me subía a las mejillas.

— Mejor que no —murmuré, desviando la mirada para disimular el temblor de mi voz.

Pero cuando volví a mirarlo, supe que estábamos peligrosamente cerca de cruzar todas las líneas que habíamos trazado.
Y la noche apenas acababa de empezar.

Intenté controlar los latidos desbocados de mi corazón, justo cuando la suave música del salón fue interrumpida por la voz del maestro de ceremonias, que resonó a través de los altavoces con tono solemne:

— ¡Señoras y señores! Les ruego unos minutos de atención. Ha llegado el momento más esperado de la velada en la Fundación Caravaggio: ¡nuestro baile inaugural!

El cuerpo se me quedó helado y el aire se atascó en mi garganta cuando el maestro de ceremonias añadió, con una sonrisa exageradamente amable:

— Esta noche queremos invitar a una pareja muy especial, que sin duda todos estarán encantados de ver en la pista de baile: Enrico Ferrara y su encantadora esposa, Valentina Ferrara. ¿Nos harían el honor de abrir el baile?

El corazón me latía tan fuerte que temí que cualquiera pudiera oírlo. Miré a Enrico, nerviosa. Él ya estaba de pie, erguido, con esa naturalidad que parecía innata, y me tendía la mano con elegancia.

— Tenemos que hacerlo —dijo en voz baja, con tono firme pero con una calidez innegable en los ojos mientras sus dedos volvían a rodear los míos.

Respiré hondo, reuniendo fuerzas. La sensación de su mano, cálida y segura, me ancló por un instante. Me condujo al centro de la pista con paso seguro, como si aquel baile fuera lo más natural del mundo para nosotros.

Los ojos de todos estaban fijos en nosotros. La expectación se podía cortar en el aire. Mi respiración se aceleró, y tuve que concentrar cada fibra de mi cuerpo en parecer tranquila.

Enrico deslizó su mano por mi cintura y me acercó con suavidad, mientras mi otra mano se posaba sobre su hombro ancho y firme.
Tragué saliva, luchando contra el impulso de abandonarme a esa cercanía, de encajar en su cuerpo como si aún me perteneciera.

— Relájate, Valentina —susurró, deslizando suavemente su mano por mi espalda cuando empezó la música—. Imagina que soy alguien con quien puedes estar unos minutos.

Levanté los ojos para mirarle, intentando mantener una expresión neutra, pero fracasé por completo.

— Eso es más difícil de lo que crees —murmuré, con un tono que pretendía ser irónico, aunque una sinceridad inesperada se coló entre mis palabras.

Sonrió apenas, y me acercó un poco más. Sus labios rozaron accidentalmente mi oreja mientras girábamos lentamente por la pista, con nuestros cuerpos peligrosamente próximos.

— Si te sirve de consuelo —susurró con voz grave, casi pegada a mi piel—, solo han pasado unos segundos desde que empezamos, y bailar contigo ya se siente como una tortura. Una de esas que se vuelven insoportables porque lo único en lo que puedo pensar es en que, cuando acabe la música, tendré que dejar de tocarte.

Un escalofrío me recorrió la espalda con violencia. Tuve que respirar hondo para no rendirme a la textura de su voz. Todo mi cuerpo celebraba traicioneramente estar tan cerca de Enrico.

Nos movíamos despacio, siguiendo el ritmo sensual y pausado de la música. Nuestros pasos estaban sincronizados, como si lo hubiéramos hecho cientos de veces. Por un instante, olvidé dónde estábamos y por qué. Solo existían su tacto, su olor, su proximidad… y la manera hipnótica en que me guiaba.

— Si sigues mirándome así —susurré, intentando recomponerme —, harás que todo el mundo piense que me quieres.

La sonrisa que me dedicó no alcanzó sus ojos.

— ¿Y tú? —replicó enseguida, apenas moviendo los labios, con una sonrisa tensa, casi peligrosa.

— ¿Y yo qué?

— ¿Qué tengo que hacer para convencerte de que te quiero? Porque eso es lo único que me importa.

Mi respiración se cortó.

— Acabas de romper una de nuestras reglas —logré decir, aunque sentía que mi corazón había subido hasta la garganta.

Esas palabras, esa cercanía, el tacto, el perfume que me envolvía… todo se mezclaba con los recuerdos de dos noches antes, envolviéndome en un torbellino tan embriagador como imposible de detener.

La música cambió de tono: más lenta, más íntima. Y sin pensarlo, mi cuerpo se acercó aún más al suyo. Mi pecho rozó el suyo, y noté cómo su respiración se aceleraba. Su mano se apretó en mi cintura, los dedos ardiendo a través de la delicada tela del vestido.

— Joder… cuánto querría besarte ahora mismo —murmuró con voz ronca, cargada de deseo y frustración—. Estás preciosa… demasiado preciosa para fingir que esto no es real.

El corazón me estalló en el pecho. Debería haber retrocedido, recordarle las normas, mantener las distancias. Pero en vez de eso, apreté su mano con más fuerza. Mi cuerpo respondió antes de que mi mente pudiera intervenir.

— No lo hagas, Enrico —supliqué en voz baja, luchando contra mi propia voluntad mientras él se inclinaba, peligrosamente cerca, los labios a apenas unos centímetros de los míos—. Aquí, con todo el mundo mirando… todavía tienes ese poder, y lo odio.

— Lo odias… pero lo deseas —susurró.

Su aliento se mezcló con el mío. El espacio entre nosotros desapareció hasta reducirse a un suspiro. Mi corazón se desbocó. Mi mente era un caos de deseo, furia, miedo y arrepentimiento.

Y justo antes de que me perdiera por completo, la canción terminó. Los aplausos estallaron a nuestro alrededor, rompiendo la tensión insoportable que nos envolvía.

Me separé de él con dificultad, forzando una sonrisa mientras los flashes de las cámaras nos cegaban. Habíamos interpretado a la perfección el papel de la pareja perfecta… demasiado bien.

Regresamos a nuestra mesa entre felicitaciones y comentarios, y yo seguía sin poder controlar el temblor en mis manos ni el ritmo frenético de mi corazón. Sentía que Enrico y yo éramos dos bombas de relojería a punto de estallar.

Y lo peor era saber que, cuando eso ocurriera, no quedarían supervivientes.

58. VALENTINA FERRARA

De vuelta en la mesa, intenté desesperadamente recuperar el control de mis emociones, pero mi cuerpo seguía vibrando con la electricidad residual de aquel momento en la pista.
El corazón me latía desbocado, la respiración entrecortada, mientras intentaba fingir normalidad ante todos aquellos ojos curiosos y expectantes.

Enrico permanecía a mi lado, tan sereno y en apariencia dueño de sí mismo como siempre. Pero por la manera en que me apretó discretamente la mano bajo la mesa, supe que estaba tan conmocionado como yo.

La tensión entre nosotros era casi física, una corriente palpable que cualquier observador atento podría haber percibido.

— Necesito tomar aire —susurré, apartando suavemente mi mano de la suya. Necesitaba unos minutos sola, poner distancia antes de cometer otro error.

Asintió levemente, manteniendo la voz baja:

— No te alejes demasiado.

Le devolví una inclinación de cabeza y me levanté con toda la compostura que pude reunir. Caminé con paso firme por el vestíbulo, sonriendo cortésmente a los invitados mientras me dirigía hacia el baño de señoras.

Necesitaba esos minutos para calmar el torbellino de pensamientos, ordenar mis emociones y recordar todas las razones por las que no debía permitir que las sensaciones de mi cuerpo dictaran las decisiones de mi mente.

Cuando por fin entré en el lujoso y amplio tocador, me miré fijamente en el espejo, intentando estabilizar mi respiración. Me pasé una mano por el rostro, buscando disipar el calor que aún me subía por las mejillas.

— ¿Se encuentra bien? —una voz femenina me sacó de mis pensamientos.

Me giré y vi a una mujer joven, elegante, con una sonrisa amistosa pintada en los labios.

— Sí, estoy bien, gracias. Solo hace un poco de calor aquí — respondí rápido, intentando sonar natural.

Ella sonrió, retocándose el carmín frente al espejo.
— Me lo imagino. Tú y Enrico Ferrara sois la sensación de la noche, ¿lo sabías? Todo el mundo habla de vosotros.

Forcé una sonrisa, intentando ocultar la incomodidad que me provocaban esas palabras.

— Estamos contentos, eso es todo.

La mujer suspiró dramáticamente, mirándome a través del espejo.

— Sabes, es admirable que seas capaz de mantener tanta compostura después de todo lo que pasó. No debe de ser fácil olvidar el pasado. Muchas no tendrían tu valor.

Tragué saliva, sintiendo cómo la rabia empezaba a hervir en mi interior, pero logré mantener la voz serena.

— Hay cosas que merecen la pena proteger y reconstruir.

Ella sonrió con una malicia apenas disimulada y se inclinó un poco hacia mí, bajando el tono.

— Es cierto, pero ten cuidado. Los hombres como Enrico Ferrara no cambian tan fácilmente. Podrías acabar decepcionada otra vez, querida.

La advertencia, cargada de veneno, me golpeó como una bofetada. Levanté la barbilla y la miré directamente a los ojos.

— Creo que soy perfectamente capaz de decidir en quién confío y en quién no. Gracias por el consejo no solicitado.

La mujer arqueó las cejas, pero su sonrisa se volvió aún más insolente.

— Buena suerte. —Y salió con aire triunfal.

Respiré hondo, aún más alterada que antes. El aire del baño me resultaba espeso. Me lavé las manos con movimientos automáticos, decidida a volver al salón y retomar el control de la situación.

Pero al abrir la puerta, casi choqué de lleno con Enrico, que estaba allí, en el pasillo vacío, esperándome.

Me observaba con los ojos oscuros y atentos, su expresión mezcla de inquietud y contención.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó con voz grave—. Vi a esa mujer salir con una sonrisa que conozco demasiado bien como para pensar que significaba algo bueno.

Suspiré, cruzándome de brazos de forma defensiva.

— Nada que no esperara. Solo consejos no solicitados sobre ti… y sobre nuestro pasado.

Su mandíbula se tensó de inmediato. Respiró hondo, conteniendo la ira.

— Nadie, aparte de nosotros, tiene derecho a opinar sobre lo que pasó entre los dos.

Negué con la cabeza, apartando la mirada. Mi voz tembló ligeramente cuando hablé.

— ¿Y sabes una cosa, Enrico?

Él dio un paso hacia mí, cauteloso, con los ojos llenos de pesar.

— Lo sé —dijo con absoluta certeza—. Sé que cometí un error, y no dejaré de admitirlo nunca. Pero ahora conozco la verdad, y jamás volveré a dudar.

Eres la mujer de mi vida, Valentina. Siempre lo has sido, y siempre lo serás. Y aunque no vuelvas a darme la oportunidad de ser el hombre de la tuya, te estaré agradecido solo por el hecho de poder compartir esta vida contigo.

Levanté los ojos hacia él, y el corazón se me encogió ante la vulnerabilidad y sinceridad que vi en su rostro.

— Lo estoy intentando, Enrico. Te juro que lo intento.

Él asintió despacio, comprendiendo mis dudas, mi dolor, mis temores.

— No deberías haberme seguido hasta aquí —murmuré, sin la fuerza necesaria para apartarlo.

Alzó la mano, dudó apenas un segundo antes de rozarme la mejilla con las yemas de los dedos. Un estremecimiento involuntario me recorrió entera.

— ¿Estás huyendo de mí o de ti misma, Valentina? —preguntó con suavidad.

Tragué saliva, incapaz de responder. Mi mente era un caos absoluto; cada respiración me costaba más. Sus dedos siguieron su recorrido lento y peligroso por mi piel.

— ¿Por qué sigues huyendo de lo que ambos sabemos que deseamos? —susurró, la voz grave, cargada de frustración y deseo contenido, mientras su rostro se acercaba peligrosamente al mío.

— Porque está mal —logré decir débilmente—. Porque yo…

No llegué a terminar. Enrico cerró los ojos, respiró hondo y volvió a mirarme, con un brillo doloroso y decidido en la mirada.

No terminé la frase. Enrico cerró los ojos, respirando profundamente antes de volver a mirarme.

—Lo único que quiero ahora es tocarte, besarte… demostrarte que cada palabra que sale de mi boca es cierta, y que nunca tendrás que temer que vuelva a hacerte daño.

Me temblaban las piernas, y el corazón me golpeaba en el pecho al escuchar sus palabras. Sabía perfectamente que debía apartarlo, resistirme a esa declaración llena de sinceridad y arrepentimiento. Pero, sencillamente, no pude hacerlo.

—Por favor… —susurré apenas con voz, sintiendo cómo mi resistencia se derretía rápidamente al notar que él se acercaba aún más, sus labios a escasos milímetros de los míos—. No lo hagas todavía más difícil…

—Ya es bastante difícil, Valentina —respondió con voz baja y ronca, su mirada clavándose intensamente en la mía—. No puedo dejar de pensar en ti, no puedo dejar de desearte. A la mierda las reglas. Te necesito solo a ti.

Antes de que pudiera negarlo o intentar detenerlo nuevamente, sus labios rozaron suavemente los míos, con una ternura tan irresistible como dolorosa.

Mi mente se quedó en blanco de inmediato. Durante un segundo olvidé por completo todas las razones por las que aquello no debía ocurrir, e incluso olvidé por qué estábamos allí, en ese pasillo. Todo lo que existía en ese instante era Enrico: su tacto, su sabor, la perfección con que su boca se amoldaba a la mía.

Se me escapó un gemido bajo e involuntario contra sus labios, mientras sentía sus fuertes manos agarrarme firmemente por la cintura, acercándome más a él, pegando nuestros cuerpos en un ajuste perfecto.
Sabía que era una locura, que eso nos llevaría por un camino peligroso, probablemente sin retorno. Pero no podía seguir luchando contra la conexión ni contra aquella urgencia imparable.

Cuando finalmente rompimos el beso, Enrico respiró hondo, apoyando la frente contra la mía mientras hablaba con voz baja, cargada de emoción y deseo:

—Vámonos de aquí ahora, Valentina. No soporto seguir fingiendo. Ya no puedo estar lejos de ti.

Respiré profundamente, sin fuerzas ni voluntad para resistirme a lo que venía después. Finalmente levanté la mirada para encontrarme con sus ojos y respondí con voz baja pero decidida, consciente de lo que implicaban mis palabras:

—Entonces sácame de aquí.

Enrico no dudó.

El corto trayecto hasta el ascensor me pareció interminable. El corazón me golpeaba con fuerza en el pecho, cada paso resonaba en los lujosos pasillos del hotel mientras Enrico sostenía firmemente mi mano, sus dedos entrelazados con los míos.

En cuanto las puertas del ascensor se cerraron detrás de nosotros con un suave clic, aislándonos completamente del resto del mundo, todo explotó.

Antes de que pudiera respirar con normalidad, Enrico me apretó contra la pared de espejos. Sus manos recorrieron inmediatamente mi cuerpo mientras su boca hambrienta se apoderaba de la mía en un beso desesperado y arrebatador que me dejó sin aliento.

—Estoy deseando llegar a la habitación, Valentina —gruñó contra mis labios con voz ronca y desesperada, mordisqueándome suavemente la boca mientras me acercaba aún más contra su cuerpo—. Necesito sentirte ahora mismo.

Mi cuerpo reaccionó inmediatamente a esa urgencia, mis manos se hundieron en su pelo mientras le devolvía el beso con una intensidad que rayaba en la desesperación.

Sabía que nadie más entraría en el ascensor, no después de haber introducido el código del ático. No se detendría hasta nuestro destino.

Las manos expertas de Enrico se deslizaron rápidamente por el costado de mi vestido, subiéndolo con determinación y dejando expuestas mis piernas temblorosas y la piel cálida, sensible a su contacto.

Gemí suavemente cuando sentí que sus dedos se deslizaban por el interior de mis muslos.

—Por favor, Enrico… no pares —susurré desesperada, arqueando el cuerpo contra el suyo mientras el ascensor subía lentamente,

completamente ajena a la tormenta que se había desatado en su interior.

—Nunca —respondió con una voz cargada de promesas y una intensidad peligrosa, justo cuando sus dedos alcanzaron por fin mis braguitas, ya completamente mojadas—. Quiero que te corras aquí mismo, Valentina.

Abrí ligeramente los ojos, estremeciéndome cuando sus dedos comenzaron a acariciar mi coño con movimientos lentos y precisos, exactamente de la forma en que sabía que me llevaría rápidamente al límite.

—Estás tan caliente… —murmuró contra mi cuello, dejando un rastro cálido y delicioso sobre mi piel sensible, arrancándome gemidos fuertes e incontrolables—. Todavía te mojas así por mí… todavía gimes así solo para mí…

—Sabes que sí —gemí en respuesta, completamente incapaz de resistirme. Mis caderas se movían inconscientemente contra su mano, buscando desesperadamente más contacto, más placer.

Cada movimiento experto de sus dedos me acercaba más al clímax. Todo mi cuerpo estaba abrumado por el placer devastador y familiar que Enrico siempre había sabido provocarme. En aquel instante, nada más importaba salvo sus manos, su cálido aliento contra mi piel, y el placer absoluto que me consumía.

—Cada vez que este coño aprieta mis dedos, recuerdo lo que significa ser tu dueño. Con cada gemido que sueltas, mi polla se pone más dura. Y ni siquiera he empezado a follarte todavía.

—Sigue hablando —supliqué, entregada al placer—. Dime qué vas a hacerme en cuanto lleguemos al dormitorio. Haz que me moje aún más.

El ascensor se detuvo de pronto en la última planta del hotel. Las puertas se abrieron silenciosamente, pero ninguno de los dos se dio cuenta al instante, demasiado inmersos en la pasión desesperada que nos consumía en aquel espacio íntimo y reducido.

Enrico levantó la cabeza, sus ojos oscuros y llenos de lujuria se clavaron en los míos. Yo estaba completamente rendida, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera el tacto preciso y deliciosamente provocador de sus dedos.

—Siente lo mucho que ese coño me desea, Valentina. Cómo me aprieta los dedos.

Presionó la palma de su mano contra mi clítoris y deslizó dos dedos dentro de mí, arrancándome un gemido fuerte y desesperado.

—Voy a llevarte a nuestra cama y voy a follarte toda la noche, pero antes… —murmuró con voz baja y ronca contra mi oído, mientras sus dedos entraban y salían lentamente, provocándome con esa tortuosa paciencia que sabía exactamente cómo usar contra mí—. Antes quiero que te corras aquí mismo, con mis dedos enterrados en ti, mientras esta puerta sigue abierta.

Mi cuerpo se arqueó violentamente contra su mano, buscando desesperadamente más de aquella sensación irresistible. Le rodeé el cuello con los brazos y clavé mis uñas en sus hombros, tratando de resistir mientras mi cordura se derretía por completo.

—Sabes exactamente cómo volverme loca, Enrico —gemí entre respiraciones aceleradas, mis caderas moviéndose salvajemente contra su mano, mi interior palpitando alrededor de sus dedos ansiosos—. Por favor, no pares… Lo necesito ahora… Más fuerte, Enrico. Ábreme. Quiero correrme sintiendo que soy tuya.

Sonrió, manteniendo un ritmo lento y provocador, mientras sus palabras se deslizaban por mis oídos como miel caliente, aumentando aún más mi desesperación:

—Me encanta cuando suplicas, Valentina… Me encanta saber que puedo hacer que te pierdas así entre mis manos…

Su voz era pura lujuria. Cada palabra intensificaba el fuego que ya consumía mi cuerpo. Mis músculos internos se tensaron, palpitando incontrolablemente.

—Córrete ahora, Valentina —ordenó, aumentando el ritmo y presionando firmemente mi clítoris hinchado con el pulgar.

Mi cuerpo obedeció de inmediato. El placer acumulado explotó en mi interior, violento, arrebatador, imparable. Todo mi cuerpo se convulsionó mientras gritaba su nombre con absoluto abandono.

—Eso es… Joder, eres perfecta así —gimió él, con voz ronca y satisfecha, manteniendo sus dedos dentro de mí mientras me estremecía, disfrutando de cada espasmo, cada pulso, cada segundo de aquel orgasmo devastador.

Jadeé, temblando, con los brazos todavía aferrados a su cuello y el rostro escondido contra su piel, intentando desesperadamente recuperar la respiración y algo de lucidez.

Enrico sacó lentamente los dedos y se los llevó a la boca, probando mi sabor con una expresión de puro placer y absoluta satisfacción. Entonces sus ojos volvieron a encontrarse con los míos, brillando ahora con una intensidad aún más peligrosa e irresistible.

—Ahora vamos al dormitorio —murmuró con una sonrisa llena de promesas deliciosamente perversas.

Se inclinó hacia mí y, con un brazo bajo mis rodillas y el otro alrededor de mi espalda, me levantó del suelo y me sacó del ascensor hacia lo que, sin duda, por la mañana lamentaría profundamente.

Pero en ese momento… En ese preciso instante, simplemente no me importaba nada.

59. ENRICO FERRARA

Abrí los ojos… y volví a cerrarlos casi de inmediato. Las cortinas estaban abiertas, y la luz de la mañana bañaba la habitación con un resplandor dorado que se deslizaba sobre todo, incluyendo la silueta serena de la mujer que dormía a mi lado.

Valentina.

La observé en silencio durante varios minutos, memorizando cada detalle de aquel rostro que conocía tan bien y que, sin embargo, ahora me parecía nuevo. Había paz en su expresión: los labios entreabiertos, la respiración tranquila y regular, los párpados aún pesados por el sueño. Parecía en otro mundo, uno donde el dolor no existía.

¿Cómo pude ser tan ciego? ¿Cómo pude dejar que las mentiras de otros pesaran más que la verdad que siempre supe de ella?
Valentina… mi esposa, la madre de mi hija, la única mujer que he amado y amaré.

Alargué la mano con cautela y rocé su mejilla. La suavidad de su piel me estremeció. Ella suspiró levemente, girándose instintivamente hacia mi toque, aún dormida. Sonreí, sintiendo que algo dentro de mí se apaciguaba.

Ya no podía seguir esperando pasivamente una oportunidad para recuperarla. Ya no iba a depender del tiempo, ni de la suerte, ni de la indulgencia de su perdón.

Una vez desperdicié mi oportunidad; esta vez, la ganaría con cada gesto, cada palabra, cada día. Hasta que Valentina no tuviera ninguna duda de que mi corazón le pertenecía por completo, incluso si yo no mereciera el suyo.

Se movió, desperezándose, y mi respiración se aceleró al verla despertar. La última vez que abrió los ojos en mis brazos, las cosas no terminaron bien.

Sus pestañas temblaron antes de levantarse lentamente, revelando esos ojos oscuros que siempre habían tenido el poder de desarmarme.

Por un instante pareció confundida, pero enseguida el recuerdo de la noche anterior cruzó su rostro, tiñendo sus mejillas de un rubor hermoso.

— Buenos días —murmuré con una sonrisa involuntaria, acariciándole la cara antes de besarle suavemente la barbilla. Joder… quería besarla entera.

— Buenos días —respondió en un hilo de voz, desviando la mirada.

— Eres preciosa cuando duermes —susurré, sin apartar los ojos de ella—. No sabes cuánto he echado de menos esto… despertar a tu lado.

Me miró con esa mezcla de vulnerabilidad y reserva que tanto me desconcertaba. Su respiración se volvió irregular.

— Enrico… —empezó, insegura.

Le rocé los labios con los dedos.

— No digas nada todavía. Solo… ¿me dejas estar así contigo un poco más? —pregunté en voz baja—. ¿Me dejas disfrutar de esto antes de que vuelva la realidad?

Dudó unos segundos, pero al final asintió. La atraje con cuidado hacia mí, envolviéndola en mis brazos. Y por primera vez en mucho tiempo, todo pareció encajar. Ese era su lugar. Ese siempre había sido su lugar.

Nos quedamos en silencio, respirando al unísono. El calor de su cuerpo, su cabeza sobre mi pecho, el olor de su piel… todo era tan familiar que dolía. Cuando levantó la vista, sus ojos buscaban los míos con una mezcla de deseo, miedo y algo más profundo: esperanza.

— Enrico… —murmuró, la voz temblorosa—. No quiero que malinterpretes lo que voy a decirte, porque ayer… sé que me equivoqué tanto como tú. Tomó aire antes de continuar—: Pero no podemos seguir haciendo esto.

— ¿Un error? —fue lo único que pude responder.

Ella respiró hondo, sosteniendo mi mirada con esfuerzo.

— Tenemos que volver a las reglas, Enrico. A la seguridad que habíamos establecido.

Enarqué una ceja, estudiándola en silencio.

— ¿Seguridad? —repetí despacio, dejando que el peso de la palabra se instalara entre nosotros—. ¿Y crees que volver a unas reglas que ya hemos roto dos veces en menos de un día es realmente seguro, Valentina?

Desvió los ojos, incómoda, mordiéndose el labio inferior.

— Es lo único que tiene sentido. Lo de ayer fue… un desliz. Una recaída. Eso fue todo.

Una risa grave se escapó de mi garganta. Me incorporé un poco, inclinándome sobre ella, apoyando el peso en los antebrazos hundidos en el colchón.

Deslicé los labios por su mandíbula, la punta de la nariz por su cuello, hasta rozar suavemente su boca. Valentina se estremeció, un leve gemido se escapó de sus labios.

— ¿Error? ¿Recaída? —susurré junto a su piel—. No, Valentina. No fue nada de eso. Levanté el rostro hasta encontrar de nuevo sus ojos—: Nunca hemos sido "solo" nada. Siempre lo hemos sido todo. Y ya no pienso fingir lo contrario.

Ella respiró hondo, conteniendo la frustración. Me tumbé de nuevo a su lado, pero sin alejarme. Posé la mano en la curva de su cuello y acaricié su mejilla con el pulgar, mirándola como si pudiera grabar aquel momento en mi memoria para siempre.

— Puedes seguir repitiendo eso todas las veces que quieras, pero ambos sabemos que no es verdad —dije despacio, sin apartar la mirada de la suya—. No quieres seguridad, Valentina. No realmente. Lo que quieres es protegerte de lo que sientes por mí, porque admitirlo significaría reconocer que tal vez deseas exactamente aquello de lo que intentas huir.

Sus ojos se abrieron de par en par, llenos de sorpresa, indignación… y una chispa de reconocimiento que no se molestó en disimular.

— ¡No puedes decidir por mí lo que quiero o no quiero! —replicó, a la defensiva.

— No estoy decidiendo nada, solo estoy observando los hechos —respondí con calma, aunque con la firmeza suficiente para que entendiera que no pensaba retroceder—. Dices que quieres reglas porque crees que eso te da control, pero en realidad lo que haces es castigarte. Torturarte. Torturarnos a los dos.

— No es tortura, Enrico. Es autopreservación —insistió, alzando la barbilla con obstinación.

La atraje con un movimiento suave, pasando un brazo bajo su cuerpo, manteniendo nuestras miradas ancladas.

— La autopreservación no consiste en fingir que lo que hay entre nosotros puede borrarse con límites inventados —dije en voz baja—. Puedes intentar convencerte de ello, pero anoche demostraste lo contrario. Y volverá a pasar cada vez que estemos cerca.

Abrió la boca para protestar, pero la cerró enseguida. Sus ojos descendieron hasta mis labios antes de regresar a los míos, traicionándola sin remedio.

— Tienes razón en desconfiar —continué con tono sereno, sincero —. Y tienes derecho a sentirte herida. Sé el daño que te hice. Por eso no voy a perder tiempo con promesas vacías. No voy a decir nada que no pueda cumplir.

Valentina permaneció inmóvil, respirando hondo, intentando mantener la distancia emocional que se desmoronaba con cada palabra.

— Lo que voy a hacer —proseguí, con firmeza— es demostrarte día tras día que puedes volver a confiar en mí. Voy a reconquistar cada parte de ti que perdí. Tu respeto. Tu confianza. Tu admiración. Y, cuando estés preparada, tu amor.

Me incliné un poco más, sin apartar los ojos de ella—: Pero ya no voy a pedirte permiso. No puedo.

Tragó saliva, afectada por la crudeza de mis palabras.
— No puedo impedir que lo intentes —susurró al fin, la voz ligeramente temblorosa—, pero tampoco puedo prometerte nada. Lo de ayer fue… físico, Enrico. Solo físico.

Sonreí levemente, sin arrogancia, con una claridad tranquila.

— Puedes repetirlo tantas veces como quieras, pero tu cuerpo no miente, Valentina. Nunca lo ha hecho. Me deseas, y no solo físicamente. Y está bien que aún no quieras admitirlo. Puedo esperar.

Ella apretó los labios y apartó la mirada. Su respiración se aceleró de nuevo.

— Enrico, no…

— No voy a obligarte a nada, mi amor —la interrumpí, acariciándole la mejilla con las yemas de los dedos—. Pero tampoco voy a fingir que acepto esas reglas que inventaste para protegerte de mí. Puedes seguir resistiéndote si lo necesitas… yo seguiré derribando esas barreras una a una.

Valentina permaneció en silencio, con la mirada perdida en algún punto lejano, intentando aferrarse al poco control que le quedaba. Yo ya sabía que sería inútil. No tenía prisa. Solo certeza.

A partir de ese momento, la dinámica entre nosotros sería clara:
Yo, luchando cada día por reconquistarla con hechos, sin promesas vacías.

Ella, resistiéndose todavía, pero sabiendo —aunque no lo dijera— que su cuerpo ya había elegido por los dos.

— Tiempo —dije con voz firme—. Eso es exactamente lo que tenemos por delante. Pero escúchame bien, Valentina: no voy a ir a ninguna parte. No me rendiré hasta que entiendas que el único lugar realmente seguro para ti está aquí, en mis brazos. Soy completamente tuyo. Y no descansaré hasta que vuelvas a ser mía. Esta vez… por completo. Y para siempre.

Valentina parpadeó, sus labios se entreabrieron y su mirada vaciló entre miedo y deseo. Me incliné despacio hacia ella.

— Y ahora, amor… voy a besarte.

Y la besé.

Unas horas más tarde, ya estábamos en el coche de regreso a Tiradentes.

El sol se filtraba entre los árboles y el silencio entre nosotros era denso, pero no incómodo: el tipo de silencio que solo existe cuando dos personas piensan exactamente en lo mismo.

Mi teléfono vibró en el bolsillo del abrigo. Eché un vistazo a Valentina —miraba por la ventanilla, perdida en sus pensamientos— antes de contestar.

— ¿Qué pasa, André? —pregunté en voz baja, para no alterarla.

— ¿Has visto las noticias?

— Todavía no. ¿Por qué?

— Lo habéis conseguido. —Pude oír la sonrisa en su voz—. La prensa os llama la pareja del momento. Algunos titulares son tan exagerados que dan risa. Pero escucha: Eloá no ha hecho la declaración que quería. Y probablemente no la hará. Si lo hiciera, solo se humillaría.

Negué con la cabeza, aunque aquello no me tranquilizó en absoluto. Conocía a Eloá. Sabía que, cuando algo no salía como ella esperaba, no se rendía. Nunca.

— ¿Cómo fue todo? —preguntó André, sacándome de mis pensamientos.

— ¿El qué? —respondí distraído.

— Volver a verla. Después de todo.

Solo entonces caí en la cuenta de que no había visto a mi abuela en toda la noche. Valentina y yo nos fuimos antes de que ella llegara. Ni siquiera nos dimos cuenta.

Una sonrisa, casi imperceptible, se dibujó en mis labios.

— No la volví a ver —admití.

Del otro lado, el silencio de André fue elocuente. Casi podía oír los engranajes de su mente procesando la implicación de mis palabras.

— ¿De verdad?

— ¿Era eso, André? —pregunté con ironía.

Mi hermano soltó una carcajada.

— Me alegro de que las cosas vayan bien entre vosotros —dijo con sinceridad, haciendo una breve pausa antes de añadir—: Y no quiero ser el aguafiestas, pero ya sabes cómo es Eloá. Puede que hayamos ganado esta batalla, pero nuestra abuela no va a aceptarlo tranquilamente.

Solté un suspiro largo, sintiendo esa mezcla extraña entre satisfacción y cautela.

— Lo sé. Eloá nunca ha aceptado una derrota en su vida. — Desvié la mirada de la carretera y la dirigí un instante hacia Valentina, que fingía mirar por la ventana, pero estaba claramente escuchando la conversación—. ¿Qué opciones tenemos?

— Tenemos que anticiparnos —respondió André, con la seguridad que siempre lo caracterizaba—. No podemos esperar a que ella mueva ficha. Tenemos que adelantarnos y dejarla sin armas. No tardará en intentar contraatacar.

— Estoy volviendo a Tiradentes —le informé—. Quiero que reúnas toda la información posible sobre Eloá. Si hace algún movimiento, quiero saberlo al instante. Esta vez no nos tomará por sorpresa.

— Me ocuparé personalmente —aseguró con calma—. Hablaremos pronto. Y… diviértete. —Su tono se volvió burlón, coronado por una carcajada contenida.

— Vete al diablo, André.

Eso solo hizo que riera más fuerte antes de colgar. Guardé el teléfono, y el silencio volvió a llenar el coche durante unos segundos, hasta que Valentina habló, con curiosidad controlada:

— ¿Noticias de ayer?

— Sí. —Asentí, manteniendo la vista en la carretera—. Eloá llegó después de que nos fuéramos y no dijo nada. Por lo visto, hoy estamos en todos los periódicos. Nos llaman *la pareja del momento*.

Valentina soltó un suspiro breve, mezcla de alivio y resignación, y relajó los hombros.

— ¿Te gusta, cariño? —pregunté, incapaz de resistirme.

Ella puso los ojos en blanco, volviendo a mirar la ventana, pero vi cómo se dibujaba una sonrisa minúscula en la comisura de sus labios.

Me incliné hasta que mi boca rozó su oreja. Valentina no se apartó, pero la piel de sus brazos se erizó.

— Te quiero —susurré.

Ella cerró los ojos.

— Eso es jugar sucio —respondió también en un susurro.

— Por ti, no me importa el juego que tenga que jugar —murmuré contra su piel—. Te quiero. Y voy a decirlo cada vez que tenga la oportunidad.

Valentina giró ligeramente el rostro, pero no dijo nada. Le acaricié la mejilla, la piel cálida bajo mis dedos.

— Tuyo, amor. Soy tuyo. No lo olvides.

***

— ¿Qué es todo esto? —preguntó Valentina al detenerse en el umbral del balcón, sus ojos brillando con una mezcla adorable de sorpresa y precaución, como si temiera permitirse sentir.

Había pasado las últimas dos horas preparando cada detalle de aquella cena.

Lo había hecho yo mismo, con la atención de quien quiere recuperar algo sagrado. Elegí los ingredientes que sabía que le gustaban, los sabores que evocaban recuerdos felices: vino, hierbas, un toque de limón en la pasta, tal como le gustaba.

Había puesto una mesa impecable en el porche trasero, aprovechando la brisa suave del atardecer y el perfume del jardín que tanto amaba.

Velas delicadas iluminaban el espacio, y una música tenue —su favorita cuando creía que nadie la escuchaba— llenaba el aire.
Cada detalle había sido cuidadosamente pensado, cada gesto elegido para recordarle lo que habíamos sido.

La había dejado a solas con Clara un rato, sabiendo que ambas necesitaban ese reencuentro después de los días fuera.
Yo también la echaba de menos, pero podía esperar. Por ellas, siempre podía esperar.

Nunca había imaginado que el amor pudiera doler y sanar al mismo tiempo. Pero eso era lo que sentía por mi hija: un amor absoluto, salvaje y puro. Me encantaban sus risas, su vocecita, incluso sus berrinches —porque, siendo hija de Valentina, ¿cómo no iba a tener carácter?

— Es solo una cena —le dije con una sonrisa, acercándole una silla y ofreciéndole la mano—. Una cena especialmente preparada para ti.

Valentina dudó unos segundos antes de aceptar. Cruzó el balcón y se sentó, observando todo con detenimiento, como si temiera que fuera demasiado perfecto.

— No tenías que hacer todo esto —murmuró.

Le serví su copa de vino favorita antes de sentarme frente a ella, manteniendo los ojos fijos en los suyos.

— Lo sé. Pero quería hacerlo. Quiero hacerlo. Quiero darte motivos para sonreír, Valentina. Y no voy a dejar pasar ninguna oportunidad. Desde lo más simple hasta lo más grande.

Ella respiró hondo, perdida un momento en sus pensamientos. Dio un sorbo al vino, intentando recuperar el control.

— Esto es peligroso —susurró al fin, alzando la mirada hacia mí—. Todo lo que estás haciendo… es peligroso.

Arqueé una ceja.

— ¿Por qué?

Dudó, mordiéndose el labio inferior antes de responder con una sinceridad desarmante:

— Porque me hace querer creer en ti otra vez. Y eso… eso no era parte de mis planes.

Sonreí despacio, sin apartar la mirada.

— Siempre me ha gustado el peligro.

Valentina soltó una risa corta, rendida por un instante.

— Solo esta noche —me advirtió, sonriendo de lado.

Sonreí ampliamente.

— Por supuesto, amor. Solo esta noche —mentí descaradamente.

Por la forma en que entrecerró los ojos, supe que lo había notado.
Pero aun así se quedó. Primero en la mesa. Y luego… en mi cama.

60. VALENTINA FERRARA

Aquella mañana comenzó igual que muchas otras en las últimas semanas: la mesa puesta con esmero, Clara ya sentada en su lugar, hablándome entusiasmada sobre algún dibujo animado que había visto en la televisión, mientras Enrico terminaba de preparar las tortitas que, últimamente, se habían convertido en su especialidad.

Le observé en silencio mientras recogía los platos, dándome cuenta de lo natural que se había vuelto nuestra rutina.
Por más que intentara mantener las barreras entre nosotros, la verdad era evidente: juntos, Enrico y yo funcionábamos bien.
Demasiado bien. Especialmente cuando se trataba de cuidar de nuestra hija.

— Mamá, ¿puedo poner otra fruta en la fiambrera hoy? —preguntó Clara, con sus enormes ojos grises llenos de ilusión.

— Claro, cariño. ¿Qué te apetece? —respondí distraídamente, intentando no mirar a Enrico, que en ese momento colocaba las tortitas frente a su hija con una sonrisa tierna.

— ¡Uvas! —exclamó Clara, levantando el tenedor con entusiasmo.

Enrico se sentó a mi lado, demasiado cerca para que pudiera ignorar su presencia, aunque lo intenté.

— Bien, uvas —asentí.

Pero antes de poder concentrarme de nuevo en mi desayuno, Clara se giró hacia mí con una expresión tan seria como curiosa.

— ¿Y tu cumpleaños, mamá? ¿Qué vas a hacer esta semana?

El corazón me dio un vuelco. No pude evitar mirar de reojo a Enrico. ¿Se acordaría? Había pasado tanto tiempo que ya me había acostumbrado a celebrar mi cumpleaños solo con Júlia y Clara.
Pero ahora… con Enrico otra vez aquí, todo era diferente.

Él permaneció en silencio, con los ojos fijos en su taza de café, el rostro sereno e indescifrable. Tragué saliva, sintiendo un nudo

extraño en el pecho. Tal vez fuera lo mejor. No debía esperar nada.

Habían pasado semanas desde aquel baile en São Paulo, y desde entonces Enrico no había dejado de insistir, con esa paciencia peligrosa que me desarmaba más que cualquier declaración.
Sus gestos eran pequeños, casi cotidianos… pero cada uno me tocaba más de lo que quería admitir.

Flores inesperadas en la panadería. Mensajes cortos durante el día, recordándome cosas absurdamente simples, pero siempre con ese tono que me hacía sonreír sin querer. Cafés preparados justo como me gustaban. Y esas sonrisas silenciosas, cargadas de complicidad y deseo contenido.

Y luego estaban sus toques. Inocentes, aparentemente. Un roce de dedos al pasarme un plato, una mano que descansaba apenas un segundo sobre mi espalda, demasiado tiempo para ser casual.
Demasiado efectivo para no volverme loca.

Y el sexo… Había intentado resistirme. Lo juro. Pero llegó un punto en que dejar de hacerlo fue inevitable.

Fingía que nada me afectaba, que su cercanía era irrelevante, pero cada día era más evidente: mi supuesta indiferencia no era más que una fachada. Y cada vez resultaba más frágil.

— ¿Mamá? —insistió Clara, devolviéndome de golpe a la realidad.

— ¿Eh? —parpadeé, intentando recomponerme—. Oh, cariño, no lo sé… Probablemente cenemos con tu tía Júlia, como todos los años. Nada especial.

Clara frunció el ceño, cruzándose de brazos con un aire teatral.

— ¡Mamá! Los cumpleaños siempre son especiales. —Se giró hacia Enrico, buscando apoyo inmediato—. ¿Verdad, tío Enrico?

En ese momento, él levantó la vista, y el modo en que me miró bastó para desarmarme. Había algo cálido, íntimo y profundamente nostálgico en su mirada, el reflejo de todos los cumpleaños que habíamos compartido antes de que todo se rompiera.

— Tu madre se merece algo especial, Clara —respondió sin apartar los ojos de los míos.

Su voz era grave, baja… y tan cargada de significado que tuve que apartar la vista de inmediato. El calor subió a mis mejillas, y respiré hondo antes de recuperar cierta compostura.

— En realidad, no necesito nada especial, Clara —dije, acariciando distraídamente el cabello oscuro de mi hija—. Tenerte conmigo es todo lo que necesito.

Enrico guardó silencio unos segundos más. Sentía su mirada sobre mí como un roce invisible. Finalmente, sonrió y giró hacia Clara.

— Bueno, en eso tu madre tiene razón —aceptó con calma, aunque con ese tono juguetón que usaba para ocultar lo que realmente pensaba—. Pero eso no significa que no podamos preparar algo especial para ella, ¿verdad?

Clara aplaudió, emocionada con la idea, y Enrico le guiñó un ojo antes de volver a mirar su café con una sonrisa apenas contenida.

Yo fingí indiferencia, pero dentro de mí todo vibraba.
Porque bastó una sola frase suya para que la expectación que había intentado reprimir se encendiera con fuerza, creciendo imparable.

Y lo supe. Ya no estaba preparada para fingir que no me importaba.

***

Mi respiración seguía agitada, mi cuerpo tembloroso y satisfecho mientras Enrico permanecía sobre mí, dentro de mí, con la frente apoyada contra la mía. Ambos respirábamos al unísono, intentando recuperar el control tras aquel torbellino que nos había arrasado una vez más.

Él levantó la cabeza y me miró. Sus ojos, oscuros y encendidos, reflejaban un afecto y una ternura tan intensos que el corazón se me encogió dolorosamente en el pecho.

— Me encanta estar dentro de ti así… sin barreras —murmuró Enrico con voz ronca, acariciándome la mejilla.

Sentí cómo mi interior respondía instintivamente a sus palabras, y Enrico rió en voz baja, aunque no se movió. Permaneció allí, quieto, como si quisiera prolongar aquel momento el mayor tiempo posible.

Tragué saliva, mordiéndome el labio inferior para no decir lo que en realidad pensaba: que yo también lo sentía. Era imposible negar cuánto me gustaba aquella conexión física tan total, tan libre.

Agradecí, con un pensamiento fugaz, haberme puesto el DIU después de nacer Clara. No lo había necesitado en todos estos años. No hasta que Enrico regresó a mi vida con la fuerza de una tormenta.

Durante ese tiempo, mi cuerpo solo había conocido mis propias manos. Al principio, ni eso. Demasiado dolor, demasiada rabia. Primero vino la supervivencia. Luego, el resentimiento. Y después, simplemente, la resignación.

Nunca fui de las que buscan placer sin amor. Yo quería los besos después del clímax, los cuerpos entrelazados hasta quedarse dormidos, las risas suaves y las conversaciones susurradas entre sombras. Quería el olor de hogar que solo una persona puede tener.

Y ahora… mientras Enrico me miraba con esa ternura peligrosa, sus labios rozando mi piel, comprendí con un golpe seco de ansiedad que eso —todo eso— estaba ocurriendo de nuevo.

El corazón me latía tan rápido que me mareé.
Me aparté de su pecho con suavidad.

— ¿Valentina? —preguntó con cautela, frunciendo el ceño al verme levantarme de la cama.

— No pasa nada —respondí deprisa, agachándome para recoger la ropa del suelo, con las mejillas ardiendo de nerviosismo—. Solo… estoy cansada.

Él se incorporó enseguida. La sábana cayó lentamente por su cuerpo desnudo mientras alargaba la mano para detenerme.

— Eh, espera. No te vayas así —dijo en voz baja, con los ojos serios, vulnerables—. Quédate conmigo. Duerme aquí esta noche, Valentina.

Levanté la mirada. Su expresión era tan abierta, tan sincera, que sentí que me quedaba sin aire. Mi corazón me rogaba que me quedara. Pero mi miedo seguía ganando.

Así debía ser. Podía perder el control del cuerpo, pero mi mente aún me pertenecía. Y por eso, siempre me iba.

— No puedo —murmuré, apenas audible—. Es mejor así, Enrico. Yo… no puedo.

Él suspiró, apretando mi mano con suavidad. Sus ojos, llenos de paciencia y tristeza, me desarmaron aún más.

— No tienes que irte cada vez que hacemos el amor, Valentina — dijo con voz tranquila, intensa—. No tienes que huir de mí. Ni de esto. Ya no.

Respiré hondo. La emoción me ahogaba la garganta.
Retiré lentamente la mano, aunque cada fibra de mi cuerpo gritaba en contra.

— Sí tengo que hacerlo —dije con firmeza, intentando convencerme a mí misma más que a él—. Es mejor así.

Permaneció en silencio unos segundos, observándome con esa mezcla de amor, resignación y ternura que me hacía temblar.

— Está bien —aceptó finalmente, su voz impregnada de tristeza —. Pero quiero que sepas algo: no importa cuántas veces te vayas. Siempre esperaré el día en que decidas quedarte.

Las palabras se clavaron en mí como un eco que no se iría fácilmente. Tragué saliva, me giré y salí antes de poder ceder otra vez.

En el pasillo, apoyé la espalda contra la pared y respiré hondo, intentando recuperar el control. Sentí las lágrimas arder detrás de

los párpados. No podía seguir huyendo para siempre. Pero en ese momento… correr seguía pareciéndome lo único que podía hacer.

***

— ¿Estás seguro de que esto es realmente necesario? —me quejé, tambaleándome torpemente mientras intentaba mantener el equilibrio al salir del coche.

El suave tejido de la venda me cubría los ojos por completo, dejándome en absoluta oscuridad—. Dios mío, ¡nunca pensé que caminar con los ojos vendados fuera tan complicado!

La risa clara de Clara resonó a mi alrededor, y sus pequeñas manos apretaron las mías con fuerza.

— ¡Mamá! Es mucho más fácil hacer que mis muñecas caminen bien que tú —se burló divertida, tirando de mí para guiarme.

Reí sin poder evitarlo, sacudiendo la cabeza justo antes de tropezar. Unos brazos fuertes me atraparon enseguida, estabilizándome contra un cuerpo que reconocería incluso dormida.

— Cuidado, Valentina —murmuró Enrico en mi oído, con un tono cargado de diversión—. No puedo dejarte caer ahora, ¿verdad?

Su respiración me rozó la piel del cuello. Y en ese instante, incluso vendada, supe que el verdadero peligro no estaba en tropezar… sino en lo fácil que era volver a caer por él.

Sentí un calor delicioso recorrerme el cuerpo, intentando ignorar cómo un simple roce de Enrico todavía podía dejarme completamente desarmada. Solté un suspiro exagerado, fingiendo indignación mientras negaba con la cabeza.

— ¡Sigo pensando que esto es una locura! ¿No podías haberme dicho adónde íbamos?

— ¿Y arruinar toda la sorpresa? —replicó Clara con fingida ofensa —. ¡Ni hablar!

La risa grave y cálida de Enrico resonó a mi lado mientras seguía guiándome de la mano. Mis sentidos estaban alerta, intentando

descubrir por el sonido o el olor dónde nos encontrábamos. Pero solo alcanzaba a percibir el aroma suave de las flores… y el inconfundible olor amaderado de Enrico junto a mí.

Finalmente, noté que se detenían. Clara soltó mi mano, dando pequeños saltitos de emoción.

— ¡Ya hemos llegado! —anunció, impaciente.

Enrico se situó detrás de mí, tan cerca que podía sentir el calor de su pecho contra mi espalda, y empezó a soltar lentamente la venda de mis ojos. Sus dedos rozaron mi rostro con tanta delicadeza que se me erizó la piel. Cuando la tela cayó, parpadeé varias veces, adaptándome a la luz.

Tardé unos segundos en comprender dónde estaba.
Frente a mí se alzaba la mansión histórica más emblemática de Tiradentes, aquella que tantas veces había admirado desde lejos, soñando en voz alta con verla restaurada algún día.

Y justo entonces, un coro de voces estalló desde el interior:

— ¡SORPRESA!

El corazón me dio un vuelco. Mis ojos se abrieron de par en par al ver las sonrisas radiantes de la gente reunida ante mí: Júlia, con una expresión traviesa y los ojos brillando de emoción; amigos y vecinos del pueblo; y, para mi completa sorpresa, incluso mis padres, con lágrimas resbalando por sus mejillas.

Me giré hacia Enrico, incapaz de procesarlo todo.

— ¿Enrico…? ¿Qué es todo esto?

Sonrió y me tomó de las manos, mirándome con esa calma que siempre lograba desarmarme.

— Feliz cumpleaños, Valentina —dijo en voz baja—. Te mereces algo más que un regalo. Te mereces algo que refleje lo que significas para mí, para nuestra hija… y para esta ciudad.

Tragué saliva, las lágrimas empezaban a nublarme la vista.
Él no me soltó.

— Esta casa es ahora tuya —continuó con serenidad—. Pero eso no es todo. —Sus ojos brillaron con una mezcla de orgullo y ternura —. Es el comienzo de algo que soñé pensando solo en ti: el Instituto Clara Ferrara.

Mi corazón latía con fuerza, cada palabra suya golpeándome con una emoción indescriptible.

— ¿Instituto…? —logré preguntar, la voz quebrada.

— Sí. —Asintió con firmeza—. Un espacio dedicado a proteger la historia y la gente de Tiradentes. Un lugar donde puedas hacer lo que siempre has querido: cuidar de esta ciudad como cuidas de todos los que amas.

Las lágrimas ya corrían sin control por mis mejillas.
Había entendido exactamente lo que representaba ese gesto: él me había escuchado, me había visto, me había comprendido.

— ¡Y tú, mamá, vas a ser la jefa! —gritó Clara, dando saltos a nuestro lado.

Enrico rió suavemente y me acercó hacia él, sus ojos fijos en los míos.

— Eres la única persona capaz de dirigirlo, Valentina. Este Instituto es tuyo, no solo porque lo mereces, sino porque tú eres su alma. —Su voz bajó, íntima, temblando de emoción—. Es tu regalo de cumpleaños. Espero que lo aceptes.

No pude responder. No había palabras que pudieran contener todo lo que sentía. Solo asentí, dejando que las lágrimas cayeran libremente mientras me abrazaba con fuerza.

Y en aquel instante, envuelta en sus brazos y rodeada de las personas que más quería, lo supe con absoluta claridad: Enrico no solo me amaba. Me conocía. Y había decidido reconstruir mi mundo conmigo dentro.

Por primera vez en años, sentí esperanza. Esa esperanza cálida y tranquila que se instala cuando una herida empieza, por fin, a sanar.

***

Nada más entrar en la mansión, me envolvió una energía contagiosa. Las risas, el murmullo de la gente, las luces suaves que bañaban las paredes restauradas… todo era mágico.

Júlia fue la primera en alcanzarme.

— ¡Feliz cumpleaños, amiga! —exclamó, abrazándome con fuerza.

— Gracias… —logré responder, aún emocionada.

Ella se apartó sonriendo, dejando paso al torrente de abrazos que siguió. Caras conocidas, voces queridas. Personas que alguna vez dudaron de mí, que se dejaron llevar por los rumores, ahora me miraban con afecto y con disculpa silenciosa.

No pude contener las lágrimas. Aquel día no solo celebraba un cumpleaños. Era el cierre de un ciclo… y el comienzo de otro.

Al abrazar a cada uno de ellos, me di cuenta de cuánto me importaban realmente. Los había perdonado. Porque, en el fondo, seguían siendo mi gente, mi comunidad. Y verlos allí, tan cerca, tan cálidos y acogedores, me llenó de un consuelo y una felicidad que no sabía que aún era capaz de sentir.

Enrico me había dado mucho más que una casa o un instituto.
Me había devuelto algo infinitamente más valioso: la sensación de pertenecer, de estar en mi lugar, de volver a sentirme parte de un todo. Aquella normalidad que tanto había añorado y que creí perdida para siempre.

Tras muchos abrazos, risas y saludos emocionados, me detuve en seco. Dos figuras esperaban en un rincón, con una mezcla de impaciencia y ternura reflejada en sus rostros. El corazón me dio un vuelco.

— No puedo creer que estéis aquí —susurré, avanzando hacia ellos sin pensarlo.

Jorge y Martina sonrieron, y en el instante siguiente me envolvieron en un abrazo cálido y familiar. Las lágrimas amenazaron

con volver, pero esta vez eran de pura alegría.

— ¿Qué hacéis aquí? No puedo creer que hayáis venido desde São Paulo —dije, aún intentando asimilar la sorpresa.

Mi padre sonrió, acariciándome el cabello con la misma ternura de siempre.

— ¿Crees que nos perderíamos el cumpleaños de nuestra niña?

— ¿Y por qué no dijisteis que veníais? —pregunté, entre risas y emoción.

— No queríamos arruinar la sorpresa —respondió, lanzando una mirada significativa hacia Enrico, que observaba a lo lejos, discreto pero atento.

Mi pecho se encogió al comprenderlo. Había sido él. Él se había ocupado de traerlos, de cada detalle, de todo. Solo para verme sonreír.

Le busqué con la mirada y, al encontrarla, él sonrió con suavidad. No necesitó decir nada. Su expresión bastaba.

Aun así, no pude ignorar la breve tensión que cruzó el rostro de mi madre cuando sus ojos se posaron en Enrico. Era natural.
Mis padres nunca ocultaron el dolor que les había causado verme sufrir. Sabía que reconstruir esa confianza llevaría tiempo.
Pero también sabía que, aquella noche, eso no importaba.

— Me alegra tanto que estéis aquí —murmuré, abrazándolos con fuerza—. No sabéis cuánto significa para mí.

Mi madre me apretó las manos con ternura.

— Nunca estaríamos en otro sitio, Valentina. Tu felicidad es lo único que importa.

Miré a mi alrededor: El pueblo reunido. Mis padres a mi lado.
Júlia sonriendo entre lágrimas. Clara corriendo por el pasillo, riendo a carcajadas. Y Enrico, de pie a pocos metros, observándolo todo con esa mezcla de serenidad y amor que se había vuelto tan suya.

A pesar de las heridas, las dudas y los fantasmas del pasado, en ese instante fui plenamente feliz. Feliz de verdad. No había lugar para el resentimiento ni para el miedo, solo para la gratitud y la esperanza.

En lo más profundo de mí, sabía que aún quedaban muchas conversaciones pendientes, muchos puentes por reconstruir.
La tensión sutil entre mis padres y Enrico era prueba de ello.
Pero esa preocupación sería para otro día.

Esa noche era mía. Y nada, absolutamente nada, me arrebataría esa paz luminosa que, por fin, volvía a sentir.

Sonreí, abracé a mis padres una vez más y me permití simplemente vivir. Vivir, sin miedo, el milagro de aquel momento perfecto.

61. ENRICO FERRARA

Aquella noche, el silencio en torno a la mesa era casi palpable. La luz cálida de las velas contrastaba con la atmósfera tensa que se había instalado desde el momento en que nos sentamos.

Podía sentir la mirada dura de Jorge Muñiz sobre mí, incluso cuando fingía escuchar con interés el relato entusiasta de Clara sobre el paseo del día. Martina, por su parte, evitaba cuidadosamente encontrarse con mis ojos, sonriendo solo cuando Valentina le hablaba directamente.

Mi mujer —porque ya no podía dejar de pensar en ella así— también percibía la tensión, y hacía un esfuerzo evidente por llenar los incómodos silencios con comentarios amables.

El aroma de la cena, cuidadosamente preparada por el personal de la casa, impregnaba el aire, pero ni siquiera esa fragancia podía disimular el malestar que flotaba entre nosotros.

Era la primera vez que realmente compartía una mesa con Jorge y Martina desde el cumpleaños de Valentina. Habían llegado el día anterior, justo a tiempo para la fiesta sorpresa, pero entre la multitud y el bullicio, apenas habíamos intercambiado unas cuantas frases educadas. Hoy, sin embargo, no había dónde esconderse.

— Tío Enrico, ¿por qué no viniste hoy a pasear con nosotros? — preguntó Clara de pronto, pinchando con el tenedor un trozo de patata. Su voz inocente cortó el silencio como una cuchilla.

Sentí las miradas clavarse en mí, sobre todo la de Martina, tan afilada como el filo de un bisturí. Respiré hondo y sonreí a mi hija con calma.

— Porque tenía que resolver algunas cosas importantes, cariño. Pero te prometo que mañana saldremos juntos, ¿vale?

Clara asintió, satisfecha, completamente ajena al intercambio silencioso de miradas adultas que cruzaba la mesa.

— ¡Mamá dijo que el parque estaba precioso! —añadió, entusiasmada.

— Me alegra oírlo, cielo —respondí, devolviéndole la sonrisa.

— Ha hecho un día espléndido —añadió Valentina, mirándome con cierta intención conciliadora—. Creo que este año la primavera se ha adelantado.

— Puede ser —intervino Jorge, con tono áspero—, pero no apostaría por ello todavía.

El doble sentido era tan evidente que apenas necesitaba explicación.
Me limité a sonreír.

— Bueno, yo prefiero creer que sí —contesté, sin perder la serenidad—. A veces necesitamos un poco de fe en las cosas buenas, ¿no?

El silencio volvió, espeso, roto solo por el ruido metálico de los cubiertos y el suave movimiento de los camareros al servir los platos.

— Realmente te superaste, cariño —dijo por fin Martina, dirigiéndose a su hija con una sonrisa medida—. La fiesta de ayer fue preciosa. Clara también parecía encantada.

— ¡Fue perfecta, abuela! ¡Yo ayudé al tío Enrico a prepararla! —dijo Clara con orgullo, inflando el pecho.

Vi cómo la mandíbula de Jorge se tensaba de inmediato. No dijo nada, pero la desaprobación en su rostro era innegable.
El mensaje era claro: no aprobaba mi regreso a sus vidas.

— Y lo hiciste de maravilla, Clara —intervino Valentina enseguida, lanzándome una mirada de apoyo que intentaba aliviar la tensión.

Jorge se recostó en su silla, carraspeó y habló con un tono cuidadosamente neutro, aunque cada palabra llevaba veneno.

— Solo esperamos que todo siga siendo tan… perfecto. —Hizo una pausa breve, mirando directamente hacia mí—. A veces, la

perfección es difícil de mantener. Sobre todo cuando se construye tan rápido.

Valentina se quedó rígida a mi lado. Martina intervino con voz suave, intentando rebajar el tono:

— Jorge, quizá no sea el mejor momento para ese tipo de comentarios.

— Oh, yo creo que es el momento perfecto —replicó él con amarga ironía—. Estamos todos aquí, ¿no? Como una gran familia feliz.

Respiré hondo, manteniendo el rostro impasible.

— Estoy totalmente de acuerdo —respondí con calma—. No hay mejor momento que este para decir lo que pensamos… siempre que se haga con respeto.

Nuestros ojos se encontraron. Fue un cruce breve, pero cargado de todo lo que aún no se había dicho.

Durante unos segundos, nadie habló. Clara nos miró, confundida, y Valentina intervino rápidamente, preguntándole por el postre para distraerla.

Mientras mi hija hablaba emocionada de helados y dulces, observé a Jorge por el rabillo del ojo. Su mirada, firme y evaluadora, me pesaba como una sentencia.

La cena estaba lejos de haber terminado.

— ¿Qué te ha parecido volver a la ciudad? —pregunté, rompiendo el silencio con un tono cordial—. ¿Sigue gustándote Tiradentes después de tanto tiempo?

Jorge fue el primero en responder.

— La ciudad sigue siendo hermosa. —Su voz sonó grave, pausada —. Es agradable ver que algunas cosas se conservan bien. No siempre es fácil mantener lo que de verdad importa.

Su frase, envuelta en ambigüedad, me golpeó como un reproche velado. Valentina lo miró con súplica silenciosa, rogándole que no siguiera por ese camino.

— Ahora mismo estamos trabajando para preservar muchas cosas valiosas —repliqué, midiendo cada palabra.

Martina asintió lentamente, aunque su mirada seguía siendo fría, inquisitiva.

— Qué pena —dijo con voz tranquila mientras alisaba la servilleta —. A veces hay que destruir algo antes de comprender que debía haberse cuidado desde el principio.

Valentina inspiró con fuerza, dispuesta a intervenir, pero antes de que pudiera hacerlo, la voz alegre y cristalina de Clara volvió a llenar el espacio, salvándonos del abismo que se abría bajo la mesa.

— No paras de hablar de cosas raras —se quejó Clara con un pequeño suspiro—. ¿Podemos hablar ahora de algo agradable?

Todos sonreímos ante la inocencia de la niña, y la tensión se disipó de inmediato. Jorge le dirigió una mirada más suave, casi afectuosa.

— Por supuesto, cariño. Cuéntame más sobre el paseo de hoy. ¿Cuál fue tu parte favorita?

Mientras Clara comenzaba a relatar una historia larga y animada, pude respirar con cierta tranquilidad, aunque sabía que aquello era solo un respiro momentáneo. Quedaban muchas cosas por afrontar con los padres de Valentina, y esa cena apenas había sido el principio. No estaban preparados para perdonarme.

Pero no pensaba rendirme. Era mi familia, y lucharía por ella hasta el final, por agotadora que fuera la batalla.

***

Cuando la cena terminó y Clara se fue a dormir, aproveché el momento en que Valentina subió para acompañarla a su habitación y busqué a Martina y Jorge. No había planeado tener esa conversación

tan pronto, pero la última hora me había dejado claro que no podía esperar más.

Se habían levantado de la mesa con demasiada prisa, ansiosos por librarse de mi compañía. Sin embargo, le habían dicho a Valentina que estarían en la biblioteca, así que les di unos minutos y luego los seguí.

Al acercarme, oí el murmullo apagado de una discusión. Las voces eran bajas, pero la irritación era evidente. Jorge hablaba con dureza, su tono cargado de desconfianza.

— Todo es demasiado perfecto, Martina. No tiene sentido. No después de lo que pasó antes. ¡No puedo aceptar que todo esté tan bien resuelto, como por arte de magia!

— Lo sé, Jorge. Estoy de acuerdo contigo —respondió ella con voz suave, aunque preocupada—. Pero tenemos que pensar en Clara, y también en Valentina. ¿Has visto lo feliz que parece ahora?

— ¿Y si vuelve a hacerle daño? ¿Has olvidado lo que pasamos la última vez? ¿Lo que sufrió Valentina? No dejaré que repita eso, Martina. No lo permitiré.

Respiré hondo, toqué con suavidad la puerta y la empujé lentamente. Ambos se giraron de inmediato, la sorpresa reflejada en sus rostros.

— Siento interrumpir —dije con calma, manteniendo la mirada fija en ellos mientras avanzaba—. ¿Podemos hablar un momento?

El silencio fue incómodo y pesado. Jorge se cruzó de brazos, desafiante; Martina parecía indecisa, con la vista oscilando entre su marido y yo.

— Por supuesto, Enrico. Creo que ya va siendo hora —contestó Jorge con frialdad, señalando uno de los sillones con un gesto seco —. Siéntate, por favor.

Obedecí sin prisas, intentando mantener la serenidad. Apoyé las manos sobre las rodillas y los miré con toda la sinceridad que pude reunir. La postura defensiva de Jorge era comprensible; no esperaba

que la conversación fuera fácil, pero había llegado el momento de enfrentarla.

— En primer lugar, quiero que sepas que comprendo tu resistencia —comencé—. Sé que mis acciones en el pasado hirieron no solo a Valentina, sino también a toda la familia. —Hice una breve pausa antes de continuar—. Quiero disculparme sinceramente por todo lo ocurrido, especialmente por el dolor que causé a tu hija.

Jorge me sostuvo la mirada, sin suavizar su expresión.

— Las palabras son fáciles, Enrico. Cualquiera puede decirlas. Lo que no puedo olvidar es lo que hiciste. No olvido el sufrimiento de mi hija. No olvido verla destrozada. Eras el hombre perfecto… hasta el momento en que dejaste de serlo.

Martina le tocó el brazo, intentando calmarlo.

— No estamos aquí para hablar del pasado —intervino con suavidad—, pero tienes que entender que la confianza no se recupera solo con discursos bien elaborados.

Asentí con firmeza.

— Lo sé, Martina. No estoy aquí para convencerte con palabras. Estoy aquí para asumir toda la responsabilidad de mis errores y dejar claro que soy plenamente consciente de sus consecuencias. No me hago ilusiones sobre la dificultad de reconstruir la confianza que destruí.

Jorge descruzó los brazos, aunque su postura seguía siendo tensa.

— ¿Y cómo piensas hacerlo exactamente? ¿Qué te garantiza que no volverás a cometer los mismos errores cuando todo deje de ser nuevo y desafiante? ¿Tienes idea de lo que es ver a tu hija luchar cada día por recomponerse mientras cría sola a un niño? ¿Comprendes la magnitud de lo que le hiciste?

Sus palabras me golpearon con fuerza, pero las acepté.

— Puede que nunca llegue a entender del todo cuánto sufrió Valentina —admití—. Porque no estuve cuando más me necesitaba. Le fallé. Pero ahora estoy aquí, y pienso dedicar cada segundo de mi vida a asegurarme de que nunca vuelva a pasar por algo así. — Respiré hondo—. Todo lo que me importa ahora son Valentina y Clara. Son todo lo que tengo, y todo lo que quiero proteger mientras viva.

Martina apartó la mirada un momento.

— Enrico, tienes que entender lo difícil que es esto para nosotros —dijo con tono suave—. Queremos a nuestra nieta más que a nada, y solo deseamos verla feliz y segura. Pero eso no significa que podamos olvidar lo que pasó.

— No os pido que olvidéis —respondí—. Solo os pido una oportunidad para demostrar, con hechos, que puedo hacer feliz a Valentina otra vez. No quiero confianza gratuita; solo una oportunidad para merecerla de nuevo, poco a poco.

Jorge suspiró, mirando a Martina antes de volver a mí.

— Por el bien de Clara y de Valentina, intentaremos mantener un ambiente menos hostil cuando estemos todos juntos. Pero no esperes que esto signifique aceptación plena. Tu actitud de hoy cuenta puntos a tu favor, pero aún queda mucho camino.

— Estoy preparado para recorrerlo —le aseguré, con un alivio sincero por aquella pequeña rendija de tregua.

Antes de que pudiéramos decir más, la puerta se abrió lentamente. Valentina apareció en el umbral y se detuvo al vernos, su expresión reflejando cautela.

— ¿Va todo bien por aquí? —preguntó, observando nuestras caras.

Martina sonrió, intentando suavizar la escena.

— Sí, cariño. Solo estábamos hablando.

Valentina me miró, buscando confirmación. Asentí y le dediqué una sonrisa tranquila.

— No pasa nada, amor —le aseguré mientras me levantaba—. Todo va a salir bien.

***

El silencio en el coche era agradable y reconfortante mientras volvíamos del aeropuerto, después de dejar a Jorge y Martina en su vuelo de regreso a São Paulo. Los días siguientes a nuestra conversación no fueron fáciles, eso era evidente. Aún flotaba en el aire una sutil tensión, una delicada reticencia entre ellos y yo que ninguno intentaba disimular del todo.

Sin embargo, ver a Valentina tan relajada, tan en paz junto a sus padres, presenciar sus sonrisas abiertas y genuinas durante aquellos momentos, hizo que todo mereciera la pena. Me prometí en silencio hacer todo lo necesario para que instantes como aquel se repitieran una y otra vez. Valentina se merecía eso y mucho más.

Ahora estaba recostada en el asiento, mirando distraídamente por la ventanilla, perdida en sus pensamientos. La dejé disfrutar de ese silencio tranquilo, conduciendo con calma mientras la sensación de paz se instalaba entre nosotros.

Al cabo de unos minutos, se volvió hacia mí. Su voz, suave y sincera, rompió el silencio.

— Enrico, quería darte las gracias por estos últimos días. Sé que no fueron fáciles para ti, e hiciste todo lo posible para que mis padres se sintieran cómodos. Gracias de verdad.

La miré un segundo antes de volver a centrar la vista en la carretera. Sonreí al escucharla.

— No tienes que agradecerme nada, Valentina —respondí con serenidad—. Lo haría una y mil veces, si eso te hace feliz.

Ella guardó silencio. Cuando volví a mirarla, noté el brillo de emoción en sus ojos y la leve curva de una sonrisa que me desarmó.

— Aun así… gracias —repitió en voz baja.

Extendí la mano y tomé la suya, que descansaba sobre su pierna. Valentina no se apartó; al contrario, entrelazó sus dedos con los míos de forma instintiva.

— Nunca más, bajo ninguna circunstancia, tendrás que darme las gracias por hacerte feliz —le dije despacio—. Esta es mi misión ahora. Nada importa más que tú y Clara.

Respiró hondo y me apretó la mano suavemente.

— Empiezo a creerlo —susurró al fin, volviéndose hacia mí con una sonrisa dulce y vulnerable—. Y eso me da miedo, Enrico.

Aminoré la marcha y la miré con ternura.

— Lo sé, amor. Pero te prometo que estaré aquí en cada paso del camino, cogiéndote de la mano, como ahora. No volverás a pasar por esto sola. Nunca más.

Valentina guardó silencio, dejando que mis palabras calaran en ella. Tenía los ojos brillantes, llenos de emoción. Asintió despacio, apretando mi mano con más fuerza.

— Espero que digas la verdad, Enrico —murmuró.

Sonreí, dejando que la sinceridad se reflejara sin reservas en mi voz.

— Ya lo verás, Valentina. Voy a pasar todos los días del resto de mi vida demostrándotelo. Esa es la verdad.

62. VALENTINA FERRARA

Observé la imponente maqueta sobre la mesa del despacho de Enrico, impresionada por la riqueza de los detalles. Todo parecía tan real que era fácil imaginar a la gente moviéndose, las sonrisas y las voces llenando aquel espacio que pronto se convertiría en el Instituto Clara Ferrara.

— Aquí —empezó a explicar Enrico, con voz grave y entusiasta mientras señalaba la estructura central— estará el edificio principal. Un espacio dedicado a la cultura y la educación: exposiciones, talleres, cursos abiertos a la comunidad.

No pude resistir el impulso de rozar con los dedos una de las miniaturas. Una sonrisa involuntaria se dibujó en mis labios. Los trabajos comenzarían muy pronto; la primera reunión con el restaurador sería al día siguiente. La sede del instituto sería el primer edificio en restaurarse, y Enrico había prometido que todo saldría perfecto desde el inicio.

El restaurador contratado era una referencia internacional: Marcos Albuquerque, un nombre conocido por proyectos en todo el mundo. Aun así, me costaba creer la cantidad de dinero y esfuerzo que Enrico estaba invirtiendo en el ICF.

Sabía que llevaba meses trabajando en algo desde que renunció a la presidencia de Ferrara Corp, pero nunca imaginé que sería algo para Tiradentes. Algo… para mí.

— Esto es increíble, Enrico —murmuré, encantada, mientras recorría la maqueta con la mirada—. ¿Y qué hay aquí? —pregunté, señalando otro edificio más pequeño junto al principal.

— Un auditorio multifuncional —respondió enseguida, acercándose un paso. Sentí su presencia muy cerca, intensa, pero no me aparté—. Servirá para eventos, conferencias, presentaciones… quizás algo especial para la escuela de danza de al lado —añadió con una sonrisa sutil que me hizo reír.

— Has pensado en todo. Es impresionante… ¿cuánto tiempo llevas planeando algo así?

Guardó silencio unos segundos. Cuando levanté la vista, sus ojos estaban fijos en los míos, serios y sinceros.

— Para serte sincero, empecé a planear todo esto al día siguiente de descubrir las mentiras de mi abuela —confesó con voz baja, sin apartar la mirada—. Sabía que tenía que intentar reparar lo que había destruido. No fuiste la única a la que hice daño, Valentina.

Sentí un nudo en la garganta y aparté la vista, incapaz de sostener el peso de sus palabras.

— Estos últimos cinco años han sido duros —continuó—. Dolor, nostalgia, arrepentimiento… Perdí el rumbo por completo. Dejé que otros decidieran por mí. Y ese no es el hombre que quiero que Clara conozca en el futuro.

Me quedé inmóvil, con las emociones entrelazadas dentro del pecho. Su sinceridad era tan profunda que dolía. El impulso de abrazarle fue casi insoportable, pero me contuve. Aún me daba miedo bajar la guardia del todo.

Respiré hondo, aclaré la garganta y forcé una sonrisa práctica mientras señalaba otra zona de la maqueta.

— ¿Y este edificio de aquí, qué es exactamente? —pregunté, intentando desviar la conversación hacia terreno seguro.

Por el brillo divertido en sus ojos, supe que había notado mi huida estratégica, pero respetó mi decisión y volvió a explicarme los planos con calma.

La charla continuó ligera, aunque los dos sabíamos que aquel momento de vulnerabilidad había significado algo importante. Y, pese al miedo, una parte de mí se sintió más fuerte gracias a su valentía al compartirlo conmigo.

***

Salí del banco revisando distraídamente unos documentos mientras caminaba por la acera. Era una mañana tranquila en Tiradentes; el sol caía suave sobre las fachadas antiguas y el aire olía a pan recién hecho.

La calle estaba casi vacía, el movimiento sereno típico de las mañanas en esa ciudad pequeña. Entonces, de repente, la puerta trasera de un coche de lujo aparcado unos metros delante se abrió, obligándome a detenerme.

Fruncí el ceño, sorprendida, hasta que una voz familiar —dulce y cortante como una hoja afilada— sonó desde el interior del vehículo.

— Entra, Valentina.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Eloá Ferrara estaba allí, impecablemente vestida, con una sonrisa fría en los labios.

Sentí el estómago encogerse. Aquella vieja sensación de incomodidad volvió con toda su fuerza. Eloá no era solo la abuela de Enrico; era la mujer que había destruido mi vida una vez.

— No, gracias —respondí con esfuerzo, intentando mantener la calma mientras mi corazón latía con violencia—. No tengo nada que hablar contigo.

La sonrisa de Eloá se amplió apenas, y su mirada se clavó en la mía con inquietante serenidad.

— Oh, claro que sí —replicó con veneno—. Y no pienso discutir nuestros asuntos personales en plena calle, donde cualquiera podría oírnos. Solo serán unos minutos. No me digas que te asusta una simple charla conmigo.

Dudé, irritada por el modo en que elegía cada palabra. Eloá siempre había sido una maestra en el arte de manipular, y lo sabía. Pero también entendía que no se marcharía sin decir lo que había venido a decir.

Y, por más que me pesara admitirlo, necesitaba saber qué estaba planeando esta vez.

La abuela de Enrico había permanecido demasiado tiempo en silencio. Desde aquel acto benéfico no había hecho ningún movimiento hacia nosotros.

— Tienes cinco minutos —advertí con frialdad y subí al coche, sentándome al otro extremo del asiento.

La puerta se cerró tras de mí, aislándonos del mundo exterior. El vehículo se impregnó de su perfume caro y penetrante, trayéndome recuerdos que habría preferido olvidar. Eloá se reclinó en el asiento, observándome con una calma estudiada.

— Me alegra volver a verte, Valentina —comentó con ironía, como si cada palabra fuera un sacrificio.

— No puedo decir lo mismo —respondí sin rodeos.

Soltó un suspiro teatral antes de continuar con voz suave, demasiado medida para ser sincera.

— No voy a hacerte perder el tiempo con charlas innecesarias. Solo he venido a advertirte sobre mi nieto. —Hizo una pausa, sus ojos fijos en los míos—. ¿De verdad crees que Enrico ha cambiado? ¿Que puedes volver a confiar en él?

Tragué saliva, intentando contener la ira que crecía en mi interior.

— Sé directa, Eloá. Si tienes algo que decir sobre Enrico, dilo sin rodeos. No estoy de humor para tus juegos.

Su sonrisa se ensanchó, y el brillo frío en su mirada me advirtió de que aún no había mostrado todas sus cartas.

— Muy bien. Hablemos, entonces, de quién es realmente Enrico. De lo que ingenuamente aún no sabes de él.

— Si ha venido solo a repetir el mismo discurso de siempre, lamento decirle que ha perdido el tiempo —respondí, manteniendo la voz firme.

Eloá arqueó una ceja y soltó una risita desdeñosa.

— Ah, querida, ahí es donde te equivocas. En realidad, te estoy haciendo un favor. Deberías agradecerme que te ayude; al fin y al cabo, solo conoces la versión que él ha decidido contarte porque le conviene. Pero no durará. Nunca lo hace. —Se inclinó un poco más hacia mí—. ¿De verdad crees que este matrimonio, este "cuento de hadas" que habéis vendido a la prensa, resistirá cuando Enrico vuelva a tener todo lo que quiere?

— ¿Y qué crees que quiere exactamente, Eloá? —pregunté, sintiendo cómo me hervía la sangre.

Su sonrisa se volvió venenosa.

— Lo mismo de siempre: poder, control. Tú y tu hija sois solo herramientas útiles para él ahora. Créeme, conozco a mi nieto mejor que nadie. Lo crié. Sé exactamente cómo funciona su mente.

La furia subió en mi pecho, pero mantuve el rostro impasible. No iba a darle el placer de verme perder el control.

— El Enrico que conoces, Eloá, es el Enrico que tú creaste —repliqué con firmeza—. Un hombre moldeado por tu manipulación y tus mentiras. El Enrico que conozco ahora es distinto: un hombre que ha reconocido sus errores, que intenta ser mejor por mí y por Clara. Algo que tú jamás podrías entender.

Eloá entrecerró los ojos, visiblemente irritada, aunque enseguida recuperó su compostura.

— Eres ingenua, Valentina. Siempre lo has sido. ¿De verdad crees que un hombre como él cambia? ¿Y si te dijera que nunca te amó? ¿Que siempre supo quién eras y eligió creerme porque era más fácil? ¿De verdad crees que tu amor tiene tanto poder sobre alguien como Enrico?

Sus palabras me atravesaron como una cuchilla, hurgando en heridas que creía cerradas. Por un instante, el aire me faltó. Pero respiré hondo y la miré con entereza.

— Destruiste mi vida una vez con tus mentiras, Eloá. No volverá a ocurrir. Ya no soy la chica asustada que manipulaste hace cinco

años. Sé exactamente quién eres y lo que intentas hacer.

Su sonrisa se volvió condescendiente.

— Oh, no, cariño. Yo no destruí tu vida. La destruiste tú misma al elegir a un hombre como mi nieto. Y volverás a hacerlo si sigues aferrándote a esta fantasía —dijo, y entonces comprendí la verdad: no era una amenaza de poder, sino un acto de desesperación.

Aquel encuentro no era control, sino miedo. Miedo de perder lo único que aún creía suyo. Enderecé los hombros y la miré directamente, sin titubear.

— Has perdido, Eloá. Sé que te cuesta entenderlo, pero acéptalo. Ya no tienes poder sobre mí, ni sobre Enrico, ni mucho menos sobre Clara. Se acabó.

Permaneció inmóvil durante unos segundos antes de responder con una frialdad cortante.

— Eres una tonta, Valentina. Y las tontas siempre pagan caro su ingenuidad. Espero que estés preparada para el precio. Considérate advertida.

— Créeme —dije con una sonrisa gélida mientras abría la puerta del coche—, el único precio que pagaré será la satisfacción de verte desaparecer de nuestras vidas de una vez por todas.

Sin esperar respuesta, salí del vehículo. La puerta se cerró tras de mí con un golpe seco, y una oleada de alivio recorrió mi cuerpo. Por primera vez en años, me había enfrentado a Eloá Ferrara. Y, sorprendentemente, era ella quien parecía frágil.

Avancé por la acera con paso firme, el corazón martilleando. Las piernas me temblaban, no solo por la adrenalina del enfrentamiento, sino por la sensación liberadora que me invadía.

Lo primero que pensé fue en buscar a Enrico. Necesitaba verlo, contarle lo sucedido, sentir su calma. Mi mente era un torbellino de emociones mientras me dirigía hacia la sede provisional del Instituto, donde sabía que estaría después de sus reuniones con el restaurador.

Nada más entrar en el pequeño edificio alquilado, me crucé con algunos empleados que me saludaron con amabilidad. Respondí con una leve inclinación de cabeza, sin detenerme, mientras caminaba directamente hacia la sala donde Enrico solía trabajar.

Ni siquiera llamé antes de abrir la puerta; necesitaba verlo, necesitaba su presencia para anclar mis emociones. Enrico levantó la cabeza de inmediato, sorprendido por la brusquedad de mi entrada.

— ¿Valentina? ¿Estás bien? —preguntó, poniéndose de pie con preocupación al ver mi expresión alterada.

Cerré la puerta tras de mí y respiré hondo, intentando encontrar la calma antes de poder hablar.

— Eloá acaba de venir a verme —solté de golpe, todavía con el peso de sus palabras sobre los hombros—. Me estaba esperando frente al banco.

El rostro de Enrico se tensó al instante; la preocupación se transformó en ira contenida.

— ¿Qué te hizo? ¿Te amenazó? —preguntó, avanzando hacia mí con pasos rápidos hasta detenerse a escasos centímetros. Sus manos se alzaron para sujetarme el rostro, buscando mis ojos.

— No físicamente… pero intentó envenenarme el corazón contra ti —expliqué con voz temblorosa—. Dijo cosas terribles, quiso hacerme dudar de tus intenciones, de quién eres realmente.

Él respiró hondo, la mandíbula apretada por la furia, aunque en su mirada también había miedo.

— ¿Y qué le dijiste, Valentina? ¿Qué estás pensando ahora? — preguntó en voz baja, intentando mantener la calma.

Levanté la vista con firmeza y di un paso hacia él.

— Le dije que ya no soy la misma mujer que destruyó hace cinco años. Le dije que tú tampoco eres el mismo hombre al que manipuló y controló. —La voz me tembló un instante, pero seguí—. Te defendí, Enrico. Y no lo hice solo por ti, sino por mí. Porque por

primera vez en años tuve el valor de enfrentarme a la persona que nos rompió. Tenía que hacerlo.

Los ojos de Enrico brillaban, fijos en los míos. Sus pulgares rozaban mis mejillas con delicadeza mientras su expresión se suavizaba.

— No sabes cuánto significa esto para mí, Valentina.

Y entonces, sin dudarlo, sus labios encontraron los míos. El beso empezó con cautela, casi como si ambos necesitáramos asegurarnos de que era real. Pero la suavidad inicial pronto se transformó en urgencia, en una necesidad profunda que encendió cada rincón de mi cuerpo.

Su boca se amoldó a la mía con precisión, cálida, intensa, cargada de emoción. Su lengua buscó la mía con una lentitud reverente, en una danza que era promesa y perdón al mismo tiempo. Cada roce, cada respiración compartida decía lo que las palabras no podían expresar.

El beso fue una disculpa y una promesa: que el pasado quedaría atrás.

Mis manos se enredaron en su cabello, atrayéndolo más cerca, mientras sus brazos me envolvían con fuerza, eliminando toda distancia entre nosotros. No era solo un encuentro de cuerpos, sino de almas. Una declaración silenciosa de entrega, vulnerabilidad y fe recuperada.

Enrico profundizó el beso con ternura y pasión, cada movimiento un susurro de que esta vez sería distinto. Sin engaños, sin miedo, sin huida.

Cuando al fin nos separamos, ambos jadeábamos, con las frentes juntas y las respiraciones mezcladas. Aquel beso era el reflejo exacto de nuestra historia: imperfecta, intensa, marcada por el dolor, pero absolutamente real.

— ¿De qué iba todo eso? —murmuré con una sonrisa que apenas podía contener.

Enrico sonrió también, sus labios aún rozando los míos, la punta de su nariz acariciando mi piel.

— De nada —susurró con voz ronca—. Solo que te quiero demasiado y necesitaba besarte.

Normalmente habría dado un paso atrás. Pero esta vez no lo hice. Permanecí allí, mirándolo en silencio, dejando que mis ojos dijeran lo que mi voz no podía: mi esperanza, mi miedo, mi deseo de creer.

Y como si pudiera oír mis pensamientos, Enrico volvió a besarme. Fue un beso lento, sereno, lleno de ternura. En él comprendí su respuesta silenciosa, clara y definitiva.

Nunca más, amor. Nunca más.

63. ENRICO FERRARA

La respiración suave de Valentina calentaba mi pecho mientras dormía profundamente, por primera vez después de tantas noches huyendo de mis brazos en cuanto la pasión se calmaba. Su cabeza reposaba acurrucada contra mí, el cabello oscuro extendido sobre mi hombro, el rostro sereno.

El corazón me latía con fuerza, aún agitado por todo lo ocurrido aquel día. Pero más que el placer físico, lo que realmente me había dado paz era verla dormida así, relajada, sin miedo, confiando otra vez en mí.

Deslicé una mano entre sus mechones, acariciándola con cuidado. Me invadió una oleada de emociones: culpa, alivio, gratitud. Todo mezclado en un nudo en la garganta.

— Perdóname, amor mío —susurré—. Por cada vez que te hice daño, por cada lágrima que derramaste por mi culpa. Nunca más, Valentina. Te lo juro.

Ella no respondió, pero inconscientemente se acercó un poco más, acurrucándose contra mi pecho. Aquel simple gesto hizo que se me encogiera el alma.

— Voy a hacerte feliz —prometí en voz baja—. Voy a luchar por ti y por Clara todos los días de mi vida. Voy a ganarme cada pedazo de tu corazón hasta borrar cualquier sombra de dolor o duda.

Cerré los ojos un instante, grabando aquel momento en mi memoria. Cuando los abrí de nuevo, la observé dormir, con una paz que hacía años no veía en su rostro.

— Te quiero más de lo que puedo decir con palabras —murmuré, sintiendo el nudo apretarse aún más—. Te quiero más que a mi propia vida.

Valentina suspiró en sueños y una sonrisa leve curvó sus labios. Aquella sonrisa me encendió el pecho, dándome una certeza que no recordaba sentir: la esperanza había vuelto.

Seguí mirándola en silencio, jurando que jamás permitiría que nada ni nadie volviera a apartarla de mí. Había recuperado mi propósito: cuidar, proteger y amar a Valentina y a nuestra hija con todo lo que era.

***

Sentado en el sofá, repasaba unos documentos mientras Valentina hacía algo en la cocina. Clara jugaba en la alfombra a mis pies, inmersa en sus muñecas, inventando diálogos y escenas que solo tenían sentido en su imaginación.

Me detuve un momento para observarla. Cada detalle era perfecto: el cabello oscuro cayendo sobre sus hombros, las mejillas rosadas, la concentración infantil en su rostro.

Entonces levantó los ojos y me miró. Su sonrisa fue tan luminosa que me desarmó por completo. Le devolví el gesto sin pensarlo, pero algo distinto brillaba en su mirada: una curiosidad seria, intensa.

— ¿Tío Enrico? —preguntó, dejando las muñecas a un lado y acercándose con pasos lentos, casi tímidos.

Dejé los papeles sobre la mesa y la alcé en mi regazo.

— Hola, mi princesa. ¿Qué pasa? —le pregunté, acariciándole el pelo.

Ella dudó, mordiéndose el labio inferior de una forma tan parecida a Valentina que me arrancó una sonrisa.

— ¿Puedo preguntarte algo muy serio? —dijo al fin, con una mezcla de duda y determinación.

— Claro, amor —respondí con suavidad—. Puedes preguntarme lo que quieras. No tienes que tener miedo.

Respiró hondo, y con voz temblorosa lanzó la pregunta que cambió el aire en la habitación.

— ¿Puedes ser mi papá?

El mundo se detuvo. Sentí cómo el corazón se me aceleraba violentamente mientras las palabras resonaban una y otra vez en mi cabeza. No pude responder de inmediato; solo la miré, intentando asimilar la magnitud de lo que acababa de decir.

En ese instante, Valentina apareció en el umbral, atraída por la voz de nuestra hija. Nuestros ojos se cruzaron. En los suyos vi el mismo asombro, la misma emoción que me atravesaba a mí.

No necesitábamos hablar. Sabíamos que había llegado el momento: Clara estaba lista para conocer la verdad.

Respiré hondo y acomodé a mi hija sobre mis piernas, mirándola con ternura.

— ¿Por qué me preguntas eso, princesa? —mi voz salió suave, cargada de emoción.

Clara jugueteó con un botón de mi camisa antes de contestar.

— Es que… todos mis amigos tienen papá, y viven con sus mamás. Y tú siempre estás aquí con nosotras. Me cuidas, juegas conmigo, y cuando estoy triste me abrazas y todo mejora… como hacen los papás. —Hizo una pausa y miró a Valentina, antes de volver a mí con un susurro lleno de esperanza—. Así que pensé que me gustaría mucho si tú fueras mi papá.

Sentí los ojos arder con la pureza de su confesión. Volví la mirada hacia Valentina; las lágrimas brillaban en sus ojos igual que en los míos.

Con una leve inclinación de cabeza, Valentina me dio en silencio el permiso y la fuerza que necesitaba. Tragué saliva y respiré hondo antes de hablar.

— Clara, eres una niña muy lista, y necesito decirte algo importante, ¿vale?

Ella asintió, con los ojos muy abiertos.

— Mi amor, ya soy tu padre —murmuré con voz temblorosa—. Siempre lo he sido, desde que naciste. Pero durante mucho tiempo

no estuve aquí, porque pasaron cosas difíciles y acabé alejándome. Pero ahora estoy aquí, y nunca me iré.

Clara permaneció quieta, procesando mis palabras. Sus ojos grises me estudiaban con atención, como si intentara comprenderlo todo.

Valentina se acercó, se arrodilló junto al sofá y tomó las pequeñas manos de nuestra hija.

— Hija, queríamos decírtelo antes, pero esperábamos el momento adecuado, cuando estuvieras preparada —le explicó con ternura.

Clara parpadeó varias veces, mirándonos a ambos, y de pronto una sonrisa inmensa iluminó su rostro.

— ¡Lo sabía! —exclamó, lanzándose sobre mí en un abrazo—. ¡Sabía que eras mi papá!

La abracé con fuerza, sintiendo cómo las lágrimas me caían sin remedio. Al mirar a Valentina, vi las suyas brillar con la misma emoción.

Clara se apartó un poco y me miró con expectación.

— ¿Entonces puedo llamarte papá?

Sonreí, con el corazón desbordado.

— Sí, mi amor. Puedes llamarme papá siempre que quieras. Me encantará.

Ella volvió a abrazarme con fuerza.

— Te quiero mucho, papá —susurró contra mi pecho.

— Yo también te quiero, princesa. Más que a nada en el mundo — respondí, mirando a Valentina. Ella nos observaba con una sonrisa llena de ternura.

— Y, papá, ¿tú también quieres a mamá? —preguntó Clara con total naturalidad. Abrí la boca para responder, pero los ojos de Valentina me detuvieron. Nuestra hija no esperó—. ¿Podéis quereros hasta que yo crezca?

Valentina le tomó la mano con delicadeza.

— ¿Por qué, mi amor?

— Porque quiero saber lo que es tener a mamá y a papá juntos — dijo con inocente sinceridad.

Nuestras miradas se cruzaron. Vi en los ojos de Valentina el mismo dolor y la misma esperanza que ardían en los míos.

— Siempre estaremos juntos —le aseguré—. Por ti, cariño, siempre estaremos juntos.

Clara sonrió, feliz, sin captar las sombras entre nuestras palabras. Una lágrima solitaria me resbaló por la mejilla mientras ella se acurrucaba más en mi regazo. Pero no era tristeza. Era la certeza de que, por fin, todo empezaba a encajar.

Solo faltaba una cosa. Pero no tenía prisa. Si debía esperar toda una vida para que Valentina estuviera lista para volver a ser completamente mía, lo haría.

***

El cielo estrellado brillaba sobre nosotros mientras ajustábamos las últimas estacas de la pequeña tienda montada en el jardín. Clara no paraba de saltar a nuestro alrededor, rebosante de entusiasmo.

— Mamá, papá, ¿de verdad vamos a dormir aquí fuera? — preguntó con los ojos muy abiertos.

Valentina rió mientras extendía una manta mullida dentro de la tienda.

— Claro, amor. Dijiste que querías ir de campamento, ¿no? Pues esta noche es noche de acampada.

Clara aplaudió, girando sobre sí misma.

— ¡Va a ser la noche más divertida del mundo! ¡Y traje mi linterna de unicornios! —gritó, apuntando hacia arriba y cegándome con la luz.

— ¡Eh, princesa, cuidado! —dije riendo—. Creo que me he quedado ciego.

Ella soltó una carcajada y se lanzó a mis brazos.

— ¡Lo siento, papá! No quería dejarte ciego. ¿Cómo vas a jugar conmigo si no ves nada?

Valentina negó con humor mientras colocaba las almohadas.

— Ten cuidado, Enrico. No queremos accidentes en nuestra primera noche de aventura.

Puse los ojos en blanco, divertido, y tiré de Clara para que se sentara conmigo en la hierba.

— Muy graciosas las dos. ¿Sabéis lo que creo? Que mamá debería traer los malvaviscos ahora. ¿Quién quiere malvaviscos junto a la hoguera?

— ¡Yo, yo, yo! —gritó Clara, levantando los brazos.

Valentina arqueó una ceja, fingiendo reproche.

— Ya sabes que luego me tocará a mí lidiar con el azúcar de Clara.

Le guiñé un ojo con picardía.

— Prometo ayudarte con las consecuencias, amor. Puedes confiar en mí.

Ella sonrió resignada y fue por los dulces. Mientras tanto, Clara tiró suavemente de mi mano.

— Papá, ¿contaremos historias de miedo más tarde?

Fingí espanto exagerado.

— ¿Historias de miedo? ¿Y si me asusto?

Clara puso las manos en la cintura, divertida.

— Papá, no te preocupes. Mamá y yo te protegeremos de los monstruos.

La abracé entre risas.

— Qué suerte tengo de tener a mis dos heroínas.

Valentina regresó con los malvaviscos y una manta extra. Nos acurrucamos junto al pequeño fuego que chisporroteaba en el jardín. Clara ensartaba un malvavisco con concentración, mientras la luz del fuego bailaba en los ojos de Valentina.

— Creo que ha sido una de tus mejores ideas —murmuró ella en voz baja.

La abracé por la cintura, sonriendo.

— Sí, creo que tienes razón.

Horas más tarde, después de muchas risas, cuentos absurdos y demasiados malvaviscos tostados, Clara se quedó dormida entre nosotros en la tienda, con una sonrisa de felicidad.

Valentina suspiró, mirándome con ternura.

— Hoy fue perfecto, Enrico.

Le di un beso suave en los labios, sintiendo una gratitud inmensa.

— Sí, lo fue. Y te prometo que tendremos muchas más noches perfectas como esta.

Ella sonrió y se recostó junto a nuestra hija. Yo hice lo mismo al otro lado, dejándome envolver por la calma. Me dormí bajo un cielo estrellado, rodeado por las dos personas que más amaba en el mundo.

64. VALENTINA FERRARA

Estaba ansiosa por volver a la panadería después de semanas fuera, completamente concentrada en el proyecto del Instituto. La inauguración sería dentro de tres días y el pecho me latía con una mezcla incontrolable de nervios y emoción.

Ni siquiera tenía por qué ir; aún había mucho trabajo pendiente, y Maristela, mi gerente, era sencillamente excepcional. Contratarla había sido una de las mejores decisiones de los últimos años. Ella manejaba la panadería con perfección, primero cuando necesitaba dedicarme por completo a Clara, y ahora, mientras el Instituto absorbía la mayor parte de mi tiempo.

Aun así, esa mañana me desperté con el impulso de regresar a mi lugar, a la sensación de normalidad que solo me daba aquel rincón que había construido desde cero. Así que reservé un par de horas para pasar por allí.

Pero al abrir la puerta, me quedé inmóvil. Un aroma intenso a flores frescas invadía el aire. Todo el local estaba inundado de color: ramos y arreglos cubrían mesas, mostradores e incluso parte del suelo, formando un paisaje de belleza abrumadora.

Llevé la mano al pecho, maravillada. Sobre el mostrador principal destacaba un ramo majestuoso de rosas rojas, lirios blancos y flores silvestres, tan delicado y elegante que me dejó sin aliento.

Una pequeña nota manuscrita descansaba entre las flores. Con dedos temblorosos, la tomé y leí las pocas palabras escritas con letra firme:

"Para la mujer más increíble que conozco. Te mereces un mundo entero de flores.

Con amor, Enrico."

El corazón me dio un vuelco. Sentí las lágrimas acumularse rápidamente, desbordándome. La vulnerabilidad me estremecía,

pero, al mismo tiempo, algo cálido y luminoso se expandía dentro de mí.

— ¡Dios mío! ¿Qué locura está pasando aquí? —La voz inconfundible de Júlia me arrancó de mis pensamientos.

Entró mirando a su alrededor, con una mezcla de asombro y diversión.

— Júlia… —susurré, sonriendo entre lágrimas mientras sostenía la tarjeta.

Ella me observó un momento y enseguida comprendió. Se acercó y me abrazó con fuerza.

— Oye, amiga… ¿qué pasó? ¿Fue cosa de Enrico, verdad?

Asentí, respirando hondo para contener la emoción.

— Fue él. Júlia, creo que ahora sí estoy completamente perdida — confesé con un tono medio desesperado, aunque lleno de ternura.

Ella rió, posando las manos sobre mis hombros.

— ¿Quieres hablar de eso?

Asentí. Caminamos hasta una de las mesas y nos sentamos rodeadas por aquel mar de flores que parecía escucharme en silencio.

— No quería admitirlo ni siquiera ante mí misma —empecé—, pero no sé cuándo ni cómo ocurrió exactamente. Enrico derribó cada una de mis defensas sin que me diera cuenta. Y ahora… confío en él.

Júlia me apretó la mano con cariño.

— Lo noté, amiga. Hace tiempo. Estás distinta, más ligera, más feliz. Y él no es el mismo hombre que te hizo daño. Eso se ve a leguas.

Asentí lentamente.

— Luché contra eso, Júlia. No quería creer que realmente había cambiado. Pero mi corazón ya lo sabe. Y lo veo en cada gesto, en

cada detalle. Me asusta, porque aunque lo sé… todavía tengo miedo. Miedo de que todo vuelva a romperse.

Ella sonrió, comprensiva.

— Claro que tienes miedo. Es normal. Has pasado por mucho. Pero quizá ya sea hora de dejar de huir y simplemente vivirlo. Te mereces volver a ser feliz.

Respiré hondo, mirando a mi alrededor, todavía abrumada por el espectáculo de flores.

— Creo que tienes razón. Ya no puedo negarlo. Mi corazón decidió por mí hace tiempo.

Júlia sonrió abiertamente, feliz.

— ¡Por fin, Valentina! Te juro que estaba esperando oírte decir eso. —Se echó a reír, mirando de nuevo a su alrededor—. Y, sinceramente, si este hombre no está perdidamente enamorado de ti, no sé qué más tiene que hacer.

Reí con ella, sintiendo el pecho ligero, lleno de esperanza y calidez. Rodeada de flores y de mi mejor amiga, me permití aceptar lo que llevaba tanto tiempo resistiendo: estaba preparada.

Lista para dar el último paso.

El miedo seguía ahí, sí, pero era pequeño comparado con el amor que Enrico había vuelto a despertar en mí. Quizá, por fin, había llegado el momento de creer una vez más en los finales felices.

***

El calor del cuerpo de Enrico envolvía el mío. Sus piernas me sostenían entre las suyas, en esa intimidad tranquila que se había vuelto nuestra rutina nocturna.

El ejemplar desgastado de *Orgullo y prejuicio* descansaba entre mis manos. Sonreía mientras leía, absorta en una historia que conocía de memoria pero que nunca perdía su magia.

A mi lado, Enrico sostenía su propio libro, otro ejemplar de segunda mano que me había regalado la noche anterior con una sonrisa pícara.

Siempre me han fascinado los libros usados, sobre todo los que se compran en librerías de ocasión. Creo que cada uno guarda la historia invisible de quien lo tuvo antes.

Las páginas marcadas, las anotaciones en los márgenes, incluso las manchas y el desgaste me hablaban de alguien que había vivido y sentido algo con ese libro antes que yo. El hecho de que Enrico recordara esta pequeña obsesión mía, trayéndome dos ediciones antiguas de mi novela favorita, hizo que algo se encendiera dentro de mí. Era otra prueba, sutil y preciosa, de lo atento que estaba a los detalles, de cómo intentaba reconstruir cada pedazo perdido de lo que fuimos.

— Sinceramente, no entiendo cómo puede gustarte tanto Darcy —comentó de pronto, rompiendo el cómodo silencio que nos envolvía.

Levanté la vista del libro y lo miré por encima del hombro, fingiendo indignación.

— ¿Qué quieres decir con eso? ¡Es perfecto, Enrico! Es el prototipo ideal de hombre.

Él rió suavemente, negando con la cabeza sin apartar los ojos de su página.

— Es grosero, Valentina. Y demasiado arrogante. Nunca he entendido esa obsesión femenina con Darcy.

— Es orgulloso, no arrogante —le corregí enseguida—. Y precisamente eso lo hace tan especial cuando, por fin, admite sus errores y se muestra como realmente es.

Enrico arqueó una ceja, divertido.

— Ah, ya entiendo. Te gusta el proceso de transformación. El tipo que empieza siendo un idiota y acaba convirtiéndose en alguien increíble.

Le di un leve codazo, fingiendo molestia, y reí al ver su expresión de dolor exagerado.

— Exacto, Ferrara. La transformación es la parte más importante. Y tú deberías tomar nota. Quizá aprendas algo.

Él volvió a reír, con ese brillo burlón en los ojos.

— No es por presumir, pero si el secreto para conquistarte es empezar como un idiota y terminar siendo increíble, creo que ya he pasado esa prueba, ¿no?

Intenté contener la risa, pero fue imposible. Me reí con ganas, sacudiendo los hombros.

— Por lo visto, todavía estás en la fase de idiota —respondí entre carcajadas.

Enrico sonrió, inclinándose para rozar mis labios con la comisura de los suyos.

— Mientras el final sea la conquista, me vale.

Sonreí dulcemente, apoyando la cabeza en su hombro.

— Tal vez necesites unas cuantas lecciones literarias más. ¿Qué te parece *Razón y sensibilidad* la próxima vez?

— ¿Por qué tengo la sensación de que, después de *Razón y sensibilidad*, me vas a pedir otra demostración literaria, Valentina Ferrara? —dijo, poniendo los ojos en blanco.

¿Era la primera vez que me llamaba así? No lo recordaba, pero sonaba… perfecto.

Me reí suavemente y volví a mirar el libro, tratando de disimular la sonrisa que se formaba en mis labios.

— No tienes ni idea de lo que te espera.

Sentí su aliento cálido contra mi cuello cuando respondió en un susurro cargado de significado.

— Estoy impaciente por descubrirlo, mi amor.

El silencio volvió entre nosotros, cómodo y envolvente. Leíamos, aunque sabía que Enrico no tardaría en hablar otra vez.

— Pero seamos realistas, Valentina —dijo al cabo de un rato—. Este tipo se pasa medio libro lamentando lo que siente. Podría habernos ahorrado muchos problemas si hubiera dicho lo que quería desde el principio.

Rodé los ojos, divertida.

— Claro, como si tú te especializaras en facilitar las cosas. De hecho, podría citar algunos ejemplos de cómo eres el rey de complicarlo todo.

Enrico rió y se inclinó hacia mí hasta que sus labios casi rozaron mi oreja, provocándome un escalofrío inevitable.

— ¿Ah, sí? Entonces quizá deberías enseñarme a hacer las cosas más fáciles… —susurró con una ronquera que hizo que mi corazón se acelerara.

Tragué saliva, intentando mantener el tono provocador a pesar de la cercanía que me desarmaba.

— No sé, Enrico. Tendrías que esforzarte un poco más para merecerlo.

Sus dedos apartaron suavemente mi cabello, y su mano descendió despacio por mi cuello, rozando mi piel con una caricia tan ligera como calculada.

— ¿Más? —murmuró con la voz grave y baja, su boca ya demasiado cerca de mi piel—. Creo que últimamente he sido bastante dedicado, Valentina.

El aire pareció escaparse de mis pulmones. Los libros empezaron a sentirse demasiado pesados entre nuestras manos. Mi respiración se volvió irregular.

— Tal vez "dedicado" no sea la palabra correcta —dije con esfuerzo, intentando sonar firme.

Enrico sonrió contra mi piel y me quitó el libro de las manos, dejándolo junto al suyo. Sin la barrera de las páginas entre nosotros, sus manos ganaron libertad, explorando mis hombros y brazos con lentitud.

— ¿Y cuál sería la palabra adecuada? —preguntó, besando el punto sensible detrás de mi oreja.

Cerré los ojos, dejándome llevar por las sensaciones.

— Convincente —susurré, girándome hacia él.

Enrico sonrió, complacido.

— Entonces déjame ser un poco más convincente —dijo, antes de besarme.

El beso fue lento y deliberado, lleno de promesas y de un deseo contenido que ardía bajo la piel. Sus labios se movían con precisión y ternura, como si cada contacto fuera una confirmación silenciosa de lo que ya sabíamos: que nos pertenecíamos.

Sus brazos me rodearon con fuerza, y nuestras respiraciones se mezclaron en un ritmo acelerado. Cuando nos separamos, ambos jadeábamos, nuestras miradas encendidas en un silencio cargado de deseo y complicidad.

— ¿Qué te parece eso como persuasión, amor? —murmuró con una sonrisa triunfal.

— Creo que vas a tener que esforzarte un poco más —susurré, devolviéndole la sonrisa antes de volver a perderme en sus labios.

Sonrió y volvió a acercarse a mí, y el segundo beso fue aún más intenso que el primero. Pero justo cuando nuestras manos empezaban a explorar el cuerpo del otro con más audacia, un sonido suave e insistente resonó en la puerta del dormitorio, rompiendo aquella burbuja cálida y deliciosa.

— ¿Mamá? ¿Papá? ¿Puedo dormir con vosotros esta noche?

Los ojos de Enrico se abrieron de par en par y, durante un segundo, nos quedamos completamente inmóviles, mirándonos

incrédulos. La atmósfera cuidadosamente construida se evaporó en un instante.

— Supongo que nuestro momento convincente tendrá que esperar —susurró Enrico con una risa resignada, mientras yo ya me alisaba el pijama y me recogía el pelo, intentando recuperar algo de compostura.

Respiré hondo, tratando de calmar el corazón acelerado y el calor que todavía me recorría el cuerpo. Le lancé una mirada divertida a Enrico, que se apresuraba a recomponerse también.

Clara volvió a llamar, esta vez con un tono más insistente y soñoliento.

— ¿Mamá? ¿Estás ahí?

Sonreí, incapaz de contener una risa baja.

— Ya voy, amor. Dame un segundo —respondí, lanzando a Enrico una última mirada divertida antes de abrir la puerta.

Clara estaba allí, con una almohada casi tan grande como ella y su osito de peluche bajo el brazo. Tenía los ojos entrecerrados de sueño y una expresión de impaciencia adorable.

— ¿Por qué tardaste tanto, mamá? ¡Me estaba quedando dormida de pie!

Reí suavemente, acariciándole el cabello mientras la dejaba pasar.

— Lo siento, pequeña. Mamá estaba hablando con papá, eso es todo.

Clara miró hacia la cama, donde Enrico ya estaba sentado con una expresión exageradamente inocente, como si nada hubiera pasado.

— Papá tiene una cara rara —comentó, frunciendo el ceño con sospecha infantil.

Enrico parpadeó un par de veces, sorprendido por la perspicacia de nuestra hija, y luego esbozó una sonrisa exagerada al levantarla

con cuidado.

— ¿Una cara rara? ¿Yo? Imposible, princesa. Solo estaba esperando a que llegaras para poder dormir.

Clara no parecía del todo convencida, pero enseguida olvidó sus dudas al acurrucarse contra su pecho.

— Hoy te traje nuestro libro favorito para que me lo leas, papá — dijo feliz, mostrándole un librito ilustrado con princesas y dragones, tan usado que las páginas estaban gastadas.

Enrico sonrió, sus ojos iluminados con una ternura infinita mientras tomaba el libro.

— Lo que tú quieras, mi amor —respondió, acariciando su cabello oscuro—. Ven, acuéstate aquí y te lo leeré.

Clara se acomodó enseguida a su lado. Me senté en la cama junto a ellos, el corazón rebosante de ternura. Enrico sostenía el libro con cuidado, su voz baja y pausada llenando la habitación mientras Clara escuchaba con atención, los ojos brillando de emoción.

Nuestras miradas se cruzaron un instante, y la intensidad silenciosa de aquel momento hizo que el corazón me diera un vuelco. Enrico me dedicó una sonrisa discreta antes de volver la vista al libro, mientras Clara, poco a poco, se rendía al sueño, segura y feliz entre nosotros.

Aquel momento, aunque inesperado y lleno de interrupciones, era perfecto tal como era. Y algo dentro de mí me decía que noches como esa, interrumpidas o no, eran exactamente lo que quería para el resto de mi vida.

65. VALENTINA FERRARA

El despacho de Alice siempre tenía algo que transmitía una paz inmediata, con su decoración luminosa y acogedora. Estábamos sentados en los mullidos sillones frente a ella; un leve silencio nos envolvió después de contarle cómo había sido la conversación con Clara sobre la verdad de Enrico.

Alice escuchó con atención, los ojos reflejando comprensión y empatía mientras procesaba cada palabra.

— En primer lugar, quiero decir que habéis hecho exactamente lo correcto —dijo con una sonrisa tranquila—. Habéis respetado el tiempo y la capacidad emocional de Clara, y eso es fundamental. Los niños perciben las emociones mucho antes de poder expresarlas.

Enrico soltó el aire, visiblemente aliviado por la validación de la psicóloga.

— Confieso que me sorprendió que me hiciera una pregunta tan directa —admitió—. No lo esperaba en ese momento.

Alice asintió.

— Los niños lo hacen a menudo. Son muy perceptivos. Probablemente Clara ya se había dado cuenta de que Enrico era algo más que un amigo o un tío, y solo necesitaba reunir las piezas para formular la pregunta.

Sacudí la cabeza, aún impresionada al recordar aquel instante.

— Fue completamente inesperado. Pero me sorprendió lo bien que lo asumió. No hubo miedo ni confusión. Parecía… aliviada de saber la verdad.

Alice nos dedicó una sonrisa cálida y se inclinó hacia nosotros.

— Eso ocurre porque habéis preparado bien el terreno emocional. Clara se siente segura, sabe que la quieren, y ya percibía a Enrico

como una figura positiva y constante. El vínculo entre vosotros era evidente incluso antes de ponerle nombre.

Enrico me apretó la mano suavemente.

— ¿Y ahora, Alice? ¿Qué debemos hacer? —preguntó—. ¿Hay algo que debamos tener en cuenta para que esta nueva dinámica sea sana para Clara?

Alice reflexionó unos segundos antes de responder.

— Seguid haciendo lo que ya estáis haciendo: claridad, afecto y comunicación abierta. Lo que más necesitará ahora es ver que estáis unidos, que formáis una familia sólida. Eso la ayudará a sentirse segura, sin importar las circunstancias.

Asentí, mirándolo brevemente. Sus palabras resonaban con una verdad incuestionable.

— Y sobre nosotros dos… —dije, algo dubitativa—. ¿Cómo puede afectar a Clara nuestra situación, esta fase de adaptación emocional?

Alice sonrió, comprendiendo perfectamente lo que le preguntaba entre líneas.

— Valentina, lo mejor que puedes ofrecerle a Clara ahora es sinceridad emocional. Los niños necesitan sentir coherencia, no solo escucharla. Si os ve tranquilos, afectuosos y respetuosos, eso será suficiente. No hace falta resolverlo todo de la noche a la mañana. Solo demostrar que hay cariño, respeto y estabilidad. Eso será su refugio.

Enrico volvió a apretarme la mano con más fuerza.

— Lo entendemos, Alice —dijo con voz firme—. Y eso es exactamente lo que queremos hacer: cuidar de Clara y cuidarnos los unos a los otros, para que nuestra hija tenga la seguridad que merece.

Alice sonrió, satisfecha.

— Habéis avanzado muchísimo. Clara está emocionalmente equilibrada, y eso es el resultado de vuestro esfuerzo por mantener

la calma y la rutina. Habéis hecho un trabajo excelente. Desde el principio seguisteis las pautas: nada de cambios bruscos, y eso ha sido clave para su bienestar.

Sentí un alivio inmediato al escucharla. Desde la crisis de ansiedad de Clara, meses atrás, Alice había insistido en la importancia de la estabilidad y las rutinas.

— Me alegra oírlo —dijo Enrico, sonriendo con gratitud—. Nuestra prioridad siempre ha sido evitar que vuelva a sufrir.

— Y lo habéis conseguido —confirmó Alice—. Pero ahora creo que está preparada para afrontar pequeños cambios. Siempre que se hagan con calma y la preparación adecuada, serán beneficiosos para su desarrollo.

Fruncí el ceño, sorprendida.

— ¿Cambios?

— Sí —explicó con serenidad—. La seguridad emocional y la madurez de Clara han crecido mucho. No hablo de cambios radicales, pero sí de ajustes graduales. Por ejemplo…

Hizo una breve pausa antes de continuar:

— Recuerdo que, en una de nuestras sesiones, mencionaste la posibilidad de mudaros. En aquel momento, no era recomendable. Pero ahora, con su progreso, esa opción puede volver a plantearse, siempre que haya diálogo y tiempo para prepararla.

Sentí cómo Enrico se tensaba a mi lado.

— ¿Crees que sería seguro hacerlo ahora? —pregunté con cautela.

Alice asintió, su expresión firme pero amable.

— Sí, Valentina. Siempre que se haga con calma y mucha claridad. Ya no hay necesidad psicológica de mantener la misma dinámica para protegerla. Clara está lista para adaptarse a una nueva etapa, siempre que se sienta acompañada.

El peso de sus palabras cayó sobre nosotros con una mezcla de alivio y vértigo. Miré a Enrico; su expresión reflejaba la misma mezcla de sorpresa y reflexión que sentía yo.

— Lo entiendo, Alice —dijo él al fin, con voz controlada, aunque claramente afectada—. Lo hablaremos con calma y tomaremos una decisión juntos.

Alice sonrió, complacida.

— Perfecto. Y recordad que estoy aquí para ayudaros en cada paso.

Minutos después, cuando salimos de su despacho y caminamos hacia el coche, el silencio entre Enrico y yo era espeso. Llevaba dentro una maraña de emociones difíciles de ordenar: gratitud, miedo y una inevitable sensación de que algo estaba a punto de cambiar.

66. ENRICO FERRARA

El silencio nos acompañó desde que salimos del despacho hasta llegar a casa. Valentina no pronunció palabra durante todo el trayecto, pero su inquietud se reflejaba en la forma en que miraba por la ventanilla, en el modo en que entrelazaba las manos sobre su regazo.

Cuando por fin llegamos a la habitación —esa que con el tiempo se había convertido en la nuestra—, sentí cómo el peso de la conversación con Alice caía aún más sobre mis hombros. Observé a Valentina dejar el bolso en una silla y acercarse despacio a la ventana. Su mirada se perdía en el jardín, sin verlo realmente.

Se me hizo un nudo en la garganta. Tuve la sensación de que algo podía escapárseme de las manos si no hablaba en ese mismo instante.

— No quiero que te vayas, Valentina.

Mi voz salió más grave de lo que pretendía, cargada de una vulnerabilidad que no pude disimular. Ella permaneció quieta unos segundos, de espaldas a mí, pero su cuerpo se estremeció al escucharme. Respiró hondo, sin apartar la vista de la ventana, antes de darse la vuelta.

Tenía los ojos húmedos, el reflejo exacto de la emoción que nos envolvía.

— Yo tampoco quiero irme —dijo con voz temblorosa, dando un paso hacia mí—. No quiero irme de aquí, Enrico.

Esas simples palabras bastaron para acelerar mi corazón. Me acerqué despacio, temiendo que un gesto precipitado rompiera la delicadeza del momento.

— Joder… gracias a Dios —susurré, buscando su mirada—. Sé que no tengo derecho a pedir nada más después de todo lo que pasó. Pero la idea de no teneros a ti y a Clara aquí todos los días… me resulta insoportable.

Valentina extendió una mano y acarició mi rostro. El calor de sus dedos me devolvió una calma que no recordaba sentir.

— Enrico, me quedé aquí por Clara, sí —admitió—. Pero hace tiempo que también me quedé por mí. Porque estar cerca de ti… me hace bien. Me ha ido curando, poco a poco, aunque me haya dado miedo aceptarlo.

Sentí las lágrimas arder en mis ojos y no hice nada por contenerlas. En aquel momento no había espacio para el orgullo. Dejé que corrieran libres, mientras sujetaba su mano contra mi mejilla.

— ¿Sabes lo que siento al oírte decir eso? —pregunté en un susurro—. No hay palabras para expresar cuánto lamento lo que te hice pasar. Lo mucho que te quiero, Valentina. Lo mucho que quiero dedicar mi vida a demostrártelo, porque eres lo único que me importa en este mundo.

Ella sonrió con dulzura, las lágrimas escapando al fin de sus ojos.

— Creo en ti, Enrico —dijo con voz suave—. Creo porque te he visto luchar, día tras día, por recuperar lo que perdimos. Has demostrado que vuelves a merecer mi confianza. Y no quiero luchar más. No quiero seguir luchando contra lo que siento.

Su declaración me golpeó tan fuerte que casi perdí el equilibrio. Tomé sus manos y las acerqué a mis labios, respirando el temblor de su piel.

— ¿Eso significa que… me perdonas? ¿Que estás lista para seguir adelante conmigo y con Clara, como una familia?

Valentina levantó el rostro y me miró fijamente. En su mirada había ternura y convicción, la certeza que había esperado durante tanto tiempo.

— Sí, Enrico. Te perdono. Y estoy lista para empezar de nuevo contigo, como una familia. Quiero eso tanto como tú.

En ese instante, todo el dolor y el peso del pasado empezaron a desvanecerse. Allí, frente a la mujer que amaba más que a nada,

sentí que mi alma por fin descansaba.

Cerré los ojos por un momento, dejando que la emoción me inundara. Cuando los abrí, los suyos seguían fijos en los míos, brillantes y cálidos.

— Te quiero, Valentina. Gracias por creer en mí, por no rendirte, incluso cuando todo parecía perdido —murmuré con la voz quebrada.

— Yo también te quiero, Enrico —respondió, apretando mis manos entre las suyas—. Yo también te quiero.

Incapaz de contenerme más, enmarqué su rostro entre mis manos. Mis dedos rozaron la piel suave de sus mejillas mientras acercaba lentamente mis labios a los suyos.

Valentina cerró los ojos justo antes de que el beso nos encontrara. Fue un beso suave, lleno de promesas silenciosas. La dulzura inicial dio paso a una intensidad profunda, cargada de emoción y deseo.

Nuestras respiraciones se aceleraron, nuestros cuerpos se buscaron con urgencia contenida. Su boca se fundió con la mía en una danza de anhelo y ternura, de amor y perdón.

Cuando nos separamos apenas unos milímetros, nuestras miradas seguían unidas, ardiendo con todo lo que las palabras no podían decir.

—Te deseo ahora, Valentina —susurré con voz ronca, con los ojos clavados en los suyos—. Quiero sentirte entera, sin reservas, sin miedo. Quiero demostrarte con mi cuerpo cuánto te amo.

Ella sonrió, acariciándome suavemente la mejilla mientras me miraba fijamente, entregándose a mí con absoluta confianza.

—Entonces demuéstramelo, Enrico —respondió con suavidad, rozando nuevamente mis labios con los suyos—. Muéstrame todo lo que sientes por mí.

La cogí suavemente en brazos y la llevé hasta la cama. La tumbé con delicadeza sobre las sábanas suaves, sin romper el contacto visual ni un solo instante, completamente hipnotizado por la visión de la mujer que siempre había sido la dueña de mi corazón.

—Voy a cuidarte para siempre, Valentina. Para siempre —prometí mientras mis dedos recorrían lentamente el costado de su cuerpo, sintiendo cómo se estremecía bajo mi tacto—. Quiero que notes en cada caricia lo mucho que te necesito, lo mucho que te amo.

Ella suspiró suavemente, rindiéndose por completo a mi contacto con los ojos entrecerrados, una pequeña sonrisa de satisfacción iluminando su rostro.

—Ya lo siento, Enrico. Con cada caricia, con cada palabra que pronuncias… ya siento todo eso.

Bajé el rostro hasta su cuello y besé delicadamente la piel cálida y sensible, escuchando cómo suspiraba con suavidad mientras sus manos se deslizaban por mi espalda, acercándome aún más.

Cada beso, cada caricia era una promesa silenciosa que renovaba constantemente, asegurándole que jamás volvería a hacerle daño, que nunca permitiría que dudase de lo nuestro.

Nuestros cuerpos comenzaron a buscarse sin prisa. Mis manos recorrieron lentamente las suaves curvas de Valentina, explorando cada centímetro de su piel con un placer que dolía profundamente. La necesidad de sentirla era casi insoportable. Cada instante en que mis dedos tocaban su piel, cada gemido bajo que escapaba de sus labios aumentaba mi excitación, haciendo casi imposible contener el deseo que latía con fuerza entre ambos.

Deslicé lentamente la mano bajo su blusa, disfrutando de la suavidad de su piel al retirarle la tela, revelando sus pechos desnudos y perfectos. No llevaba sujetador.

Me incliné suavemente hacia ella, capturando uno de sus pezones rosados entre mis labios, chupando suavemente y con firmeza,

disfrutando del profundo suspiro que escapó de Valentina mientras arqueaba el cuerpo hacia mí en busca de más contacto.

—Enrico… —susurró con voz temblorosa, sus dedos enredándose en mi pelo, tirando ligeramente de mí, demandando que me acercara aún más.

Saboreé lentamente la dulzura de su piel mientras mis labios bajaban por su abdomen, dejando un rastro cálido y húmedo a su paso.
Mis manos apartaron cuidadosamente la tela de sus pantalones, deslizándolos por sus muslos junto con sus braguitas, dejando caer ambas prendas al suelo, revelando a mi mujer completamente expuesta, vulnerable y absolutamente magnífica ante mis ojos.

—Eres perfecta, Valentina. Absolutamente perfecta —murmuré contra su piel, besando suavemente la cara interna de sus muslos, provocándola lentamente, disfrutando de cada temblor que lograba arrancarle a su cuerpo.

Cuando finalmente rocé su intimidad con mis labios, gimió con fuerza, aferrándose a las sábanas mientras se entregaba plenamente al placer que yo estaba decidido a brindarle. La saboreé sin prisas, explorándola con la lengua, deleitándome con cada estremecimiento, cada gemido, cada reacción de su cuerpo mientras ella se retorcía bajo mi contacto.

—Dios mío… Enrico, por favor… —suplicó Valentina con voz jadeante y ronca, rodeando mi cabeza con sus piernas temblorosas, atrayéndome más cerca de su cálido cuerpo.

Me separé ligeramente, mirándola fijamente a los ojos nublados por el deseo mientras me despojaba rápidamente de la ropa, sintiendo mi erección endurecerse dolorosamente, palpitando con urgencia. Valentina me contemplaba con ojos llenos de hambre mientras me tumbaba sobre ella, encajando perfectamente nuestros cuerpos.

—Quiero hacer que te corras lentamente… solo para poder oírte decir que me quieres con la voz temblando —le susurré, mientras

ella rodeaba mi cuello con sus brazos.

—Haz lo que quieras conmigo, Enrico… pero no dejes de decirme que me amas.

La besé profundamente, permitiendo que se saboreara en mis labios, mientras entraba lentamente en ella, llenándola por completo. Sentí cómo cada centímetro cálido y apretado de su interior me envolvía, acogiendo mi cuerpo de manera perfecta.

El profundo gemido que escapó de la boca de Valentina se fundió con el mío, resonando en toda la habitación mientras empezábamos a movernos juntos en un ritmo lento y sensual, nuestros cuerpos sincronizados a la perfección, como piezas que habían esperado demasiado tiempo para encajar finalmente.

—Cada vez que gimes mi nombre, recuerdo exactamente cuál es mi lugar en este mundo —susurré contra sus labios.

—He esperado tanto tiempo para volver a sentir esto… —admitió en un suspiro—. Tu boca, tu voz diciendo obscenidades en mi oído, asegurándome que soy todo para ti.

Poco a poco, el ritmo de nuestras embestidas se volvió más intenso, más profundo. Mis manos sujetaban firmemente sus caderas, asegurando que cada movimiento le proporcionara todo el placer que merecía sentir.

—Te amo, Valentina. Más de lo que puedo expresar —le susurré al oído mientras nuestras respiraciones se mezclaban entre gemidos roncos e intensos.

—Yo también te amo, Enrico. Te amo muchísimo… —replicó, abrazándome con fuerza, clavándome las uñas en la espalda mientras nuestros cuerpos se movían cada vez más rápido, con mayor urgencia.

Sentí claramente cuando alcanzó su clímax, su cuerpo arqueándose violentamente contra el mío, apretándome con fuerza y arrastrándome con ella al placer absoluto.

—No hay nada más hermoso que verte derrumbarte así debajo de mí, gimiendo que me amas —admití, sintiendo cómo mi propio placer explotaba profundamente en su interior, con un gemido ronco que llenó la habitación.

Mi cuerpo se desplomó suavemente sobre el suyo mientras intentábamos desesperadamente recuperar la respiración.

Permanecimos así durante largo rato, los cuerpos todavía unidos y los corazones latiendo al mismo ritmo. Levanté lentamente el rostro para mirarla, besando sus labios con ternura mientras mis dedos acariciaban su piel sudorosa.

En aquel instante ya no existían dudas, ni pasado, ni penas. Allí, abrazados, solo éramos dos personas que por fin habían encontrado el camino de regreso el uno hacia el otro, decididos a alcanzar juntos la felicidad plena que tanto habíamos deseado.

67. VALENTINA FERRARA

No podía estarme quieta. Caminaba de un lado a otro por la pequeña sala preparada para la rueda de prensa, sintiendo que el corazón me iba a estallar. Enrico se había empeñado en contactar personalmente con los periodistas, decidido a que todos supieran que esta presentación era mía, del Instituto, de mi trabajo.

"Hoy eres la estrella", me había dicho antes de marcharse, con esa sonrisa cálida que siempre conseguía tranquilizarme. Pero ahora, a medida que se acercaba el momento, mi ansiedad parecía multiplicarse.

Respiré hondo por enésima vez, intentando calmar el torbellino que llevaba dentro. La puerta lateral se abrió de repente y me giré, esperando ver a Enrico con los reporteros. En su lugar, apareció Marcos Albuquerque con su sonrisa amistosa y su porte tranquilo.

El restaurador responsable de las obras del Instituto era alto, de ojos cálidos y sonrisa fácil. Durante los dos meses de convivencia profesional, había aprendido que su carácter relajado ayudaba a aligerar cualquier ambiente.

— ¿Nerviosa? —preguntó, acercándose con las manos en los bolsillos, una postura tan relajada que contrastaba por completo con mi tensión.

Solté una risa breve y nerviosa.

— No sé cómo puedes estar tan tranquilo. Estoy a punto de explotar.

Él sonrió, echó un vistazo a la sala y asintió con aire evaluador.

— Estoy acostumbrado. He hecho muchas ruedas de prensa como esta. Al final, solo es una conversación. Lo harás bien, Valentina. Todos te admiran a ti y a tu proyecto.

Volví a respirar hondo, intentando absorber algo de su seguridad.

— Gracias por decirlo. Espero que tengas razón.

— Siempre la tengo —respondió con una sonrisa divertida.

Esta vez sí reí de verdad, y noté cómo una parte de la tensión se disipaba. Nos acercamos a la mesa donde, en pocos minutos, nos sentaríamos ante los periodistas. Marcos se apoyó en el borde y, sin pensarlo, imité su postura.

— ¿Y la restauración? —pregunté, buscando distraerme.

— Va muy bien. Incluso conseguí localizar materiales originales de la época. Vamos a conservar mucho más de lo que pensé al principio.

Sonreí, sinceramente feliz.

— Es increíble, Marcos. Estoy deseando verlo terminado.

Me miró con curiosidad, sonriendo de lado.

— Ya has hecho mucho, Valentina. Todo esto existe gracias a tu empeño. Hoy es tu día para celebrarlo.

Sentí un calor agradable en el pecho, pero antes de poder responder, se escucharon pasos acercándose por el pasillo. Mi corazón volvió a acelerarse, y Marcos notó el cambio en mi expresión.

— ¿Lista para el espectáculo? —bromeó.

Solté una risa tensa.

— No, pero voy a fingirlo igual.

Durante un segundo, me miró sin decir nada. Y antes de que pudiera reaccionar, me tomó por sorpresa: me sujetó suavemente del brazo y, sin previo aviso, selló sus labios sobre los míos en un beso repentino, inesperado y completamente indeseado.

Mi cuerpo se paralizó, incapaz de procesar lo que estaba ocurriendo.

La puerta se abrió de golpe. Voces y pasos resonaron en la sala: los periodistas, los flashes, y entre ellos, Enrico. El caos me golpeó antes de poder apartarme.

Empujé a Marcos con todas mis fuerzas, el corazón desbocado. Él retrocedió, fingiendo sorpresa, mientras yo buscaba aire, sintiendo el vértigo de la humillación.

Las cámaras ya estaban en alto, captando cada ángulo. En segundos, la escena quedó inmortalizada.

Busqué a Enrico. Nuestros ojos se encontraron. Los suyos, azules, estaban fijos en mí, helados, desconcertados. En su expresión había asombro… y algo más profundo, más peligroso.

El tiempo se detuvo. Dos segundos bastaron para destruir todo lo que habíamos reconstruido. Supe, sin que dijera una sola palabra, que aquello lo había herido hasta los cimientos.

Abrí la boca para explicarme, pero el sonido que siguió me cortó la respiración: un golpe seco, brutal.

Levanté la mirada justo a tiempo para ver a Enrico abalanzarse sobre Marcos, propinándole un puñetazo que lo lanzó al suelo. Otro. Y otro más. La furia contenida durante años se liberaba en cada golpe.

— ¡Enrico! —grité, horrorizada, llevándome las manos a la boca.

Los guardias intervinieron, separándolos. Marcos permaneció en el suelo, aturdido, mientras Enrico se incorporaba lentamente. Su respiración era agitada, los nudillos ensangrentados, pero su expresión… fría, devastada, completamente rota.

Se pasó la mano por el cabello, se alisó la chaqueta y levantó la cabeza con una compostura casi inquietante, mientras las cámaras seguían capturándolo todo.

— Saquen a este tipo de aquí —ordenó Enrico con frialdad. Su voz, firme y autoritaria, resonó por toda la sala.

Ignoró el caos que lo rodeaba y se acercó a mí. Me tendió la mano, pero me quedé inmóvil, todavía paralizada por la conmoción. Al no obtener respuesta, se inclinó, me rodeó la cintura con un brazo y me besó la frente con ternura.

Ese gesto rompió el hielo que me tenía petrificada. Nuestros ojos se encontraron, y los míos se llenaron de lágrimas.

— Siento haber perdido el control, amor —susurró, lo bastante bajo para que solo yo pudiera oírlo—. Pero nadie va a arruinarte el día.

Intenté responder, pero las palabras se me atoraban en la garganta. ¿Era posible que realmente confiara en mí sin dudar, sin preguntas, sin reproches?

— Tú... —alcancé a decir, la voz rota por la emoción.

Enrico sonrió, me tomó de la mano y me guió suavemente hacia el pequeño atril frente a la multitud.

— Los periodistas están esperando, amor —dijo con serenidad, besándome otra vez la frente antes de colocarse a mi lado.

Respiró hondo, encarando a las cámaras.

— Lo siento —comenzó, con un tono firme y sereno—. Pero estarán de acuerdo en que ese imbécil se lo merecía. Ahora, no hablaremos de nuestra vida personal. Todas las respuestas que quieran sobre lo ocurrido se las dará más tarde mi jefe de prensa. Este momento está reservado para el ICF. Les ruego que lo respeten. Y ahora, sin más, les presento a la presidenta del Instituto Clara Ferrara, mi esposa, Valentina Ferrara.

La sala estalló en un aplauso cortés, aunque mi corazón seguía enredado en la confusión. Avancé unos pasos, aún temblando, y comencé mi discurso. Las palabras salían automáticas, lejanas, como si no fueran mías.

La rueda de prensa se desarrolló sin incidentes, pero el recuerdo del beso, del golpe, de las cámaras, me acompañó hasta el último minuto.

Cuando por fin llegamos a casa, el silencio fue abrumador. Observé a Enrico, esperando un signo de ira, de reproche, de dolor… pero se limitó a quitarse la chaqueta con calma, a aflojarse la

corbata, con la serenidad desconcertante de quien ya lo ha decidido todo.

— Voy a hacer las maletas —dije al fin, apenas en un susurro. Intenté sonar firme, pero la voz me tembló.

Él frunció el ceño, confundido.

— ¿Las maletas? —repitió, como si no entendiera.

Suspiré, sintiendo que el nudo en la garganta me asfixiaba.

— Sé que fingiste estar bien para evitar un escándalo, para proteger a Clara. No tienes que fingir conmigo, Enrico. No quiero prolongar esto.

Para mi sorpresa, se echó a reír suavemente. Dio un paso hacia mí, me tomó el rostro entre las manos y, sin decir nada, sus labios acariciaron los míos con una ternura que parecía imposible después de todo lo que había ocurrido. Cada segundo de aquel beso disolvía mis dudas y temores, sustituyéndolos por una sensación profunda de paz y amor.

Cuando se apartó, ambos estábamos sin aliento. Lo miré, aturdida, intentando procesar lo que acababa de pasar. Entonces, para mi sorpresa, Enrico se arrodilló frente a mí, tomó mis manos entre las suyas y me miró con una intensidad que me dejó sin aire.

— Valentina, nunca tuve la oportunidad de hacerte mis votos, y eso es imperdonable. ¿Quieres casarte conmigo? No necesito explicaciones, porque confío en ti. Sé que lo que pasó no fue con tu consentimiento. Nada más importa. Solo quiero que me digas que sí: a mí, a nuestra vida, a nuestra familia. Por favor, di que sí, porque no sé cómo vivir una vida sin ti.

Las lágrimas inundaron mis ojos mientras sentía el corazón golpear con fuerza en mi pecho.

— Pero ya estamos casados —susurré.

Él rió, y el sonido fue una caricia.

— Lo sé, pero lo hice mal la primera vez. Quiero hacerlo bien. ¿Te casarás conmigo otra vez? ¿Con todo lo que tenemos derecho? ¿Iglesia, fiesta, luna de miel… todo?

La respuesta me salió del alma, sin titubeos.

— Sí, Enrico. Mil veces sí.

Se levantó sonriendo, me tomó en sus brazos y me besó con pasión. Luego me alzó con facilidad, riendo entre mis labios, y me llevó al dormitorio. Esa noche celebramos nuestra promesa con amor, ternura y una felicidad que se sentía infinita.

***

El amanecer se filtraba por la ventana cuando, recostada sobre su pecho, sentí su brazo fuerte envolviéndome. Sus dedos dibujaban círculos perezosos sobre mi piel desnuda. Lo miré y sonreí.

— Ya me imagino a Clara como dama de honor. Estará preciosa con ese vestido lleno de volantes, lanzando pétalos por el pasillo.

Enrico sonrió, iluminado.

— Va a robar el espectáculo, lo sabes, ¿verdad?

Reí suavemente.

— Por supuesto. Y me encantará.

Me besó la frente con un suspiro feliz.

— ¿Y nuestra luna de miel? ¿Adónde quieres ir?

Me mordí el labio, pensativa.

— Quiero algo solo nuestro. Un lugar tranquilo, lejos de todo. Una cabaña en las montañas, con chimenea y mucho vino.

Él asintió, encantado.

— Suena perfecto. Sin teléfonos, sin distracciones. Solo tú y yo.

Suspiré, feliz.

— Estoy impaciente.

Me abrazó más fuerte y murmuró contra mi hombro:

— Eres todo lo que siempre quise, Valentina. Te quiero tanto.

— Yo también te quiero, Enrico. Y esta vez nada podrá impedir que seamos felices —prometí.

Como si el universo escuchara y se negara a darnos tregua, los teléfonos comenzaron a vibrar sin parar.

— No vamos a mirar —dijo con firmeza, acercándome a él.

Sabíamos lo que significaba. Las noticias sobre lo ocurrido el día anterior ya estarían circulando. Enrico había asegurado que se encargaría de todo con el departamento de prensa antes incluso de que saliéramos del Instituto, así que le creí. Quise quedarme en aquel refugio un poco más.

Pasamos las horas siguientes juntos, ignorando el mundo. Pero al mediodía, cuando nos preparábamos para levantarnos, el teléfono de Enrico sonó insistentemente.

Suspiró y contestó en altavoz.

— ¿No duermes, André? ¡Por Dios, es domingo por la mañana!

— ¿Has visto las noticias? —la voz de André sonaba tensa.

Enrico frunció el ceño.

— No. Sé lo que se publicará. He aprobado las notas de prensa.

Hubo un silencio incómodo.

— Deberías verlo. Lo siento mucho.

Enrico no dudó. Abrió el navegador del móvil, escribió su nombre y, al segundo siguiente, las imágenes y los titulares nos golpearon como un puñetazo.

Marcos aparecía declarando ante las cámaras que teníamos una aventura. Que yo dejaría a Enrico por él.

El aire me abandonó los pulmones. Sentí el estómago revolverse, la sangre helarse en mis venas.

— Oye, oye… Está bien, amor. No pasa nada —dijo Enrico, tomándome entre sus brazos con firmeza protectora—. Luego hablamos, André —añadió, y cortó la llamada.

— ¡Es mentira, Enrico! Yo nunca…

— Lo sé —interrumpió, besando mis labios con suavidad.

Pero mi mente seguía corriendo, presa del pánico.

— La gente… No sé si podré soportarlo otra vez. Las miradas, los juicios… y ahora está Clara.

Él me sujetó el rostro, obligándome a mirarlo.

— Voy a resolverlo. Voy a demostrar la verdad y a exponer a quien está detrás de esto. Esta es nuestra historia, nuestro final feliz. Nadie volverá a interferir.

— Gracias —murmuré.

Sus pulgares acariciaron mis mejillas.

— ¿Qué te he dicho sobre eso? Nunca tienes que darme las gracias por hacerte feliz. Ese es mi trabajo, Valentina. Y me lo tomo muy en serio.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en su pecho.

— Te quiero —susurré.

— Eres el amor de mi vida, Valentina. Para siempre.

68. ENRICO FERRARA

Pasé unos minutos observando a Valentina mientras dormía. Se había quedado profundamente dormida, agotada por todo lo ocurrido en las últimas horas. Le acaricié el cabello con suavidad, prometiéndole en silencio que haría todo lo posible por resolver esta absurda situación de una vez por todas.

Clara había pasado la noche con Júlia y no regresaría hasta que la llamáramos. Era media mañana y aún no pensaba hacerlo.

Con cuidado, me levanté de la cama para no despertarla, tomé el móvil y me dirigí al despacho. El silencio del pasillo y la tenue luz que entraba por las ventanas eran mi única compañía. Desde que Valentina decidió dar los domingos libres al personal, la casa se sentía aún más tranquila.

Eran poco más de las nueve cuando me senté frente al escritorio y encendí el portátil, decidido a actuar de inmediato.

Mi primera llamada fue a Gabriel, el abogado que se encargaba de mis asuntos personales junto con André. Mi hermano necesitaba descansar, y Gabriel era el tipo de hombre que ya estaba despierto a esa hora: disciplinado, eficiente y acostumbrado a manejar crisis.

— Henrique, necesito que vengas aquí con el equipo jurídico lo antes posible. Tenemos un gran problema.

— Lo imaginé —respondió con tono grave—. He reunido a todos y estaremos en el aeropuerto en una hora. Deberíamos llegar a mediodía. Vi las noticias. ¿Tienes idea de lo que pasó?

— No. Y eso es exactamente lo que tenemos que averiguar.

Suspiró al otro lado de la línea.

— De acuerdo. Ya estoy preparando la demanda por difamación y añadiendo investigadores al equipo.

— Perfecto. Gracias, Henrique. Te esperaré aquí.

Corté la llamada y marqué el número de Fabio, jefe del equipo de seguridad que había contratado recientemente tras los últimos incidentes. Contestó de inmediato, como siempre.

— Buenos días, señor Ferrara. ¿En qué puedo ayudarle?

— Necesito que vengas a casa esta mañana. Quiero a tu equipo investigando a Marcos Albuquerque. Quiero todo: historial personal, transacciones financieras, contactos profesionales y personales. Buscad cualquier conexión con Eloá Ferrara.

No dudó ni un segundo.

— Entendido. Llamaré a nuestro mejor investigador. Estaré allí en unos cuarenta minutos para definir los detalles.

— Bien, Fabio. Te espero.

Después llamé a Marília Moreira, mi jefa de relaciones públicas. Contestó enseguida.

— Buenos días, Enrico. Estoy siguiendo las noticias. Supongo que quieres hablar de la rueda de prensa.

— Exactamente. Reúne a tu equipo y prepara una estrategia clara. Quiero comunicados oficiales que refuten las acusaciones sin sonar defensivos. Presentaremos un frente sereno pero firme. ¿Entendido?

— Perfectamente. ¿Cuándo puedes reunirte con nosotros?

Miré el reloj en mi muñeca.

— En una hora, aquí en casa. Necesito resolver un par de cosas primero.

— Estaremos allí.

Tras colgar, me recosté en la silla y pasé las manos por la cara. Había pasado la noche celebrando con Valentina, convencido de que por fin podríamos descansar. Pero la calma duró poco.

La determinación, sin embargo, superaba el cansancio. Necesitaba actuar rápido, sí, pero con precisión y sin perder el

control.

Una hora después, Marília llegó con su equipo. Diseñamos un plan de contención mediática y mensajes oficiales que serían difundidos a lo largo del día. A las 12:20, justo cuando ella se marchaba, llegó Gabriel con dos abogados más y dos investigadores.

Minutos después apareció Fabio, con un dossier preliminar bajo el brazo.

Nos reunimos en la gran sala de juntas de la casa, un espacio poco usado, pero que esa mañana parecía hecho para la ocasión. Me senté a la cabecera de la mesa y observé a los hombres acomodarse, listos para empezar.

— Bien hecho, caballeros. Empecemos.

***

El avión despegó poco después de las siete de la mañana del lunes, surcando el cielo hacia São Paulo. Observando las nubes por la ventanilla, una mezcla espesa de rabia, ansiedad y determinación me revolvía el estómago. Parte de esa tensión venía del simple hecho de tener que alejarme de mi familia, aunque solo fuera por unas horas.

Casi no había dormido. Pasé la noche entera al teléfono con Gabriel y Fabio, revisando cada detalle que la investigación inicial había revelado. Aunque mi equipo había trabajado sin descanso desde el día anterior, sabíamos que las pruebas sólidas tardarían un poco más en aparecer.

Aun así, lo que teníamos ya era suficiente para un primer paso: enfrentarme a Eloá en persona.

— ¿Va todo bien? —preguntó Gabriel, sentado a mi lado en el avión privado, sacándome de mis pensamientos.

Respiré hondo.

— No. Pero lo estará, cuando terminemos esto.

Él asintió lentamente, consciente del peso de la visita que íbamos a hacer.

— Tienes razón con el enfoque.

Asentí, repasando mentalmente todo lo que Fabio me había contado la noche anterior. Los investigadores habían descubierto varios depósitos recientes hechos a Marcos Albuquerque por una empresa fantasma registrada a nombre de un tercero. Una de las cuentas bancarias de esa empresa se había abierto en el mismo bufete de abogados que mi abuela usaba con frecuencia.

Aún no había pruebas directas que vincularan a Eloá con la compañía, pero el rastro era demasiado claro como para considerarlo coincidencia. Además, las imágenes de las cámaras de seguridad mostraban a Marcos entrando y saliendo del despacho personal de Eloá en São Paulo apenas tres días antes de la rueda de prensa. La proximidad temporal lo decía todo.

— El equipo debe seguir investigando —le dije a Gabriel—. Necesitamos un vínculo definitivo entre Eloá y esas transacciones. Una firma, una grabación, algo concreto. Lo que tenemos basta para presionarla, pero quiero más.

— Están trabajando en ello, Enrico. Estas cosas requieren prudencia, especialmente con alguien como ella.

— Lo sé. Pero no quiero que se detenga nadie hasta que tengamos todo. Eloá no puede tener margen para negar nada esta vez.

— Entendido. Ya tienen la orden de seguir hasta obtener el material completo.

Aterrizamos en São Paulo hacia las ocho y media. Un coche con chófer nos esperaba en la pista. El trayecto hasta la mansión de mi abuela transcurrió en silencio. La ciudad rugía afuera, ajena a la tormenta que llevaba dentro.

Cuando llegamos, Gabriel me lanzó una última mirada firme.

— Estoy aquí si necesitas que intervenga —dijo.

Asentí levemente. Esto debía hacerlo yo.

Entré en la casa de Eloá con paso decidido. Uno de los guardias de seguridad, al reconocerme, se limitó a indicarme en qué sala estaba. Avancé sin ceremonias, abriendo la puerta con calma pero sin avisar.

Eloá estaba sentada en su sillón habitual, una taza de café en la mano. Levantó la mirada al verme entrar; su expresión solo mostraba un ligero interés.

— Enrico. Qué sorpresa verte tan temprano y sin avisar.

Cerré la puerta con un golpe seco.

— No te sorprende, Eloá. Sabes perfectamente por qué he venido. En realidad, probablemente me estabas esperando.

Frunció el ceño con fingida confusión, dejando la taza sobre la mesa con cuidado antes de alzar una ceja en gesto condescendiente.

— Querido, confieso que no esperaba verte tan pronto, pero me alegra que estés aquí. Sé que debes estar sufriendo después de la humillación pública que te causó esa mujer. Lo siento mucho.

Pronunció cada palabra con esa suavidad calculada que usaba cuando quería provocar. Sentí la rabia arder bajo la piel, pero me obligué a mantener el rostro sereno.

— Sé que hemos tenido nuestras diferencias —continuó—. Y admito que quizás me excedí al intentar advertirte sobre quién habías elegido para traer a nuestra familia. Todo lo que hice fue por amor, Enrico. Espero que ahora puedas entenderlo.

Crucé los brazos, observándola con frialdad. Cuanto más hablaba, más se traicionaba.

— Tienes que entender, nieto mío —prosiguió con una sonrisa que pretendía ser tierna—, que algunas personas simplemente no pertenecen a nuestro mundo. Fingen, manipulan y, tarde o temprano, revelan su verdadera naturaleza. Siento que hayas tenido

que aprenderlo por las malas. Pero míralo por el lado bueno: ahora eres libre de todo eso. Estoy aquí para apoyarte. Por fin podemos dejar el pasado atrás, ¿no crees?

Hizo una pausa y añadió con veneno disfrazado de afecto:

— Nosotros dos y tu hija, por supuesto. Tendremos que vigilarla de cerca, para asegurarnos de que la naturaleza venenosa de su madre no se repita en ella. Pero Clara es tuya. Con la educación adecuada, florecerá.

Sus palabras fueron la chispa final.

Me incliné hacia ella, con la voz baja pero firme, y supe que, esta vez, Eloá Ferrara iba a descubrir lo que era enfrentarse a alguien que ya no le temía.

Una rabia contenida hervía bajo mi piel. Durante años había tragado aquel discurso manipulador, creyendo que Eloá actuaba por mi bien. Pero ahora veía con claridad cada matiz de su manipulación, cada hilo de control que intentaba mantener. Respiré hondo, asegurándome de que mi voz saliera baja pero firme.

— Es increíble, Eloá. Incluso después de todo, aún eres capaz de mentir mirándome directamente a los ojos.

Parpadeó, confundida un instante, antes de recuperar su máscara.

— No entiendo de qué hablas, Enrico. Solo intento ayudarte. Quizá tu dolor esté distorsionando tu percepción.

Sonreí con frialdad y di un paso hacia ella, observando cómo se tensaba en su sillón.

— Basta ya, Eloá. ¿De verdad crees que soy tan ingenuo como para caer otra vez en tu juego? ¿Que no he visto tu firma detrás de cada paso de Marcos Albuquerque?

Abrió la boca para protestar, pero levanté una mano, cortando cualquier intento de réplica.

— Sé de los depósitos que recibió días antes de la rueda de prensa. Sé de las reuniones que tuvo aquí, en esta misma casa, contigo. Tengo imágenes, fechas y documentos bancarios. —Di un paso más, cada palabra pesando como un golpe—. He venido solo por cortesía, por respeto a mis padres. Pero te advierto por última vez: no vuelvas a meterte en mi vida. No te cruces en mi camino. Olvida mi nombre, mi familia. Olvida que existo.

El color se desvaneció de su rostro. Su arrogancia habitual se resquebrajó, dando paso a una irritación apenas contenida.

— Estás cometiendo un error, Enrico. No hagas acusaciones que no puedes probar.

Me incliné hacia ella.

— Puedo probarlo —mentí con calma, sabiendo que muy pronto podría hacerlo de verdad—. Tus manipulaciones terminaron aquí. Este fue tu último intento, y fracasaste. Voy a exponer todo lo que has hecho, y cuando acabe, no quedará duda alguna de quién eres.

Retrocedí un paso, enderezándome con serenidad.

— No vuelvas a acercarte a mí ni a mi familia. Esta es tu última oportunidad de salir con un mínimo de dignidad. Si no, haré público todo lo que sé, incluidas tus antiguas faltas personales.

— ¿Me estás amenazando? —rugió, indignada.

— Te estoy advirtiendo. Por última vez.

Me giré y salí, dejándola en silencio. Por primera vez, vi en sus ojos algo que nunca había visto antes: miedo.

***

La rueda de prensa se celebró en el salón principal de un hotel del centro de São Paulo. Todo había sido meticulosamente preparado. La multitud de periodistas aguardaba en silencio expectante, consciente de que lo que se anunciaría allí tendría un impacto inmediato.

A mi lado, Gabriel y Marília ultimaban detalles mientras repasaba mentalmente cada punto. Valentina no estaba presente, a petición mía. Ya había soportado demasiado.

Cuando subí al pequeño púlpito, cientos de ojos se volvieron hacia mí. Respiré hondo y esperé a que el murmullo se extinguiera.

— Buenos días. Gracias por venir —comencé con tono firme y sereno—. Hemos convocado esta rueda de prensa para aclarar definitivamente los acontecimientos recientes que han implicado a mi esposa, Valentina Ferrara, y al arquitecto Marcos Albuquerque.

Una breve pausa bastó para captar toda la atención.

— Como saben, durante la inauguración del Instituto Clara Ferrara se vertieron graves acusaciones contra mi esposa. Quiero dejarlo absolutamente claro: todas esas acusaciones son falsas. Forman parte de un plan financiado para perjudicarla a ella y a mi familia.

El murmullo creció, pero levanté una mano pidiendo calma.

— Desde entonces, mi equipo ha trabajado incansablemente para descubrir la verdad. Hoy presentamos pruebas sólidas que demuestran la inocencia de Valentina y exponen a los verdaderos responsables.

Fabio se acercó y me entregó una carpeta. Abrí los documentos y los mostré a las cámaras.

— Marcos Albuquerque recibió grandes pagos días antes de la conferencia a través de una empresa fantasma. Tenemos registros bancarios y rastros financieros que prueban su motivación económica para mentir. Esa empresa, además, está vinculada indirectamente con mi abuela, Eloá Ferrara.

Un silencio denso recorrió la sala.

— También hemos obtenido imágenes de reuniones entre Eloá Ferrara y Marcos Albuquerque los días previos a la rueda de prensa. Todo fue orquestado cuidadosamente. Toda la documentación se ha puesto a disposición de los medios y de las autoridades competentes.

Una periodista alzó la voz.

— Señor Ferrara, ¿qué acciones tomará contra su abuela y el señor Albuquerque?

— Ya hemos iniciado acciones legales contra Marcos Albuquerque por calumnias, difamación y daños morales —respondí sin vacilar—. En cuanto a Eloá Ferrara, nuestro equipo jurídico está evaluando las medidas apropiadas.

Otra voz se elevó.

— ¿Cómo está afrontando Valentina todo esto? ¿Tiene intención de pronunciarse?

Respiré hondo, sintiendo una punzada al recordarla.

— Valentina ya ha sufrido demasiado por estas mentiras. Todo lo que desea ahora es continuar con su trabajo en el Instituto Clara Ferrara. Estoy aquí para protegerla y asegurarme de que nunca más vuelva a ser víctima de calumnias.

Un tercer periodista preguntó:

— ¿Qué será del Instituto tras esta polémica?

Sonreí, con calma.

— El Instituto Clara Ferrara es más fuerte que nunca. Valentina es una mujer íntegra y dedicada. Su trabajo habla por sí mismo. Estoy seguro de que la verdad que hoy sale a la luz fortalecerá aún más este proyecto y su impacto positivo en la comunidad.

Miré directamente a las cámaras.

— Quiero concluir reafirmando la inocencia absoluta de mi esposa. Cualquier duda o solicitud de información adicional puede dirigirse a mi equipo. Solo pido una cosa: que dejen a mi familia en paz. Merecemos la vida tranquila y feliz que tanto hemos luchado por recuperar.

Di las gracias brevemente y me aparté del micrófono. Los flashes estallaron por toda la sala mientras salía. Al llegar al pasillo, saqué el

teléfono y marqué el número de casa.

— ¿Valentina? —llamé con voz contenida.

— Estoy aquí —respondió con un hilo de voz ansioso.

Sonreí por fin.

— Todo ha terminado, amor. Todo el mundo sabe la verdad. Ya nadie puede hacerte daño.

Al otro lado de la línea, escuché un sollozo entrecortado.

— Gracias, Enrico. Gracias por creer en mí.

— Siempre creeré en ti —respondí con suavidad—. Ahora vivamos, Valentina. Solo eso. Tenemos una boda que preparar.

Ella rió, con ese sonido que siempre me devolvía la paz.

— Te quiero, Enrico Ferrara.

— Y yo a ti, Valentina Ferrara. Para siempre.

69. VALENTINA FERRARA

Una mujer nunca olvida el día de su boda. Y aunque no era mi primera boda con Enrico, era la única que querría recordar por el resto de mi vida.

El vestido blanco abrazaba mi cuerpo con suavidad. Cada detalle había sido pensado para representar quién era yo ahora: una mujer que había sobrevivido al dolor, que había aprendido a amar de nuevo y que, al fin, estaba lista para ser feliz.

El velo, ligero como una caricia, me envolvía los hombros. Respiré hondo, sintiendo cómo el corazón me latía con fuerza al dar los primeros pasos por el pasillo de la pequeña iglesia histórica que habíamos elegido juntos. Era un lugar acogedor, íntimo y lleno de significado.

Sujeté el ramo de flores silvestres con manos temblorosas, cada paso acercándome más a él, a ese amor que ya no me daba miedo.

Enrico Ferrara.

El mismo hombre al que una vez amé con locura, perdí cruelmente y volví a amar con la certeza absoluta de que nada podría separarnos de nuevo. El hombre que había luchado por reconstruirme, por devolverse a sí mismo, por ganarse de nuevo mi corazón.

A mi alrededor, los rostros de nuestros amigos y familiares irradiaban emoción. Ya no había juicios ni miradas de desconfianza. Solo sonrisas, cariño y comprensión. Todos sabían cuánto habíamos luchado para llegar hasta ese momento.

Pero bastó con alzar la vista para que el mundo desapareciera.

Enrico me esperaba en el altar. El traje azul marino le quedaba impecable, y su sonrisa era tan cálida que me dejó sin aliento. Sus ojos brillaban con una mezcla de amor, orgullo y ternura.

La marcha nupcial sonaba de fondo, pero apenas la escuchaba. Todo lo que existía era él.

Su mirada tenía el poder de borrar cualquier duda, de silenciar mis temores más profundos. Enrico era mi destino, mi presente y mi futuro. Y mientras caminaba hacia él, supe con absoluta certeza que cada paso, cada lágrima, cada caída había valido la pena.

Mi padre me apretó la mano con ternura antes de entregarme a Enrico. Me besó la frente, orgulloso, y colocó mi mano en la de aquel hombre que era, sin duda, el amor de mi vida.

Cuando nuestros dedos se entrelazaron, Enrico los apretó con suavidad, como una promesa silenciosa de que nunca me soltaría.

Se inclinó hacia mí y murmuró al oído:

— Nunca he visto a nadie más hermosa que tú hoy. Te quiero más de lo que podría expresar, Valentina.

Sonreí con los ojos nublados por la emoción.

— Yo también te quiero, Enrico. Gracias por no rendirte con nosotros.

Sus dedos apretaron los míos y sus ojos me dijeron lo que las palabras no podían: que nada ni nadie volvería a separarnos.

Nos giramos hacia el altar. El sacerdote comenzó la ceremonia, su voz suave llenando la iglesia, y cada palabra resonó en mi interior como una bendición.

Esta vez no era un cuento de hadas. Era real. Y sería para siempre.

La ceremonia transcurrió sin sobresaltos, envuelta en una serenidad perfecta. Cada voto, cada mirada, era una reafirmación de todo lo que habíamos superado.

Cuando llegó el momento de los anillos, sentí que el corazón me latía tan fuerte que parecía querer salirse del pecho. Respiré hondo y levanté la vista justo cuando el sacerdote anunció:

— Para entregar los anillos, llamamos a la pequeña Clara Ferrara.

Mi corazón se desbordó de emoción cuando la vi aparecer al comienzo del pasillo, tan delicada y radiante con su vestido blanco de encaje. Sonreía de oreja a oreja mientras caminaba despacio, sosteniendo con cuidado el pequeño cojín donde descansaban las alianzas… y la sorpresa que yo había preparado.

La expresión de Enrico era puro orgullo al verla avanzar hacia nosotros. Clara se detuvo frente al altar, levantando el cojín con gesto solemne.

Los ojos de Enrico se posaron de inmediato en los diminutos zapatitos blancos de bebé colocados junto a las alianzas de oro. Su mirada se clavó en ellos, y los ojos azules se abrieron con sorpresa antes de buscar los míos en busca de confirmación.

No pude contener las lágrimas. Le sonreí, asintiendo, confirmando sin palabras lo que aquello significaba.

— ¿Estás… embarazada? —susurró, apenas audible.

Sonreí más aún, sintiendo cómo las lágrimas caían por mis mejillas.

— Sí, Enrico. Vamos a tener otro bebé.

Después de todo, mi DIU había fallado. Y por primera vez, nada me pareció más perfecto. La sonrisa que iluminó su rostro fue una de las cosas más hermosas que había visto en mi vida. En sus ojos se mezclaban felicidad, gratitud y amor puro.

Sin decir una palabra, Enrico se arrodilló frente a mí, en medio del silencio conmovido que llenó la iglesia. Colocó las manos en mi cintura y, con infinita ternura, besó mi vientre, donde ya crecía una nueva vida.

— Hola, mi amorcito —susurró con voz temblorosa—. Papá ya te quiere tanto como a tu mamá y a tu hermanita.

Clara, que seguía a nuestro lado, soltó una risita y dio un paso adelante, imitando el gesto de su padre mientras se ponía también

una mano en la barriga.

— ¡Y prometo compartir mis juguetes con vosotros! —anunció con solemnidad infantil, provocando carcajadas y lágrimas a partes iguales entre los presentes.

Enrico rió suavemente, acariciando la mejilla de su hija antes de levantarse y mirarme con los ojos brillantes.

Solo entonces, tras aquel momento perfecto y espontáneo entre los tres, tomó los anillos para continuar la ceremonia. Su voz temblaba ligeramente de emoción mientras repetía sus votos:

— Valentina Ferrara, recibe este anillo como símbolo de mi amor y fidelidad eterna. Prometo estar a tu lado en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida. Y también prometo amarte a ti y a nuestros hijos con cada latido de mi corazón.

Cuando colocó el anillo en mi dedo, sentí que cada palabra se anclaba en mi alma. Aquella era la certeza: el hombre ante mí era mi hogar.

Tomé el otro anillo, lo miré fijamente a los ojos y respondí:

— Enrico Ferrara, recibe este anillo como símbolo de mi amor, de mi absoluta confianza y de la certeza de que nunca habrá para mí otro camino que el que hemos recorrido juntos. Prometo amarte en todo momento, bueno y malo, y crear contigo la familia que siempre soñamos.

Él me apretó la mano, con los ojos húmedos, sonriendo.

El sacerdote sonrió también, consciente de la emoción que llenaba la iglesia.

— Por el poder que me ha sido conferido, os declaro marido y mujer. Enrico, puedes besar a tu esposa.

Enrico me atrajo hacia sí, sus manos firmes en mi cintura, y nuestros labios se encontraron en un beso lleno de emoción y ternura, la culminación de todo lo que habíamos superado.

A nuestro alrededor, los aplausos y las risas llenaron la iglesia. Clara saltaba de alegría, lanzando flores al aire. Todo era luz y felicidad.

Cuando nos separamos, Enrico me sostuvo el rostro entre sus manos y murmuró con una sonrisa que me derritió el alma:

— Gracias por el regalo más hermoso que podrías haberme dado, Valentina. Te quiero más que a nada en esta vida.

— Y yo te amo, Enrico. Ahora y siempre.

— Ahora y siempre —repitió, sellando sus palabras con un último beso.

Por fin habíamos encontrado nuestro verdadero final feliz.
Y no existía nada en el mundo capaz de cambiarlo.

EPÍLOGO

ENRICO FERRARA

DOS AÑOS DESPUÉS

Pocas cosas en la vida pueden compararse a un momento como aquel.

El sol calentaba suavemente mi piel mientras regresaba por la arena con dos botellas de agua helada en las manos. Frente a mí, el mar brillaba en un sereno azul oscuro, y las olas besaban la orilla con esa cadencia tranquila que siempre me devolvía la paz.

A la sombra de la sombrilla, Valentina estaba sentada sobre una toalla de colores. Su cabello se mecía con la brisa y su sonrisa dulce iluminaba todo mi mundo. Una de sus manos descansaba sobre su vientre, ya redondeado por su tercer embarazo: Sarah, nuestra tercera niña, que pronto llegaría para completar nuestra pequeña gran familia.

Un poco más allá, Clara —que acababa de cumplir siete años— dirigía con seriedad la construcción de un elaborado castillo de arena. A su lado, Mariah, nuestra hija menor de solo dos años, agitaba alegremente su cubo de colores, riendo cada vez que Toby, nuestro incansable bulldog francés, corría a su alrededor levantando montones de arena.

Sonreí para mis adentros al contemplar la escena, deteniéndome un instante para grabarla en mi memoria. Después de todo lo que habíamos pasado, momentos así eran auténticos tesoros.

Cuando Valentina me vio acercarme, levantó la vista y me sonrió con esa expresión que siempre conseguía acelerar mi corazón. Me senté a su lado y rodeé su cintura con un brazo.

— Parece que van a necesitar ayuda con Toby —murmuré, observando al torpe perro intentando "colaborar" con el castillo.

Valentina soltó una risa suave y apoyó la cabeza en mi hombro.

— Creo que tienes razón. Está especialmente excitado hoy.

Reí con ella, deslizando la mano sobre su vientre, sintiendo el calor de su piel y la vida que crecía allí.

— Debe estar entrenando. Sarah va a necesitar mucha energía para seguirles el ritmo a estos dos… y a Toby.

Ella sonrió, los ojos llenos de ternura.

— Estoy impaciente.

Besé su sien con suavidad, dejando que la calma me envolviera por completo.

— Sabes que no hay nada en el mundo que ame más que esto, ¿verdad? Tú, nuestras hijas, Toby… esta vida que tenemos juntos. No hay nada más importante.

— Lo sé, Enrico —susurró, acariciándome la mejilla con amor—. Me siento igual. Completamente feliz.

La besé, un beso tranquilo, lleno de certeza. La certeza de que, después de tanto dolor, habíamos encontrado la paz.

— ¡Papá, mamá, venid aquí! —La voz de Clara nos llamó desde la orilla, alegre y urgente.

Mariah la imitó al instante, saltando y aplaudiendo, contagiada por su propia emoción.

— Parece que nos reclaman —bromeé, ayudando a Valentina a levantarse con cuidado.

Nos acercamos a nuestras hijas y nos sentamos con ellas en la arena, ayudándolas a colocar conchas y piedrecillas alrededor del castillo. Toby se acurrucó a nuestro lado, exhausto, y suspiró con satisfacción.

Valentina rió ante el adorable caos de nuestras hijas, y una ola de gratitud me recorrió el pecho. No existía otro lugar en el mundo donde quisiera estar.

Por fin la vida era exactamente como siempre había soñado: simple, luminosa, real.

Mi familia estaba completa, rodeada de amor y de la certeza de que, a partir de ese día, cada amanecer sería una nueva página de nuestra historia.

Una historia hecha para durar para siempre.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero agradecerte a ti, lector, por haber emprendido conmigo este viaje tan intenso y emotivo. Sin ti, nada de esto tendría sentido. Gracias por permitir que Valentina y Enrico tocaran tu corazón y por creer, junto a mí, que el amor verdadero siempre merece una segunda oportunidad.

A mi familia y a mis queridos amigos, por vuestro apoyo incondicional, vuestro ánimo constante y vuestra comprensión en los momentos más difíciles. Sois mis cimientos y mi mayor fuente de inspiración.

Un agradecimiento muy especial a mis fieles lectores, que han seguido cada historia, cada personaje, y que han reído, sufrido y celebrado conmigo a lo largo de este libro. Vosotros hacéis que cada página cobre vida y que cada historia merezca ser contada.

A mi increíble equipo, gracias por transformar este sueño en una hermosa realidad.

Y, por último, dedico mi gratitud más profunda a todas las mujeres a las que, como a Valentina, alguna vez les rompieron el corazón, pero tuvieron el valor de levantarse, reconstruirse y volver a creer en el amor.

Que siempre encuentres la fuerza para volver a empezar.
Que nunca renuncies a la felicidad que mereces.

Con todo mi amor y mi eterna gratitud,

Taylor McQueen